

Vestigios de la antigua California

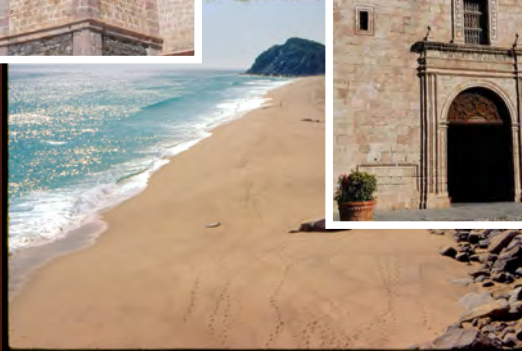
Diario de una caminata

por la Baja California

siguiendo sus primeras rutas terrestres

de exploración y registro

Carlos Lazcano Sahagún



Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Vestigios de la antigua California

*Diario de una caminata
por la Baja California
siguiendo sus primeras rutas terrestres
de exploración y registro*

Carlos Lazcano Sahagún

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

LIC. MARCOS ALBERTO COVARRUBIAS VILLASEÑOR

Gobernador del Estado de Baja California Sur

LIC. RAFAEL TOVAR Y DE TERESA

Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

LIC. ANDRÉS CÓRDOVA URRUTIA

Secretario General de Gobierno del Estado de Baja California Sur

LIC. CHRISTOPHER ALEXTER AMADOR CERVANTES

Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

JOSÉ GUADALUPE OJEDA AGUILAR

Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

M.C. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA

Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

SANDINO GÁMEZ VÁZQUEZ

*Coordinador de Vinculación y Fomento Editorial
del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

Primera edición 2015

D.R. © 2015 INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,
C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN: 978-607-9314-68-2

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y el autor.

Impreso y hecho en México

Prólogo

Realización de un sueño, evocación de múltiples vivencias, en casi cinco meses de recorrido a pie a lo largo de 2400 kilómetros, acercamiento profundo y amoroso a la península de California, esto y mucho más es lo que nos ofrece aquí Carlos Lazcano Sahagún. Bajacaliforniano nacido en Ensenada, hombre polifacético y decidido que sabe de geografía, historia, antropología, espeleología y geología, ha llevado a cabo una empresa difícil pero en extremo atractiva, la que describe en las páginas de éste su diario.

Geografía de la esperanza han llamado algunos a la gran península de la California mexicana. Y lo es pero sólo ya en parte porque, como la describe Carlos Lazcano, está hoy vulnerada en muchos lugares. Así lo siente y lo expresa. Y en este sentido su diario es también voz de alarma y denuncia. Una muestra de ello es lo que nos dice acerca de los concheros que aún se hallan en varios lugares de la península. Varios proyectos de desarrollo urbano los han puesto en peligro de desaparecer. Y no debe olvidarse que los concheros son testimonio en extremo valioso de antiguos asentamientos indígenas.

Pero a la par de sus palabras de alarma, Carlos nos trasmite su asombro ante las maravillas contempladas en una naturaleza henchida de contrastes y sorpresas. El recorrido en compañía de cuatro amigos, dos de los cuales pronto desertaron, lo inició en Cabo San Lucas Yenecamú. Con él, en cambio, siguieron hasta el fin Carlos Rangel y Alfonso Cardona. Hallándose en la playa que califica de “tan hermosa, la del fin de la tierra”, donde la California, o las Californias comienzan, la experiencia de los contrastes

afloja ya en él. La edificación de un gran hotel impide el paso que comunica al mar de Cortés con el océano Pacífico. El crecimiento desmesurado y anárquico de Cabo San Lucas choca con el recuerdo de lo que, gracias a antiguos relatos, se sabe acerca de una ranhería de indios pericús que estuvo allí.

Día a día registra Carlos los recorridos, indicando siempre con precisión el número de kilómetros andados y el tiempo en que se realizó la marcha. A mí, que he estado en muchos lugares de la península --aunque ni remotamente la he recorrido a pie--, las descripciones y vivencias que va registrando Carlos Lazcano en su diario, se me presentan como una secuencia de maravillas. En ella la naturaleza --playas, arroyos, planicies, desiertos, sierras, variadísima flora y fauna-- se entrelaza con los encuentros con seres humanos, ranheros y pescadores principalmente, gente sencilla y generosa, que ofrece y comparte lo que tiene, albergue, alimentos, noticias e información acerca de su terruño.

Siete fueron las etapas del recorrido realizado con el patrocinio de la revista *México desconocido*. Como lo hará en muchos lugares del diario, al hablar de cada una de esas etapas, recuerda al principio que, entre los primeros testimonios acerca de la región de Cabo San Lucas, están los derivados del viaje de Francisco de Ulloa, enviado por Hernán Cortés. Siguiendo esta forma de proceder --que es evocar antiguos testimonios-- contrastándolos con lo que él y sus compañeros recorren y contemplan, Carlos cita los relatos, diarios y otros escritos de los jesuitas Clemente Guillén, Jaime Bravo, Juan de Ugarte, Francisco María Pícolo, Fernando Consag y Wenceslao Linck, de los franciscanos Juan Crespi y Junípero Serra, así como del capitán Esteban Rodríguez Lorenzo y del almirante Isidro de Atondo y Antillón. También recuerda a Fernando Jordán, autor de un hermoso libro, *El otro México, biografía de Baja California* y a otros que, en diversos momentos, estuvieron en varios lugares de la península.

En la primera etapa, de Cabo San Lucas a la Paz, en el escenario geográfico ya se torna presente la historia. Hernán Cortés estuvo en La Paz y desde ahí envió a varios de sus hombres a explorar los alrededores. De los indios pericús que habitaban la región quedan dos formas de recuerdo: lo que expresaron en una probanza algunos de los españoles y los hallazgos de instrumentos líticos hechura de esos indios.

Carlos y sus compañeros llevaron consigo un vehículo al que llamaron “la mula” porque servía para cargar el equipo reducido a lo estrictamente necesario. El vehículo quedó al cuidado de uno de los participantes, casi siempre de Alfonso Cardona, en tanto que los otros dos marchan a pie. En todas las etapas del recorrido, el diario recoge, además de vivencias y testimonios, asimismo reflexiones valiosas sobre la historia y los mensajes implícitos de lo que se fue contemplando.

Si, según se dice, “la convivencia puede acabar con la convivencia”, Carlos recuerda que él y sus compañeros tuvieron en ocasiones diferencias de opinión y aún contradicciones. Muy pertinentes son las referencias que hace a encuentros con estadounidenses, algunos de ellos predicadores de varias sectas religiosas. Y, hoy puede añadirse que, si hace veinte años, cuando Carlos y sus compañeros recorrieron la península, la presencia de los que llama “gringos” mucho se dejaba sentir, hoy es más grande aún y no siempre deseable. Unos se han adueñado de muchos lugares, sobre todo cerca de las costas, otros llegan en sus poderosos vehículos y dejan como recuerdo daños a la naturaleza y, lo que no hacen en su país, asimismo basura.

Imposible es valorar cabalmente en un prólogo todo lo que aporta este diario. Hay en él descripciones magníficas de la naturaleza como ella se muestra a lo largo del viaje. Hay también evocación de anécdotas, conversaciones con la gente sencilla que encuentran y, sobre todo, el relato reboza del gusto muy grande de estar en contacto con mucho de lo que da ser a la California mexicana.

Concluiré invitando a leer esta aportación que da hondo testimonio de ese “otro México”, hoy ya menos olvidado por nosotros pero que no sólo debemos conservar y proteger sino también amar como un gran jirón de nuestro país, avanzada septentrional con más de tres mil kilómetros de costas y recursos más grandes de lo que generalmente se piensa. Cabe recordar aquí a Francisco Xavier Clavijero que escribió acerca de la historia de esta península y, al hablar de sus mares, expresó que eran minas marítimas por sus grandes recursos piscícolas.

Vestigios de la antigua California —como ha titulado Carlos Lazcano a su diario— “siguiendo sus primeras rutas terrestres de exploración y registro”, es una obra que deja valiosos testimonios del gozo y disfrute de una tierra

cuyo solo nombre ha sido y sigue siendo imán de atracción. Tenemos aquí un gran retrato o, mejor secuencia de imágenes que se tornan vivas en torno a una geografía visitada a pie, tal como ella estaba hace veinte años.

¿Habrá otros que imiten o secunden la empresa de la que se ha derivado este libro? Si hay quienes se animen a esto, tendremos la feliz ocurrencia de que, una vez más, se tomará el pulso a la California mexicana. La secuencia abarcará los recorridos de sus primeros pobladores, los pericús, guaycuras y cochimís; después la de los navegantes y exploradores. A ella se suman los ires y venires de jesuitas, franciscanos y dominicos. Más tarde los de quienes han gobernado la península en los siglos XIX y XX y de las gentes que han dado vida a sus ciudades y otros centros de población. Y también está el libro acerca de la expedición de reconocimiento llevada a cabo por Fernando Jordán en 1950. La más reciente, huelga decirlo, es la de Carlos Lazcano Sahagún y sus compañeros hace veinte años. Suma impresionante de relatos es ésta. En ella la geografía de la península, difícil de penetrar, aparece como escenario de fascinantes aconteceres en el tiempo. Todo ocurre en una tierra circundada por el mar con no pocas huellas de la presencia humana: sus petroglifos, pinturas rupestres, misiones y pujantes centros urbanos en los que viven millones de mexicanos. Esta es la California que Carlos ha vuelto a recorrer y de la que tantas maravillas evoca en su diario.

Miguel León Portilla

Recuerdo que cuando di el primer paso de esta caminata, en Cabo San Lucas, pensé en la gran cantidad de problemas que tuvimos que superar para poder darlo. Por eso creí que el primero fue el paso más difícil. Pero me equivoqué, el paso más difícil fue el último, el paso número 2,567,754. No nos fue fácil dejar atrás la caminata. Un aspecto fueron los problemas que tuvimos que superar en ella, pero otro más importante aún fue la senda de maravillas que fuimos descubriendo en las gentes, en la naturaleza, en los encuentros, en los desencuentros, en nosotros mismos. En buena parte la caminata fue nuestro refugio, salimos de nuestra realidad cotidiana y nos introdujimos en un presente, una geografía y una historia que nos cautivó. Descubrimos un mundo tan ajeno al nuestro, pero tan fascinante que nos unía más a las raíces de esta tierra. Después de la caminata sabía que ya nunca volvería a ver igual a mi tierra, a Baja California. Sólo la sonrisa tierna de mi pequeña hija Anne, hizo menos difícil el cerrar la caminata. Y es que su recuerdo fue constante en mi caminar peninsular. Por eso, este libro se lo dedico a ella, ya que su presencia ha sido una bendición en mi caminar por la vida.

Carlos Lazcano Sahagún

Introducción

En mayo de 1989 Carlos Rangel, Alfonso Cardona y yo culminamos un sueño largamente acariciado: recorrer a pie toda la península de Baja California. La idea de semejante caminata la empecé a concebir veinte años atrás, cuando siendo aún adolescente supe de un estadounidense que se jactaba de conocer mejor que nadie la península. No sé si dicha persona tendría o no razón, pero el hecho es que comprendí que tendría que saber mucho más sobre mi tierra. Fue entonces que me tracé la meta de que tendría que llegar un día, no lejano, en que difícilmente encontrara a personas que tuvieran un conocimiento de la geografía bajacaliforniana superior al mío. Mi padre alimentó en mucho mi sed por conocer la tierra, y con él efectué muchos recorridos peninsulares. Sin embargo para mí eso fue insuficiente. Con él recorrí lo obvio.

Pasarían algunos años en que me fui a estudiar a la Ciudad de México donde conocí la Organización de Montañismo y Exploración de la UNAM y me hice parte de ella. Así adquirí las herramientas que me dieron la seguridad suficiente para plantearme la posibilidad de recorrer a pie toda la península. Consideré que tal proyecto me daría un conocimiento invaluable de mi tierra. En el grupo de montañismo conocí a personas extraordinarias que me inspiraron a tomar la exploración como forma de vida y con ellas inicié una amistad que perdura hasta la fecha.

En 1986 regresé a vivir a Ensenada. Una de las razones de mi retorno fue porque ya me sentía listo para realizar la caminata por toda la península, así que empecé a preparar las cosas para realizarla. En ese tiempo tenía diez años de una exitosa carrera de explorador de cavernas, la que había

llevado principalmente con el Grupo de Espeleología de la UNAM, siendo yo uno de los fundadores de dicho grupo. En 1987 inicié el Taller de Exploración de la Universidad Autónoma de Baja California, dentro de Extensión Universitaria. Esperaba que con este grupo contara con personas que me apoyaran en el proyecto. Natalia Badán, la directora de Extensión Universitaria en Ensenada dio un gran apoyo a mis propuestas, lo que me facilitó el camino.

El apoyo fundamental para llevar a cabo este proyecto surgió de la revista México Desconocido (MD). Comencé a colaborar con esta revista a partir de 1979 y desde un principio me apoyaron bien, ya que mis propuestas iban más allá de lo que ofrece un viajero común. Desde entonces mantuve una buena amistad con Harry Moller, el fundador de la revista, quien la iniciara en 1976. En 1987 México Desconocido me financió el exitoso proyecto “Los Grandes Abismos de México”, y debido a los excelentes resultados inmediatamente aceptaron financiar mi propuesta de caminar toda la península. Para entonces el dueño de MD era ya Miguel Sánchez Navarro quien me dio un gran apoyo.

Ya con los apoyos básicos, invité a Carlos Rangel para que juntos lo organizáramos y realizáramos. Carlos fue uno de los iniciadores de la Organización de Montañismo de la UNAM, en 1971. Lo conocí en 1976, cuando entré a la Organización. Desde entonces iniciamos una buena amistad, la que se fue consolidando a lo largo de varias salidas al campo. Sin embargo, en esos años yo me concentré en la espeleología y Carlos en la escalada en roca y posteriormente en efectuar largos recorridos a pie por áreas remotas de México. Cuando lo invité era el jefe del Grupo de Exploración y tenía muy buena experiencia en supervivencia en el desierto. Yo sabía que era un elemento clave en este proyecto y no dudé ni un momento en que con él tenía garantizado el éxito de la caminata.

Después de largas pláticas Carlos y yo quedamos de invitar a varias personas al proyecto, para así formar un pequeño grupo que facilitara las cosas. Fueron a 7 u 8 los que invitamos y por distintas razones sólo se nos unieron tres; Alfonso Cardona, Bruno Castrezana y Eduardo Mancillas. Formar un equipo no fue fácil, por el tiempo que requería el proyecto, el que habíamos calculado entre 4 y 6 meses. Al principio invitamos a varios del grupo de la UNAM, pero no podían, tanto por el tiempo como por

otros compromisos. Alfonso, Bruno y Eduardo no tenían experiencia, pero sí entusiasmo, así es que trabajamos con ellos durante un año para que adquirieran la experiencia básica para hacer la caminata. Previendo deserciones, Carlos y yo planeamos una logística considerando que nos quedáramos solos.

El objetivo que nos planteamos fue el de recorrer a pie toda la península de Baja California, desde Cabo San Lucas, en el extremo sur, hasta la ciudad de San Diego, al inicio de la California estadounidense. Una de las primeras interrogantes que surgió fue la de la ruta a seguir. Como exploradores y amantes de la naturaleza desde hace muchos años, nos interesaba un camino que, por un lado nos acercara lo más posible al ambiente natural de la península y, por otra, a sus raíces históricas y humanas. De antemano rechazamos caminar junto a la carretera.

Una primera opción surgió cuando algunos amigos historiadores nos propusieron que tomáramos por el antiguo camino real, actualmente en el olvido. Aunque ésta nos pareció interesante, y de hecho cubría los requisitos que nos habíamos trazado, nos dimos cuenta de que exploradores, turistas y lugareños la transitaban parcialmente con relativa frecuencia. Sin descartarla, buscamos otra alternativa que aportara algo más y que fuera menos conocida. Después de estudiar numerosos documentos históricos dimos con una ruta que satisfacía ampliamente todas nuestras exigencias. A ésta la llamamos “LA PRIMERA ENTRADA”.

El camino real fue una ruta que llegó a unir todas las misiones de Baja California, su organización total ocupó un poco más de 100 años. Sin embargo, no fue la primera vía del interior de la Antigua California. El camino real llegó a establecerse cuando ya se conocía más o menos el terreno entre un punto y otro, entre el sitio de una misión y otra, de tal manera que para darle su forma final se seleccionaba el trayecto más fácil de todos los conocidos. Generalmente, antes de situar el camino real existían ya una o dos rutas preliminares, resultado de las primeras exploraciones en la región, y justamente los misioneros jesuitas le llamaban a estas incursiones “la primera entrada”. Fueron precisamente estas “primeras entradas” las que nos interesaron. Primeras entradas hubo muchas, pero sólo unas cuantas alcanzaron el conocimiento básico del interior de la geografía baja-

californiana. Nosotros las resumimos en ocho, que fueron las que seguimos para recorrer toda la península: 1. Exploraciones del almirante Atondo, 1683-1685. Travesía del Golfo al Pacífico; 2. Exploraciones del p. Píccolo. Entrada a Kadakaamán desde Mulegé, 1716; 3. Exploraciones del p. Guillén. Entrada a La Paz desde Loreto por tierra, 1719-1720; 4. Exploraciones del padre Nápoli. Entrada al extremo sur de la península, 1721; 5. Exploraciones del padre Fernando Consag. Primeras exploraciones al norte, 1751; 6. Exploraciones del padre Wenceslao Linck. En busca del Colorado, 1766; 7. Exploraciones de Rivera y Moncada. Primera entrada por tierra a Alta California, 1769; 8. Exploraciones de Joaquín de Arrillaga. Última entrada a la Antigua California, 1796.

Estas ocho primeras entradas cubren toda la longitud de la península de Baja California. Los criterios que utilizamos para seleccionarlás fueron los siguientes: a) que fueran las rutas de exploración y avance más antiguas realizadas por europeos; b) que estuvieran bien documentadas, es decir, que existiera de ellas un diario o relación (en algunos casos hubo más de un diario); c) Que fueran importantes tanto por sus alcances geográficos, como por sus consecuencias históricas; d) que el conjunto de las entradas cubriera la península a todo lo largo y parcialmente a lo ancho.

Aunque los ocho diarios ya habían sido publicados, consultarlos nos fue difícil; nos tomó varios meses y el tener que recurrir a bibliotecas especializadas en California, Baja California, México y España. Estos documentos habían sido publicados hacía muchos años, en ediciones muy limitadas, unos en España, otros en la ciudad de México, en los Estados Unidos (en inglés), y sólo uno en Baja California. Para reunirlos nos ayudaron mucho los historiadores Jorge Martínez Zepeda y Lucila León, miembros del Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC (actualmente Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California), quienes además nos asesoraron ampliamente. La primera vez que leí los diarios, inmediatamente me di cuenta de la belleza y la importancia que encerraba su lectura. Estaba teniendo la primera descripción del interior de Baja California. Los ocho diarios juntos me daban esa visión inicial de occidente sobre la península entera. Yo quedé maravillado y más enamorado de mi tierra. Pensé que valdría la pena volver a recorrer esas

rutas, compenetrarme más en ese tiempo y conocer los sitios como estaban ahora, varios siglos después.

Para muchos, la idea de recorrer a pie la península bajacaliforniana puede resultar extravagante. No son decenas o centenas de kilómetros los que hay que caminar, son miles. Estamos hablando de más de dos mil. La sola idea de imaginarlos cansa. Y si los vislumbramos entre desiertos y arideces, inmediatamente nos da sed, además de la fatiga inducida.

Si consideramos que durante cualquier día normal rara vez recorremos a pie más de un par de kilómetros, enfrentarse a caminar una de las penínsulas más largas del mundo parecerá como algo extraordinario. Pero mi conclusión es que no lo es. Simplemente utilicé una de mis potencialidades como ser humano para llevarla a cabo. Potencialidades que casi toda la gente tiene, pero que ciertamente muy poca gente desarrolla. Caminar dos mil kilómetros o más no tiene nada de fuera de serie. El cuerpo humano está diseñado para eso y más. Cuando realizamos esta caminata utilizamos las funciones necesarias de que disponemos. Nada más. A algunos les parecerá una hazaña porque en esta sociedad no estamos acostumbrados a desarrollar las capacidades con que contamos, ni mucho menos a conocernos en lo que realmente somos y podemos. Para caminar distancias muy largas no se requiere ser un gran atleta. Se requiere ser libre. La libertad es también una de las potencialidades que tenemos y no solemos ejercer. En el planteamiento mismo para hacer cosas se empieza a ejercer la libertad. Hay muchos que ni siquiera se plantean cosas. Una vez planteadas las cosas a realizar, la libertad se va ejerciendo en la medida en que se van superando los obstáculos que se presentan, o que imaginamos que existen. En el caso de una caminata de varios miles de kilómetros, que implica meses de duración y esfuerzo, sobrarán las razones para no llevarla a cabo. Semejante proyecto no es compatible con una sociedad que cada vez más quiere tener encadenados a sus miembros. Tener la decisión de elegir lo que nosotros queremos no es fácil en estos días. Las cosas y la vida cotidiana se vuelven una carga o una cadena que nos va atando, de tal manera que llega el día en que no nos queda ningún margen para ser nosotros mismos.

Originalmente iniciamos la caminata cinco personas. Dos de ellas renunciaron a seguir justo cuando dábamos principio a la segunda etapa, a

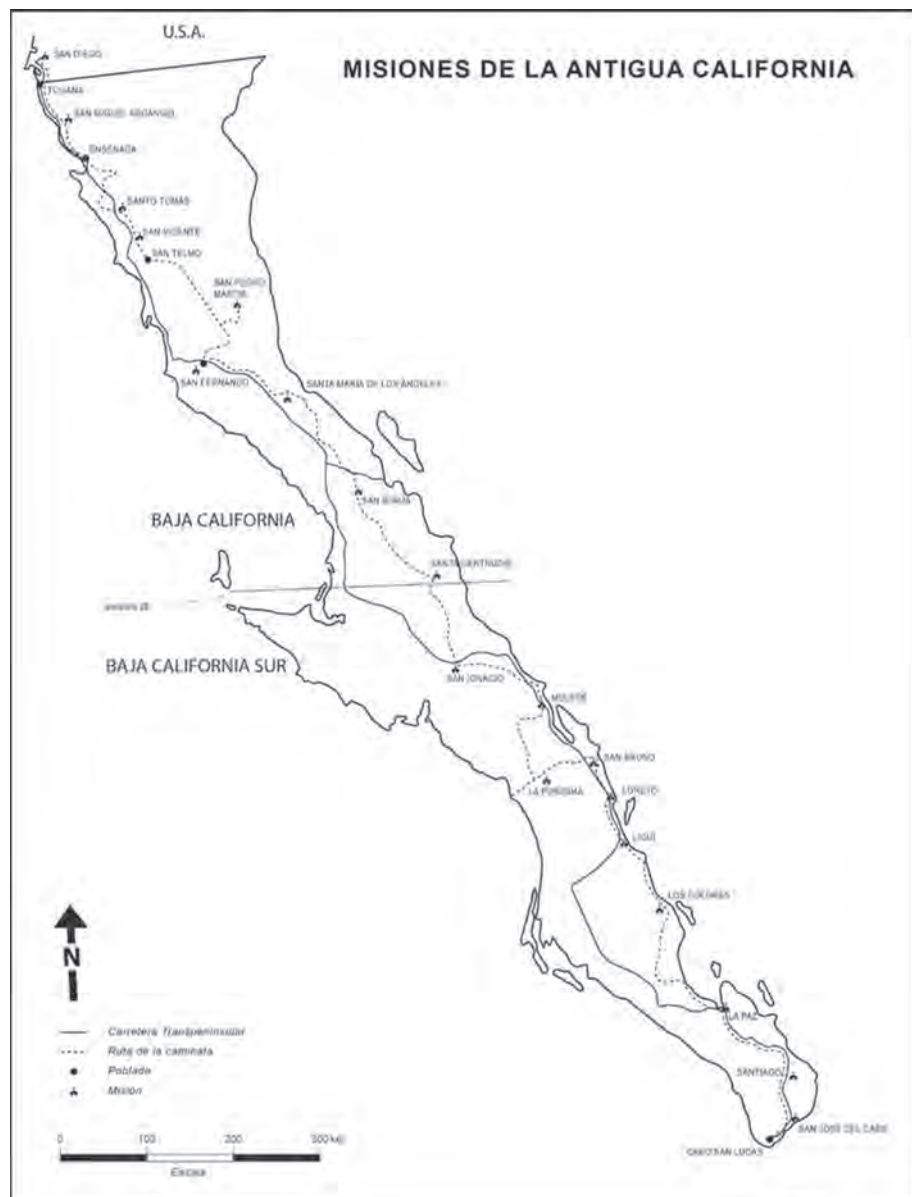
poco más de dos semanas de haber iniciado. Ambas personas se dejaron llevar por sus miedos. El miedo es uno de los factores que mayormente quita libertad, y hay muchas personas que prefieren no enfrentarlo. Eso ocurrió con estas dos personas. Se derrotaron ante una península que aparentemente se nos presentaba difícil, árida, peligrosa. Y era solo aparentemente. Hace más de 200 años, los misioneros superaron su geografía difícil, en situaciones mucho más desventajosas que las que nosotros enfrentábamos.

Desde un principio sabía que al menos había que intentar la caminata. Pero nuestros dos amigos se derrotaron desde antes de intentarlo.

¿Qué significa estar en contacto con la naturaleza? Para la gran mayoría de la gente en México no pasa de ir a algún lugar natural (accesible por carretera o muy buena terracería), por unas horas o máximo un fin de semana, a tomarse unas cervezas y escuchar música (casi siempre de mala calidad) al máximo nivel de volumen. El “contacto” incluye dejar toda la basura que generan. Nuestra sociedad nos ha desligado por completo de la naturaleza y ya no sabemos cómo restablecer ese contacto. Una de las cosas que nos planteamos Carlos y yo para hacer la caminata fue el buscar lo más posible ese contacto. Para ello decidimos prescindir de ciertos objetos. De nuestras mochilas sacamos todo lo que pudimos y dejamos únicamente aquello para nuestra seguridad. Nos planteamos disfrutar de la naturaleza, no sufrir de ella o darle la espalda.

Pondré un solo ejemplo: la tienda de campaña. Nosotros nunca cargamos con ella. La tienda es en realidad una barrera que colocamos entre nosotros y la naturaleza. Es una extensión de la casa y por ende de la ciudad y de nuestro mundo artificial. Nos da una seguridad aparente. Al no llevar la tienda lo que ocurrió fue que aprendimos a buscar refugios o a hacerlos nosotros mismos. Ese sí fue un verdadero contacto, un aprendizaje. Entonces, nuestro refugio lo fue toda la naturaleza, no la tienda. Aprendimos a confiar en el desierto. Plantas y animales se volvieron nuestros compañeros.

Aprender a vivir con lo mínimo no es fácil, más en una sociedad tan materialista y consumista como la nuestra. El contacto con la gente del desierto bajacaliforniano nos sirvió mucho. Ellos sí viven con lo mínimo. Nos enseñaron lo que son los alimentos del desierto, a sacar agua de las piedras, a ser feliz con lo que se tiene (que no es más que el Universo). Las



gentes del desierto son los únicos vestigios que quedan del tiempo de los fundadores, los iniciadores, los que trajeron la cultura occidental a nuestra tierra. En los ranchos dispersos por los cerros pelones aún se vive como en esos tiempos. Aún conservan parte del espíritu que animó a los iniciadores. La sencillez con que viven es un reflejo de sus corazones limpios. Sus tradiciones, cultura y valores son los mismos que trajeron los misioneros hace más de 200 años, y aquí se han conservado. Este contacto humano ha sido algo de lo más valioso que he aprendido en mi vida.

En este recorrido caminamos 2400 kilómetros en cinco meses. Iniciamos el primero de enero y terminamos el 28 de mayo, el año 1989. Fueron 148 días y el promedio de avance diario fue de 16.21 kilómetros. Hay que considerar que hubo días en que no caminamos nada, descansando o visitando alrededores y otros en que llegamos a recorrer hasta 42 kilómetros. Vivimos contrastes al estar en lugares muy turísticos y poblados como Los Cabos, Loreto, Ensenada, Rosarito Tijuana, San Diego, en donde se vive con rapidez buscando el máximo confort, hasta sitios como los ranchos de las sierras de La Giganta, San Francisco, San Pedro Mártir, el Desierto Central, la costa del Mar de Cortés, en donde se vive con lo mínimo, pero en una vida con más sentido. La región Tijuana-San Diego, superpoblada, y el Desierto Central, donde caminamos muchos días sin ver a nadie, marcaron el máximo contraste. Otros contrastes fueron el caminar desde campo traviesa, orientándonos a rumbo, hasta las modernas autopistas o “free way” del área de San Diego. También conocimos de contrastes humanos; rancheros que nos lo daban todo, con una generosidad inusitada, hasta personas de lo más miserable que mostraban el lado oscuro del ser humano. Supimos de amigos y enemigos, comprensiones e incomprensiones, gustos y disgustos. El balance fue muy positivo, ya que con mucho predominó la cara más amable y maravillosa de Baja California y sus gentes.

Posdata

Quiero hacer aquí una breve reflexión. Han pasado 20 años desde que realizamos la caminata, y como ya lo mencioné, en ese lapso la península de Baja California ha sufrido cambios muy profundos. La península ya es otra. Las condiciones, tanto del medio urbano como del medio rural y natural han

cambiado totalmente, al grado que en este tiempo sería muy difícil, sino imposible, realizar otra caminata parecida. Dos han sido los cambios más notables que dificultarían un nuevo proyecto. El primero es la proliferación del narcotráfico. Hace 20 años eran muy pocos los lugares donde se sembraban enervantes. Hoy hay sembradíos por toda la península, y los desiertos y la costa son ruta normales para el tráfico. Anteriormente los pescadores riveños se emborrachaban, hoy casi todos se drogan. Veinte años atrás la presencia de los soldados era sumamente rara; hoy es normal. Cuando hicimos la caminata no vimos a ningún soldado, actualmente en cualquier picnic nos encontramos la presencia militar. Caminar por el desierto, la sierra y la costa ya no es seguro; mucho menos caminar por las ciudades.

Otro factor que dificultaría mucho la caminata en este tiempo es el apoderamiento de la costa por parte de particulares, especialmente extranjeros. Este problema hace 20 años apenas se vislumbraba. Hoy, ante el cambio de estatus en el sistema ejidal, prácticamente se les ha obligado a vender las playas y la costa, viéndose muchos desarrollos inmobiliarios que en su mayor parte están afectando gravemente a Baja California debido a sus impactos naturales y sociales. De hecho están destruyendo y secuestrando la costa. Caminar por las costas que caminamos hace 20 años se nos dificultaría porque muchas han sido cercadas para impedir el paso; en otras guardias armados y hasta perros impiden, ilegalmente, el acceso a las playas por parte de la gente. El panorama es triste.

También están ocurriendo otros cambios. Muchas de las desigualdades de nuestro sistema social han estado haciendo crisis, obligando a mucha de la gente del campo y el desierto a abandonar sus ranchos, o a desatenderlos. El medio rural de Baja California está más despoblado que nunca, y la tendencia crece. Muchos de los rancheros que conocí, y sus familias, ya no viven en sus sitios centenarios. Varias de las tradiciones de mayor antigüedad de Baja California se están convirtiendo en un atractivo turístico, no en un elemento de identidad. Mucha de la toponimia tradicional está desapareciendo. El mismo nombre de Baja California tiende a desaparecer, cambiado por el de “Baja”, que es más atractivo para los turistas. Muchos quieren hacer una península al gusto de los turistas, no de los que aquí vivimos. Si no tenemos cuidado, podemos despertar de pronto en una tierra que ya no

es nuestra, sino de los intereses económicos. El impacto de los desarrollos depredadores en la costa entre Ensenada y Tijuana es impresionante: una fuerte alteración del medio natural, secuestro y destrucción de playas y costa, destrucción de los sitios arqueológicos concheros, entre lo más importante. Igualmente ha habido un impacto importante en la región entre La Paz y Los Cabos. En la práctica, Cabo San Lucas ya dejó de ser bajacaliforniana, ya que los desarrollos se apoderaron de ella y está diseñada para los turistas, principalmente extranjeros.

Agradecimientos

Hay tanta gente que me apoyó para llevar a cabo la caminata que temo no mencionar a todos, por lo cual pido disculpas anticipadas por cualquier omisión involuntaria. En primer lugar quiero expresar mi agradecimiento a Carlos Rangel y Alfonso Cardona porque compartimos este proyecto y juntos llevamos a cabo la experiencia única de caminar por toda la Baja California. Gracias a Bruno Castrezana y Eduardo Mancillas. El apoyo tan grande y la confianza que nos brindaron Miguel Sánchez Navarro Redo y Harry Moller, de la revista “México Desconocido” nos permitieron hacer realidad este proyecto, ya que lo financiaron en su mayor parte. Gracias a todo el equipo de MD. Gracias especiales a Jorge Martínez Zepeda y su esposa Gladis González, Claudia Cardona, David Zárate, Mario Reyes, Estela Hussong, Héctor Castro, Natalia Badán, Luis Lamadrid, Luis Castillo, Luis Guzmán, Néstor Moreno, Margarita de Moreno, Ernesto Ruffo (presidente municipal de Ensenada), Consuelo Ayala, Ann Callaham, Ignacio Beamonte. También quiero agradecer a mi familia por su gran apoyo y amor. Gracias a mis padres, el Sr. Gabriel Lazcano y la Sra. María Dora Sahagún, quienes me enseñaron a amar a mi querida tierra Baja California. Gracias a mis hermanos Luis Alfonso y Marco Antonio. También quiero expresar mi gratitud al Dr. Miguel León Portilla por haber preparado el prólogo de esta edición, así como por haber revisado el texto y hacerme sugerencias y comentarios que mucho me ayudaron a enriquecerlo. Gracias a mi esposa, Silvia Bouchez Caballero, quien se tomó la molestia de revisar los textos. Su apoyo y su cariño siempre me han motivado.

En los ranchos, pueblos, comunidades y ciudades conocimos a gente maravillosa que nos hizo sentir que nuestro esfuerzo valió la pena. Por eso, gracias sinceras a José Güereña (delegado municipal en Cabo San Lucas), León Cota Colins (presidente municipal de Los Cabos), Arturo Gómez Cota (delegado municipal en Santiago), Raúl Murguía Rochín (sub-delegado municipal de El Triunfo), José Manuel Ramírez (Secretaría de Bienestar Social), José Dibení Geraldo (Secretario de Bienestar Social), Félix Mario Higuera Arce (Director de los Servicios Coordinados de Educación Pública), Hernán Salvador Santana Pérez (Servicios Coordinados de Educación Pública), César Piñeda Chacón, Jorge Amao (Director del INAH en BCS), Francisco King, José Carlos Cota Osuna (presidente municipal de La Paz), José Luis Aguilar (ROFOMEX), Adriana Velázquez, Eligio Moisés Coronado (Cronista de Baja California Sur), Guillermo Almaráz Ortega (San Juan de la Costa), Guadalupe Rafael Amador (rancho El Potrero), Victoriano Lucero (rancho San Juanito), Cirilo Ojeda (Corral de Piedra), Gorgonio e Hilaria Amador (La Purificación), Piedad Molina de La Toba (La Primer Agua), Porfirio, Francisco e Inocencio Amador Higuera (Kakiwi), Zósimo y Lucio Romero (Los Burros), Bernardo Amador Álvarez (Los Dolores), Arturo de La Toba Navarro (Tembabichi), Efraín Romero Márquez y Jesús Hilario Romero Madero (Punta San Mateo), Felipe de Jesús González Romero (Agua Verde), Juan Manuel Martínez Romero (rancho Las Parras), Mariano, José Guadalupe y José Rosario Pérez (rancho San Bruno), padre Mario Balbiani (Loreto), Christian Paris (gerente del hotel Presidente en Loreto), Francisco Javier Ceceña (rancho la Capilla), Leopoldo Perpulí Ceceña (rancho Cambalaqui), Bernardo Higuera (rancho Llano Redondo), José Alberto Higuera García (delegado municipal de La Purísima), Santos Orlando (rancho San Gregorio), Trinidad Higuera (La Purísima), Enrique Mayoral (rancho Guajaderní), Luis Aguilar Ceceña (Mulegé), Rosario Vázquez (rancho Cerro Gordo), Jesús Arce Ojeda y Cenobio Castillo Villa (rancho Santa Lucía), Jesús Castillo Arce (rancho Cueva Colorada), Guadalupe Arce, Juan Villa, Francisco Ojeda Arce, Anastasio Ojeda Arce, Adela Ojeda Villavicencio, Bonifacio Ojeda Arce, Jesús Arce, y Pedro Arce (Santa Marta), Carmela Villavicencio (rancho San Antonio), Silvestre Arce Villa (San Francisco de la Sierra), Ángel Arce Arce y Oscar Fabián Arce Arce (rancho Guadalupe), Miguel Ojeda (rancho El

Cantil Colorado), Luis Arce Arce y Patricio Arce (rancho las Juntas), Jesús Salgado Olivares (Santa Gertrudis), Gilberto Rojas (rancho La Unión), Jesús Aguilar y Juana Espinosa (rancho Nuevo), Antonio y Cipriano Gaxiola Maclís (rancho Compostela), Teodoro y Silverio Romero, Mónica Aguilar y Belisario Smith (San Borja), Antonio Reséndiz y Francisco Muñoz (Bahía de los Ángeles), Heliodoro Arce (rancho Placer de Higuera), Bernabé Valdés y María Peralta (Cataviña), Isidoro Aguilar (misión San Fernando), Manuel y Federico Ahumada (El Rosario), Víctor Manuel Villavicencio (rancho El Cartabón), Jorge Duarte (rancho el Pozo), René Arce (rancho el Alamoso), Gorgonio García (rancho el Salto), Daniel Sáenz (rancho San José), Lorenzo Martínez y Cruz Martorell (Colonia Vicente Guerrero), Ernesto Quiñones Villa, María Cruz Murillo, Antonia Murillo, y Antonio Murillo (rancho San Antonio), Héctor Rendón Loya (San Rafael de Arriba), Rodolfo Tamayo y Roberto Aviña (La Grulla), Jim Kabzeff y Gregoria Aguilar (rancho las Lomas), Gonzalo Silva (Maneadero), Gina Castro, José Luis Fernández Bandini, Ernesto Rosas, Francisco Aranda, Héctor Zepeda, Aníbal Bernáldez y Clara Yáñez (Ensenada), Enrique Chapela (presidente municipal de Ensenada), Armando y Praxedis Aguirre Ronquillo (Santa Rosa), Crescenciano Horta Gilbert (rancho Solano), René Crosthwaite (La Misión), Jaime Nieto de María y Campos, José Armando Estrada Lázaro y Mario Ortiz Villacorta (Tijuana), Federico Valdés (presidente municipal de Tijuana), Jesús Ortiz Figueroa (director del Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC), Luis Javier Herrera (San Diego), Sociedad de Historia de la Misión de San Diego.

Gracias muy especiales a José Luis García Chávez y al Maestro Leonardo Reyes Silva, por su apoyo invaluable. Especialmente agradezco a la Maestra Elizabeth Acosta Mendía, Directora del Archivo Histórico “Pablo L. Martínez”, por su apoyo para que este texto fuera publicado.

Primera Etapa

CABO SAN LUCAS-LA PAZ

La primera etapa de la caminata cubrió el extremo sur de la península, entre Cabo San Lucas y La Paz. El primero en reconocer por tierra esta región fue Hernán Cortés, entre 1535 y 1536, ya que envió algunos exploradores desde La Paz y al parecer él personalmente estuvo en la región de los Cabos. Sin embargo, de estas entradas no se desprendió ningún informe y pronto fueron olvidadas. Así mismo fue el mismo Cortés quien mandó los primeros navegantes que reconocieron toda la costa sur peninsular. Posteriormente durante casi dos siglos serían navegantes quienes tocarían ocasionalmente las playas de la región de Los Cabos.

Después de las entradas de Cortés no se volvería a dar otra hasta agosto de 1721 en que el padre Ignacio María Nápoli penetró por tierra al sur de La Paz para establecer la misión de Santiago de los Coras en la Bahía de las Palmas, iniciándose así la evangelización de toda esta región. En junio de 1725 el capitán Esteban Rodríguez Lorenzo penetró por tierra hasta Cabo San Lucas, encontrando el paraje donde sería establecida la misión de San José del Cabo. Fue Rodríguez Lorenzo quien bautizó al sitio como San José, nombre que se mantuvo cuando la misión fue establecida en 1730.

Para nuestro recorrido utilizamos el informe que da el padre Nápoli al provincial de la Compañía de Jesús, firmado el 20 de septiembre de 1721, a pocos días de haber regresado de su entrada. Lleva por título *Entrada a la nación Chora*. Este informe da la visión más antigua, conocida hasta ahora, del interior de la tierra entre La Paz y Bahía de las Palmas.

Completamos esta entrada con la carta del padre Clemente Guillén al virrey de la Nueva España, el 25 de septiembre de 1725, en donde informa, entre otras cosas, de la exploración terrestre de Rodríguez Lorenzo hasta la región de Los Cabos, en que se da una descripción resumida de lo encontrado por el capitán.

La ruta de estas primeras entradas es muy cercana a la actual carretera de Los Cabos a La Paz, al pie de la sierra de la Laguna, por la vertiente del golfo.

Ene-1-1989 CABO SAN LUCAS-SAN JOSÉ DEL CABO

Cabo San Lucas Yenecamú

El día se inició triste y nublado, con un poco de viento. Nos levantamos con las primeras luces del día. Caminamos hacia la costa que está al sur del Cabo, frente al famoso hotel Finish Terra, una playa amplia y hermosa en donde se confunden el Pacífico y el Golfo. Ahí estábamos reunidos, en el extremo sur peninsular, a punto de iniciar la caminata por toda nuestra Baja California, siguiendo las antiguas rutas exploradas por los misioneros. Tres iniciaríamos la caminata; Carlos Rangel, Eduardo Mancillas y yo. También estaban con nosotros Alfonso Cardona y Bruno Castrezana, quienes nos darían apoyo y auxilio desde un vehículo. Esa playa tan hermosa, la del fin de la tierra, la recuerdo desde hace más de diez años cuando la visité por vez primera. Ahora tiene un cambio importante. A su mitad le atravesaron un enorme hotel que la divide, y aunque el hotel es hermoso y tiene armonía con el paisaje, no deja de ser triste, no tanto por nosotros sino por los habitantes del Cabo, quienes tienen que dar un rodeo para ir a la playa, ya que los dueños del hotel prohíben el acceso directo, además de que hay guardias que lo impiden. Durante siglos, la playa era del pueblo, de la gente, libremente iban a ella, ahora ya no lo es, le cerraron una buena parte y no será raro el día que pongan más hoteles y la cierren totalmente, quitándosela definitivamente. Hay algo injusto en esto.

Antes de iniciar la caminata tocamos el mar con las manos. El primer paso lo dimos faltando quince minutos para las ocho. El primer paso, el más difícil de todo el trayecto, ya que para darlo tuvimos que superar muchos problemas, sobre todo de índole psicológico que nos presionaban a

renunciar antes de iniciar. Atrás quedaron años de sueños y un largo período de preparativos. Ahora simplemente había que seguir la secuencia de pasos, uno tras otro, hasta llegar al último, en el otro extremo de la península.

Cruzamos Cabo San Lucas, la antigua ranchería indígena pericú de Yenecamú. Vimos su puerto, que fue refugio de galeones y piratas, ahora convertido en moderna marina. En los últimos años el Cabo se ha transformado espectacularmente, ha tenido un fuerte crecimiento. Ya no es la pequeña comunidad que conocí a mediados de los 70. Ahora es toda una ciudad turística, llena de hoteles de gran categoría. A pesar de eso la gente del pueblo no ha perdido su sencillez, pero está perdiendo sus playas y su mar.

La primera vez que se aplicó el nombre “California” en nuestra península, fue precisamente en el Cabo San Lucas. Fue durante la entrada de Hernán Cortés al Cabo, que los soldados, de manera natural empezaron a llamar a esta parte “California” o “Cabo California”, debido a su parecido con la descripción de que se da de la isla California en las famosas *Sergas de Esplandián*. Los primeros documentos que mencionan este nombre para el Cabo San Lucas surgen de la navegación de Francisco de Ulloa, enviada por Cortés en 1539 para continuar con los registros de la costa peninsular. En muchos de los mapas de la California del siglo XVI aparece el Cabo San Lucas con el nombre de “Cabo California”. El más antiguo de estos mapas data de 1562 y es de Diego Gutiérrez (*Sive Quartae Orbis Partis Nova Et Exactissima Descriptio*), y es el primero en donde el nombre California aparece en la península, en el Cabo San Lucas precisamente. El nombre “California” aplicado a toda la península empezó a aparecer en los mapas a partir del año de 1587, en el Atlas de Ortelius *Americae Sive Orbis*.

Saliendo del Cabo San Lucas caminamos entre la sierra de la Laguna y la costa. Nos llovió suavemente. Las playas lucían hermosas, son largas, con sus arenas blancas cremosas y el azul turquesa del mar. También vi los grupos de pelícanos volando a ras del mar para pescar algo. Varios kilómetros después de salir, observé a lo lejos el famoso arco de piedra que simboliza el final de la península. Aprecié los últimos farallones que se hundían en el mar. Muchos buitres estaban posados en las puntas de los cardones con sus alas extendidas. La costa está salpicada de hoteles de todos tamaños y abundan los letreros en inglés de rentas, ventas, etc. A veces daba la impresión de no estar en México.

San José del Cabo Añuití

A las tres de la tarde veníamos entrando a San José del Cabo, en donde finalizamos la jornada. También se ha transformado muchísimo. El pueblo se ve hermoso, cubierto de árboles y palmeras. Tiene numerosos hoteles de primera categoría. El padre Guillén nos da la primera visión que se tuvo sobre este sitio en el año de 1725:

...se halló un aguaje, el mejor que en estas tierras se ha visto. Anduvieron los españoles, por sus orillas, como tres leguas hasta que el río desemboca en la mar; en este espacio... avría, en varias rancherías, más de quinientas almas de la nación Cora. Tiene esta agua altura bastante y buenas tierras que poder regar. Y se le nombró el río de San Joseph...

Gracias al apoyo del presidente municipal el Sr. León Cota Colins, nos hospedamos en un cómodo hotel. Me di cuenta de que Eduardo se siente un poco presionado porque cree que lo criticaremos si se cansa más que nosotros, o si se atrasa. Inseguridades que afloran y que pueden transformarse en problemas. Este día caminamos 32 kilómetros en siete horas y 23 minutos.

Ene-2-1989 SAN JOSÉ DEL CABO-EL HENECÁN

Salimos de la iglesia de San José del Cabo, sitio donde estuvo la antigua misión, fundada en 1730 por el padre Nicolás Tamaral. A los cuatro kilómetros llegamos a la comunidad de Santa Rosa, antigua visitación de la misión de San José, en donde fue martirizado el padre Tamaral en 1734, por los indígenas pericúes que se rebelaron. Poco después llegamos a San José Viejo, también sitio histórico, en donde se fundó originalmente la misión de San José. En la actualidad es un reducido caserío. Enseguida pasamos por varias comunidades pequeñas, como San Bernabé, Las Veredas, el Aeropuerto Internacional de San José del Cabo, Sta. Anita, hasta llegar al paraje del Henecán en el cauce de un arroyo, en donde finalizamos la jornada. Recorrimos 26 kilómetros en seis horas, siguiendo las estribaciones de la sierra de La Laguna.

Durante el recorrido de hoy hubo un nuevo incidente con Eduardo. En la última parte de la jornada, el día se nubló más y descendió un poco la temperatura, tuvimos comunicación con el vehículo y vimos que estaba adelante de nosotros menos de dos kilómetros, con Alfonso como chofer, ya que Bruno quiso caminar este día. Eduardo pidió que el vehículo nos alcanzara para traerle un suéter, a lo cual me opuse, debido a la cercanía que estábamos. Eduardo se enojó y el resto del día siguió así. Posteriormente tanto Carlos como Bruno me comentaron lo adecuado de mi negativa.

Ene-3-1989 EL HENECÁN-SANTIAGO

Iniciamos la caminata a las doce con un día muy nublado. El trayecto fue casi todo recto y tuvimos siempre la vista de la sierra de la Laguna, con sus picos ahora más altos e imponentes que dejaban ver entre ellos varias cañadas de aspecto muy quebrado.

Santiago Añini

Durante esta caminata pasamos cerca de Miraflores y terminamos ya de noche en la antigua misión de Santiago. El pueblo de Santiago se encuentra en el extremo de un amplio valle que está al pie de la sierra. Carlos y yo terminamos la caminata justo en la antigua misión y después fuimos a saludar al delegado Sr. Arturo Gómez Cota, quien nos atendió y recibió muy bien. Nos hospedamos en la Casa del Pueblo. Nuestro recorrido de hoy fue de 28 kilómetros en siete horas y cuatro minutos.

Ene-4-1989

Por vez primera amaneció despejado. Desde la Casa del Pueblo tuvimos una magnífica vista de Santiago y su valle. El pueblo es acogedor, abundan las palmeras y los árboles grandes. Resaltaba entre la vegetación el campanario de la iglesia, que se encuentra en el sitio donde antes estuvo la misión.

Como era nuestro día de descanso nos levantamos tarde y decidimos ir a un manantial de aguas termales que hay cerca.

El techo de Baja California Sur

El manantial al que fuimos está como a 15 kilómetros al oeste. En el trayecto vimos la imponente mole del cerro de San Antonio, que con sus 2,130 msnm es la montaña más alta de Baja California Sur. Entramos a una cañada y llegamos a la comunidad de Agua Caliente. Poco después está la comunidad de El Chorro, y enseguida el manantial: hay tres surgideros; en dos de ellos el agua sale muy caliente, y en otro muy agradable la cual es ideal para un baño. El mejor de los sitios ha sido acondicionado para que se pueda acomodar fácilmente una persona. Otro de los manantiales está escarbado en la arena y rodeado de piedras, de tal forma que uno puede meter los pies cómodamente. Varias horas nos quedamos aquí, disfrutando del sitio y su soledad.

Ene-5-1989

SANTIAGO-LOS BARRILES (BAHÍA DE LAS PALMAS)

Carlos, Eduardo, Bruno y yo iniciamos la caminata de este día. Seguimos el cauce del arroyo de Santiago. Aquí sentimos la diferencia de caminar fuera de la carretera. En la carretera hay ruido, hay que tener cuidado con los carros, hay basura, y se observa mucho menor variedad de flora y fauna, además de que los pies se cansan más. Nos alejamos del arroyo y entramos a un paisaje más árido y seco, con abundancia del torote y palo Adán. Aunque hacía sol no sentimos mucho calor debido a que nos acompañaba un viento agradable. Caminamos diez kilómetros hasta la comunidad de las Cuevas, en donde volvimos a encontrar la carretera y la vista del Mar de Cortés. Llegamos a la Bahía de las Palmas, el sitio explorado originalmente por el padre Nápoli en 1721, fundando ahí la misión de Santiago (posteriormente se cambió al sitio actual). La primera impresión del padre sobre este sitio fue la siguiente:

Llegamos finalmente después de los ocho días de camino... a la deseada ensenada de Las Palmas, que es muy grande, teniendo de punta a punta cerca de doce leguas; es muy amena así por el espacioso mar, como por las muchas lagunas que tiene de agua muy buena y los muchísimos palmares que parecen tantos bosques.

En la playa de Buenavista volvimos a tocar el mar, playas hermosas, amplias, llenas de palmeras, y ahora también de hoteles y turistas estadounidenses. Inmediato está Los Barriles, que es parte de la misma zona turística. Ahí terminamos la jornada. La caminata de fue de 25 kilómetros en siete horas y 52 minutos.

El tesoro de los barriles

La comunidad de Los Barriles es muy pequeña y se mantiene en exclusiva del turismo. Fuimos a un restaurante en donde comimos unos tacos de pescado. La dueña nos platicó la leyenda de Los Barriles; hace muchos, muchos años, cuando en el sitio no había nada, llegaron unos piratas, desembarcaron y enterraron en la playa siete barriles repletos de oro. Muchos han venido a buscarlos, pero nadie los ha encontrado. Estos mitos y leyendas de piratas, son una reminiscencia de cuando estos personajes tuvieron una presencia en esta tierra. Piratas como Drake, Cavendish y otros, pasaron por estas tierras. Claro que no enterraron los tesoros producto de sus correrías, sino que se los llevaron a sus lugares de origen. Acampamos en la playa. Esa noche por vez primera desde iniciada la caminata pude ver las estrellas, resplandecía la Vía Láctea. En la orilla de la playa observamos numerosos organismos fosforescentes, llegaban con las olas y resplandecían con un verde muy intenso.

Ene-6-1989 LOS BARRILES-SAN BARTOLO

Caminamos cerca de la carretera y a las dos y media de la tarde llegamos a San Bartolo. Localizamos el ojo de agua del pueblo, el mismo que encontrara el padre Nápoli en 1721 cuando recién exploró la región. Nos dimos un

reparador baño que nos reanimó. El agua brotaba en buena cantidad y aunque no caliente, a una excelente temperatura. El sitio se encuentra entre palmeras y cañaverales. San Bartolo tiene alrededor de 1,000 habitantes.

Platicando con varias personas conseguimos las señas para llegar al antiguo mineral de Santa Ana, no lejano de aquí. Todos se quedaron convencidos de que buscábamos el tesoro del “difunto Ocio” como nos dijo uno de los señores, refiriéndose al fundador de dicho mineral, allá por el año de 1746, aunque en realidad los lugareños no tienen mucha idea de quién fue Ocio. Anduvimos un pequeño tramo dentro del arroyo y vimos lo tupido de su vegetación, me impresionó ver las enormes higueras y la forma en que sus raíces se agarran a la roca. Acampamos junto al manantial. A la luz de la fogata comentamos sobre la inmensa diferencia de los pueblos auténticos, sin cambios, con el sabor real sudcaliforniano, de aquéllos en que la industria turística los ha modificado y en algunos casos deformado como quizá está sucediendo con Cabo San Lucas, San José del Cabo y Los Barriles, y no sé cuántos otros casos de éstos encontraremos a lo largo de nuestro recorrido. Hoy caminamos únicamente 18 kilómetros. Lo hicimos en 6 horas y 40 minutos.

Ene-7-1989 SAN BARTOLO-SANTA ANA

Santa Ana

Durante ocho kilómetros seguimos el arroyo de San Bartolo. Después caminamos doce kilómetros junto a la carretera. En el kilómetro 147 nos desviamos a la derecha tomando un camino de terracería. La vegetación cambió: grandes árboles, arbustos altos y muchas cactáceas. A los cinco kilómetros llegamos al antiguo mineral de Santa Ana, actualmente dividido en dos ranchos cercanos; el rancho Santa Ana que conservó el nombre original, y el rancho El Dátil. El primero que localizamos fue el rancho Santa Ana, en donde encontramos los primeros vestigios antiguos; un posible aguaje, restos de muros y otras ruinas, más adelante restos de una casa. Estos vestigios se encontraban cubiertos por la vegetación. En el rancho del Dátil localizamos las ruinas de varias casas. Nos llamó la atención el muro

de una gran casa, los mejor preservados, con paredes de adobe muy gruesas. En sus alrededores también vimos antiguas bardas de piedra con más de un metro de espesor. Nos emocionó estar en estos vestigios coloniales. Santa Ana fue fundado en 1746, por Manuel Ocio. Se trató del primer pueblo no misional de la Antigua California. Llegó a tener gran importancia y en 1768 el visitador real José de Gálvez vivió aquí varios meses, en donde conferenció con fray Junípero Serra, planeando la expansión hacia la Alta California. Ciertamente sorprende saber que una de las regiones más prósperas del mundo, como lo es el actual Estado de California, Estados Unidos, desde este sitio olvidado y abandonado en nuestros días fue planeada su fundación. El paraje lo descubrió el padre Nápoli en 1721. Santa Ana está a un lado del arroyo de La Fundición.

Hoy Eduardo volvió a entablar conversación normal conmigo, desde el último percance que tuvimos no lo había hecho, supongo que ya se le pasó su enojo. Su adaptación le está costando un poco. Parece que ya vio lo equivocado de su pretensión de que el grupo se adaptara a su forma de ser. El intercambio es recíproco, se da un poco y se recibe igual. Este día caminamos 25 kilómetros en seis horas.

Ene-8-1989

Antes de desayunar fuimos a visitar las ruinas de la casa más grande. La construcción parece ser muy antigua y además ocupada durante largo tiempo. Presenta diversos tipos de ladrillos, desde los de puro adobe, de estilo primitivo, hasta los ladrillos rojos ya cocidos. Ignoro si la construcción original es del siglo XVIII, pero aquí vale la pena un buen estudio arqueológico e histórico ya que este es un sitio de gran importancia para la historia bajacaliforniana. Eduardo encontró una pieza de metal con la que se araba; está forjada a mano, el estilo de sus tornillos y herrajes es muy antiguo. Platicamos con el Sr. Armando Salvatierra y su familia, habitantes del rancho El Dátil. El Sr. Salvatierra es blanco, como la mayoría de los rancheros de la región, descendiente de los soldados venidos con los misioneros. Recuértese que aquí prácticamente no hubo mestizaje. La zona

donde estuvo el mineral de Santa Ana abarca varios ranchos. Además de los que ya vimos, también está el Ancón de Guayabos y La Fundición, todos diseminados en unos cuantos kilómetros, tres o cuatro, a lo largo del arroyo de La Fundición.

Fuimos al rancho de la Fundición porque se nos dijo que ahí se encontraba la antigua fundición del mineral de Santa Ana. Nos recibió un amable anciano de 88 años, quien nos dio detalles sobre cómo llegar a los restos de la fundición, que estaban sobre el cauce del arroyo, junto a un palmar, como a medio kilómetro del rancho. Bajamos al arroyo y pronto dimos con los primeros restos; muros, aljibes, terraplenes, hornos de fundición, aún con mineral fundido, muros de piedra, y paredes altas y bien conservadas. Nos impresionó el sitio y pasamos un buen rato explorándolo. Como a doscientos metros de este sitio, arroyo abajo, encontramos más restos, una cerca de piedra muy ancha, y una construcción de piedra muy bien preservada; eran dos paredes paralelas, unidas por una especie de chimenea, todo con unos cinco metros de altura por 10 de largo, y con dos amplias ventanas. Además había dos pilas. Todo cubierto por la maleza y las cactáceas. De la última construcción, surgían dos enormes higueras, bien agarradas a los muros. Todo esto se ve que estuvo abandonado desde hace muchísimo tiempo, quizá más de un siglo, ya que el señor de 88 años que vive en La Fundición habita aquí desde 1907 y nos dijo que ya desde entonces todo estaba en ruinas.

Los problemas con Eduardo han continuado: trabaja lo menos posible; ha dado los pasos mínimos indispensables, carga todo lo que él necesita (contra lo que hemos hecho los demás de cargar en conjunto). A veces me da la impresión de que Eduardo está haciendo su caminata, aprovechando la nuestra, ya que incluso su aportación a la expedición fue y ha sido mínima.

Ene-9-1989 SANTA ANA-EL TRIUNFO

Caminamos entre terracerías y carretera hasta llegar a la mina de oro de San Andrés. Seis mineros la estaban trabajando. Esta mina tiene una ley de 30 gramos por tonelada, consta de un túnel como de mil metros de largo, con varios tiros en su recorrido. Nosotros penetramos como 50 metros hasta el primer tiro, iluminados con una lámpara de carburo. En todo el túnel existe una pequeña vía con pequeños vagones con los cuales extraen el mineral. El túnel no es muy amplio, dos metros de alto, por casi dos de ancho, y su techo y paredes bien apuntalados con troncos de madera. Más adelante, en el kilómetro 153, vimos otra entrada de mina.

San Antonio y el Triunfo

Como a las tres horas de caminata llegamos a San Antonio. También es un antiguo mineral del siglo XVIII, tuvo minas más duraderas que las de Santa Ana, de hecho aún tienen una pequeña actividad. En el siglo pasado su auge fue grande, llegando a tener su Casa de Moneda.

A siete kilómetros de San Antonio, por el viejo camino, se encuentra El Triunfo, otro mineral del siglo XVIII. Nuestra primera visión de este pueblo fue su gran chimenea, de 40 metros de altura construida en los años 60 del siglo XIX, por los franceses, los mismos del pueblo de Santa Rosalía. Hallamos restos de hornos, túneles, muros, puentes y construcciones. El mineral se acabó hace muchos años. Actualmente su comunidad ejidal explota los restos del mineral de desecho, en donde aún se suele encontrar leyes comerciales. La comunidad es agradable. Destaca la Casa Municipal, construida en 1860, tiene en su patio un pequeño teatro, “El Niño Artillero”, que fue el primero en toda la península. El Triunfo es un pueblo semiabandonado, casi fantasma. La mayoría de sus casas están deshabitadas. Nuestro recorrido fue de 22 kilómetros en siete horas y 10 minutos.

Al vehículo de apoyo lo hemos llamado “La Mula” y a Bruno y Alfonso “Los Arrieros”, para hablar en términos misionales. Hoy Carlos me comentó su malestar ante las actitudes de Eduardo, es la segunda vez que lo hace. El aislamiento de Eduardo y su política de “cada quien se rasque con sus uñas”,

que tomó desde los primeros días, podría afectar el buen desempeño de la expedición.

Ene-10-1989 EL TRIUNFO-SAN PEDRO

Temprano salimos del Triunfo dejando los últimos cerros de la sierra de la Laguna. Caminata monótona, casi todo recto sobre una gran planicie. Finalizamos en la comunidad de San Pedro. Esta noche buen rato me extasié viendo a las estrellas. ¡El cielo se veía tan hermoso! Hoy avanzamos 26 kilómetros en seis horas y 25 minutos.

Ene-11-1989 SAN PEDRO-LA PAZ

Nuestra Señora del Pilar de La Paz Airipí Continuamos con el mismo paisaje monótono de ayer, recto y plano. En el kilómetro 203 tuvimos la primera visión de la bahía de La Paz, la antigua Bahía de la Santa Cruz (así bautizada por Hernán Cortés en 1535). Fue en diciembre de 1533 cuando Fortún Jiménez desembarcó en esta bahía, efectuándose así el descubrimiento de California por parte de los españoles. Imaginé su carabela solitaria, bajando los españoles en los pequeños botes para alcanzar la playa. No fue un momento glorioso, ni hubo toma de posesión o algún tipo de acto oficial. Jiménez y sus hombres venían huyendo. Se habían amotinado y traicionado al mismísimo Cortés, quien los había enviado a explorar el Pacífico. A media travesía asesinaron a Diego Becerra, el capitán. Jiménez era el piloto del barco, pero su ambición se desbordó y contagió a la mayoría de los tripulantes. Pronto pagaron su crimen. A poco de desembarcar, fueron muertos a flechazos por los guaycuras, los habitantes milenarios de la bahía. Sólo escaparon los pocos hombres que no bajaron a tierra firme.

Eran las dos y media de la tarde cuando llegamos a la Catedral, el fin de nuestra jornada y primera etapa. Un momento descansamos, admirando la iglesia de piedra, construida en 1861, cercana al sitio donde estuvo la antigua misión de Nuestra Señora del Pilar de la Paz Airipí, fundada en

1720 por el Padre Jaime Bravo. Hoy fueron 27 kilómetros más a nuestra cuenta para saldar todos los kilómetros de la península, cubiertos en siete horas.

Ene-12 a 14-1989

Tuvimos numerosas entrevistas. Especialmente motivante fue el apoyo que nos dio el profesor Hernán Salvador Santana Pérez, el Lic. Jorge Amao (director del INAH en el Estado) y el profesor César Piñeda Chacón, director del Museo Regional de La Paz. Estuvimos con el presidente municipal de La Paz, el Ing. José Carlos Cota Osuna, a quien le expusimos nuestro proyecto.



Bahía de La Paz, la antigua Santa Cruz de Hernán Cortés.



Cabo San Lucas. Aquí dimos el primer paso, el primero de enero de 1989.



Desembocadura del arroyo de San Bartolo.



Catedral de La Paz. Aquí terminamos la primera etapa de la caminata, el 11 de enero de 1989.



El viejo pueblo minero de San Antonio.



La misión de San José del Cabo.



Misión de Santiago, visitada el 3 y 4 de enero de 1989.



Vestigios del mineral de Santa Ana, perteneciente al “difunto” Ocio.



Mina de San Andrés, cercana al viejo mineral de San Antonio.



Vieja casona de Santa Ana. En este mineral conferenciaron fray Junípero Serra y el visitador Gálvez para planear la ocupación de la Alta California, en 1769.



Manantial termal al pie de la sierra La Laguna. Aquí descansamos el 4 de enero de 1989.

Segunda Etapa

LA PAZ-LORETO

El 13 de noviembre de 1720 los padres Jaime Bravo y Juan de Ugarte fundaron la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz, actualmente la ciudad de La Paz. Para esta fundación ambos misioneros salieron de Loreto en barco, ya que para entonces no existía ninguna vía terrestre que uniera a la bahía con Loreto. Para consolidar esta misión y expandir el sistema misional a todo el sur peninsular, se consideró esencial abrir dicha ruta terrestre, la que se le encargó al padre Clemente Guillén, que para entonces ya era un destacado explorador californiano.

Guillén partió de su misión, en San Juan Malibat (o Liguí), al sur de Loreto, el 11 de noviembre de 1720, y 26 días después, el seis de diciembre, después de un difícil recorrido, alcanzó la bahía de La Paz. A los pocos días regresó a su misión, pero lo hizo buscando otra ruta más fácil, ya que la primera resultó impracticable.

En la segunda etapa de la caminata seguimos esa primera difícil vía que siguió Guillén entre Loreto y La Paz, la cual jamás volvió a ser usada. Después del misionero nosotros fuimos los siguientes en recorrerla, aunque lo hicimos en sentido contrario al de Guillén, es decir de La Paz a Loreto. En esta entrada penetramos a algunas de las partes más abruptas de la Sierra de la Giganta, y todo el recorrido fue siguiendo dicha sierra.

Ene-15-1989 LA PAZ-PUNTA LEÓN

Salimos de la Catedral de La Paz y enfilamos al malecón, en donde vimos la bahía llena de pequeños yates y veleros. Estas visiones permitieron que mi mente viajara al pasado, al año de 1535, cuando el 3 de mayo Hernán Cortés personalmente tomó posesión, de una manera muy solemne, de la bahía en nombre de la Corona española. La bautizó con el nombre de “Santa Cruz”. Entre otras cosas, Cortés pretendía colonizar la tierra y formar una nueva gobernación. Trajo consigo a mucha gente con el gancho de que encontrarían tesoros y riquezas. Sin embargo fue todo un fracaso. Los Guaycuras prácticamente sitiaron la bahía y muchos españoles murieron. Cortés esperaba encontrar una tierra fértil, con indios sedentarios que practicaran la agricultura. Pero nada. Sólo encontró un desierto y grupos indígenas que le hacían guerra de guerrillas, por lo que todas sus estrategias fracasaron. Son muy dramáticos los testimonios de sus soldados, he aquí dos de ellos:

...ques la más estéril e la más perversa e malvada tierra que hay en el mundo, e cree que no hay otra más mala en lo descubierto ni por descubrir; e que muertos de indios e de hambre...pasaban de cuarenta... ..es tan público y notorio el trabajo y necesidad que pasaron en la dicha jornada cuanto pudo ser en desventura del mundo porque murieron de hambre muchos cristianos y españoles...

Cortés encontró su cruz en la bahía de Santa Cruz. Cortés no fue el único en fracasar en esta bahía. De hecho Cortés da principio a una serie de intentos fallidos por ocupar la bahía. Después de él fue Vizcaíno (1596), Ortega (principios del siglo XVII), Kino (1683), Salvatierra (1716), y otros menos importantes. Los guaycura de La Paz fueron muy aguerridos y durante muchos años rechazaron exitosamente todo intento de ocupar la bahía. Incluso cuando Bravo y Ugarte pudieron establecer la misión de La Paz, esta no duró mucho y para 1734 fue totalmente destruida. Nunca volvería a levantarse.

Tomamos rumbo a San Juan de la Costa por la planicie costera. Grandes cardones nos presentaban un bello panorama. A lo lejos veíamos la

sierra de la Giganta. Estábamos en las faldas de los primeros cerros, cuando terminamos la jornada cerca de Punta León. Este paraje tiene una pequeña playa con arena gris, dunas y cardones. El viento soplaba fuerte y el mar estaba picado. Eso le daba un especial encanto al mar, con sus frentes de olas. Encontramos una casita en donde nos quedamos a dormir. Por la noche, vimos a lo lejos las luces de La Paz. Hoy caminamos 33 kilómetros en nueve horas con cinco minutos.

Ene-16-1989 PUNTA LEÓN-SAN JUAN DE LA COSTA

Por la mañana me sorprendieron las visiones del mar. Seguía el fuerte viento y el mar más picado aún, formándose grandes conjuntos de olas. Una brisa se levantaba, la que resplandecía con la luz del amanecer, dándonos una visión fantástica. Los primeros rayos del sol iluminaron con un tono cálido naranja los cerros de la sierra de la Giganta. Frente a nosotros teníamos las islas Espíritu Santo y Partida.

Sierra de La Giganta

Penetramos a la Sierra de la Giganta con sus cerros quebrados, cañadas profundas y verticales, acantilados que caen directamente al mar, ¡es impresionante! y más pensar que por aquí pasó el padre Clemente Guillén en 1720, con mulas y todo, en lo que fue la primera exploración por tierra de Loreto a La Paz. El padre Guillén, anotó en su diario lo siguiente acerca de esta parte:

Hoy apenas comenzamos el camino, trataron de impedirnoslo los cantiles. Vencidos unos se seguían otros. En uno de ellos se nos rodó una carga y en otros fue necesario descargar algunas mulas, las menos fuertes, para pasarlos. Finalmente, con la ayuda de Dios, los vencimos todos.

Nosotros caminábamos tranquilamente sobre la carretera, pero el padre Guillén, no tenía ni veredas siquiera. De vez en cuando tocábamos alguna playita. En una de ellas encontramos una ballena piloto, muerta. Se trataba

de un adulto joven, de tres metros y medio de longitud, que tenía entre uno y dos días de fallecida. Su cuerpo estaba rodeado de zopilotes y gavio-
tas, que en cuanto nos sintieron cerca, volaron en diferentes direcciones. A la una de la tarde desayunamos en la Punta Yepi. Localizamos en el sitio gran cantidad de herramienta lítica, perteneciente a la antigua cultura indí-
gena que habitó el lugar. Encontramos sobre todo raspadores. Al entrar a la sierra la vegetación cambió bruscamente, siendo más escasa y adquiriendo un aspecto de mayor aridez. También apreciamos el cambio geológico, ya que aquí predominan las rocas volcánicas. Terminamos la jornada en San Juan de la Costa.

San Juan de la Costa

Es un pueblito minero que vive de la explotación de la fosforita. Hace algunos años sólo era una reducida comunidad de pescadores, pero en sus cercanías se descubrieron enormes yacimientos de fosforita, y eso le dio vida. Actualmente la empresa del gobierno Rofomex (Roca Fosfórica Mexicana) es la que explota las minas. Acampamos pasando el pueblo, ya que hay mucho mosquito en la zona debido a las aguas contaminantes que descarga la planta al mar. Fue en San Juan de la Costa en donde el famoso escritor Fernando Jordán pasara los últimos meses de su vida, entre 1955 y 1956, esforzándose en establecer un rancho. Jordán fue un enamorado de Baja California y escribió sobre esta tierra su apasionado libro “El Otro México”. Hoy fueron 22 kilómetros más a nuestra cuenta kilométrica peninsular. El tiempo de siete horas y media.

Ene-17-1989 SAN JUAN DE LA COSTA-ARROYO LAS ÁNIMAS

Seguimos una terracería y casi todo el trayecto fue junto al mar. Pasando San Juan llegamos a las instalaciones de Rofomex. Vimos los inmensos jales; dos enormes lomas formadas de material de desecho. Enseguida la planta de tratamiento del mineral, el embarcadero y los desagües al mar. Dejamos este

antipaisaje y penetramos a una zona de lomeríos. A lo lejos veíamos todo el frente de la Giganta; era una amplia pared de piedra que parecía impedir el paso. Por ahí descendió el padre Guillén hacia la costa. Se veía sumamente abrupta, difícil de trasponer. Hacia las tres de la tarde finalizamos la jornada en el arroyo de Las Ánimas.

Las Ánimas

En este arroyo encontramos una casita abandonada, bien conservada, en donde decidimos pasar la noche. El mar se encontraba como a un kilómetro. Subimos una pequeña loma para ubicarnos en el mapa topográfico y analizar la posible ruta de Guillén. La sierra sólo dejaba ver paredes verticales y ningún punto por donde pasar. Calculamos que al acercarnos encontraríamos dicho paso. Con nosotros traíamos el diario de Guillén y vimos que la descripción coincidía con aquel sitio:

Caminamos al norte como cuatro leguas, y después dos al oriente, hasta llegar al bordo de una alta loma, desde donde divisamos el mar, pero entre él y nosotros vimos unas profundas hoyas. ...emprendió bajar por un desfiladero, donde lo que no ocupaba la peña, cerraba el tronco por el mucho monte. Caminábamos con mucho trabajo, no sólo por lo muy empinado de la ladera, mas bien porque el paso que se daba lo había de componer o el machete o el rodar la piedra. Todo a fuerza de brazos, y todo sin saber el fin de este camino. Porque se miraba un arroyo, para donde se dirigían los pasos, mas tan profundo, que dudábamos mucho poder bajar. Finalmente, perseverando en el empeño y con buen trabajo, caímos a la caja del arroyo.

El arroyo mencionado es el de Las Animas. Antes de dormir caminé un poco. La luna, aunque no completa, iluminaba bien el paisaje y dibujaba de una manera muy tenue el perfil de la sierra. Escuchaba el murmullo del mar y del viento. Sentí la soledad del desierto. Es la primera vez que nos encontrábamos realmente separados de carreteras, ciudades, ruidos, civilización, etc. y se percibía en el ambiente. Ninguna luz veía en la distancia. Hoy solo caminamos 20 kilómetros, lo hicimos en siete horas.

Enero-18-1989

ROFOMEX

Temprano fuimos a las minas de Rofomex, ya que se nos autorizó para visitarlas. Se nos dio una amplia explicación sobre la geología de la zona y el funcionamiento de las instalaciones y las minas. Los horizontes con fosforita se presentan en la formación Monterrey, y tienen un espesor variable entre 1.3 y 2 metros. Rofomex comenzó a operar estas minas en 1981. Al inicio se trabajó con minas a cielo abierto, por estar el mineral muy cercano a la superficie. En cuanto éste comenzó a profundizar se pasó al trabajo subterráneo, primero con los métodos tradicionales de barrenación y dinamita, y actualmente ya casi totalmente con el sistema de “minero continuo” que es una máquina que va escarbando. Esto tiene grandes ventajas sobre todo quita el peligro de las ondas sísmicas por las explosiones con los métodos tradicionales. La extracción actual de mineral es de 6,000 toneladas diarias, lo cual convierte a San Juan en la zona de minas subterráneas con mayor extracción en el país. La planta opera prácticamente todo el año, día y noche (tiene tres turnos), con excepción de los días en que se da mantenimiento a la maquinaria. La zona en explotación, con mineral localizado hasta ahora, es de once kilómetros de longitud por seis de ancho. Durante 1988 se extrajeron medio millón de toneladas de mineral.

Mina Agua Amarga

La primer mina que visitamos es la llamada “Agua Amarga”. Su entrada se encuentra en el fondo de una de las antiguas minas a cielo abierto, y es un túnel de casi dos metros de altura. De su boca sale una banda que continuamente está sacando mineral. Penetrar a ella es ingresar a otro mundo. Adentro se percibe una gran actividad. Por el túnel iban y venían mineros e ingenieros. El túnel se ramificaba y de pronto surgían por un lado y por otro camiones y máquinas con mineral. El ruido era infernal, y había mucha humedad y calor. Por un momento las máquinas me parecieron monstruos de la tierra o dinosaurios que amenazaban aplastarnos. Caminamos

varios centenares de metros entre túneles, viendo toda esta actividad y fuimos hasta el punto mismo en que extraían el mineral. Vimos las barrenadoras y los sitios en que colocaban la dinamita para después explotarla. Se apreciaba bien el horizonte de fosforita e inclusive distinguimos varios fósiles incrustados en la roca. ¡Era verdaderamente impresionante! Las máquinas y camiones que pululaban de un lado a otro tenían la dimensiones casi exactas del túnel, por eso era imponente ver venir esas máquinas de acero sin tener uno casi ningún espacio para hacerse a un lado.

Mina La Calera

Después fuimos a la mina la “Calera”. Se le explota con el método de “minero continuo”. Aquí el túnel es mucho más uniforme ya que es una máquina la que va excavando. Al igual que en la otra mina, también vimos una intensa actividad, pero hay un sistema de aire acondicionado y extracción de polvo que mantiene agradable buena parte de la mina. El techo del túnel es menos alto, alrededor de metro y medio, teniéndose que caminar un poco agachado. Grandes sistemas de bandas extraen el mineral. Llegamos hasta el frente de la mina donde estaba trabajando el “minero continuo”. Se trata de una poderosa máquina, que con unos barrenos giratorios va rompiendo y moliendo el mineral y lo va depositando en un camión que lo transporta hasta la banda, como a cien metros de ella. Es impresionante la forma en que extrae el mineral, cinco toneladas en un par de minutos, los cuales vomita sobre el camión al mismo tiempo. Los túneles son un verdadero laberinto, pero con un poco de práctica es fácil orientarse.

A la fosforita se le utiliza principalmente en la producción de fertilizantes. También es muy útil de muy diversas formas en la industria. Completada la visita a estas dos minas (en total se explotan cuatro minas en la región), fuimos a la planta donde benefician el mineral y lo dejan listo para su envío a la industria. Ahí se nos explicaron los diversos procesos a que es sometido antes de embarcarlo ahí mismo. Finalizado el recorrido nos dirigimos a La Paz.

Ene-19-1989

Arreglamos diversos asuntos en La Paz y regresamos al campamento en Las Ánimas.

Ene-20-1989

Don Guillermo Almaraz Ortega, uno de los viejos residentes de San Juan de la Costa, nos dijo que el único paso para subir a la sierra de la Giganta era el de la Cuesta de Federico, a la altura del rancho El Potrero, como ocho kilómetros más adelante.

El rancho El Potrero tiene un aspecto desolador, un tanto miserable. Eran dos ó tres casitas mal levantadas con materiales de desecho, rodeados del árido paisaje de cardones, huizaches y ocotillos. Vimos unos caballos casi esqueléticos. Nos recibió una mujer que me dio pena verla, sucia, embarazada, triste. Se percibía la pobreza. Nos dijo que su esposo, el señor Guadalupe Rafael Amador se encontraba cerca de ahí, cultivando. Lo localizamos; delgado, güero, de ojos azules, piel blanca, muy amable. Estaba cultivando en el desierto. Comentó que quería aprovechar la poca agua que se había juntado en las pasadas lluvias. ¡En esta región no había llovido en años! Su ganado estaba muy mermado y se estaba dedicando más a la pesca y al buceo en busca de la almeja chocolata. Don Guadalupe nos dijo que por Las Ánimas sí existe un paso para brincar la sierra. Le llaman “El Testerazo de las Ánimas”. Este paso él ya lo había subido, pero no es posible hacerlo a caballo, pero que ha sabido que las vacas sueltas lo hacen. Después de esto, nos regresamos a Las Ánimas. Don Guadalupe nos guiará mañana al Testerazo. Fuimos a la playa y disfrutamos un buen rato de la vista del mar, sus olas, la brisa, la arena, la visión de la isla Espíritu Santo, y del cerro del Mechudo. ¡Qué hermoso sitio! sobre todo aprecio su soledad.

Batequi

Al norte del Potrero se encuentra un arroyo llamado “Batequi”, la palabra bateque o batequi es de origen indígena (ignoro si de la península o del in-

terior del país) y significa “pozo”. En tiempos misionales, los exploradores la utilizaban cuando escarbaban sobre el cauce de algún arroyo, ó manantial seco, en busca de agua. Yo pensé que este término ya no se utilizaba en la actualidad, sin embargo no es así. Le pregunté al Sr. Amador si sabía lo que era “batequi”, o por qué se llamaba así el mencionado arroyo, me dijo que el término batequi lo empleaban cuando hacían un pozo de agua para el ganado. El mencionado arroyo se llamaba así porque en él era más fácil hacer batequi, es decir encontrar agua escarbando en el cauce.

La reunión

A petición de Bruno, después de la cena estuvimos platicando para evaluarlos y conocer nuestras fallas y aciertos. Yo había postergado esta plática esperando que Eduardo cambiara un poco. Como los días pasaban y no veía ningún cambio ya no tuve inconveniente en que se llevara a cabo. Presentí que iba a haber problemas con Eduardo. Carlos también lo habrá sentido así, ya que antes de que se iniciara la reunión me dijo que él me apoyaba en todo. El problema más importante que se había suscitado en la expedición era Eduardo, por su falta de integración al grupo. En la reunión se señalaron multitud de errores y fallas, normales, de todos, que no viene al caso mencionar porque en buena parte son secundarias. Sólo mencionaré los dos problemas fuertes que tuvieron consecuencias para la expedición.

1 Desde un principio Eduardo me atacó, era evidente que no pensaba cambiar, más al contrario, pensaba que nosotros, especialmente yo, éramos los que debíamos cambiar. Eduardo no se había dado cuenta del malestar general que había en su contra. Seguía pensando en su modelo teórico del explorador y del jefe de la expedición. Comprendí que tarde o temprano Eduardo debía salir de la expedición, así que decidí atacar a fondo por el bien de todo el proyecto. Definitivamente ya no podría estar tranquilo mientras Eduardo estuviera con nosotros. Me parecía muy injusta su actuación, era el que menos aportaba y el que más reclamaba para sí. Viendo esa actitud irreconciliable, propuse que hubiera un cambio, que Bruno caminara y Eduardo acompañara a Alfonso en el vehículo. Ante esta proposición Eduardo renunció a la expedición, recalcando que su decisión era irrevocable. Esto me fue un gran alivio ya que quitaba la principal fuente de problemas que hasta ese momento habíamos tenido. De continuar él,

seguramente los problemas se agudizarían y no sabría decir a que podrían llegar. Aunque de no renunciar él, tarde o temprano creo que hubiera tenido que pedirle que abandonara la expedición.

2 Bruno. Los problemas con Bruno se relacionan con el vehículo. Varios meses antes de iniciar la caminata, la dueña de la radio Bahía, que vive en Tijuana me ofreció apoyar la expedición con un vehículo. Confiado en esta circunstancia continuamos con los preparativos considerando que el vehículo ya lo teníamos. Pues bien, el 12 de diciembre (de 1988) que arribó a Tijuana Carlos, fuimos a hablar con ella, indicándole que ya era necesario contar con el vehículo, pues habíamos fijado la fecha de salida hacia Cabo San Lucas para el 20 de diciembre. Sin embargo, de la manera más grosera nos dijo que ella no iba a apoyar nada (desde un principio mis relaciones con la dueña de la radio no fueron de lo mejor debido a su forma de ser prepotente). Esto nos dejó en una situación difícil ya que no disponíamos de mucho tiempo para obtener un vehículo. Habíamos dejado pasar buenas oportunidades por considerar un hecho lo de la radio. Total que le compramos a mi hermano Alfonso su camioneta (accedió generosamente a hacerlo) que aunque no era lo mejor, en ese momento desesperado fue la mejor opción de que dispusimos. Desde un principio Alfonso y Bruno no estuvieron de acuerdo con el vehículo, sin embargo lo aceptaron ya que no disponíamos de ninguna otra opción y el tiempo se nos venía encima (finalmente salimos hasta el 28 de diciembre). Al pasar el tiempo, Alfonso aceptó bien al vehículo, que como ya dije lo bautizamos como “la Mula”, no así Bruno que siempre esperaba que tronara de un momento a otro.

Bruno nos dijo que él había sufrido más de 30 accidentes, en los cuales habían muerto algunos de sus amigos, y que en base a esa experiencia consideraba que la Mula no cubría un mínimo de seguridad. Analizamos cada una de las posibles fallas y sus consecuencias y lo que todos vimos fue una actitud fatalista de Bruno. Quería que el vehículo tuviera tantos arreglos que nuestro presupuesto no alcanzaría para cubrirlos. Pero además ninguno de nosotros compartía sus puntos de vista, los cuales consideramos que eran los de un traumatizado. Insistió diciéndonos que si no hacíamos lo que pedía renunciaba. Le propuse que caminara en lugar de Eduardo, pero no aceptó, mentalmente ya había renunciado a la expedición desde hacía tiempo. Sentí esta decisión ya que Bruno es un buen elemento.

Bruno y Eduardo son de las personas que se derrotan antes de intentar las cosas. No fue casualidad que Eduardo renunciara en este sitio, justo cuando comenzaríamos a caminar lejos de los caminos y nos meteríamos a la parte abrupta de la sierra, sin veredas ni guías. Si por él fuera caminaríamos todo el tiempo siguiendo la carretera. Estaba lleno de inseguridades que no le permitían enfrentar los retos de una manera sana. Por su parte Bruno estaba seguro de que el vehículo se descompondría más temprano que tarde, y al no tener este apoyo la caminata fracasaría y haríamos el ridículo, por lo cual era mejor renunciar ahora. Le hicimos ver que si nos salíamos ahora de todos modos haríamos el ridículo y que mejor se esperara a que el vehículo fallara y ya entonces veríamos lo procedente. Tanto Eduardo, Bruno como Alfonso ignoraban que Carlos y yo preparamos una serie de planes alternativos en los que contemplábamos una logística en el caso de que renunciaran ellos tres, los que no eran exploradores. Carlos y yo estábamos decididos a terminar la caminata. Entre nuestros cálculos estaba el que podríamos llevar a cabo el proyecto sin necesidad de un vehículo de apoyo, sin embargo preferimos hacerlo así por las facilidades que nos brindaba y las mejores posibilidades de promoción y ayudas. Esa reunión, que duró como tres horas, fue un verdadero trago amargo para mí, pero creo que lo que sucedió ha sido positivo para la expedición, sobre todo la salida de Eduardo. A continuación transcribo los puntos de vista de Carlos, sobre la reunión:

¿Qué te parece la expedición hasta ahora?... todos contestamos aproximadamente lo mismo y coincidimos en las reglas generales. Cuando tocó el turno a Eduardo comenzó a atacar por lo bajo, en términos tan vagos que todos sabían hacia quien iba pero no se le podía desmentir pues “no he dicho nombres”. Esta actitud agresiva y cobarde -aunque astuta, debo reconocerlo- ocasionó los primeros roces en “público”, si es que pueden llamarse así.

...Si bien no esperábamos que Eduardo aceptara sus culpas, tampoco creímos que nos iba a echar la culpa de ellas, pero tiene una cierta facilidad para hablar y enreda los hechos con la teoría, algo que no puede ser compatible... para mi gusto fue una manera de criticar bastante mala y de ínfima calidad; creí que si bien Eduardo era una persona con gustos, aficiones, e intereses diferentes (incluso “valores” como lo dijo él) podía razonarse con él o esperar que tuviera una madurez suficiente para aceptar situaciones diferentes. En múltiples ocasiones

he mencionado que en sobrevivencia lo principal es adaptarse al medio; nunca rechazarlo. Esto último fue lo que hizo el citado y por eso terminó donde está ahora, en un autobús rumbo a Ensenada, pues puso su renuncia con calidad de “irrevocable”, como si estuviésemos en una oficina de cualquier ciudad.

...El problema de Bruno...no es que haya sobrevivido a 34 accidentes en automóvil, si no su actitud totalmente fatalista. Para mi gusto cada accidente debe ser tomado de manera positiva para formar el carácter y no estar temiendo el resto de la vida, por uno de ellos (si es que a esta manera de ser puede llamársele vida).

...Terminé dándome cuenta que ni Bruno y mucho menos Eduardo podían ser personas que pudieran adaptarse a lo que tenemos, no tienen el espíritu de un explorador o de un amante de la naturaleza, o tal vez lo sean, pero a la manera de Eduardo: teóricamente, fantaseando con querer hacer y no poder hacerlo, con estereotipos que quieren seguir al pie de la letra y ¡por todos los demonios! la naturaleza no admite estereotipos, acepta sólo a aquellos que se entregan sin abandonarse, y saben respetar sus reglas del juego y que, finalmente, no esperan nada de ella más que lo que ella misma pueda ofrecer. Esas son las reglas, o las aceptamos para descubrirnos parte de un mundo infinito y abrirnos a la eternidad o las rechazamos para entrar en los callejones de ruido, luz, y sonido, smog y rutina, artificialidad, desesperada, que conocer a la muerte así, a secas, y no a la unión con nuestra creadora: la tierra.

Así que Eduardo y Bruno quedaron fuera de la expedición en forma voluntaria.

Ene-21-1989

Nos dirigimos a La Paz. Reinaba entre nosotros un silencio muy pesado. Dejamos a Eduardo en la Central de Camiones y a Bruno en el centro y volvimos a Las Ánimas.

Ene-22-1989
LAS ÁNIMAS-ARROYO SAN HILARIO

Acompañados por Don Guadalupe, muy de mañana avanzamos hasta llegar muy cerca de la sierra, justo donde empieza a alzarse como un muro. Con la sencillez característica, Don Guadalupe nos platicó algo de su vida. Tiene 35 años de edad y su familia está formada por su esposa, ocho hijos, más uno que está por nacer. Tiene hondas raíces en la Giganta, de donde eran sus padres y sus abuelos. Ahora se dedica a la siembra, la pesca y al buceo. Tiene ocho hectáreas de tierra y aún con poca lluvia llega a sembrar maíz, cebolla, calabaza, sandía, garbanzo y frijol. Bucea buscando la almeja chocolata. Nos dijo cómo los explotan los patrones, comprándoles barato el producto, rentándoles caro el equipo y robándoles con básculas arregladas. Nos contó que una vez estuvo a punto de morir ahogado durante un buceo. Conoce a fondo el medio natural de la sierra; Conoce cada arroyo, cañada y aguaje. Sabe de la flora y de la fauna. Su conocimiento es empírico, transmitido a lo largo de generaciones, lo que le permite sobrevivir en este medio. Sabe preparar el mescal tatemado, un alimento de los antiguos guaycura. Sabe como seguir al borrego cimarrón. Sabe de la zaya (*Amoreuxia palmatifida*) y de otras plantas alimenticias silvestres que no lo dejarían morir, y así puede permanecer en la sierra indefinidamente, sin más ayuda que su conocimiento ancestral.

Subiendo La Giganta

Seguimos caminando y a poco llegamos a un manantial, con agua abundante (para estos lugares) y cristalina, rodeado de palmeras (esto es característico en toda la península, donde hay agua, hay palmeras). Subimos por un cerro que era una arista que remata hasta la pared vertical de la sierra. La subida fue pesada y peligrosa; a ambos lados teníamos desfiladeros. Cuando llegamos a la pared, no me imaginaba por donde íbamos a continuar, ya que de lejos no se apreciaba nada, pero ya estando cerca se veía por donde; era por el talud alto de los antiguos derrumbes, siguiendo el límite entre la pared y la fuerte pendiente del talud. Tomamos una vereda de borregos ci-

marrones. Abajo, muy al fondo, teníamos el arroyo de Las Ánimas. La vista alcanzaba hasta el mar. A nuestra izquierda veíamos la sucesión de paredes verticales de la sierra, y hacia abajo los desfiladeros, un resbalón, un paso en falso y caeríamos bastante lejos. Cuando pudimos distinguir la ruta que seguiríamos hasta ascender a la mesa de las Tarabillas, don Guadalupe se regresó con Alfonso.

El Testerazo de Las Ánimas

Caminamos un rato hasta llegar a un enorme canalón rocoso, que es el inicio del arroyo de Las Animas, la parte que llaman “el Testerazo”; subimos y pronto alcanzamos lo alto de la mesa de las Tarabillas hacia las cuatro de la tarde. Nos dio mucha alegría. Parece difícil que por aquí haya bajado el padre Guillén, pero definitivamente esta fue la zona por donde lo hizo. No por nada esta ruta jamás volvió a ser usada por los misioneros. Desde Las Ánimas salvamos un desnivel de más de 400 metros, los últimos 200 casi totalmente verticales.

En la mesa de las Tarabillas, ya en la otra vertiente de la sierra el paisaje era totalmente distinto. No veíamos mucho por lo tupido de la vegetación. Nos sorprendió el palo Adán ya que se nos presentó en una densidad que contrastaba con la de la zona que veníamos, apenas nos permitía caminar y sus espinas se empeñaban en cerrarnos el camino. Con cierta dificultad bajamos hasta el arroyo de San Hilario. Me impresionó lo cerrado de los pitayales, que con sus duras espinas dificultaban enormemente el caminar y nos obligaron a dar no pocos rodeos. A poco de andar, sobre el arroyo encontramos una tinaja con buena agua, la cual aprovechamos para llenar una cantimplora que ya casi teníamos vacía. Caminamos hasta un poco antes de oscurecer. Caminamos 18 kilómetros en nueve horas.

Ene-23-1989
ARROYO SAN HILARIO-EL PILAR

Por la mañana el rocío era abundante y los pajarillos lo bebían ávidamente. Casi todo el día caminamos bajando por el arroyo de San Hilario. La monotonía solo la rompió el rancho abandonado de la Matancita. Por la tarde tomamos una olvidada brecha que va al rancho El Pilar. Acampamos en el cauce del arroyo del Pilar. Hoy nuestros pies recorrieron algo así como 25 kilómetros. El tiempo fue de casi 11 horas.

Ene-24-1989
EL PILAR-KILÓMETRO 36
(CAMINO LAS POCITAS-LA SOLEDAD)

Nos dimos cuenta que nos quedamos a escasos dos kilómetros del rancho San Juanito, en donde nos esperaba Alfonso. Aquí vive el Sr. Victorino Lucero y su familia, quienes nos recibieron muy bien y nos permitieron usar su cocina. La casa esta construida con palmas, desde el techo, hasta los gruesos troncos. La cocina, con su fogón al estilo antiguo, todo el techo lleno de hollín. Hay otras casas de piedras de principios del siglo XX. El hijo de don Victorino, Humberto Lucero, de 16 años, nos mostró su colección de puntas de flecha que ha venido formando en los últimos años. Nos regaló varias.

Seguimos caminando y pasamos por los ranchos San Rafael y El Pilar. Tomamos la terracería que va a La Soledad. Veníamos sobre el borde occidental de la sierra de la Giganta, continuando en la ruta del padre Guillén. Carlos descubrió vestigios de antiguos cocedores indígenas, es decir fogatas donde los indios calentaban el pedernal para así trabajarlo y hacer sus herramientas líticas. Localizamos varias puntas de flechas y otras herramientas de piedra. Fue un hallazgo interesante y emocionante. El atardecer fue muy hermoso. Finalizamos la caminata, en el kilómetro 36.

Hoy caminé conmigo Alfonso. Carlos le propuso que se turnaran en el manejo, para que Alfonso también participara de la caminata. Se me hizo un

muy buen detalle. La responsabilidad de caminar toda la península quedó sobre mí, ya que soy el único que ha completado todas las jornadas. Hoy recorrimos 27 kilómetros en seis horas.

Ene-25-1989

Este día descansamos y fuimos a bañarnos a la poza de los Toros, cercana al rancho Corral de Piedra.

Ene-26-1989 KILÓMETRO 36-LA SOLEDAD

Pasamos por los ranchos de El Huatamote, La Higuera, El Saucito, Corral de Piedra y Bebelamas. Todos se encuentran junto al arroyo de La Soledad de donde obtienen agua gracias a los manantiales y aguajes. Estos determinaron la ruta seguida por Guillén. Al atardecer entramos a una cañada, donde está la comunidad de La Soledad. El paraje tiene un palmar y dos manantiales, de los cuales brotaba agua cristalina y tibia. Sus antiguas casas son casi todas de piedra y tienen su huerto de naranjos. En el arroyo, junto al palmar había grandes naranjales y cañaverales, así como mangos. Destacaba la iglesia construida en 1901. En este lugar nos quedamos a dormir. Hoy caminamos 32 kilómetros en diez horas y cuarto.

Enero-27-1989 LA SOLEDAD-LA PURIFICACIÓN

En La Soledad existe un internado que asiste a 40 niños de la región. El lugar funciona bien y se ve que los niños están contentos. Platicamos con varios de ellos y con algunos maestros. Todos respiran la tranquilidad y sencillez humana de los rancharos sudcalifornianos. Cuando salimos hacia La Purificación nos acompañaron dos niños por un pequeño trecho. Llegamos al rancho de las

Paredes, también con un gran palmar y mucha agua. Más adelante el arroyo estaba cortado como un pequeño tajo, formándose una cascadita de unos seis metros de altura, con una bella poza. Enseguida llegamos a La Purificación, una pequeña comunidad donde viven ocho familias. Preguntamos en la primera casita y un señor, don Gorgonio Amador, nos invitó a pasar. Ahí conocimos a doña Hilaria Amador, su esposa, ambos de unos 70 años, quienes nos recibieron de manera muy cálida. También vimos a sus numerosos nietos.

Don Gorgonio y su esposa son de la región de La Purificación y se acuerdan que todos sus antepasados, hasta sus abuelos, han sido de aquí. Esto los tiene profundamente enraizados, como pocas veces lo he visto. La unidad familiar es muy grande y aún se conservan viejas tradiciones. Esto me ha gustado, pero sé que quizá se acabe pronto ya que los tiempos están cambiando rápidamente. Ya hemos visto muchos ranchitos abandonados porque la gente vieja se va muriendo y los jóvenes emigran a la ciudad. La cascada que encontramos se llama “El Salto” es muy bonita y tiene una poza de aguas cristalinas. Este salto lo registró originalmente el padre Guillén, durante su recorrido de regreso desde La Paz hasta Loreto. La Purificación nos gustó tanto que decidimos quedarnos el resto del día.

Ya son varias las veces que he pensado en la vida en el campo, sobre todo en lugares como éstos que de primera impresión nos parecen ideales. Lo cierto es que muchos de los rancheros llevan una vida monótona, los jóvenes prefieren huir. Pienso que para disfrutar de estos sitios, se requiere sensibilidad y cultura y conocer a fondo las ciudades. Aquí hemos visto que la gente es pobre, pero porque no ven la riqueza de su propia tierra, hemos visto algo de indolencia, sin embargo la gente sigue siendo hermosa en su sencillez. La tarde la pasamos viendo a los niños jugar. Su imaginación suplía con creces la carencia de juguetes. Volví a la cascadita que con los últimos rayos del sol se veía más hermosa.

Ya en la noche, rodeados de estrellas, arrullados por las ranas y al calor de la fogata, nos tomamos un té de damiana con don Gorgonio. Nos platicó de sus andanzas cuando joven, del antiguo camino de mulas que usaban antes de que existieran las terracerías (unos 35 años atrás), nos contó que hacían tres días a La Paz, bajando por el arroyo de las Tarabillas. Nosotros todavía vimos parte de ese camino de mulas abandonado. Don Gorgonio y su esposa son primos hermanos. Ese es un problema que existe en muchas

comunidades aisladas de Sudcalifornia, como son pocas gentes y mínimo el contacto exterior se casan con familiares, lo cual se llega a traducir en una degeneración genética que produce hijos con taras o malformaciones. Hoy tuvimos un recorrido de escasos tres kilómetros, los cuales hicimos en 53 minutos.

Ene-28-1989 La Purificación-Llanos de Kakiwi

Temprano salimos hacia el rancho de La Primera Agua, en donde finaliza la terracería. Ahí platicamos con la señora Piedad Molina de la Toba viuda de Encina, quien nos invitó a su casa a tomar un café. A doña Piedad se le conoce como la “nana”, tiene 50 nietos y biznietos, nosotros siempre la vimos rodeada de niños y más niños. Su esposo fue don Efraín Encinas Amador. Platicamos con ella en la cocina que es la típica del campo sudcaliforniano, con su metate, molino de mano, fogón de barro, sus ollas de barro llenas de agua fresca, empotrada en un tronco, toda la cocina de palma, se veía tan bonita. Nos cayó muy bien la “nana” y se ve que es la persona que más quieren y respetan aquí. Nos dijo que sus padres eran de la Alta California, estoy seguro que descendientes de los mexicanos que se quedaron allá, cuando perdimos California en 1848.

Después de la plática seguimos hacia Kakiwi. Iniciamos por una vereda subiendo una cuesta, atravesamos el cerro y descendimos por su ladera contraria, hasta bajar a otra cañada, ahí nos detuvimos en el arroyo de La Poza del Caballo. Antes de continuar Carlos le hizo una curación al señor que nos guió, ya que tenía una herida infectada en la mano. Este señor no coordina bien los movimientos de sus pies, camina mal, y aún así con mucho gusto nos guió hasta aquí para que no perdiéramos la vereda. Hicimos dos horas de la Primera Agua hasta la Poza del Caballo.

Continuamos subiendo una meseta, y arriba de ella perdimos la vereda. Seguimos guiándonos por mapa y a rumbo. Esto a veces era difícil por lo denso de la vegetación. Cruzamos hacia la mesa del Centro y por ahí descendimos siguiendo una empinada ladera hacia el arroyo de San Francisco. En toda esta ruta nuestro punto de orientación lo fue el cerro de San

Francisco, una gran mole con 980 msnm, que se distinguía desde muchos kilómetros a la redonda. Llegamos al arroyo y seguimos su cauce hacia arriba durante varias horas. En un tramo largo el arroyo quedó totalmente encañonado y angostado entre altas paredes y agujas rocosas. Vimos varias puntas de piedra de entre 30 y 40 metros de altas. El escenario era hermoso y a la vez sobrecogedor por lo abrupto y quebrado de las paredes, con rocas oscuras y de formas violentas. Subimos todo el cauce del arroyo hasta su fin, de ahí descendimos entre un bosque de cactáceas hasta el arroyo del Choyal y luego al llano del Mezquite. Continuamos al norte siguiendo el rumbo de una sierrita y al pie de ella, cruzamos dos llanitos más, hasta que ya de noche llegamos a los llanos de Kakiwi.

Kakiwi

En Kakiwi nos recibieron, muy amablemente, tres señores; se trataba de los hermanos, Porfirio, Francisco e Inocencio Amador Higuera. Con ellos platicamos muy animadamente, y no habían pasado 10 minutos cuando llegó Alfonso en la Mula. Estos señores, como casi todos los lugareños, nunca han salido de por aquí, cuando más lejos a La Paz o a Loreto. La palabra oeste, la pronuncian como “ueste”, no sé si sea influencia de los gringos “west”, o que venga de tiempos misionales pues en varios diarios de misioneros he visto así escrito al oeste. También utilizan mucho la palabra “pillar”, que ya casi no se usa. Nos permitieron usar su cocina, con su fogón para preparar una cenita, y nos dieron un cuarto para dormir. La caminata de esta jornada fue de 28 kilómetros. El tiempo de diez horas y 25 minutos.

Ene-29-1989 Llanos de Kakiwi-Los Dolores

En la mañana, los Amador Higuera nos invitaron un sabroso y típico desayuno de la región; una riquísima machaca de cazón, arroz y frijoles refritos, con tortillas de harina hechas en casa. Este desayuno nos cayó muy bien. Estos tres hermanos y sus familias son los únicos habitantes de Kakiwi.

Se dedican a la pesca, al igual que mucha otra gente de la sierra, forzados por la prolongada sequía que se abate en la región. Casi toda esta gente han vivido siempre de la sierra, con sus huertas, chivas y vacas, pero la sequía diezmó todo y el único recurso que les ha quedado es el mar. La gente de los alrededores los conocen como “los llaneros”. Les tomé fotos con sus familias. Sus hijos son de facciones bellas. Temprano salieron para llevar a los cerros a las chivas del rancho. Don Porfirio nos acompañó a Los Burros, una pequeña comunidad de pescadores. Cruzamos todo el llamo de Kakiwi. Clemente Guillén ya registra este paraje con dicho nombre, que es de origen indígena. Desde lo alto de la sierra tuvimos una excelente vista del mar de Cortés, con su azul intenso, salpicado por varias islas: San José, San Dieguito, Santa Cruz y La Habana. Aquí la sierra cae abruptamente al mar; cerros y paredones cortados a tajo se sumergen en el océano. Esta fue la razón por la cual el padre Guillén, viniendo de Loreto, se apartó de la costa adentrándose en la sierra. Descendimos una larga y empinada cuesta, hasta llegar a Los Burros, dentro de una cañada con un gran palmar. Antes de descender, vimos el arroyo de Los Dolores, en donde fundara Guillén la misión del mismo nombre, en 1721. En Los Burros viven 11 familias dedicadas a la pesca. Su único contacto con el exterior es por medio de lanchas. Llegamos a la casa de don Zózimo Romero Amador, con quien platicamos un buen rato. Los niños, nietos de don Zózimo, nos miraban tímidos escondiéndose ante nuestra presencia en forma muy inocente, en cuanto notaban que los descubríamos, corrían.

Misión de Los Dolores

El hijo mayor de don Zózimo, Lucio Romero se ofreció a guiarnos a los vestigios de la misión de los Dolores. Como la misión se desviaba un poco de la ruta que seguiríamos hacia el norte, consiguió dos muchachos que se llevarían nuestras mochilas, en burro, hasta el ranchito de la Hacienda, cercano a Los Burros, en donde tomaríamos de nuevo la ruta, pero sin regresar a Los Burros. Caminamos hora y media hasta la misión. Primero subimos una gran cuesta y luego descendimos al cañón del arroyo de los Dolores. Este descenso fue muy abrupto, por un desfiladero. Nos adentramos al cañón algunos kilómetros hasta que llegamos a una zona de cultivo,

que Lucio y sus hermanos recientemente han estado trabajando. Ahí vimos platanares, papayas, trigo, rábanos, higos, uvas, frijol, cebolla, calabazas, tomates, olivos. Caminamos un poquito más siguiendo un antiguo canal de riego, hasta llegar a una pila que ellos utilizan; toda esta infraestructura data del tiempo misional. Como a 200 metros de la pila está la misión. Se encuentra en una explanada, rodeada en su mayor parte de sierra. De sus restos aún quedan algunos muros en pie, son de piedra. Destaca un arco que fue puerta, también se observan bardas y la labor destructora de los buscadores de tesoros. En realidad es un privilegio llegar a la misión, en un sitio tan aislado y abrupto, pero sobre todo ver que toda la infraestructura de cultivo que hicieron los misioneros aún funciona y está en plena actividad. Lucio nos comentó que un poco más adentro del cañón está el ojo de agua que alimentó a la misión y ellos continúan utilizando. Un palmar a lo lejos delató la presencia del manantial. Nos comentó que ahí se forma una cascada más o menos grande. La pila que hicieron los misioneros se encuentra en perfecto estado. Lucio nos dijo que antes de trabajar en ella, la desazolvaron. Ahora está llena de agua y de ahí la distribuyen a sus cultivos. Nos comentó que este sitio fue una hacienda durante el siglo XIX. Visitamos un túnel amplio que era la cava de la hacienda, ya que aquí se producía uva y se elaboraba vino. La entrada del túnel es de ladrillo rojo y tiene una reja, tendría como diez metros de longitud, dos de ancho, por dos de altura.

En la Misión de los Dolores es cuando más cerca me sentí de Clemente Guillén, al ver muchas de sus huellas de fundador. Guillén vivió muchos años en este sitio, evangelizando a los indios guaycura. De la misión nos dirigimos a la costa, como a cuatro kilómetros, bajando por el arroyo hasta una gran casa de ladrillo. Se encuentra en semiabandono. Toda esta tierra es de una familia Ruiz, de Los Burros. Tenían muchos cultivos, sobre todo de uva, y mucho ganado. De pronto todo lo abandonaron, yéndose a vivir a La Paz, y sólo de vez en cuando se dan una vuelta.

Don Bernardo

La casa a la que llegamos está frente al mar. Al sitio le llaman “La Hacienda”, y vive solitario un viejo, el Sr. Bernardo Amador Álvarez, de 86 años de edad, aún se ve bien. Don Bernardo ya tiene dos meses solo, sin saber

nada de los dueños, cuidándoles la casa, pero como ya está muy viejito no puede arreglarla y por eso se ve semiabandonada. El Sr. Amador nos permitió quedarnos a dormir en la casa. Al calor de una fogata nos quedamos platicando con don Bernardo, quien nos habló de muchas cosas de Los Dolores. El nació en la misión, y tiene 60 años trabajando en la hacienda, nos platicó de los años de gloria del sitio, en que se producía buen vino, guardándolo en el túnel que ya conocíamos. El pobre viejo se ve que ya está acostumbrado a la soledad, ya no tiene familia, su esposa y su único hijo hacía varios años habían muerto. El atardecer fue hermoso, las nubes descendieron de la sierra hacia la costa, filtrando hermosos haces de luces entre las cumbres de los cerros. Nos dormimos rodeados de palmeras y arrullados por el mar. Nuestro recorrido fue de 22 humildes kilómetros y el tiempo invertido de siete horas

Ene-30-1989 LOS DOLORES-ENSENADA AGUA PRIETA

Dejamos a Don Bernanrdo tan solo como lo encontramos. Seguimos caminando. A la derecha teníamos la costa y a la izquierda todo el frente abrupto de la Sierra de la Giganta. Los perfiles de la serranía que se hundían verticalmente en el mar. En este trayecto llegamos a perder la vereda, lo que nos hizo invertir mayor esfuerzo y tiempo en recuperar el rumbo. Pasamos por la Punta Montalva hasta llegar a la Ensenada de Agua Amarga, donde acampamos. El paraje tiene una bonita playa, amplia, con muchas dunas. La jornada fue de 27 kilómetros, los que recorrimos en 10 horas.

Ene-31-1989 ENSENADA AGUA PRIETA-PUNTA SAN MATEO

Estos días han estado nublados y lluviosos. Llegamos a la ensenada El Cochi, con gran cantidad de conchas. Vimos garzas de todos tamaños, gaviotas de varios especies y pelícanos. Varias veces pasaron pescadores en sus

lanchas, y algunos nos ofrecieron llevarnos. Seguimos teniendo hermosas vistas de la sierra, con sus cumbres entre nubes.

Tembabichi

Temprano llegamos a la playa y comunidad de Tembabichi. Destaca una casona de dos pisos, abandonada pero impresionante para un sitio así de aislado. Tembabichi es una comunidad de pescadores. Cuenta con doce familias. Fuimos a una casa y le pedimos a la señora si nos podía hacer de desayunar, a lo cual accedió. Nos preparó una sabrosa machaca de cazón, con frijoles y tortillas de harina recién hechas. Nos dijo que la casona tenía más de cien años, y que ella ahí nació. Se encontraba abandonada porque su familia, sus padres, ya no le pudieron dar mantenimiento, pero a excepción del techo todos los muros aún son muy fuertes y es factible repararla. El agua de aquí, como la de muchos ranchitos de la costa, es algo salobre, a mí no me gustó, pero la tuve que tomar ya que es la única de que se dispone. Ya para salir de la ensenada de Tembabichi, tuvimos a lo lejos la visión casi fantasmagórica, de la enorme casona. Se veía sola, con el fondo árido de la sierra. Más adelante pasamos por una tranquila y hermosa laguna costera, como de un kilómetro de largo, donde suavemente flotaban un grupo de pelícanos. Tembabichi es el sitio que el padre Guillén nombró “San Gregorio Asembabichi”. El nombre Tembabichi es de lengua guay-cura. Recordé con una sonrisa cuando el presidente municipal de La Paz me dijo que estaba seguro que este nombre se debía a que alguien de Sonora, hace muchísimos años, se dio un baño desnudo en esta playa, y como hacía un poco de frío salió temblando, y como en aquella tierra dicen “bichi” a los que están desnudos, le dijeron “tiembla bichi”, es decir “tiembla desnudo”, y así se le quedó al sitio el nombre de “Tembabichi”.

San Carlos Aripaqui

Caminamos casi diez kilómetros cerca de la costa cuando llegamos al ranchito de San Carlos, donde habitan dos familias. Este es el sitio que Guillén bautizó como “San Carlos Aripaqui”. Aquí una señora nos habló

de una cueva que se encuentra en una playita llamada San Mateo, donde podríamos acampar, varios kilómetros adelante, nos dijo, que tal cueva era amplia y muy usada por los pescadores. La cueva tenía su leyenda y consistía en que el diablo se aparecía a la gente en forma de un lanchero, y que en la lancha tenía mucho oro para así atraer a los incautos a su infernal reino.

Después de San Carlos seguimos por la orilla de la costa. Había mucho cantil, totalmente vertical, algunos muy altos, pero el cantil tenía una especie de banqueta formado por estratos rocosos horizontales en el cual se podía caminar gracias a que la marea estaba baja. Esta banqueta, a veces era amplia, más generalmente era angosta. Un problema que se presentaba seguido era la presencia de un alga oscura que formaba una lama cubriendo toda la banqueta, lo cual la hacía sumamente resbalosa y peligrosa. De vez en cuando teníamos que brincar entre grandes bloques rocosos, producto de antiguos colapsos y derrumbes ocurridos en un tiempo inmemorial. Esto hacía agotadora la marcha. En estos cantiles, la roca se encontraba bellamente estratificada, mostrando un colorido agradable. El oleaje había trabajado la roca dándole formas suaves, convirtiendo la zona estratificada a su alcance en toda una obra de gran estética.

Llegamos al rancho el Carrizalito, donde viven tres familias. Se encuentra en una pequeña bahía entre un grupo de palmeras. Sus habitantes, unos señores muy morenos, no común en la región, nos recibieron bien y nos dieron un agua muy buena, no salobre como en la mayoría de los ranchitos costeros. En este rancho vive una de las señoras más viejas de la región, parece ser que tiene 108 años, y es una descendiente de los indígenas yaquis, de ahí que sean tan morenos. Desde Los Burros veníamos tocando una serie de comunidades y ranchitos inaccesibles con vehículo. Todos sus habitantes son pescadores y mantienen su contacto con el exterior por medio de sus lanchas, viviendo básicamente del mar.

Punta San Mateo

Ya muy entrada la tarde llegamos a la Punta San Mateo, cinco kilómetros adelante del Carrizalito. Encontramos la cueva que nos habían dicho y precisamente estaban acampados dos pescadores, don Efraín Romero Márquez y su hijo Jesús Hilario Romero Madero. Como la cavidad es amplia

nos permitieron acampar con ellos y sostuvimos una amena plática a la luz de la fogata. Los dos pescadores habían arribado al sitio en su lancha con motor. Llevaban dos días acampados y estarían dos más. Nos platicaron de sus problemas. Son de lo alto de la sierra, de la comunidad de San José de la Noria. Como a muchos, la prolongada sequía les ocasionó graves pérdidas, y tuvieron que buscar otras formas de ganar el sustento, por eso se dedicaban ahora a la pesca. Estaban en la cooperativa de Agua Verde, pero se encontraban a disgusto pues les quitaban el 40% de sus ganancias. Estaban pagando cuotas extras por sus motores, los cuales aún así seguían siendo de la cooperativa, consideraban injustas las condiciones que se les imponía. Hoy caminamos 22 kilómetros en nueve horas.

Feb-1-1989 PUNTA SAN MATEO-AGUA VERDE

Amaneció queriendo llover. Don Efraín y su hijo salieron de pesca muy temprano. Antes de salir nos dejaron dos huachinangos listos para freírse, los cuales desayunamos y partimos. Pasamos la Ensenada de San Francisco y llegamos al antiguo rancho San Felipe, actualmente abandonado. A lo lejos vimos la Punta del Berrendo hundirse verticalmente en el mar. Nos separamos un poco de la costa siguiendo una vereda ascendente hasta el rancho Santa Marta, donde accedimos de nuevo al mar. Santa Marta es una pequeña comunidad de pescadores frente al mar, casi al pie de un enorme cantil, de donde se desprenden muchas cañadas. De la cumbre y de las cañadas caían gruesas capas de densa niebla, la cual le daba al conjunto una visión dramática. En Santa Marta llegamos a una casita a pedir refugio mientras amainaba un poco la lluvia, y los dueños nos invitaron a comer un caldito de res y un café que nos cayó como gloria. Proseguimos y de nuevo nos separamos de la costa siguiendo una antigua vereda que nos ahorra darle toda una enorme vuelta a la Punta del Berrendo. La vereda ascendió hasta cruzar el puerto y descender por el arroyo del Puerto. Este se va siguiendo el pie de la sierra, a lo largo de una bella cañada.

Agua Verde

Continuamos bajando hasta que justo a las seis de la tarde llegamos a la bahía de Agua Verde. Esta ensenada es hermosa, cuenta con una amplia playa, su palmar y una pequeña comunidad. A media bahía sobresale del mar una alta peña, como una aguja rocosa que bien podría ser el símbolo del sitio. Nos detuvimos en la casa del señor Felipe de Jesús González Romero, de unos 55 años de edad, quien nos atendió muy bien. La hija del señor González nos preparó una sabrosísima cena que consistió en machaca de mantarraya, frijoles refritos y tortillas de harina a granel y recién hechas. Estábamos cenando cuando se soltó la lluvia en serio, cayó un verdadero aguacero, o chubasco como le llaman. El señor González nos dijo que tenía 20 años que no veía llover así. La lluvia intensa duró dos horas.

Mientras se soltaba el aguacero platicamos agradablemente con el señor González y su familia. Nos comentaron que en Agua Verde viven 20 familias, pero que son dos Aguas Verdes, una, en donde nos encontrábamos, llamada El Puerto de Agua Verde, y la otra vecina a ésta pero ya fuera de la bahía, llamada “Agua Verde” nada más, y con cinco familias, todos son pescadores. Comentaron de varios sitios de pinturas rupestres; de una antigua mina de oro que hubo en la región de la cual aún se conservan los túneles. Nos hablaron de la cahuama, que parece que aún hay en la región, incluyendo la de carey y de la mantarraya gigantesca, que llega a pesar hasta una tonelada y varios metros de envergadura. Dormimos en casa del señor González. Caminamos en esta jornada 25 kilómetros en nueve horas.

Feb-2-1989

Después de varios días nublados, al fin volvimos a ver el sol. Sus primeros rayos iluminaron la gran peña que está en medio de la bahía; resplandecía hermosa. Como era un día para descansar, nos dirigimos en la Mula a un manantial de agua caliente que se encuentra a 20 kilómetros al noroeste de Agua Verde. Cerca de esta fuente vive un gringo con su esposa. Es un jubilado que nos dijo que cinco o seis meses al año viene a vivir acá, huyendo del mundanal ruido de Chicago, de donde es. Se encuentra feliz en

las playas y sitios solitarios de Baja California conviviendo con la bellísima y sencilla gente de sudcalifornia. David se llama, tiene como de 50 años de edad. Nos dijo que piensa recorrer corriendo toda la península. Como a 20 minutos desde la casa de David llegamos al Agua Caliente. Esta brota entre 30 y 35oC. Surge de entre un roquerío negro, cuando sube la marea el mar la cubre. Alguien acomodó las rocas en el sitio, formando una agradable poza en donde se pueden acostar cómodamente unas tres ó cuatro personas. Nos dimos un prolongado baño y descanso. Después del baño de agua caliente nos metimos al mar con su agua más fría, nadamos un rato y regresamos al manantial.

Aunque muchos estadounidenses disfrutan de Baja California y aprecian las diferencias que tiene nuestra tierra con respecto a la de ellos, no dejan de escapar al modo de ser de su sociedad. Así, por ejemplo, David, por el simple hecho de estar viviendo cerca del manantial con el permiso de los ejidatarios, se ha sentido con derechos de impedirle el paso a la gente que regularmente va a bañarse a él y que casi siempre son los mismos ejidatarios. El Sr. González me comentó esta situación y yo les dije que por ningún motivo la permitieran, ya que ellos, los ejidatarios son los propietarios. Llegamos en el atardecer a Agua Verde, justo cuando los pescadores finalizaban el día. Se encontraban en la playa preparando el pescado capturado, lo destazaban sacándole las tripas y lo demás lo guardaban. Había cientos de gaviotas, pelícanos y “auras” que revoloteaban dándose un festín con los despojos.

Feb-3-1989 AGUA VERDE-CERRO EL TRIUNFO

Nos levantamos temprano y platicamos un rato con el Sr. González. De toda esta forma de vida en las costas y sierras aisladas de sudcalifornia, como todo lo tradicional tiene dos aspectos negativos que aquí observamos muy marcados Uno es el sometimiento de la mujer; su vida la hace únicamente en la cocina, jugando un papel muy pasivo en el rol familiar. El otro aspecto es el religioso, tienen muy metida la religión y en algunos sitios, como en Agua

Verde que son accesibles, las sectas religiosas están haciendo de las suyas con su visión deformadora y dividiendo a las comunidades.

Alfonso y yo partimos de Agua Verde. Continuamos sobre la planicie costera. El mar se veía bellissimo, estaba extraordinariamente tranquilo, parecía un lago, con sus aguas cristalinas y totalmente transparentes, a través de ellas vimos nadar numerosos peces de muchos colores. Pasamos por el agua caliente y volvimos a bañarnos. Caminamos entre playas que parece nunca antes nadie ha estado en ellas y cerros solitarios. Nuestro objetivo era llegar a la playa del Triunfo, pero nos equivocamos en un ascenso, desviando el rumbo, por lo que acampamos en lo alto de un puerto, con una visión maravillosa de la costa y la sierra, sobre todo porque nos tocó un atardecer fuera de serie, con los rayos del sol iluminando de naranja y rosa todo el cielo, mar y montañas. Habíamos subido más de 200 metros desde el mar. Jornada de 28 kilómetros en nueve horas, tres minutos, 22 segundas y 4 décimas. Así de exacto.

Feb-4-1989

CERRO EL TRIUNFO-PUERTO ESCONDIDO

El amanecer fue tan bello y espectacular como lo había sido el atardecer anterior. Bajamos hasta la playa del Triunfo y reencontramos la vereda. Seguimos a la ensenada del Estuche y nos fuimos por la costa pegados a un cantil, caminando de nuevo en una banqueta rocosa, hasta que encontramos un paso accesible que nos permitió trasponer una lengua rocosa: ahí tuvimos la vista de Ensenada Blanca, con su bella playa y su pequeña comunidad de pescadores; hacia ella descendimos. Nos costó trabajo llegar a la Ensenada Blanca ya que la rodeaba un “choyal” con una alta densidad de choyas, que impiden totalmente el paso. En muchas de estas bahías y ensenadas el agua presentaba un color azul turquesa.

Misión de Ligüí

Seguimos la terracería que va a Ligüí, que es de tres kilómetros y se une a la carretera a Loreto. En Ligüí vimos los últimos restos (unos cuantos cimientos)

de la antigua misión de Ligüí o San Juan Malibat, que fundara en 1705 el padre Pedro Ugarte. Actualmente Ligüí es una pequeña comunidad. Aquí volvimos a tener contacto con la “civilización” y proseguimos caminando a un lado de la carretera, por la planicie costera, con la visión de la sierra de la Giganta. Terminamos nuestra jornada en Puerto Escondido. Como ahí no pudimos acampar por los muchos turistas, fuimos a la playa de El Juncalito (en la Mula) en donde hay una comunidad de pescadores. Ahí también estaba lleno de gente. Nos alejamos un poco de lo más concurrido y encontramos una palapa abandonada y con el techo caído en donde decidimos quedarnos a dormir. Al ratito llegó un pescador queriéndonos cobrar, no por la palapa, porque no era suya, sino porque la playa supuestamente no era pública. No le pagamos nada y le hicimos ver que en México las leyes no contemplan playas privadas. Da tristeza ver cómo lo transforma todo la “civilización”. Hoy recorrimos 29 kilómetros en seis horas y media.

Feb-5-1989 PUERTO ESCONDIDO-LORETO

Pasamos Juncalito y llegamos a un amplio mirador desde donde tuvimos una visión maravillosa de la costa. Nos tocó ver una enorme ballena que tranquilamente retozaba en el mar. Su lomo brillaba a lo lejos y de vez en cuando arroja sus chorros de agua y vapor. Se iniciaba la tarde cuando llegamos a Loreto. Justo en su misión, la antigua capital de las Californias dimos fin a la jornada, y con ella la segunda etapa de la caminata. La distancia de hoy fue de 29 kilómetros, en seis horas con 37 minutos.

Febrero-6 a 9-1989

Estos días estuvimos en Loreto preparando informes y cartas y visitando sus alrededores. Al hablar a Ensenada con familiares, amigos y la prensa, nos dimos cuenta como Eduardo, de una mala manera, ha estado hablando mal de nosotros ante los medios. Sobre todo que no acepta su fracaso y quiere culparme de él. Aclaramos a todos lo sucedido.



Vista del Mar de Cortés desde el Testerazo de Las Ánimas.



La Sierra de La Giganta desde Las Ánimas. Por aquí bajó el padre Clemente Guillén, en 1721.



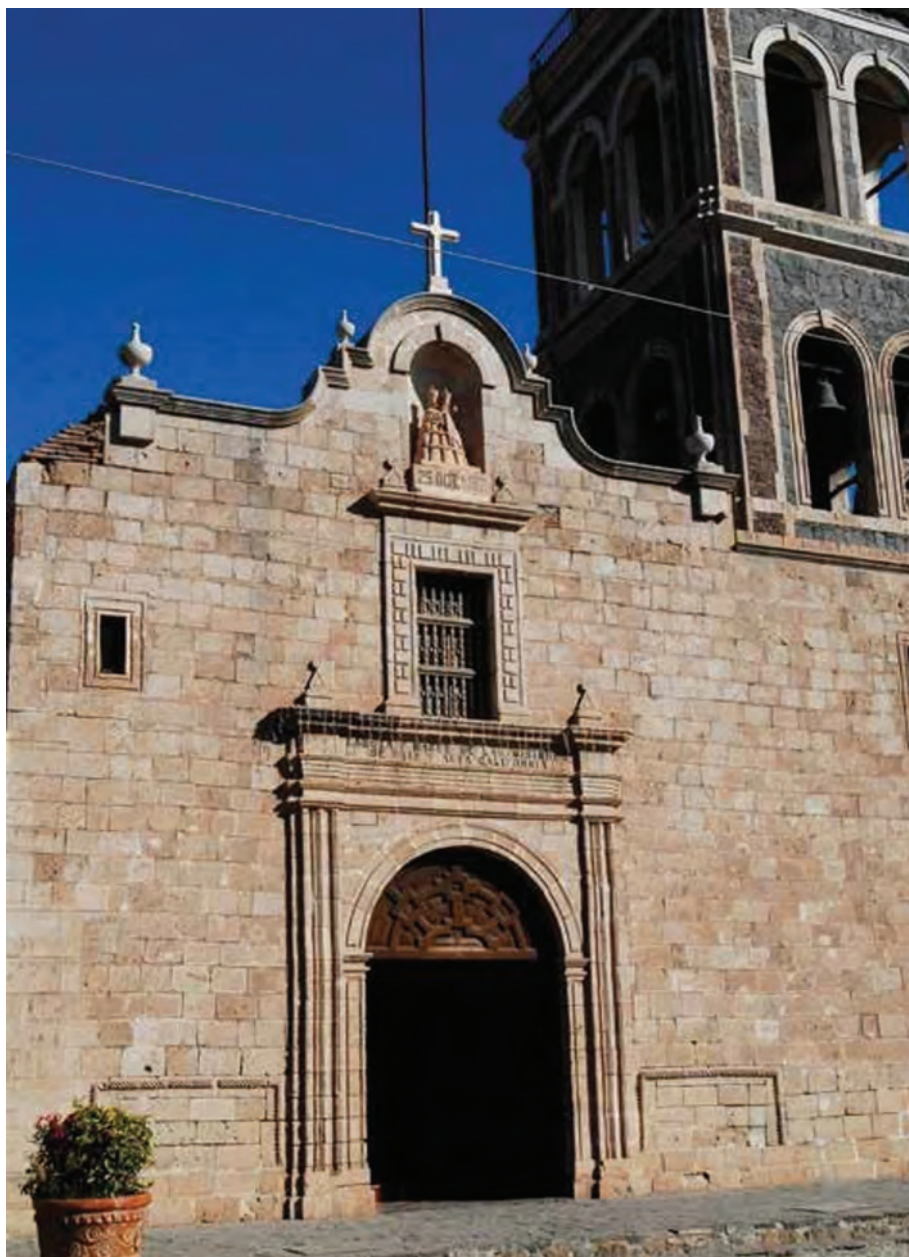
Vestigios de la Misión de Nuestra Señora de los Dolores, fundada en 1721 por Clemente Guillén.



La pila de la Misión de Nuestra Señora de los Dolores. Aún funciona



Interior de la Misión de San Francisco Javier, en lo alto de la Sierra de la Giganta.



Misión de Nuestra Señora de Loreto, fundada en 1697 por el padre Juan María Salvatierra, con esta misión nació lo que actualmente es la península de Baja California.



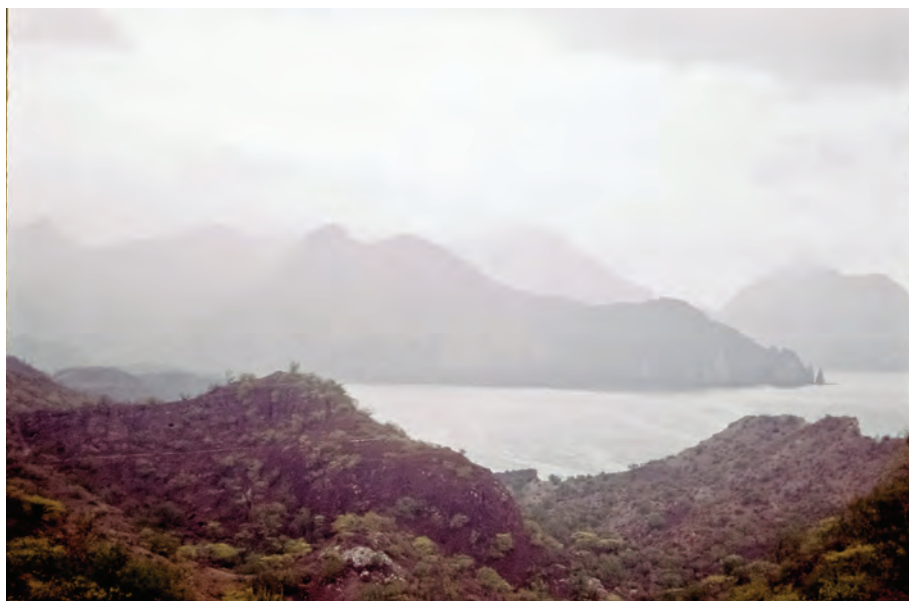
Caminando en los llanos de Kakiwi.



Alfonso Cardona junto a los vestigios que quedan de la Misión de San Juan Malibat o Liguí, fundada en 1705.



Casona abandonada de Tembabichi.



Mucho nos impresionó como la Sierra de la Giganta se sume directamente al mar.



Caminando junto al Golfo de California.



Don Efraín Romero Márquez preparando los pescados del día, en Punta San Mateo.



Don Guadalupe Amador en el rancho El Potrero.



Don Gorgonio Amador y su esposa doña Hilaria Amador, acompañados por algunos de sus numerosos nietos en el rancho La Purificación.



Mina de fosforita de Agua Amarga de la empresa Rofomex, en San Juan de la Costa.

Tercera Etapa

LORETO-SAN IGNACIO

Entre 1683 y 1685 hubo un importante esfuerzo hispano por ocupar Baja California. Fue el último de una serie de fracasos que se habían venido sucediendo desde el primer intento colonizador de Hernán Cortés en 1535. Durante siglo y medio nadie había podido ocupar la península. El líder de este último intento fue el almirante Isidro de Atondo y Antillón, quien se hizo acompañar del célebre padre Eusebio Francisco Kino. Este misionero tenía poco tiempo de haber llegado a la Nueva España y California fue su primer campo misional. Aquí se empezó a distinguir como misionero, explorador y cartógrafo.

Durante este intento fue establecida la primer misión que hubo en California, la de San Bruno, fundada por Kino el cinco de octubre de 1683, a unos 30 kilómetros al norte de Loreto. Como el interior de California aun era desconocido, Atondo organizó una serie de exploraciones reconociendo las regiones vecinas, sobre todo la sierra de la Giganta (bautizada así desde entonces), alcanzándose la costa del Pacífico.

En la primera parte de la tercera etapa de la caminata recorrimos la ruta de Atondo y Kino para llegar al Pacífico desde San Bruno. La sierra fue cruzada recorriéndose todo el arroyo de La Purísima hasta su desembocadura en el océano. En la segunda parte de esta etapa seguimos el diario del padre Francisco María Pícolo, quien en noviembre de 1716 efectuó la primera entrada de Mulegé a San Ignacio. El padre Pícolo fue de los misioneros iniciadores de la evangelización californiana, junto con Juan

María Salvatierra. Su labor fue muy amplia y llevó a cabo muchas primeras entradas, sobre todo en la sierra de la Giganta.

Feb-10-1989
LORETO-SAN BRUNO

Carlos y yo caminamos 33 kilómetros en siete horas, saliendo de Loreto hacia el mediodía. Con la luz de la luna llegamos a la bahía de San Bruno, la misma donde desembarcara en 1683, la famosa expedición de Atondo. A Poco llegó Alfonso en la Mula y nos fuimos al rancho de San Bruno, como a seis kilómetros. En el rancho de San Bruno el Sr. Mariano Pérez, el encargado, nos dio permiso de acampar. Jornada de 33 kilómetros en siete horas.

Feb-11-1989
SAN BRUNO-SAN JUAN BAUTISTA LONDÓ

Misión de San Bruno

Por la mañana fuimos a los vestigios de la misión de San Bruno, la primera de las Californias. De la misión ya no queda ni un muro en pie, pero vestigios hay muchos. Aún se aprecia la cimentación y la disposición de sus cuartos. En su mayor parte fue construida con coquina, es decir, roca compuesta totalmente con fósiles de conchas. Encontramos buenos fósiles de gasterópodos, moluscos, bivalvos, gusanos de mar, y otros organismos. Desde este lugar se tiene una magnífica vista de todo el valle, e incluso de la costa. Después fuimos a la bahía de San Bruno. Se trata de una pequeña ensenada con una amplia playa, su visión me gustó. Sentí una rara emoción de estar en estos sitios con tanto significado para nuestra historia. Como nos entretuvimos mucho tiempo, tanto en la misión como en la bahía, fue hasta las cuatro de la tarde que iniciamos la jornada.

San Juan Bautista Londó

Caminamos por varios ranchos hasta alcanzar la carretera y llegar al valle de San Juan Bautista Londó. A lo lejos, delatada por un grupo de palmeras que destacaban entre el cardonal y los mezquites, vimos el rancho San Juan Bautista, donde se encuentran los vestigios de la antigua visitación misional de San Juan Bautista Londó, fundada por el padre Salvatierra en 1699. El sitio de San Juan ya había sido explorado por Atondo desde 1683, poniéndole por nombre San Isidro. Como San Isidro tenía más agua que San Bruno y estaba más al interior, fue la base de las exploraciones emprendidas por Atondo entre 1683 y 1685. Ya casi de noche, siguiendo una terracería, llegamos al rancho de San Juan Bautista, donde acampamos. Caminamos once kilómetros en tres horas.

Feb-12-1989

SAN JUAN BAUTISTA LONDÓ-RANCHO EL BOMBEDOR

La visitación de San Juan Bautista Londó fue construida con piedras. Parte de una pared y algo del techo, en forma de arco, aún quedan en pie, incluso se conserva una ventana y algunos detalles labrados. Junto a estos vestigios está un pequeño cementerio, muy antiguo. A pocos metros vimos el pozo, ahora azolvado, que alimentó de agua al sitio. Continuamos caminando por el valle de San Juan. Entramos en una zona de grandes campos de cultivos en donde nos enfrentamos a todo un laberinto de terracerías y brechas lo que nos obligó a dar rodeos. Todo este valle tiene abundante agua y se siembra en gran escala.

Después de cinco horas de caminar dimos con el rancho Santa Rosa. Este sitio era importante porque fue el que el padre Kino bautizó como San Gabriel Bunmedojol en 1684. Santa Rosa es un rancho muy antiguo, es ganadero. Conocimos a su dueño, quien venía en una mula de traer unas vacas y traía todas sus “armas” de cuero, así le llaman a todo el aparejo de silla de montar, chaparreras, etc. Me recordó a los antiguos soldados de “cuera”, quienes utilizaban estos implementos en el siglo XVIII. Seguimos una antigua brecha hasta llegar al rancho Bombedor, junto a la carretera,

donde finalizamos la jornada. Caminamos 28 kilómetros en nueve horas con 35 minutos y 43 segundos.

Feb-13-1989

RANCHO EL BOMBEDOR-COMONDÚ VIEJO (SAN JUAN)

Salimos temprano y tomamos la terracería que va a La Purísima. El camino sigue por una parte donde la sierra interrumpe su escarpe, permitiendo un paso fácil. Llegamos al rancho de Canipolé, donde desayunamos. Continuamos hasta subir al Portezuelo. Pasamos el rancho de Las Pilas y nos fuimos por un arroyo más al sur, bordeando la mesa de San Felipe. Seguimos sobre el cauce del arroyo hasta llegar a una zona con muchísima agua y palmeras. Era el rancho abandonado de San Juan, o Comondú Viejo. Ahí acampamos. Caminata de 27 kilómetros en nueve horas.

Feb-14-1989

El día amaneció nublado y lluvioso, ante esto decidimos ir a Loreto en la Mula para hacer algunas diligencias pendientes. Por la tarde volvimos al rancho San Juan.

Feb-15-1989

COMONDÚ VIEJO-RANCHO EL JUNCO

Comondú Viejo (misión de San José de Comondú)

En el rancho San Juan principia lo que se llama Comondú Viejo y que antiguamente fuera la misión de San José de Comondú. Fue fundada en 1708 y aproximadamente 30 años después se cambia unos 25 kilómetros al sur, donde actualmente se encuentra el pueblo de Comondú, y a un lado de él San Miguel de Comondú. El sitio de Comondú Viejo fue descubierto durante la expedición de Atondo, en el año de 1684. Atondo escribió en su diario lo siguiente sobre este sitio:

Este día habiendo caminado como seis leguas las más de ellas de pedregales, espinas y abrojos, llegamos a un arroyo de agua corriente muy buena y un carrizal grande y muchos árboles silvestres, llámanle los naturales a dicho paraxe Comonde, y le pusimos por nombre “Nuestra Señora de la O” por haber llegado en su día.

Del rancho San Juan caminamos dos kilómetros hacia el sur, sobre el curso del arroyo, hasta llegar al rancho “La Capilla”. Ahí localizamos los restos de la antigua misión de Comondú. Aun se encuentran en pie los cuatro muros de piedra, bien conservados pero sin techo. Por desgracia la familia que habita el rancho lo utiliza como chiquero. El nombre del rancho se debe a los restos de la misión. Desde antes de llegar al rancho San Juan se observan vestigios diseminados que datan de tiempos misionales; antiguos corrales, gruesas cercas de piedra, restos de muros, acequias y canales. También vimos la pila de la misión, que mide aproximadamente 10 metros por 10 metros y como metro y medio de profundidad. En toda esta zona, entre San Juan y La Capilla, el arroyo tiene abundante agua, surge en el cauce un buen manantial y mantiene amplios y profundas pozas. Estas se encuentran rodeadas de palmeras y densa vegetación donde vimos el lomboy, el palo blanco, la peligrosísima hierba de la flecha e innumerables cactáceas.

A unos dos kilómetros de La Capilla se encuentra el rancho de la Presa, en donde se nos dijo de más restos de misionales, como un represo y un túnel. Fuimos a este rancho a confirmar esta información. El rancho La Capilla parece ser el centro de lo que fue San José de Comondú. En él vive el Sr. Francisco Javier Ceceña con su familia, ellos son los propietarios, tienen una hermosa casita de palma y carrizo. Nos atendió bien y nos invitó a su casa. Conocimos al Sr. Leopoldo Perpuli Ceceña, un señor ya grande, del cercano rancho Cambalaquiu (nombre indígena). Estuvimos platicando un rato con él, es un buen conocedor de la historia sudcaliforniana, y es el primer ranchero que vemos con tanto conocimiento. Es una persona platicadora y agradable. En todos estos ranchos la gente curte pieles, hacen quesos de cabra, cultivan un poco, en fin llevan una vida sencilla y sana.

En la casa del Sr. Ceceña (en La Capilla) vimos una “cuera”. Se trata de una especie de gabardina larga, hecha de gamuza (piel de venado), con la cual los rancheros se protegen de las espinas de las cactáceas y el breñal cuando andan

campeando. Con “la cuera” y “las armas” el rancharo puede andar en su mula o caballo tranquilamente a campo traviesa, como cuando busca sus vacas o chivas perdidas, perfectamente protegidos. Esto de “la cuera” me impresionó mucho ya que viene directamente de los famosos soldados de cuera de la época misional. En ese entonces la cuera consistía de 6 ó 7 capas de gamuza, para protegerse, en primer lugar de las flechas de los indios y luego de las espinas.

Algo importante sobre este sitio es que Comondú Viejo no se encuentra donde originalmente habíamos supuesto, lo cual nos obligó a caminar unos ocho kilómetros más, pero debido a esto, calculamos que la interpretación de Yves (en Mathes) sobre la ruta de Atondo, está errónea en este tramo. La ruta real pensamos que fue desde el valle de San Juan Londó, por la cuesta de Nacojoa descendiendo por el arroyo de las Tasajeras, que se une al arroyo de Comondú Viejo, justo en el rancho de la Presa, precisamente por dicha ruta existe actualmente una vieja vereda de herradura que utilizan los rancharos desde hace muchísimo tiempo.

Iniciamos la jornada a las dos de la tarde. Caminamos sobre la terracería siguiendo el curso del arroyo de Comondú Viejo, hasta su unión con el de la Purísima, continuando sobre el cauce de este último arroyo. Pasamos varios ranchitos como el de San Felipe, Garambullal, Uña de Gato, El Becerrito, Calagua y El Junco. Acampamos cerca de este último rancho. El atardecer fue hermoso, la luz del sol destacaba con suavidad las formas de los cerros y los arroyos. Nos alegró el verdor de la región, ocasionado por las pasadas lluvias. Nuestro recorrido de este día fue de 22 kilómetros en cinco horas.

Febrero-16-1989 RANCHO EL JUNCO-LA PURÍSIMA

Alfonso y yo, continuamos caminando sobre el arroyo. Seguimos por una antigua brecha. Pasamos por varios ranchos como “Medio Corral” (abandonado), San Martín (habitado), y El Duguajal (abandonado).

El Ojo de Agua

Después de tres horas de caminar llegamos al rancho “El Ojo de Agua”. Se llama así porque del cauce del arroyo surge abundante manantial, formando grandes pozas que están rodeadas de palmares, juncos y cañaverales. El sitio contrasta con la aridez del paisaje circundante. En las pozas vimos gran cantidad de patos y garzas, así como un numeroso grupo de tortugas, algunas nadando y otras asoleándose en las rocas. Este sitio lo describió Atondo en diciembre de 1694 con las siguientes palabras:

... Hallamos unos ojos de agua que forman un río el cual según noticia que nos dieron los naturales aunque no ha llovido en catorce meses lleva tanta agua que sobra para moler un molino ... Está poblado de sauces y carrizal y en los hondables hay patos.

Este paraje lo encontramos prácticamente igual a como lo viera Atondo. Cuando nos acercamos a los cuerpos de agua, se levantaban las parvadas de patos. En el rancho vive una familia, con quienes platicamos un rato.

A partir de aquí el arroyo lleva agua corriente, vimos pequeñas zonas de rápidos y algunas represas donde nos refrescamos. Abundaban los peces. Entramos a una cañada en donde el arroyo se encañona durante unos diez kilómetros. Pasamos por cuatro ranchos; tres se encontraban habitados. Encontramos junto al cauce del arroyo un estrato delgado de coquina, en donde predominaban los fósiles de ostiones, de color blanco. Abajo había otro estrato fosilífero con muchas turrítelas, almejas y caracoles. La brecha que baja por ahí está en un pésimo estado y sólo con un vehículo de doble tracción se puede pasar. En cuanto el arroyo sale de la cañada se topa con una presa y continúa por un canal que alimenta de agua a varios pueblos y ranchos más adelante.

El Sombrero de San Juan (Pilón de La Purísima)

Saliendo de la cañada vimos por vez primera la silueta del “Pilón de la Purísima”, uno de los cerros que más destacan en la región y es un símbolo para La Purísima. Tiene unos 325 msnm. Este cerro fue ascendido en 1684, por

el padre Kino, en compañía de unos soldados. El almirante Atondo describe este ascenso en su diario:

Dí orden a dicho cabo de escuadra don Josef de Oya Sotomayor fuese con don Juan Ruiz de Briviesca y don Diego de Aguayo y en su compañía dicho Padre Superior [Kino] a subir a un cerro que estaba como legua y media adelante de nuestro real para que viesen si divisaban la mar y tierras llanas porque la tierra había mudado de ánimo y se mostraba muy baxa. Y habiendo vuelto y siendo preguntados dixeron que desde la cumbre de dicho cerro habían visto la mar con el antejo de larga vista aunque dicho Padre Superior dixo que le parecía ser la mar pero que no se afirmaba y que a la parte del poniente se mostraba la tierra mas baxa y que dicho río daba la vuelta al sudueste: Hallaron en dicho cerro orégano y le pusimos por nombre el Sombrero de San Juan por tener la forma de un sombrero.

A poco rato de salir de la cañada llegamos a la comunidad de Carambuchi. A los dos kilómetros se encuentra San Isidro a un lado del arroyo. El paso de una comunidad a otra es notable por sus diferencias. Aunque Carambuchi está muy cercana al arroyo, se encuentra arriba de éste, y su paisaje es igual al del contorno; semiárido. En cambio San Isidro colinda con el arroyo y está entre amplios palmares y huertos, hay canales de agua por todos lados, desde los que datan desde tiempos de las misiones, hasta los modernos. Daba gusto verlos porque en todos corría agua. Vimos sus casonas antiguas, corrales misionales, cercos, y muchos otros vestigios del pasado.

La Purísima

A cinco kilómetros está La Purísima, una antigua comunidad misional de mayor tamaño que San Isidro. Ahí finalizamos la jornada, justo en el sitio donde estuvo la misión. De esta ya no quedan más que un poco de cimientos y dos tumbas. Fue fundada en 1718 por el padre Nicolás Tamaral. El sitio de La Purísima era llamado por los indígenas Cadegomó, y fue explorado inicialmente por Atondo, en 1684 y posteriormente por el padre Piccolo, en 1712, quien le dio el nombre de La Purísima Concepción. La iglesia de esta misión y la de Comondú fueron destruidas por el general Domínguez, un gobernador que estuvo aquí por los años 30's. Comondú fue reconstruida

hace algunos años por el INAH, pero la de La Purísima no, y hace unos meses construyeron una refaccionaria sobre ellas, destruyendo aún más lo poco que quedaba. Ya era de noche cuando finalizamos la jornada, así que fuimos a despoblado y acampamos. Esta jornada fue larga, recorrimos 42 kilómetros en 10 horas con 50 minutos.

Feb-17-1989 La Purísima-El Saucito

Iniciamos la jornada ya tarde, siguiendo el arroyo. Los primeros kilómetros anduvimos al lado de amplios palmares. Después tomamos la desviación que va a la costa (La Bocana - San Juanito) y en el vado del arroyo nos salimos de la terracería siguiendo el curso de éste, que para entonces ya no llevaba nada de agua. La caminata fue pesada, a veces entre amplios pedregales o arenales, dando vueltas por lo denso de los arbustos espinosos. Llegamos al ranchito de Casas Viejas, donde habita una familia. Tanto el lugar como su gente tienen un aspecto miserable; la gente se ve sucia, quizá enferma, como dejada. La casa así como su entorno tienen mucha basura regada. En el arroyo encontramos una amplia poza de donde surge un brote de agua. Como a 100 metros del rancho, junto al arroyo, se encuentra una antigua perforación de Pemex, en donde hay otro surgidero de agua y esta tiene una temperatura muy agradable, tibia.

Toda la tarde seguimos caminando sobre el arroyo. Casi de noche vimos a lo lejos el rancho Los Corrales. Para acampar buscamos el rancho El Saucito sin encontrarlo y nos salimos del arroyo siguiendo un camino de terracería ya abandonado. Nos quedamos a dormir atrás de una loma. Caminamos 24 kilómetros en ocho horas con 33 minutos.

Feb-18-1989 EL SAUCITO-LA BOCANA-SAN GREGORIO

Temprano nos levantó el canto de los innumerables pájaros. A lo lejos ya escuchábamos el rumor del mar. Amaneció con sol pero como a la hora una densa niebla nos cubrió. El paisaje se mostró fantasmagórico. Los cardones

parecían auténticos espectros. Como a las dos horas la niebla se disipó, asomándose el sol. Después vimos el cauce seco del arroyo de San Gregorio, y a un lado el rancho San Gregorio rodeado de enormes pinos salados. Es habitado por la familia del Sr. Santos Orlando, quien lo cuida. Cruzamos el cauce del arroyo San Gregorio y nos topamos con la visión del estero de San Gregorio. Subimos una loma y desde ahí el estero se nos mostró amplio y alargado. Ahí desembocaba el arroyo de San Gregorio haciéndolo también el arroyo de La Purísima con todo su cauce cargado de agua. El arroyo de La Purísima daba una amplia curva. La mayor parte de esta agua, surgía de otra zona de manantiales que no vimos, la del rancho San Ramón que se encuentra en un gran meandro, el cual evitamos, y surge como ocho kilómetros antes de unirse al estero.

Entrada al Pacífico

Caminamos a un lado del estero. En sus aguas había muchas garzas, manglares y tulares. Después de una hora y media de caminar llegamos a la comunidad de La Bocana a orillas del Pacífico. Habíamos completado la travesía del Mar de Cortés al Pacífico, siguiendo la ruta del almirante Atondo quien en 1684 efectuó este recorrido. La Bocana tiene una amplia zona de dunas y playa de arena blanca. En su mitad se encuentra la entrada al estero. Caminamos hasta la entrada y como la marea estaba baja había una fuerte corriente del estero hacia el mar. El Pacífico tenía algo de oleaje. Cuando llegábamos entraban al estero en sus lanchas varios pescadores, se dirigían a una comunidad llamada Los Parajes, como a dos kilómetros dentro del estero, pero en la otra banda, la sur, nosotros estábamos en el lado norte, por donde entró Atondo. Sobre esta región Atondo escribió en su diario:

Sábado treinta [Diciembre 1684] salimos de dicho puesto de Santo Tomás de Canturia como a las siete de la mañana y habiendo andado como tres leguas hallamos otro río [arroyo San Gregorio] aunque muestra no ser tan caudaloso como el río deseado de Santo Tomás [arroyo La Purísima] y entre un carrizal estaba un aguaxe [¿San Ramón?] aunque no muy abundante por la gran seca del año pero en alegrándole revienta agua por cualquier parte que hubo bastante

para que bebieran todas nuestras bestias ... pusímosle por nombre el Río de Santiago: Proseguimos dicho día hasta la mar que distaría de dicho aguaxe como dos leguas en cuyo distrito había gran cantidad de conchas de todo género de marisco, muchas liebres y conexos y por lo mas baxo de un médano subimos y baxamos a la playa a tiempo de la baxa mar y fuimos continuando camino del sur a donde habíamos descubierto un grande estero [el de San Gregorio] en el cual desaguan los dos dichos ríos y dicho estero distará del médano donde bajamos como una legua parte de ello piedras y peñas ... llegamos a dicha boca del estero y mandé a los soldados Clemente García Bonal y don Juan Lara Villaseñor que yvan en los caballos más altos y briosos procurasen ver si podían pasar a la otra banda de dicho estero para que todos prosiguiésemos y habiéndolo hecho dijeron que era imposible pasar porque había más de 3 brazas de fondo esto era siendo baxa mar.

La Bocana

La Bocana es una comunidad de pescadores de 20 familias. Su problema más grande es que no tienen agua y la traen en camiones desde muy lejos. Descansamos varias horas sobre la playa mientras veíamos cómo llegaban los pescadores. Venían en cuatro o cinco lanchas, cada una con tres pescadores, sacaban el pescado y lo tendían en la playa donde lo destazaban. En todo el derredor volaban muchísimas gaviotas, las cuales se abalanzaban sobre los restos. Las aves cubrían el cielo mientras graznaban en feliz desorden; eran cientos. También se acercaban enormes pelícanos y buitres y hasta tildillos. Uno de los pescadores nos regaló varios pescados y una señora muy amablemente se ofreció a preparárnoslos, los hizo fritos, riquísimos, con frijoles y tortillas de harina. Caminamos por esta playa para conocerla toda.

Ya muy entrada la tarde, después de haber disfrutado ampliamente del sitio, regresamos hacia San Gregorio. La noche nos sorprendió a medio camino, pero como había luna llena, pudimos caminar tranquilamente bajo su luz. El paisaje nocturno era maravilloso. El estero brillaba con la tenue luz de la luna y distinguíamos perfectamente las siluetas de todas las cactáceas. Llegamos al rancho San Gregorio y nos quedamos a dormir bajo uno de sus pinos salados. Fueron 22 los kilómetros recorridos este humilde día. Cinco horas hicimos.

Feb-19-1989
RANCHO SAN GREGORIO-LA PURÍSIMA

Como no teníamos contemplado volver a La Purísima por el arroyo, lo hicimos por un camino de terracería de reciente construcción. La caminata fue monótona, sobre un paisaje plano. Llegando al poblado fuimos al arroyo a bañarnos a un sitio llamado “La Poza Honda” rodeado de un gran palmar, densos tulares y cañas.

Tesoros

Después del baño fuimos a apreciar mejor los restos de la misión de La Purísima. Una señora quiso explicarnos como estaba distribuida la misión y su panteón, pero el dueño del terreno, causante de los últimos destrozos a ésta, se lo impidió, seguramente temeroso de alguna acción legal que pudiera emprenderse en su contra. El señor Trinidad Higuera, de 70 años de edad, nos habló con insistencia de un tesoro que se decía que por ahí estaba enterrado. Se imaginaba que nosotros íbamos a buscar tesoros y nos dijo que él sabía dónde había uno, sólo le faltaba un buen detector de metales y pensó que nosotros lo teníamos. También nos platicó que como ocho años atrás un sacerdote norteamericano se encontró un tesoro cerca de ahí, que él lo espió cuando lo desenterró. Esta versión del tesoro que encontró el padre nos la confirmaron otras personas de La Purísima. De hecho aquí mucha gente piensa que por visitar las ruinas de la misión anda uno buscando tesoros. Nuestra humilde caminata cubrió este día 24 kilómetros en cinco horas con 45 minutos.

Feb-20-1989

Nos levantamos tarde y fuimos a la poza del Cantil. Ahí estuvimos muchas horas, nadando entre los patos y descansando entre las palmeras.

Feb-21-1989
LA PURÍSIMA - SAN JOSÉ GUAJADEMÍ

Con la primera luz del sol tomamos el antiguo camino real que iba hasta Mulegé. El arroyo de La Purísima resplandecía con los rayos del sol sobre su superficie. Vimos a lo lejos el Pílon de La Purísima y a un lado de él las siete peñas donde la gente nos decía había tesoros enterrados. Al subir una cuesta tuvimos la vista del cerro “Pílon de La Purísima Vieja”. A poco de andar el camino se unió con la terracería de San Isidro-San José de Guajademí, justo al pie del Pílon de Purísima Vieja.

Purísima Vieja

La vereda del camino real es bastante ancha por lo cual fue fácil seguirla. Pasamos por varios ranchitos abandonados y después de algunos kilómetros vimos la amplia cañada de Guajademí. Descendimos, y a las dos de la tarde llegamos al rancho de Purísima Vieja, donde originalmente fue fundada la misión de La Purísima. El sitio se encuentra en el cauce del arroyo, rodeado de un denso palmar. Tiene un pequeño manantial en donde bebimos agua. Aquí nos preparamos una buena comida. Este ranchito es utilizado por temporadas y cuando llegamos no había nadie. Seguimos caminando hasta llegar a la comunidad de Paso Hondo, que se encuentra entre un gran palmar. Lo habitan 15 familias. Todas las casas tienen sus huertos con naranjos. Seguimos. Atardecía cuando llegamos a San José Guajademí. Es una comunidad más pequeña que Paso Hondo, con su palmar, poza con agua, huertos y su entorno de cactáceas. Acampamos junto a una casa abandonada. La jornada de 28 kilómetros, caminados en nueve horas con cuarenta minutos.

Feb-22-1989
SAN JOSÉ GUAJADEMÍ-EL GACHUPÍN

Todo el día caminamos siguiendo la cañada de Guajademí. Fuimos encontrando varios ranchos abandonados: Agua Puerca, El Saucito, Agua Honda, Agua Fría, Rincón de la Perra, Buenos Aires, La Becerrita y Quevedo. La brecha

termina en el rancho Agua Grande que está habitado. La cañada de Guajademi nos fascinó con sus bosques de breñas y cactáceas y sus altas mesas a los lados. Debido a las pasadas lluvias lucía esplendorosa y nos tocó ver miles de florecillas que crecían en el piso y entre los arbustos, las cuales rodeaban y alegraban a las plantas espinosas. Las había de todos colores: blancas, moradas, lilas, rojas, amarillas, azules. Seguimos caminando siguiendo el camino real, finalizando la jornada en el rancho abandonado “El Gachupín”, donde acampamos. A la luz de la fogata, mientras reposábamos la cena con un buen café, Alfonso me comentó que cuando va en la Mula, con frecuencia la gente de los ranchos lo confunden con fayuqueros, o a veces con judiciales. Aquí la gente aun conserva el concepto de fayuquero que menciona Jordán hace casi 50 años, un comerciante-aventurero que enlaza varios pueblos y le da sentido a los caminos. Caminamos 26 kilómetros en nueve horas y 25 minutos.

Feb-23-1989 EL GACHUPÍN-CABEZA DE VACA

Muy temprano salimos del Gachupín siguiendo la vereda del camino real. Pasamos junto al rancho El Zapote, habitado, y varios kilómetros adelante llegamos al rancho de Guajademi. Se encuentra en un sitio muy hermoso, casi al final de la cañada, arriba del arroyo, rodeado de enormes paredes verticales. El rancho tiene un manantial en donde el agua surge abundante de una grieta y va a caer a una pileta. En esta nos dimos un reparador baño. Desayunamos con el dueño del rancho, el sr. Enrique Mayoral, quien nos trató muy bien. Al proseguir el camino llegamos al final de la cañada de Guajademi y subimos una cuesta. Cuando llegamos al puerto, tuvimos la visión de toda la longitud de la cañada de Guajademi. Del otro lado del portezuelo ante nuestra vista se nos presentaba un enorme valle que llegaba hasta el golfo, hasta Mulegé. También vimos todo el límite de la sierra. Iniciamos el descenso hacia el valle bajando por la “Cuesta de Guajademi”, mucho más larga y empinada que la que acabábamos de subir. El descenso nos llevó más de una hora. Muy abajo vimos

el ranchito llamado “Pie de la Cuesta de Guajaderní”. La bajada la terminamos en un rancho llamado “La Escondida”. Desde ahí al voltear atrás vimos como la sierra se alzaba imponente, como un muro que no permitía paso, ni siquiera se distinguía la vereda por donde habíamos llegado.

Caminamos siguiendo una brecha por la planicie. A poco llegamos al rancho “Cerritos” en donde platicamos con sus moradores. Casi toda la gente que hemos encontrado a lo largo de la caminata, lo primero que se imaginan es que somos gringos y se sorprenden cuando les decimos que somos mexicanos en pos de conocer nuestra tierra a fondo. La sorpresa de los rancheros no es infundada ya que en general nosotros los mexicanos aun no aprendemos a recorrer y explorar nuestra propia tierra. En ese aspecto, nosotros somos una excepción. Pocos después llegamos al rancho El Potrero, deshabitado, tiene un buen manantial. Unos rancheros nos dijeron que data del tiempo de los misioneros. Más adelante pasamos por los ranchos del Reparito y Cabeza de Vaca, abandonados, donde finalizamos la jornada. Caminamos 23 kilómetros en nueve horas con cuarenta minutos.

Febrero-24-1989 CABEZA DE VACA-MULEGÉ

Pasamos por el rancho El Dipugó que está habitado, además de otros abandonados. Al acercarnos a Mulegé empezamos a ver los basureros clandestinos a lo largo del camino. Ya casi para llegar, pasamos por el rancho llamado “El Ranchito”, con su palmar y su huerto y casi enseguida, como un suburbio de Mulegé, la comunidad de La Calera, con un aspecto un tanto deprimente, entre basura y casas mal hechas. Entramos a Mulegé a un lado de su hermoso arroyo en donde surge abundante agua que está rodeada de un densísimo palmar. Se trata del más hermoso palmar que hemos visto en nuestro recorrido. Entre las pozas también vimos grandes tulares y cañaverales, y muchos patos nadando. Cruzamos el arroyo y llegamos a la misión de Santa Rosalía de Mulegé, donde finalizamos nuestra jornada.

Misión de Santa Rosalía de Mulegé

El sitio de Mulegé fue explorado desde 1703 por los padres Pícolo y Bazaldúa, sin embargo la misión no fue fundada sino hasta 1705 por el padre Bazaldúa. La misión está hecha totalmente de piedra, su estilo es austero y se encuentra muy bien conservada. Destaca en lo alto de una loma que domina el amplio palmar. Los misioneros construyeron un excelente templo de piedra para esta misión, el cual aun se conserva firme. Su estilo es sobrio, lejos del barroco de San Javier y San Ignacio, pero en su austeridad tiene su belleza. A veces da la impresión de ser una fortaleza medieval. Al contemplar la misión de Mulegé, y toda las obras que levantaron ahí los jesuitas, para poder sustentar su labor de evangelización, salta a la vista el espíritu emprendedor y visionario de estos padres. Pero lo más importante es constatar como la labor que ellos iniciaron cuajó, y perdura. A veces queremos medir la herencia de los misioneros en base a los templos que dejaron diseminados por toda la península, algunos de ellos destruidos por el paso del tiempo. Pero no, lo importante de la herencia de los misioneros, del fruto que dejó su obra, no son esos vestigios, sino que lo es toda la península y como la región prosperó hasta llegar a lo que hoy somos. Los misioneros trabajaron, no para dejar templos, sino para sembrar la civilización en esta tierra. Ellos sembraron la semilla, no les tocó ver los frutos, pero estos ahora los disfrutamos nosotros. Las misiones fueron el origen de lo que hoy es Baja California. Muchas de ellas son los pueblos y ciudades modernas, como La Paz, Loreto, Los Cabos, San Ignacio, y otras más en Baja California Sur. En lo que es nuestro estado, el de la porción norteña peninsular, sus pueblos más antiguos son todos de origen misional, como El Rosario, San Vicente, Santo Tomás, La Misión, Guadalupe, entre otros. Y si las ciudades de nuestro estado, que no tuvieron un origen misional y fueron posteriores, como Tijuana, Ensenada, Mexicali, Tecate, Rosarito y San Quintín, han prosperado, fue precisamente porque tuvieron la base civilizadora dejada por los misioneros, los jesuitas primero, después los franciscanos, y cerraron el ciclo los dominicos. Esa es la verdadera grandeza de los misioneros, que creyeron en el futuro de esta tierra y sembraron en ella la civilización occidental. Nuestra historia ha sido ingrata con ellos, y casi no se les ha dado un verdadero reconocimiento a estos forjadores de la patria chica.

Seguimos al estero en donde tuvimos una bella visión de sus tranquilas aguas, sus palmeras, manglares y tulares. Esta zona del estero es otro Mulegé, se encuentra ocupada por numerosos gringos con sus casas a todo lujo, se trata de un marcado contraste con el resto del pueblo; casas grandes, muy bien construidas, con todos los servicios, antenas parabólicas, frente a sus casas tienen sus lanchas o pequeños yates, también tienen potentes vehículos y motores y al final del estero una pequeña pista aérea con numerosas avionetas. Antes todo el estero era del pueblo, de los pescadores, supongo que por su ignorancia y la necesidad de dinero lo han ido perdiendo. El contraste estético entre la zona de los gringos y el Mulegé de los mexicanos también es tremendo, no sé si sea el dinero, pero a veces me da la impresión de que los mexicanos no tenemos sentido de la estética. En la zona del estero me sentí más en Estados Unidos que en México. Finalizamos en la playa, al final del estero, donde aún no han llegado los gringos. Caminamos 30 kilómetros, en ocho horas.

Feb-25-1989 MULEGÉ-ESTERO SAN MARCOS

Salimos de Mulegé dejando atrás la sierra de la Giganta. Pronto vimos a lo lejos la silueta del volcán de las Tres Vírgenes. Veníamos sobre la carretera y tomamos la terracería que va a San Marcos Tierra. Por la tarde llegamos a los restos de lo que fue esta comunidad, que alguna vez tuvo importancia, pero ahora está abandonada y la mayoría de sus habitantes se fueron a vivir a la cercana comunidad de Palo Verde. Tres kilómetros después llegamos al estero de San Marcos. Tiene un amplio cuerpo de agua, rodeado de palmeras, manglares y tulares. Los patos y las garzas abundaban ¡qué bello sitio! y estaba solitario. Llegamos hasta la playa donde desemboca el estero. Enfrente teníamos la inmensa isla San Marcos. Los rayos del sol del atardecer le daban una suave visión. La playa estaba llena de conchas y a lo lejos se dibujaba una serranía con el volcán de las Tres Vírgenes destacando. Sobre el estero de San Marcos, escribió el padre Pícolo:

...Por la tarde, salimos de Santa Rosalía Mulexe con seis bestias mulares cargadas, dos muchachos míos y los tres soldados: Joseph Altamirano, Juan de Villa-lobos y Sebastián Martínez. Hicimos pocas leguas. Al otro día, 14 [de noviembre de 1716], llegamos temprano a San Marcos, pueblo de visita, quedamos toda la tarde para que comieran y cenaran bien las bestias en aquella laguna.

En esta playa vive el Sr. Ruiz y su joven esposa. Nos dijo que el nombre completo del sitio es San Marcos Tierra Firme, esto para distinguirlo de San Marcos Isla. Cenamos con ellos y dormimos en la playa. Hoy recorrimos 34 kilómetros en nueve horas.

Febrero-26-1989 ESTERO SAN MARCOS-SAN LUCAS

Temprano caminamos a lo largo del estero siguiendo una brecha muy cercana a la costa. A las tres horas de andar, después de pasar por varios ranchos de pescadores, llegamos a la comunidad de San Bruno, con su inmenso palmar frente al mar. Fue una antigua hacienda de la cual aún queda su casco y otros vestigios. San Bruno es un sitio feo, no por su geografía sino por su crecimiento sin orden ni estética. Continuamos por la carretera hasta llegar a la comunidad de San Lucas, varios kilómetros adelante. Ahí se localiza una hermosa playa, la cual se encuentra casi cerrada por una amplia barra de arena, parece una laguna, este aislamiento diferencia el color de sus aguas, azul turquesa, de las del mar abierto de un azul fuerte. El sitio tiene un hermoso palmar. Aquí finalizamos la jornada, casi a las tres de la tarde. Caminamos 25 kilómetros en siete horas.

En la Mula fuimos a bahía Concepción, enorme y hermosa. Escogimos una playa solitaria, no fue fácil ya que casi todas estaban llenas de gringos. Nos dimos un reparador baño y acampamos. Los últimos rayos del atardecer iluminaron con especial belleza la serranía de la península de Concepción, que teníamos frente a nosotros, al otro lado de la bahía. Por la noche pude disfrutar del cielo, como si fuera una ventana al Universo.

Feb-27-1989

Nos levantamos con una hermosa visión de la bahía Concepción y su entorno. Fuimos en la Mula a Loreto a comprar víveres. Después de dos meses de convivencia a lo largo de la península, ya vamos conociéndonos mejor. De Alfonso ha destacado su terquedad, así es su carácter y se aferra mucho a sus ideas, lo cual ha ocasionado varias discusiones, lo bueno es que estas discusiones las resolvemos bien, ya que todos estamos conscientes de lograr nuestro objetivo, que es completar la caminata hasta San Diego. Ahora Carlos y yo ya conocemos esta forma de ser de Alfonso y procuramos evitar las discusiones, lo cual no siempre es posible. La actitud de Carlos ha sido muy positiva, generosa, de apoyo total a los objetivos de la expedición. Al regreso tomamos la desviación a San Borjita, ya que pensamos visitar sus famosas pinturas rupestres. Acampamos a campo traviesa.

Feb-28-1989

Temprano continuamos rumbo a San Borjita, y después de seguir un camino sumamente malo llegamos al rancho de “Cerro Gordo”. Éste es habitado por el señor Rosario Vázquez y su familia; su mujer y siete hijos. Cuando llegamos don Rosario estaba ordeñando las vacas y nos dijo que él con gusto nos llevaría hasta la misma Cueva de San Borjita que ya no estaba lejos. Mientras terminaba de ordeñar platicamos con él. Cuida el rancho de “Cerro Gordo” que es básicamente ganadero. Nos invitó a desayunar y su esposa nos preparó una sabrosa machaca. Nos dijo que del rancho obtiene todo, leche, queso, carne de res o gallina, huevos y algunos vegetales de su huerta. El aprecia la sencilla vida campirana, la cual de veras es austera en las sierras desérticas de la Baja California.

La cueva de San Borjita

Después del desayuno proseguimos por un camino cada vez más malo, hasta llegar al poco tiempo al rancho San Borjita o San Borja, que estaba deshabitado. Seguimos a pie una vereda y nos internamos en la cañada. Al kilómetro de andar llegamos a la cueva, que está al pie de una enorme pared de piedra. Es amplia y está formada por un salón, de aproximadamente 30 por 30 metros, con unos cuatro o cinco metros de altura en promedio. Desde su interior se tiene una hermosa vista de la cañada. Buena parte de su techo está cubierto por gran cantidad de pinturas rupestres de hermoso diseño. Principalmente son figuras humanas de tamaño natural, casi todas atravesadas con flechas; las hay de hombres y mujeres. También hay diseños de animales; peces y venados. Las figuras son monumentales e impresionantes, tienen colores variados: negros, blancos, amarillos, rojo ocre. En una de las paredes hay petroglifos. Aún se conservan varios metates, puntas de flechas y raspadores. Quedamos fascinados con la visión de las pinturas, que en buena parte son iluminadas por los reflejos de la luz del sol. La cueva es utilizada de vez en cuando por los rancheros locales, principalmente como corral para vacas y chivos, lo cual de ningún modo ha afectado a las pinturas, ya que se encuentran en el techo, la mayoría a más de dos metros arriba y muchas quizá alcancen hasta cuatro ó cinco metros. No pude dejar de imaginarme como sería el tiempo en que los autores de estas pinturas las estuvieron haciendo. Los imaginé moliendo minerales para hacer sus pigmentos, fabricando andamios para alcanzar cómodamente la roca del techo, haciendo ceremonias y rituales ante ellas, iluminados por las fogatas, pidiendo a las fuerzas naturales su ayuda para cazar o vencer en la guerra, pidiendo por sus muertos. Eran seres humanos que hicieron un esfuerzo notable por trascender en un medio tan hostil como el de esta geografía. Aquí comprendí que el arte no evoluciona. La técnica si, pero el arte no. El arte es absoluto.

Visitamos una cuevita, también con pinturas, al otro lado de la cañada, casi enfrente de la de San Borja. La cueva es pequeña no cabe uno de pie. Tiene algunas pinturas en su techo, tan bien conservadas que parecen frescas, son figuras humanas y de peces, con el mismo estilo que la cueva

grande. Aquí destaca la figura de una mano. Después de esto regresamos a Cerro Gordo, donde nos despedimos de Don Rosario y volvimos a nuestros rumbos de caminata. Llegamos a la playa de San Lucas, donde acampamos bajo un palmar. Con la luz de los faros iluminamos el mar, y vimos un espectáculo maravilloso, miles de peces saltaban en el agua, parecía que volaban y brillaban con la luz.

Mar-1-1989 SAN LUCAS-ARROYO DEL POZO VERDE

Hoy cruzamos la carretera y adelante tomamos la terracería que va a Santa Águeda. Subimos un lomerío y tuvimos la vista del Mar de Cortés; a nuestra mano derecha traíamos el arroyo de Santa Águeda, seco en extremo, y sobre él vimos la entrada a la famosa mina de cobre de San Luciano, del tiempo de la compañía El Boleo, a fines del siglo pasado, que dio origen a la población de Santa Rosalía. Continuamos caminando hasta que llegamos a Santa Águeda, comunidad del tiempo misional. Se trata de una población pequeña y tranquila, con casas antiguas de adobe y piedra, con grandes huertos. También tiene casas de madera, del típico estilo afrancesado de Santa Rosalía. El 16 de noviembre de 1716 el padre Piccolo estuvo en este sitio y para entonces ya tenía su nombre actual.

Aquí comimos y platicamos sobre nuestra relación y ambiente, que en los últimos días se ha vuelto más tensa y pesada, debido principalmente al cansancio que ya empieza a acumularse en nosotros. Esto provoca mayor irritabilidad. Antes las bromas nos parecían graciosas, ahora ya empiezan a molestarnos, e incluso se hacen ya con esa intención, por lo que replanteamos nuestro trato para mejorarlo.

Alfonso y yo tomamos la vereda que va al rancho de Santa Lucía. Volvimos a penetrar a la sierra de La Giganta. Pasamos por el rancho del Pozo Verde y adelante acampamos al pie del cerro del Aguacate. Marcha de 32 kilómetros a lo largo de 10 horas y media.

Mar-2-1989
ARROYO DEL POZO VERDE-LA CUEVA COLORADA

Hoy alcanzamos el inicio del arroyo de San Ignacio. Pasamos al pie del cerro de la Hormiga y de la mesa Bausuri, adelante encontramos varios tramos donde aún se conserva bien el camino real, con las piedras hechas a un lado y alineadas. Continuamos sobre el arroyo y llegamos al antiguo rancho de Santa Lucía. El padre Pícolo también registró la ranchería indígena de Santa Lucía, cuyo nombre original era Kaelmacuin. En este rancho hay dos casas, una de ellas es muy antigua, construida de piedras unidas con adobe, también existe un bonito y amplio corral de piedra. Estábamos descansando cuando llegaron dos rancheros en sus mulas, son los habitantes del sitio. Venían arriando una recua de burros y los metieron al corral de piedra. Eran don Jesús Arce Ojeda, nacido en este rancho, y don Cenobio Castillo Villa, de San Ignacio. Platicamos con ellos y continuamos caminando, siguiendo una terracería que se alejaba un poco del arroyo, aunque al final se volvía a unir al llegar al rancho de Cueva Colorada. En esta última parte vimos el volcán de las Tres Vírgenes y a lo lejos la sierra de San Francisco, famosa por sus pinturas rupestres. Finalizamos la jornada en el rancho de la Cueva Colorada. La razón de su nombre la tuvimos de inmediato al ver un amplio abrigo rocoso de color rojizo. Junto a la cueva están las casas del rancho. Ahí conocimos al dueño, Sr. Jesús Castillo Arce, hijo, don Cenobio (el ranchero que vimos en Santa Lucía), quien nos invitó a su casa a descansar y platicar un momento. Mientras lo hacíamos, llegaron Don Cenobio y Don Jesús Arce, que venían de Santa Lucía, con las mulas cargadas de pastura. Como hacía muchísimo viento, le pedimos a Don Jesús nos permitiera usar su cocina para hacer nuestra cena, a lo cual accedió gustoso, e incluso cenó con nosotros. Hablamos sobre el Volcán las Vírgenes. Don Jesús nos comentó que hace como dos años lo subió, debido a que sus chivas fueron a dar hasta la cumbre misma. Durante la jornada de hoy vimos por última vez la sierra de la Giganta, llegando a sus últimas estribaciones del norte. Caminamos 29 kilómetros en once horas.

Mar-3-1989
LA CUEVA COLORADA-SAN IGNACIO

Temprano don Jesús nos invitó a su casa a tomar un cafecito. Nos mostró un cuarto donde tienen toda su indumentaria para andar a caballo o mula, toda de cuero: sus armas, su funda de rifle, el rifle, la silla, chaparreras, polainas, alforjas, chamarra, aparejos, cuera, funda de hacha, el hacha, teguas (botas de cuero curtido con suela de llanta). El rancho cuenta con un pozo para extraer agua de 65 metros de profundidad, fue hecho hace muchísimos años por la compañía El Boleo, cuando llegó a tener muchas propiedades y ganado.

Caminamos arriba del arroyo de San Ignacio, siguiendo el camino real. En este tramo se encuentra muy bien conservado, su trazo recto totalmente y con un ancho entre dos y tres metros. Las rocas fueron acomodadas a los lados y limpiado toda la ruta. Más adelante vimos amplísimos arenales de origen volcánico donde encontramos varias puntas de flechas y raspadores; buena parte del material lítico indígena estaba hecho con obsidiana. A partir de esta región hemos empezado a observar otros tipos de vegetación, como el datilillo (*Yucca valida*), la candelilla (*Pedilanthus macrocarpus*), varios tipos de biznagas y otras cactáceas. Después del arenal tomamos el cauce del arroyo de San Ignacio y a poco llegamos al rancho de San Regis.

San Ignacio

Comimos cerca de San Regis, a la sombra de un cardón. Continuamos por el camino real que se iba entre el cauce del arroyo. Varias horas después nos salimos del arroyo y a lo lejos tuvimos la visión del palmar de San Ignacio. A las seis de la tarde entramos al pueblo, cruzando su laguna y gran palmar, y en su misión dimos por terminada la jornada al igual que la tercera etapa del proyecto. Caminamos 29 kilómetros en 10 horas.

Mar-4 a 7-1989

En estos días hemos descansado y realizado algunas actividades. El sitio de San Ignacio fue explorado por vez primera por el ya citado padre Pícolo, en noviembre de 1716. Piccolo bautizó al arroyo como San Vicente Ferrer. Su nombre indígena (cochimi) era Kaddá-Kaamán palabra que hace referencia a un manantial o aguaje. Por diversos problemas, la misión no pudo ser fundada sino hasta 1728, y le correspondió hacerlo al padre Juan Bautista Luyando. Entre los años 30's a 50's del siglo XVIII, el padre Fernando Consag la utilizó como su centro de operaciones en sus célebres exploraciones hacia el norte. Consag construyó las dos terceras partes de este bellissimo templo, finalizándolo los misioneros dominicos en 1786. Uno de esos días Carlos subió el volcán de las Tres Vírgenes. Me comentó de su experiencia y del encuentro que tuvo con borregos cimarrones y pumas.

Los campamentos hechos bajo las estrellas, meditando a la luz de la fogata o la luna, es tiempo en que se profundiza en uno mismo. Sin las presiones de la ciudad, el trabajo, o la sociedad, aquí disponemos de un tiempo preciosísimo en que nos conocemos un poco más. Eso ha sido algo de lo más valioso que me han dejado las exploraciones, el contacto por semanas y meses con la naturaleza, el caminar, el buscar, y ese algo es la conciencia de mí mismo, de lo que soy y quiero ser. Mi conciencia como ser humano. Todo este aprendizaje se ha enriquecido siempre al compartir estas experiencias con amigos y compañeros.

Baja California Sur aún es tierra de misiones. La región estuvo en semiabandono por la iglesia, desde el siglo pasado. En 1948 llegaron los misioneros combonianos, italianos, quienes reiniciaron la labor evangelizadora. Una vez reorganizada la iglesia sudcaliforniana, ésta fue entregada al clero regular el año pasado. Aún quedan varios combonianos, que poco a poco van entregando las diferentes plazas. Conocimos a algunos de estos últimos misioneros en Loreto, La Purísima, Mulegé, y aquí en San Ignacio. Los primeros misioneros de la península, eran italianos, como Kino, Salvatierra, Piccolo, Nápoli, y otros, los últimos también lo son.



Vestigios de la Misión de San Bruno, fundada por el padre Eusebio Kino en 1683. Fue la primer misión que hubo en las Californias.



La pequeña bahía de San Bruno, en donde desembarcara la expedición del almirante Atondo, en 1683.



Lo que queda de la antigua visitación misional de San Juan Bautista Londó, fundada por Salva-tierra, en 1699.



Misión de San Ignacio Kadaakamán, fundada en 1728 por el padre Juan Bautista Luyando. Aquí finalizamos la tercera etapa de la caminata.



Interior de la Misión de San Ignacio. Este magnífico templo fue fundado por el padre Fernando Consag hacia mediados del siglo XVIII.



Arroyo de Comondú, con su hermoso palmar.



Vestigios de la Misión de San José de Comondú, en el paraje de Comondú Viejo. Esta misión fue establecida en 1708.



Escultura representando una flama, en la Misión de San José de Comondú. Esta Misión data de 1737.



Misión de Santa Rosalía de Mulegé, fundada en 1705.



Estero de San Gregorio, explorado por el almirante Atondo y el padre Kino, a fines de diciembre de 1684.



Volcán de las Tres Vírgenes. Carlos Rangel lo ascendió para descansar “haciendo adobes”.



El antiguo camino misional, cerca de San Ignacio.



Rancho Guadajemí, al final de la barranca de Guadajemí.



La Purísima Vieja, en donde originalmente fue fundada la Misión de La Purísima, en 1718.



La costa del Pacífico de la Antigua California, explorada por el padre Kino en 1684.

Cuarta Etapa

SAN IGNACIO-SAN BORJA

Los inicios de lo que hoy es el Estado de Baja California nunca han sido bien estudiados, ni mucho menos dados a conocer para que trasciendan a los bajacalifornianos en general. Estos inicios tienen un protagonista principal, el misionero croata Fernando Consag. Fue su perseverancia, sacrificio y una extraordinaria labor lo que permitió que la cultura occidental diera principio en esta tierra, llegando a lo hoy somos en dicho Estado. La misión de San Ignacio, establecida en 1728 por el padre Juan Bautista Luyando, fue durante muchos años el límite del avance misional hacia el norte. El desierto Central, entre otros problemas, fue un formidable obstáculo que a Consag le tocó enfrentar. A partir de San Ignacio, desde 1737 y quizá antes, Consag fue explorando y evangelizando entre los indios cochimí, estableciendo una serie de rancherías hacia el norte, dándose en este contexto la fundación de la misión de Santa Gertrudis, quien la iniciara Consag, la primera que hubo en el norte peninsular. En 1746 Consag navegó toda la costa del golfo de California, hasta la desembocadura del Colorado, buscando sitios adecuados para fundaciones y cartografiando la costa. En 1751 y 1753 exploró por tierra buena parte del interior del hoy Estado de Baja California, desde el paralelo 28 hasta el 30. Fue un registro notable en que cubrió la mayor parte del desierto Central. Gracias a estas entradas pudieron ser establecidas las últimas misiones jesuitas en la península. La figura de Consag me parece heroica y se encuentra a la misma altura que los padres Kino y Salvatierra, otros dos grandes de nuestra historia.

En la cuarta etapa de la caminata nos guiamos en parte por el diario de la entrada de Consag de 1751, en la que exploró hacia el norte del desierto del Vizcaíno, por la vertiente del Pacífico. Se trata de la primer exploración registrada del interior del actual Estado de Baja California. En esta etapa también seguimos la huella de los primeros grupos humanos que penetraron a la península, al visitar en la sierra de San Francisco algunos de los sitios de arte rupestre más espectaculares de Baja California. Ciertamente fueron los antiguos indígenas californios, los primeros exploradores y habitantes de esta tierra.

Mar-8-1989 SAN IGNACIO-PIE DEL CERRO SANTIAGO

Hacia el medio día seguimos nuestra caminata. Tomamos rumbo al norte, por el olvidado camino real; su trazo recto se podía seguir a lo lejos, entre las mesas, se encuentra bien conservado, y se ve que fue una labor extraordinaria el realizarlo; miles de toneladas de rocas fueron removidas y acomodadas en los lados del camino, que en algunas partes tiene hasta cinco metros de ancho. Esta parte, hasta Santa Gertrudis, fue construida por el padre Consag, posiblemente desde fines de los años 40's del siglo XVIII. Fue el primer camino que unió a las dos Californias peninsulares. Todo el tiempo tuvimos ante nosotros la vista de la sierra de San Francisco hacia donde nos dirigíamos. Al Este veíamos los volcanes de las Tres Vírgenes y del Azufre. Hacia el sur, se extendía una semiplanicie que nos mostraba suaves mesetas y volcanes. Terminamos la jornada al pie del cerro de Santiago, cuando el día moría. Pasamos la noche bajo un cielo magníficamente estrellado. Los cardones nos mostraban sus siluetas entre la oscuridad y las estrellas. Carlos y yo comentamos como veníamos en otra sintonía con respecto a muchos turistas que hemos visto, y quienes cargaban con cosas hasta la exageración. Por lo contrario, nosotros buscábamos prescindir de todo lo que se pudiera y sólo llevar lo mínimo indispensable. Para ver lo que queríamos ver y escuchar lo que queríamos escuchar no se requería de mucho, más bien de lo menos. Hoy caminamos 16 kilómetros en siete horas.

Mar-9-1989
CERRO DE SANTIAGO-SANTA MARTA

Al amanecer tuvimos una hermosa visión de los volcanes de las Vírgenes y El Azufre. En la cuesta de la mesa de la Cruz se puede apreciar muy bien el trabajo realizado para trazar el camino real; de limpia de piedras, que en pasos difíciles como éste, lo hacían con barras y picos y acomodaban las piedras para aplanar la cuesta y hacer más cómodo el paso. Ha ayudado a su preservación el hecho de que se va entre las mesas y lomas. El camino real entre La Purísima y Mulegé, que también seguimos, está mal conservado debido a que en su mayor parte se va por los cauces de los arroyos, por lo que las crecientes lo han borrado.

Tomamos el arroyo del Infierno. El camino real que se va por la ladera sur. Adelante estuvimos en la entrada del cañón del Infierno, en donde nos detuvimos bajo un frondoso árbol para descansar, desayunar, pero sobre todo para dejar pasar el sol que estaba que “calienta y espanta”. La cañada es hermosa, con muchos tipos de pájaros, por doquier escuchábamos sus cantos, susurros, llamados, etc.

Ya desde antes de llegar a San Ignacio, entramos a la provincia biótica llamada el “Desierto Central” donde cambia tanto la vegetación, la fauna, como la geografía. Curiosamente a esta parte central también se le conoce como Desierto del Vizcaíno, en honor al navegante Sebastián Vizcaíno. Esto me parece una injusticia ya que Vizcaíno nunca estuvo en esta región; recorrió su costa, pasó de largo, y en el mejor de los casos vio el desierto a lo lejos, pero ni siquiera fue el primero en navegar esta costa, ya que antes que él lo hizo Francisco de Ulloa (1540) y Juan Rodríguez Cabrillo (1542). Este desierto debería llamarse “Consag”, ya que nuestro misionero fue su primer explorador y le dedicó 20 años, efectuando las primeras fundaciones en sus terrenos más áridos.

A las tres de la tarde, cuando empezó a refrescar continuamos la caminata. A poco penetramos al cañón del Infierno. El camino real continúa a través de todo el cañón, era impresionante ver esta obra construida en la roca. Encontramos una cueva, como abrigo, la cual visitó fray Junípero

Serra en 1769, durante su recorrido de Loreto a San Diego. En su diario dice lo siguiente:

Día 18 [de abril] por la mañana salí de San Ignacio, y por que se me malogró la madrugada y el día fue muy caluroso, no pude hacer la jornada regular. Hice medio día con mucho calor en una cueva, que me dijeron llamarse de la Magdalena, y por la tarde llegué al paraje de su hermana Santa Marta, donde dormí en el campo.

El nombre de la Magdalena ya no se conserva, y a la cuevita la llaman “Chilpetín”. Pasando la cueva llegamos a una tinaja con agua muy limpia, donde nos refrescamos. Después del cañón llegamos a un portezuelo desde donde tuvimos la vista del valle de Santa Marta, con el rancho y sus casitas diseminadas.

Santa Marta

Llegamos a Santa Marta a las cuatro y media de la tarde a la parte conocida como Aguajito de Bermúdez. Nos detuvimos en la casa de Don Guadalupe Arce quien nos invitó a pasar a su casa donde descansamos. El valle de Santa Marta es amplio, y tiene repartidos numerosos ranchos que conforman la comunidad de Santa Marta. Estos son: Matancitas, Aguajito de Bermúdez, Aguajito de la Tía Adelaida, Santa Marta, El Fuste, El Sauce, Aguajito de las Mujeres, Pie de la Cuesta, y otros. La región se ha hecho muy famosa por su alta densidad de pinturas rupestres del estilo Gran Mural. Un pésimo camino de terracería llega al valle. En la región viven cerca de 20 familias. Tiene un internado escolar. Don Guadalupe nos invitó a cenar: frijoles, huevos, queso de chiva y tortillas de harina. Desde luego un café cargado. Nos mostró una serpiente que los lugareños llaman coralillo; estaba muerta, e inmediatamente vi que no era un verdadero coralillo; medía 2.3 metros y su hocico parecido al de la víbora de cascabel, quizá sea una especie parecida, pero sin cascabel, ya que en el desierto central existe una víbora así. El coralillo es una serpiente que no existe en la península.

Las pinturas rupestres han transformado esta comunidad. Ahora tienen como opción de ingreso económico, el guiar a los numerosos visitantes que llegan a ver las pinturas. Don Guadalupe me mostró un libro de registro de visitantes. Desde junio de 1982 (cuando se inician los registros) a la fecha, la región ha sido visitada cuando menos por 370 personas. De estas personas, el 90% son gringos, el 5% mexicanos, y el otro 5% de España, Alemania, Francia, Canadá y Japón. En Santa Marta se encuentran 20 guías. La mayoría de las “giras” como le llaman ellos a los recorridos guiados, duran de dos a tres días, aunque hay algunas que han durado hasta un mes. La producción de queso de chiva es su principal medio de subsistencia, llegan a producir dos toneladas al mes, las que venden en Santa Rosalía y otros lugares cercanos. Por donde quiera vimos los enormes grupos de chivas, conducidas por su “pastor”. Nos comentó que en la actualidad ya casi nadie usa “la cuera”, ahora la substituyen con chamarras de cuero, armas, polainas o chaparreras de piel. En esta región ellos mismos curten la piel con copalquín, palo blanco y torote, le dan muchos usos, también sus cantimploras las forran con piel, y sus teguas y toda la indumentaria para protegerse de espinas. Hoy caminamos 18 kilómetros en casi diez horas.

Mar-10-1989

SANTA MARTA-SAN FRANCISCO DE LA SIERRA

Muy temprano Carlos y yo iniciamos la caminata hacia San Francisco, en lo alto de la sierra del mismo nombre. Alfonso se regresaría a San Ignacio, ya que allá dejamos la mula y nos alcanzaría en San Francisco por otro camino. Nosotros nos iríamos por una antigua vereda, aún muy frecuentada. Pasamos por el rancho el Fuste y enseguida llegamos al rancho El Sauce, de don Jesús Arce Villavicencio. Después pasamos por el rancho llamado Pie de la Cuesta, habitado por don Antonio Arce Villavicencio, con quien platicamos un rato. Toda esta región es dominada por el apellido Arce, y todos son parientes entre sí. Ha estado abierta al mundo desde hace poco, por las terracerías, antes vivió en un aislamiento que le ha permitido conservar viejas tradiciones.

Iniciamos el ascenso de la cuesta, pesada y larga, pero a cambio nos recompensó con las visiones de la sierra y del valle de Santa Marta. La última parte de la cuesta son zonas muy verticales y desfiladeros. Después de la cuesta, llegamos a la mesa de San Antonio y adelante al rancho San Antonio, donde vive la señora Carmela Villavicencio, madre de don Antonio, el del rancho Pie de la Cuesta. Vive ahí con dos de sus nietos. Saludamos a doña Carmela, que ya está muy viejita. Continuamos caminando y a poco vimos unos cañones muy verticales, entre ellos el famosísimo cañón de Santa Teresa, lleno de pinturas rupestres. También vimos al volcán de las Vírgenes, y toda la serranía, y atrás de ellas, el Mar de Cortés. Habíamos subido un desnivel de casi 600 metros desde Santa Marta.

San Francisco de la Sierra

Era la una de la tarde pasada cuando llegamos a la comunidad de San Francisco. La jornada fue de 14 kilómetros que recorrimos en seis horas. El sol estaba muy fuerte y el señor Silvestre Arce Villa, de 70 años, nos invitó a su casa a refrescarnos. Con este señor tuve una larga e interesante plática que duró el resto de la tarde. Aquí la vegetación ya muestra un cambio notable; vimos otra especie de yuca, que los lugareños llaman sotol. Don Silvestre nos comentó que antes de los caminos de terracería, ellos se alimentaban con muchos de los frutos del campo; la zaya, la palmilla, el fruto del cardón, la bellota (ya que en esta sierra hay encinos), el mezcal tatemado, el fruto de la higuera cimarrona, del irlay, con la biznaga hacen dulces y conservas (hasta la fecha). También nos habló del “lión” y nos dijo que hay de tres especies; el puma, el gato montés y otro. El lión, como en otros lugares de la sierra sudcaliforniana, representa un problema para los lugareños, por su afición a las chivas, base del sustento regional. El año pasado mataron a 20 de estos animales. La comunidad de San Francisco de la Sierra, consta de 18 familias, y otras 14 repartidas en la sierra. No tienen agua, lo cual es un gran problema para ellos, ya que la tienen que traer desde Vizcaíno. Tienen su capillita y su escuela, pero ahora no tienen maestro, ya que es difícil que los maestros se queden mucho tiempo por lo aislado. También viven de la producción del queso de chiva, pero en estos días se enfrentaban a un

problema; exceso de producción en todo sudcalifornia, por lo cual ha bajado el precio del producto.

Don Silvestre nos habló de sus antepasados; su padre don Severiano Arce, que murió hace siete años a los 99 años de edad; luego estuvo su abuelo, don Cesáreo Arce; su tatarabuelo don Lucas Arce, todos ellos nacidos en San Francisco, y finalmente su bisabuelo don Buenaventura Arce, el fundador de San Francisco, quien aquí tenía su ganado hacia fines del siglo XVIII. Toda la gente de aquí son descendientes directos de los soldados misionales, son rubios, blancos, sin rasgos indígenas. Don Silvestre es hermano de don “Tacho” Arce, ya fallecido, quien guió a los primeros estudiosos de las pinturas rupestres de la región. Aún tiene tres hermanos, viudos igual que él, y tres hermanas, también viudas, cosa curiosa.

Las pinturas rupestres

En la región de San Francisco, la densidad de pinturas rupestres es mucho mayor que en Santa Marta, y así lo evidencia el número mayor de visitantes. Según el libro de registro, de mayo de 1987, en que se iniciaron, hasta la fecha, cuando menos han venido 420 visitantes, número mucho mayor al de Santa Marta en siete años. El 60% de los visitantes, son gringos, principalmente de California, 30% de mexicanos, mucho más alto que en Santa Marta y 10% de otras naciones que incluye Suecia, Japón, Francia, Alemania, Canadá, Suiza, China, Argentina y España. La mayoría de las “giras” son de dos ó tres días, principalmente en el cañón de Santa Teresa. En una ocasión se llegaron a reunir casi 100 gringos en dicho cañón, también conocido como Salsipuedes. El grupo más grande que han conducido ha sido de 17 personas utilizando 40 mulas y burros. Hasta el Presidente de la República Miguel de la Madrid (cuando estaba en funciones) visitó San Francisco y la famosa cueva del Ratón, el sitio más accesible. Don Miguel llegó en helicóptero.

Los lugareños se dan cuenta del tesoro que tienen con las pinturas, y se han organizado para guiar los grupos que vienen a visitarlos. Hay 17 guías, y se van turnando el puesto para que todos se beneficien con los ingresos que entran, que ya son importantes. Hay guías que tienen 15 años de estar

conduciendo gente, desde antes que llegara el camino de terracería, que fue hace apenas cuatro años. Las pinturas rupestres han transformado la vida de la gente. Antes de que tuvieran la magnífica terracería de ahora, su contacto para vender queso lo hacían por Santa Marta. El camino y las pinturas los han hecho entrar en contacto con el mundo. San Francisco tiene varias casitas de piedra y adobe muy antiguas, la casa de don Silvestre parece ser la más antigua, él dice que fue una capilla de tiempos misionales, que tenía cuatro cuartos. Muchos años estuvo en ruinas y la arregló para habitarla. Don Silvestre nos mostró una colección muy hermosa de puntas de flecha que han hecho los señores Francisco Benito Arce y Bartolomé Arce. La mayoría de las puntas son de obsidiana, don Silvestre nos dijo que la única veta de obsidiana que él conoce es la del volcán El Azufre, en un sitio llamado “Agua Agria”, al norte de Las Vírgenes.

Don Silvestre nos comentó que anteriormente la gente iba a pie a Santa Gertrudis a pagar mandas, ahora ya van menos y lo hacen en carro. También van a San Ignacio a sus mandas. Nos platicó que antes de que existieran los caminos, el de San Francisco y Santa Marta, la ruta que seguían a San Ignacio, es por la que nosotros llegamos y tenían muchos parajes bautizados y reconocidos, eran; San Francisco, Santa Marta, El Portezuelo, El Infierno, Chilpetín, Ademado, El Algodón, La Tinaja de Don Guillermo, El Cajón, La Pila, El Huizache, Las Cruces, San Aniceto, El Llanito de Santiago, Las Tinajitas de Santiago, El Ciribal (por una choya que llaman Cirive), Cañada del Barro y San Ignacio.

Don Silvestre nos invitó a comer y por la noche nos permitió usar su cocina para preparar la cena. Dormimos en su casa, la ex-capilla, en una cómoda cama. En la casa de uno de sus hijos tienen motor para producir electricidad; ahí tienen dos televisiones, una regalada a la comunidad por el Presidente de la República. Tienen antena parabólica y así pueden captar algunos canales, pero me parece que el único que ven es el canal 2 de la ciudad de México. Por la noche mucha gente se reúne en esta casa, hombres y mujeres, para ver la televisión, especialmente las novelas. La gente de Santa Marta y San Francisco nos ha tratado de maravilla, son gente muy generosa, buena, sencilla y amable, como casi todos los del campo y sierras de Sudcalifornia. ¡Ojalá que así sean siempre!

Mar-11-1989

Cerca de San Francisco, por la terracería que va a San Ignacio, vimos cirios, los primeros que veo durante la caminata (Carlos los vio en el volcán de las Vírgenes). También vimos la palma azul, que no habíamos visto antes, y vimos varios encinos. Vimos la famosa cueva del Ratón, con sus pinturas rupestres, muy cercana al camino. La terracería va junto a acantilados y hacia abajo, vimos profundos cañones, con densos palmares en su fondo. Hoy nos pusimos de acuerdo con la gente para conseguir un guía, mulas y burros, para el recorrido que haríamos por el cañón de Santa Teresa visitando pinturas rupestres y una olvidada visitación misional.

Problemas

Carlos me comentó lo molesto que está con Alfonso. El problema ha sido básicamente que se hartó de la actitud de Alfonso, muy poco comprensiva hacia él y hacia el grupo, además de que le empezó a afectar el que Alfonso haya estado caminando más que él en estos últimos días. En realidad la actitud negativa de Alfonso hacia Carlos, ya lo había percibido, y se la comenté a Carlos, pero él me había dicho que no tenía importancia, y que era un reflejo de la poca experiencia de Alfonso en expediciones, y más en una tan prolongada como ésta, y que ya había hecho y estaba haciendo mucho esfuerzo al convivir con nosotros que estamos ya adaptados a esto. En parte Carlos tenía razón, pero la actitud de Alfonso se incrementó, y Carlos estalló enfadándose conmigo. Carlos estalla calladamente, se le pasa, y sigue buscando lo positivo, los dos platicamos este problema para evitar que se vuelva a presentar, aquí lo básico es controlar más a Alfonso. Después de esto decidí que a partir de esta cuarta etapa ya no habría rotaciones en el volante, por varias razones: a) Carlos y yo planeamos la caminata y conseguimos los fondos; b) Carlos es el principal experto en México en técnicas de supervivencia en el desierto, y ahí está su principal aportación, por lo tanto resulta ilógico que él esté en el volante; c) A Alfonso lo invité a

la caminata expresamente como apoyo en el vehículo, ya que él tiene buenos conocimientos de mecánica, es decir él viene como apoyo de manejo, no caminando; d) La cuarta etapa es una de las más aisladas y áridas, y por seguridad requiere de gente que conozca el desierto y sus peligros, como Carlos. Alfonso los desconoce; e) Si Alfonso había caminado hasta ahora, rotándose con Carlos, ha sido porque Carlos aceptó, pero Alfonso ya lo venía tomando como algo obligatorio.

Cuando le comuniqué a Alfonso mi decisión a regañadientes aceptó, ya que no le quedaba otra. Vi que ha olvidado su verdadero papel en el proyecto, y se quiso aferrar a caminar aun a costa de nuestra seguridad.

Mar-12-1989 CABALGATA RUPESTRE

Por la mañana llegaron nuestros guías con los animales, venían del cercano rancho de Guadalupe. Eran Ángel Arce Arce “Zorra” y Oscar Fabián Arce Arce, que a pesar de los mismos apellidos no son hermanos. Nos vimos en San Francisco y nos pusimos de acuerdo. Nos adelantamos en el vehículo como seis o siete kilómetros, hasta el rancho Santa Ana, al Oeste. Eran casi las doce cuando todos nos reunimos. Ángel y Oscar cargaron a dos burros con nuestras mochilas, y nosotros montamos las mulas que nos habían traído. Iniciamos a cabalgar por una vieja vereda. Rápidamente subimos la mesa de la Banderita en donde se nos obsequió con una bellísima visión del desierto de Vizcaíno, como a 800 o 900 metros abajo de nosotros. Aquí el cirio es abundante y se encuentra en floración. Seguimos la vereda entre varias mesas. Eran las dos y media cuando llegamos al rancho de La Cueva. Lo habita una familia y estuvimos platicando con ellos mientras descansamos un rato. Ya desde esta sierra de San Francisco hemos notado el cambio en la forma de hablar de la gente. Al poco rato continuamos cabalgando y tuvimos la vista de la cañada de la Cueva, y de otras cañadas. La de La Cueva nos sorprendió por sus paredes verticales. Pasamos por una parte de su ladera alta y desde mi mula la visión del abismo me pareció imponente. Sólo esperaba que mi cabalgadura no fuera a resbalarse, porque si no, cuando menos caería a un choyal, o biznaga, y luego al fondo de la profundidad,

varios cientos de metros más abajo. En esta cañada tuvimos hermosas vistas del torote, arbusto típico de aquí, sus hojas estaban amarillas, como otoñales y resplandecían con los rayos del atardecer, al igual que buena cantidad de cirios.

Cañón de Santa Teresa

Después cruzamos un portezuelo y tuvimos la vista de la cañada de Santa Teresa. Descendimos su empinada cuesta. Cuando la bajé en mula, comprendí muchas de las expresiones de los misioneros cuando tenían que bajar cuestras que no estaban exploradas. En realidad había lugares donde parecía inaudito que pasara una mula, y sin embargo pasamos, eso sí agarrados hasta con las uñas a las crines del animal, y esperando que no fuera a resbalarse. Llegamos hasta la caja del arroyo hacia las seis y casi luego luego al rancho llamado “El Cantil Colorado”, que es parte del rancho San Pablo. Debe su nombre a una pared vertical de piedra compuesta por una piedra rojiza. En este rancho vive una familia, la de don Miguel Ojeda, con quien platicamos un rato. Acampamos en un sitio con agua, frente al Cantil Colorado. El cauce del arroyo de Santa Teresa es amplio y la zona a que llegamos tiene todo un bosque de yucas, de la que los lugareños llaman “datilillos”.

Marzo-13-1989 VISITACIÓN DE SAN PABLO

Nos levantamos temprano y fuimos a pie a los restos de la visitación misional de San Pablo. Su construcción es de adobe, cimientos de piedra trabajada, es larga, quizá de veinte o más metros, y está dividida en tres secciones, como tres habitaciones. Está en ruinas y un amplio choyal ocupa todos sus cuartos; un bosquecillo de yucas rodea a los vestigios. Las paredes son gruesas, su techo fue de dos aguas. A pocos metros aún conserva su corral original, y los antiguos canales de riego. Esta visitación está realmente olvidada y en un sitio sumamente remoto. Algunos personajes la han confundido con la “misión perdida” o con la misión de Nuestra Señora de los Dolores del Norte (que fue Santa Gertrudis en sus inicios). Esta visita la estableció Consag durante sus exploraciones de

evangelización hacia el norte, posiblemente hacia fines de los años 30's del siglo XVIII, o a principio de los 40's. Don Miguel, del Cantil Colorado, me comentó que de aquí queda mucho más cerca Santa Gertrudis que San Ignacio, por lo que supongo que dependió de la primera. El acceso más cercano es a través del rancho San Martín, al norte, a donde llega un camino de terracería, y desde ahí se caminan dos horas hasta el Cantil Colorado.

Regresamos al paraje a desayunar. Ahí nos dimos cuenta de lo bien que está concientizada la gente de la región, cuando nuestros guías nos pidieron que no dejáramos basura en ningún sitio, ni tocáramos las pinturas rupestres. Ángel nos comentó que el próximo mes se va a casar con una muchacha del rancho la Trinidad, un sitio de pescadores del Mar de Cortés. Cuando va para allá hace dos días de viaje y va cada dos ó tres meses a visitar a su novia. Tienen ocho años de novios. Ángel tiene 29 años de edad y cinco de guía. Es del rancho Guadalupe, es delgado, como la gran mayoría de la gente de la región, alto, seco al hablar, y magnífica persona. Continuamos la cabalgata, con rumbo sur-sureste, siguiendo la cañada de Santa Teresa. Donde nos detendríamos en algunos sitios de pinturas rupestres.

Rancho San Pablo

El cauce del arroyo es impresionante por su densidad de yucas, cardones, biznagas y choyas. A poco de andar llegamos al rancho San Pablo, donde habitan dos hermanos ya maduros, Jesús y Pedro Altamirano. Pedro tiene el síndrome de Down. En este rancho destaca una vieja construcción de adobe y piedra bien conservada. Labrado en una roca tiene el año de 1926. Ahora nadie la habita pero se ve que lo estuvo hasta hace algunos años, dentro de esta casa vimos un viejo baúl que tiene libros y cartas de los años 30 y 40. El rancho tiene su panteoncito con algunas viejas tumbas bien conservadas.

Continuamos cabalgando. A lo largo de la cañada, entre el Cantil Colorado y el rancho San Nicolás, vimos numerosas cercas, viejísimas y olvidadas, tanto que están cubiertas por choyales y arbustos. El cauce es un palmar continuo ya que siempre lleva agua, es de la palma que aquí llaman "de taco". Llegamos al rancho San Nicolás. Tiene un inmenso huerto. Destacan dos hermosas casas de adobe y piedra bien labrada. Aquí viven tres hermanas ya muy viejitas; Herlinda, Adelina y Juana Altamirano, son ori-

ginarias del sitio. Tienen un hermano que nació trastornado de sus facultades mentales y llega a ser peligroso, por lo que lo tienen encerrado. Juana fue la única que se casó, pero su esposo ya murió y ahora viven solas. Están muy delgadas, “flacas” como me dijo Ángel. Cerca de donde viven las viejitas habita una familia, la de Francisco Arce Arce, uno de los habitantes jóvenes de esta sierra. Francisco tiene guardadas muchas herramientas de carpintería y rifles viejísimos, quizá del siglo pasado. San Nicolás también tiene su viejo panteón, con sus hermosas tumbas, algunas bien conservadas. En el arroyo hay unos enormes álamos y grandes tulares, así como amplias pozas de agua fresca y cristalina.

La cueva de los Músicos

A medida que proseguíamos, la cañada se fue cerrando y sus paredes se tornaron totalmente verticales. De vez en cuando veíamos enormes gargantas que desembocaban en el cañón de Santa Teresa. Subimos por una ladera siguiendo una corta pero empinada cuesta. Se nos ofrecieron hermosas vistas del palmar. Vimos la llamada Poza Honda y la cañada de San Julián, afluente del Santa Teresa. A poco de andar nos detuvimos. Subimos a pie por un rato hasta llegar a la cueva de los Músicos. Esta cueva-abrigo no es muy amplia, en su techo tiene bellamente pintadas un grupo de personas, sobre ellas está dibujado una cuadrícula blanca. El grupo humano está realizado con un color rojo ocre. El techo de la cueva está casi todo negro, producto de innumerables fogatas.

Cueva de la Boca de San Julio

Después fuimos a la cañada de San Julio, que teníamos enfrente, a visitar la cueva de la Boca de San Julio. Las pinturas de esta cavidad son impresionantes por su precisión y belleza. Hay venados principalmente, pintados en color rojo y negro. También se distinguen coyotes, figuras humanas, espirales blancas, buitres o “auras” y liebres. Hay otros colores como naranja, blanco y amarillo. Esta cueva es un abrigo rocoso como de 20 metros de largo, cuatro ó cinco de profundo y dos ó tres de altura. Vimos un metate.

Una vez que nos extasiábamos con esta cueva, continuamos cabalgando por la ladera alta del cañón de Santa Teresa. Descendimos al arroyo y a las cinco de la tarde llegamos al paraje del Cacarizo, donde acampamos. El paraje es bonito, con abundante agua corriente y un gran palmar. Debe su nombre a una peña que sobresale y que recuerda a una piel cacariza. Esta peña resplandecía dorada con los últimos rayos del sol. En este sitio estaba acampado un grupo de cuatro gringas, ya maduras, y un gringo. Antes de irnos a dormir platicamos un rato con los guías de los gringos, que eran cuatro, entre ellos don Carlos Arce, de 72 años, hermano de don Silvestre. Traían nueve mulas y doce burros de carga: estufas, mesas, libros, filtros para agua, etc. ¡toda una infraestructura!; además el gringo venía como cocinero de las gringas. Su gira era de ocho días por el cañón de Santa Teresa. Vienen por parte de una compañía gringa de viajes turísticos en la península “Baja Expedition’s”. Por la noche, como a las ocho, mientras platicábamos, vimos al norte, en el horizonte, un extendido y suave resplandor rojo, atrás de las montañas, que duró como media hora y fue desvaneciéndose poco a poco. Creo que fue una aurora boreal, sumamente rara en estas latitudes, y todo un privilegio poder verlas.

Mar-14-1989 CUEVA DE LAS FLECHAS

Temprano fuimos caminando a la cercana cueva de las Flechas, como a media hora. En ella destacan numerosas figuras humanas pintadas en rojo y negro, algunas con penacho y otras flechadas, de ahí el nombre de la cueva. Como todas las figuras humanas pintadas, éstas también presentan los brazos alzados. Además hay borregos cimarrones, berrendos, venados y liebres. Todas las figuras son de gran tamaño. En la otra ladera del cañón, casi frente a esta cueva, se encuentra la cueva Pintada, nuestro próximo objetivo de visita. En la cueva de las flechas hay varias figuras casi borradas porque les pega la luz del sol. En una amplia galería también vimos más figuras, que se encuentran a un poco más de un metro del suelo. La cueva de las Flechas es un amplio abrigo, como de 30 metros de largo, por unos 10 de penetración máxima. Le vimos un metate. Cuando estábamos en esta cueva,

vimos al grupo de gringas ascender a pie, una difícil cuesta rumbo a otra cueva con pinturas. Estas gringas, que se ven muy citadinas y ya mayores, es de admirar la voluntad que tienen para visitar estos sitios aislados y difíciles, y no sólo ellas, sino muchos otros gringos y extranjeros. Es verdaderamente triste que a muchos mexicanos les falte esa voluntad para conocer su propio país.

Cueva Pintada

Posteriormente nos trasladamos a la cueva Pintada. Bajamos al fondo del cañón, tomamos agua de un pequeño manantial, y subimos la otra ladera hasta la cueva. La cavidad es impresionante; presenta varios conjuntos de pinturas, algunos con muchas figuras encimadas. Hay figuras muy grandes y en sitios altos del techo. Tiene todo tipo de imágenes, destacando las humanas, además de venados, liebres, buitres, berrendos, etc. Su techo presenta muchas partes negras cubiertas por el hollín de antiguas fogatas. En algunas partes del piso hay numerosos morteros horadados en la roca. Se trata de la cueva-abrigo más larga que vimos.

A las dos de la tarde volvimos al Cacarizo, y continuamos cabalgando siguiendo el cauce del Santa Teresa, aguas arriba. Ángel y Oscar nos platicaron de don Tacho Arce, el primer guía que hubo en la región. Eso de los guías agarró auge a partir de 1972, cuando don Tacho condujo a Enrique Hambleton y Harry Crosby a través de muchos sitios de pinturas, iniciando su registro metódico y sistemático, y dando fama mundial a la región. Don Tacho murió hace como cuatro años y es muy recordado, se habla de él con mucho aprecio y respeto. Es un personaje legendario por muchas razones.

Después de un buen rato de cabalgar llegamos al rancho Santa Teresa, que da su nombre al cañón. Sitio hermoso, con mucha agua, palmas y una gran huerta. Ahí platicamos con don Fernando Sandoval, hombre ya muy viejo, pero aun fuerte que andaba cuidando la huerta. Una vez que dejamos el rancho Santa Teresa iniciamos el ascenso de la cuesta del Represo. Ahí sudaron las mulas y nosotros con ellas esperando no resbalaran ya que los abismos que veíamos eran profundos. Las visiones que tuvimos a lo largo del ascenso nos maravillaron; la garganta del cañón con su extenso palmar, luego, ya muy arriba, las mesas volcánicas, perfectamente planas, mostraban

como cortados a cuchillos, los tajos que delimitaban los cañones de la zona. Con esta cuesta salvamos un desnivel de cuando menos medio kilómetro, hasta el inicio de la mesa del Represo. Arriba ya había cirios y la vegetación era otra. Se iniciaba la noche cuando llegamos al rancho del Represo, dando fin a la cabalgata.

Mar-15-1989 SAN FRANCISCO DE LA SIERRA-SANTA MARTA

Volvimos a San Francisco a despedirnos, pero antes nos detuvimos a visitar la cueva del Ratón. Se trata de un amplio abrigo con grandes pinturas, muchas borradas o semiborradas. Entre las bien conservadas destaca un puma pintado en color negro, también hay una mantarraya pintada en rojo, un borrego cimarrón, venados, conejos y figuras humanas; el negro y el rojo son los colores predominantes. Vimos metates y puntas de flecha. El techo y paredes tienen mucho ollín. La cueva llega a ser utilizada como corral para chivas.

Después de San Francisco fuimos al cercano rancho Guadalupe, como a tres kilómetros, para despedirnos de Oscar y Ángel, además de pagarles por su trabajo como guías. Fueron 10 mil pesos por cada animal-día y 12 mil por cada uno de ellos, por día. Emprendimos el regreso a Santa Marta. En el descenso Carlos encontró un cocedor de obsidiana, cerca del rancho San Antonio, con muchas puntas de flecha diminutas. Ya era de noche cuando llegamos al Aguajito de Bermúdez (Santa Marta) a la casa de don Guadalupe Arce, quien nos invitó a cenar un chivito recién hecho. Caminamos 14 kilómetros en casi cuatro horas.

Mar-16-1989 SANTA MARTA-CUEVA DEL PALMARITO

Cueva del Palmarito

Guiados por don Guadalupe fuimos a la cueva del Palmarito a ver sus pinturas. Hicimos tres horas hasta la cañada del Palmarito. La cueva es un gran abrigo

con una alta densidad de pinturas, muchas encimadas y realizadas en sitios muy altos, lo que sugiere que utilizaron andamios para hacerlas. En una franja de unos 50 metros había figuras humanas, venados, pumas, berrendos, y otros con sus colores típicos en rojo y negro. Se encuentran en regular estado, ya que les da el sol en ciertas épocas del año. Aquí también usan la cueva como corral de chivas. Muy cerca, como a 300 metros se encuentra la cueva del Pescado, que es pequeña. Tiene algunas figuras humanas, un pez, venados y una curiosa hilera horizontal de figuritas que parecen venados o conejos en colores rojo y blanco.

De regreso nos detuvimos en el rancho “El Fuste”, y platicamos un buen rato con el señor Anastasio Ojeda Arce “don Tacho”, muy fina persona, quien con gusto nos mostró un ejemplar de la revista de México Desconocido, muy orgulloso que la leen en su casa. El ejemplar que nos mostró es el No. 54 y tiene un artículo mío de tipo espeleológico, me dio gusto ver en la alta estima que tienen a México Desconocido. Nos comentó de cuando iba a la misión de Santa Gertrudis a la fiesta de la patronal, el 16 de noviembre. La fiesta duraba cuatro ó cinco días, paseaban a la Virgen y había baile. Se iba por el antiguo camino real. En la fiesta se juntaba mucha gente de toda la región. Don Tacho iba con su padre a “fayuquear”, cargaban mulas y burros con mercancía, queso, chivas, cueros curtidos, etc. en los cacaixtles o huacales de madera de cardón, y lo vendían o intercambiaban en la misión, ya que se formaba una especie de plaza. Estos viajes los realizó entre los años 30 y 40.

Antes de dormirnos, Alfonso y Carlos platicaron (a iniciativa de Carlos), yo me retiré discretamente para que estuvieran más a gusto. Alfonso tiene un prejuicio contra la gente nacida en el Distrito Federal, y ha estado molestando a Carlos con todo tipo de bromas y ofensas. Carlos decidió hablar directamente con él sobre esto. Alfonso se presta para el diálogo y es una buena persona, además de que lo estimamos. Carlos me había comentado que piensa que Alfonso ha sufrido más que nosotros esta caminata, desde todos los puntos de vista, por no estar acostumbrado al ambiente de un explorador, y entrar así de lleno a una expedición, y tan larga, no es cosa fácil, por lo que a él le ha costado más trabajo adaptarse a las situaciones difíciles y tensas. Hoy caminamos 14 kilómetros en cinco horas.

Mar-17-1989

Fui a platicar con Don Bonifacio Ojeda Arce, quien nos va a guiar hasta Santa Gertrudis. Los mismos rancheros nos han recomendado que llevemos un guía ya que la distancia es larga, no hay agua en el camino, pocos ranchos, y puede ser peligroso ir sin alguien que conozca. Durante los preparativos de la caminata supe de varias historias de personas extraviadas y muertas de sed en el desierto, especialmente en la zona central, por lo que no desestimé el consejo de la gente. Después fui al rancho del Sauce a visitar a don Jesús Arce, quien tiene la última cuera de la región. La hizo en 1966 y la dejó de usar en 1972. Ya no hace más por falta de material, ya que es difícil conseguir la piel de venado, con que se hace la gamuza, base de la cuera, además de que ya hacen otro tipo de indumentaria que sustituye la cuera. Don Jesús mismo curte la piel y la trabaja, hace tehuas, polainas, alforjas, sillas. La cuera la utilizaba para protegerse de espinas y ramas cuando campeaba. Don Jesús nos dijo que la cuera “va con el tiempo” es fresca en el verano y caliente con el frío. Don Jesús tiene 59 años y su rostro cansado muestra los efectos de una vida dura.

Mar-18-1989

CUEVA DE LA SERPIENTE

Nos levantamos muy temprano ya que don Guadalupe nos va a llevar a la cañada de la Serpiente. Montamos de nuevo en mulas y llevamos un burro con carga. Iniciamos la cabalgata hacia el sur, por el camino real, el mismo por el cual llegamos a Santa Marta desde San Ignacio. Cuando subimos al portezuelo que mira al cañón del Infierno, nos desviamos al suroeste por otra vereda y ascendimos una empinada cuesta. Desde el puerto descendimos a una amplia mesa y de ahí bajamos otra cuesta para penetrar en la cañada de la Serpiente. Esta es muy árida, nada comparable con el verdor del cañón de Santa Teresa. Cabalgamos hacia el norte, cañón arriba. A las once de la mañana llegamos a la famosa cueva de la Serpiente, en donde resalta inmediatamente la figura de la serpiente, hermosa e impresionante.

Tiene cabeza de venado y está pintada en rojo con franjas negras y rodeada de pequeñas figuras humanas. La serpiente mide unos cuatro metros de longitud. Hay otra figura de serpiente pero está incompleta, sólo tiene la cabeza. Además vimos diseños de peces, conejos y otros animales. Todo el conjunto sugiere la representación de un ritual. El abrigo-cueva de la Serpiente tiene como diez metros de largo por cuatro ó cinco de profundo. Encontramos una punta de flecha de obsidiana. A un lado de la cueva está una pared rocosa con muchas pinturas amontonadas que poco se reconocen; hay venados y figuras humanas en el clásico rojo y negro. En una piedra que se encuentra al pie de esta pared hay una inscripción que dice: "Arqueological Expedition 1963" están los nombres de los guías y estaban los de los arqueólogos participantes, pero fueron borrados; entre los guías estaba el famoso "Tacho" Arce. Después de extasiarnos ampliamente con este conjunto rupestre, desayunamos y "sesteamos" mientras pasaba el sol fuerte. Continuamos cabalgando pero ahora cañón abajo. Cerca del entronque con la cañada del Picacho, visitamos otro abrigo, localizado en la ladera del cañón. Había figuras humanas, venados y berrendos. Estaban en mal estado de conservación.

Cueva del Mono Parado

Continuamos bajando por la cañada hasta llegar a la cueva del Mono Parado. Esta sí es una verdadera cavidad, no un abrigo, originada en una grieta casi vertical. Su techo es una chimenea que en una porción tiene una claraboya. La cavidad tiene su techo y gran parte de las paredes negras por el hollín de numerosas fogatas. Su longitud es de unos diez metros por unos siete de altura. Contiene varios metates y puntas de flechas. Debe su nombre a una enorme figura humana roja, pintada como a cinco metros de altura, en la entrada de la cueva. Muchas otras figuras que contiene no se reconocen por lo encimadas que están.

Cueva de la Supernova

Volvimos a tomar camino cañada arriba, y a poco llegamos a la cueva "Clarita" o "de la Supernova". La cueva es pequeña pero las pinturas están mag-

níficamente conservadas, parecen como si hubieran sido pintadas ayer. Las pinturas son pocas; hay venados, peces, berrendos y figuras humanas. Las figuras más grandes son de dos venados flechados y rodeados de varias figuras humanas mucho más pequeñas, este conjunto sugiere una escena de cacería. Sin duda lo más interesante de esta cavidad es la pintura de la supernova. Su representación es pequeña y es la única que está un poco borrada. Se observa la luna (como media luna) y a un lado un brillante sol. Algunos estudiosos suponen que este sol brillante es una representación de la supernova que formó la Nebulosa del Cangrejo. Su explosión se observó en nuestro planeta en el año de 1,054 y fue registrada en varios lugares del mundo. Aquí, en una pintura rupestre, al igual que en otros sitios de México y América. De ser correcta la interpretación de esta pintura nos estaría dando una fecha precisa de ejecución, lo cual podría ayudar un poco para las demás pinturas, ya que como se sabe, un gran problema ha sido fecharlas. Otra observación importante de esta cueva es que presenta muchos petroglifos: círculos, ho-yitos y figuras como huellas de herradura y otras que no les encontré forma. Continuamos la cabalgata y a las siete acampamos en la cañada.

Mar-19-1989
SANTA MARTA (AGUAJITO DE BERMÚDEZ)
SANTA MARTA (MUSEO)

A las diez de la mañana, después de tres horas de cabalgar, llegamos a Santa Marta, la casa de don Guadalupe. Su esposa ya nos tenía listo un sabroso desayuno. Nos despedimos de don Guadalupe y don Pedro, ya que nos iríamos a dormir a la casa de don Bonifacio, para mañana salir temprano hacia Santa Gertrudis. En la despedida don Pedro nos platicó de los cacaixtle, los pequeños huacales, que aún llegan a utilizar, aunque poco. Antes los utilizaban mucho, sobre todo cuando no había camino de carro, y en ellos cargaban el queso y mercancías y las ponían sobre los burros. Don Pedro aún los fabrica, los hace a la manera tradicional, de madera de cardón. También hace una alforja de cuero de vaca sin curtir, se ven muy burdos pero sirven bastante y son muy utilizados por la gente. En la actualidad ya muchos han dejado de usar los cacaixtle, cambiándolos por modernas cajas de plástico.

Don Guadalupe no nos quería cobrar todas las comidas que tuvimos en su casa, que no fueron pocas, y se las pagamos, ya que se me hacía injusto no pagarle.

El niño enfermo

Durante los días que estuvimos entre San Francisco y Santa Marta, un niño de San Gregorio, que está en el internado de Santa Marta, enfermó de gravedad, al parecer de leucemia. Fue trasladado a Santa Rosalía, de ahí a Tijuana y a Estados Unidos. Se llama Guadalupe Arce, y donde quiera la gente estaba pendiente de cómo iba evolucionando. Todos los días la radio de Santa Rosalía transmitía informes sobre su estado de salud. La gente se comunicaba las noticias y estaban listas para ayudar si fuera necesario. Me admiró mucho todo el interés de la gente por su niño, y precisamente por esto nos dimos cuenta de otro problema que aquí tienen, y suele ser frecuente en el medio rural: los maestros. El internado de Santa Marta es atendido por el director y dos maestros. Uno de estos profesores llamado Fabián Martínez Márquez, es un desobligado, falta mucho a clases con cualquier pretexto, no enseña bien, y casi no deja tareas. Es un cínico y le dijo a la gente que él no merece estar en Santa Marta, y que si está ahí es porque está comenzando y que no pasará mucho tiempo para que lo envíen a la ciudad, y precisamente por eso no le interesa enseñar ahí bien, sino dejar pasar el tiempo para irse ¡es el colmo!, escuché muchas quejas contra este “maestro”. Es Santa Marta quien no merece tipos como ése. Sin embargo el caso de este maestro es suave comparado con el del director del internado, Prof. José Luis Iñiguez, que es corrupto e irresponsable, se roba dinero de su presupuesto para comida y tiene muy mal alimentados a los niños del internado. Además tiene internos fantasma, usa la escuela como chiquero, ya que cría y vende puercos, y se desentendió del niño enfermo en forma por demás irresponsable, sin llevar a los niños con el doctor que va a Santa Marta cada 15 días, ya son varios los casos de anemia que se han dado en el internado por pésima alimentación, parece que lo que menos le interesa son los niños. Observar estas actitudes de los maestros, desconcierta mucho a la sencilla gente de Santa Marta, y los alrededores de tal forma que muchos han optado por no enviar a sus hijos a la escuela.

Nos quedamos a dormir en la casa de don Bonifacio, quien nos invitó a cenar y nos presentó a su familia. Sólo caminamos dos kilómetros de un extremo a otro del valle de Santa Marta.

Mar-20-1989

SANTA MARTA-PIE DE LA CUESTA DE TAHUALILA

Aún de noche, iniciamos la caminata y no nos detuvimos hasta llegar al El Rosarito, donde esperamos a don Bonifacio, quien pronto nos alcanzó montado en su mula. Ahí desayunamos; machaca de chivo, queso de chivo, tortillas de harina y un café. Sesteamos dejando pasar el sol del mediodía. A las dos de la tarde seguimos y pronto llegamos al cerro Piedra de Lumbre y luego entramos al inmenso llano de San Gregorio. El camino real sigue bien conservado, sólo que con mucho choyal y arbustos. A lo lejos, después de un horizonte de choyas y cardones, veíamos la sierra de las Parras. Toda la tarde nos llevó atravesar el enorme plan. Varias veces perdimos el camino; esto siempre ocurría cuando se trataba de cruzar arroyos, ya que éstos lo borran cuando crecen; además resultaba pesado caminar entre ellos por las muchas piedras que contenían, las que dificultaban el paso. Algunos arroyos como el de San Gregorio eran muy anchos, con cien o más metros. Comenzaba a obscurecer cuando finalizamos la travesía del plan, dando por terminada la jornada. Nos quedamos a acampar justo al pie de la cuesta de la Tahualila. Hoy recorrimos 36 kilómetros en siete horas y media.

Llevar animales como las mulas implica otra dinámica. Prepararlas para pasar la noche es todo un ritual, desde la selección misma del sitio para acampar; este debe tener hierbas para que puedan comer. Donde nos quedamos había dipugo (*Cercidium microphyllum*), que les gusta mucho. Enseguida les quitó todo, silla, carga, aparejos, y las amarró con generosa longitud de cuerda. Les cortó una gran cantidad de dipugo y se los dejó ahí para que comieran. El manejo de las mulas tiene su chiste. Cuando planeábamos la caminata, recuerdo que pensamos en utilizar estos animales, sin embargo, pronto nos dimos cuenta que resultaba más práctico y económico utilizar un vehículo de apoyo. Cuando cenábamos a la luz de la fogata, surgió del horizonte, bella y esplendorosa, la luna. Estaba casi completa e iluminaba

todo el llano de San Gregorio. Largamente platicamos con don Bonifacio, quien es una magnífica persona y gran conocedor de la región. Traía unas empanaditas que le hizo su esposa; rellenas con queso y azúcar, muy sabrosas.

Mar-21-1989

PIE DE LA CUESTA DE TAHUALILA-RANCHO LAS JUNTAS

Comenzamos a caminar subiendo la cuesta de Tahuallila, la que es parte del camino real. La subida fue suave y nos presentó magníficas vistas del llano de San Gregorio y de la laguna (siempre seca) de la Tahuallila. Casi inmediato a esta primera cuesta, subimos una segunda, mucho más empinada y larga; la famosa cuesta del Culebreado. En ella el camino real se encuentra magníficamente bien preservado. Igual que en otras partes vimos el portentoso trabajo que aquí desarrollaron los jesuitas. Fueron removidas muchas toneladas de rocas. Cada una de las curvas de esta cuesta fue ademada convenientemente para que se pueda transitar cómodamente. El camino sube dando numerosas vueltas, como zig-zag, con curvas muy cerradas, de ahí el nombre de “Culebreado”. Arriba accedimos a la mesa de Buenos Aires. Ahí vimos el famoso mezcal (*Agave Deserti*) o agave del desierto, con el que hacen el mezcal tatemado, muy utilizado antiguamente por los indígenas.

Caminamos buen rato sobre la mesa de Buenos Aires, hasta que llegamos al rancho de los Corrales, abandonado desde hace tres años por escasez de agua. Descendimos hasta llegar al arroyo del Huizache y más adelante a la unión de éste con el de Las Parras. Seguimos por este último hasta que llegamos al rancho de las Juntas. Ahí finalizamos la jornada. La caminata fue de 20 kilómetros a lo largo de cinco horas y media.

En Las Juntas don Bonifacio tiene varios parientes quienes rápidamente nos invitaron a comer. El rancho existe desde hace siete años, cuando varios hermanos Arce de la sierra de San Francisco llegaron al paraje para fundarlo. También son propietarios de los ranchos de San Juan de las Parras, San Juan de las Palmas, y Los Corrales. Hacen giras entre todos estos ranchos atendiendo su ganado. En las Juntas viven cuatro familias; las de don Luis Arce Arce, sus hermanos Patricio y Jesús, y la del cuñado de ellos, don Juan Aguilar Arce. A este rancho llega un camino de terracería que viene del

Ejido Guillermo Prieto, en el llano de Vizcaíno. El problema crónico de este rancho es la escasez de agua; la traen por tubería desde el manantial de San Juan de las Parras, a unos ocho kilómetros. En los últimos tiempos esta fuente ha descendido mucho debido a la falta de lluvias de varios años. Las casitas de este rancho están hechas de madera de cardón y techo de palma; las cercas con madera de pitahaya. Aquí todos trabajan muy bien la piel, la curten al estilo misional y fabrican toda su indumentaria campirana. Igual que en muchos otros ranchos de sudcalifornia, tiene sus grandes rebaños de chivas.

El señor Luis Arce Arce nos invitó a cenar y a quedarnos a dormir en su casa. Su trato fue muy amable. Tiene dos hijos; una niña de nueve años y un niño de siete, ambos sordomudos. Y precisamente observamos en toda esta región, el problema que ya nos habían mencionado en La Paz; que aquí existe todo tipo de defectos heredados por la cercana consanguinidad. Vimos en esta sierra, con pocas comunidades y de pocos habitantes, enfermos mentales, mudos, sordos, sordomudos, y leucémicos. Ya muy tarde observamos cómo los pastores llegaban con sus grandes rebaños de chivas o “chinchorros”.

Don Bonifacio nos acompañará hasta aquí. Su mula sufrió una torcedura y no es conveniente continuar con ella. Uno de sus cuñados, don Patricio Arce, se ofreció guiarnos hasta Santa Gertrudis, que queda a una jornada. En Las Juntas es donde creo hemos visto a la gente más generosa con que nos hemos encontrado, yo quedé maravillado con ellos.

Marzo-22-1989 RANCHO LAS JUNTAS-SANTA GERTRUDIS

Temprano salimos de Las Juntas. Don Patricio viene en su mula, con un burro con nuestras mochilas y agua; caminamos hora y media sobre una terracería hasta llegar al ranchito de San Casimiro, al oeste. Tomamos rumbo al norte siguiendo el camino real que en sus primeros tramos está muy mal conservado, pero después se aprecia muy bien. Cruzamos un largo llano y subimos a la mesa de Las Mujeres. Desde lo alto de la mesa vimos todo el llano que habíamos cruzado, y en él la traza recta del camino real. En la

mesa el camino real tenía anchos de seis y hasta siete metros, los mayores que hemos visto hasta ahora. También en esta zona encontramos varias puntas de flecha y cocedores, aquí ya desaparecen las puntas de obsidiana y vimos de otros materiales como el cuarzo.

El Paralelo 28

De las doce a las dos nos detuvimos para comer y sestar. Nos fue difícil encontrar un sitio adecuado debido a que casi no hay lugares con sombra. A las tres cruzamos el Paralelo 28, entrando a la parte norte de la península, es decir al Estado de Baja California. Fue en base a los mapas que estimamos esta posición. Carlos hizo una mojonera de piedras como de metro y medio de altura en donde nos tomamos algunas fotos.

Misión de Santa Gertrudis

Proseguimos y hacia las cinco de la tarde, desde la mesa de San Pablo tuvimos la visión de la cañada de Santa Gertrudis; a lo lejos observamos la misión del mismo nombre, rodeada de un gran palmar. Descendimos y media hora después llegamos a la puerta de la misión, finalizando la jornada. Esta fue de 32 kilómetros, en ocho horas. Ahí nos esperaba Jorge Martínez Zepeda, su esposa Gladys, y Calafia su pequeña hija. Nos dio mucho gusto verlos, ya que ellos nos han apoyado bastante en este proyecto. A los 20 minutos llegó Alfonso con Rosa y Claudia (su esposa y su hija). Acampamos a unos pasos de la misión.

La misión es de piedra, muy bien conservada, una de las mejores en toda la península. Entre sus detalles tiene el escudo dominico labrado en piedra y el año de su terminación, 1796, grabado en el interior de la iglesia. En su interior aún conserva objetos religiosos del siglo XVIII, como una pila de bautismo, confesionario de madera, una caja dorada donde guardaban el cáliz y las hostias, y otras cosas. Este templo es utilizado ocasionalmente. Tiene muchas figuras de Cristo rodeadas con numerosas veladoras prendidas. También conserva la imagen original de Santa Gertrudis. Como el interior de la misión se hallaba en semi-oscuridad, la luz de las veladoras le daba una

visión cálida y de misterio, e inmediatamente nos transportó al siglo XVIII, cuando aun funcionaba entre los indios. El campanario de la misión está separado como a cien metros y conserva tres viejas campanas.

Mar-23-1989

Este día descansamos. Alfonso fue a ver las pinturas rupestres de la cueva de las Tinajitas, del mismo estilo gran mural de la sierra de San Francisco. Platicamos con uno de los rancheros del lugar, el señor Jesús Salgado Olivares, quien nos dio algunos datos sobre la región y nos dijo que aquí viven cinco familias, que tienen ganado y huertos con olivos, naranjas, uvas, limones, manzana, limas y otras frutas. Vi los viñedos, son descendientes de los primeros que sembraron los jesuitas. Fue en esta misión donde se produjo el primer vino en lo que hoy es el Estado de Baja California, esto fue allá por 1753 o 1754. Nos bañamos en un pequeño manantial que brota entre el palmar, fue el mismo que descubrió Consag allá por los años 40 del siglo XVIII, y que permitió el establecimiento de esta misión. Llevábamos quince días sin bañarnos y no lo habíamos podido hacer debido a la escasez de agua que había donde quiera. Durante el día estuvo llegando gente, muchos de visita, otros para una fiesta que va a haber el fin de semana, y otros para pasar la Semana Santa. Total que el sitio de tranquilo se volvió insoportable con música fuerte y tropical por todos lados, paso de motos frecuente, ruidos, basura, etc. Debido al ruido nos fuimos a dormir al interior de la misión. Fue una experiencia interesante pernoctar en la misión, entre esos muros centenarios, que albergaron a los iniciadores de lo que hoy es Baja California.

Mar-24-1989

Por la mañana Jorge y su familia partieron a Bahía de los Ángeles. Nos dio mucho gusto su presencia y apreciamos profundamente el detalle que

tuvieron de venir hasta acá para mostrarnos su apoyo. Carlos y yo ordenamos nuestras cosas. Alfonso fue a otro sitio de pinturas rupestres. Durante el día vimos “Al Judas”, un mono que representa a Judas, quien traicionó a Cristo, recuérdese que estamos en la Semana Santa. Mañana será quemado y habrá fiesta; matarán un becerro y vendrá la música. La fiesta más importante de Santa Gertrudis es la patronal, a mediados de noviembre 12 al 16, cuando hacen baile y pasean a la Virgen, quizá se trata de la fiesta tradicional y religiosa más antigua del norte peninsular.

Aunque los historiadores mencionan 1751 o 1752 como año de fundación de esta misión, yo considero su inicio en 1737. En ese año se nombró al padre Fernando Consag como titular de la misión de Nuestra Señora de los Dolores del Norte, la que estaría situada al norte de San Ignacio. En lo que Consag localizaba un sitio adecuado donde establecer la cabecera de su misión, la empezó a administrar desde San Ignacio. Comenzó a explorar extensamente al norte, al mismo tiempo que inició la evangelización de lo que sería su área misional. Así localizó sitios como Calmallí, San Everardo, La Piedad y otros, todos al norte del paralelo 28. Para 1744 ya tenía bautizados en su misión más de 500 cochimí, a los que congregaba en La Piedad, que actualmente es Santa Gertrudis. Desde ese año o un poco antes, ya había decidido poner la cabecera de su misión en La Piedad, pero diversas circunstancias se lo impidieron. No fue sino hasta 1751 que finalmente pudo establecerse en La Piedad, sin embargo, para entonces ya había sido nombrado titular de San Ignacio y le tocó al padre Jorge Retz pasar la cabecera a La Piedad, pero ahora con el nombre de Santa Gertrudis. El cambio de nombre se debió a que la dotación inicial para establecerla se perdió, y se pudo rescatar la misión gracias a una dotación del marqués de Villapiente, quien pidió que llevara el nombre de Santa Gertrudis. Cuando Retz pasó a Santa Gertrudis (la antigua Piedad) Consag le entregó a mil indios que ya tenía bautizados. Por todo esto considero que fue Consag el fundador de Santa Gertrudis, no Retz como suele manejarse, y como lo dije su fecha de inicio fue 1737 y no 1751. Considero que Consag fue un gran explorador y evangelizador y fue quien dio inicio a la cultura occidental en lo que hoy es el Estado de Baja California.

Mar-25-1989
SANTA GERTRUDIS-RANCHO LA UNIÓN

Continuamos sobre el camino real y subimos la mesa de Santa Teresa; pasamos a un lado del cerro Portezuelo y penetramos a un gran llano. El Paralelo 28 es una especie de frontera cultural. Ya desde aquí notamos importantes diferencias entre la región sur y la norte de la península; los ranchos son ganaderos, y no de chivas; geológicamente predominan las rocas intrusivas, en cambio en el sur son las extrusivas o volcánicas. Debido a ello aquí predominan afloramientos de granito y en los arroyos hay grandes arenales, una arena silíceá blanca amarillenta, a diferencia de los arroyos del sur que contienen puro pedregal, cantos rodados. Otra diferencia, marcada por la geología, son las puntas de flecha; aquí la mayoría son de cuarzo y la obsidiana es sumamente rara; también observamos materiales líticos de otro tipo de roca que antes no habíamos notado. Igualmente cambia la vegetación; el ocotillo abunda, son verdaderos bosques de esta planta; el datilillo se presenta en densas manchas, así como otras plantas. El llano que atravesamos es puro arenal por lo tanto se perdía el camino real. Pasando el cerro del Preñado encontramos un camino de terracería y sobre él seguimos.

Primera descripción del cirio

Atardecía cuando vimos el primer cirio después de Santa Gertrudis y el Paralelo 28. Su ubicación correspondió muy bien al sitio donde Consag vio por vez primera este impresionante vegetal, en mayo de 1751, nombrándolo en su diario "Milapa", su nombre indígena, y siendo la primera vez que eran vistos por europeo alguno. He aquí esa primera visión que Consag nos da del cirio:

...No se vio árbol grande, excepto el que sus moradores llaman Milapa, y empiezan a hallarse desde los veintiocho grados; los más van altos y derechos como los pinos: árbol verdaderamente inútil, estéril, y señal de la infecundidad del terreno: desde el suelo hasta la cima está rodeado de ramas cortas pero llenas de espinas:

es muy vidrioso; por lo que se hallan atranchados, o totalmente derribados con la fuerza de los vientos: toda su dureza consta en la corteza, estando verde lo de adentro es una masa fofa a modo de nabo o biznaga. Aunque los más de los palos de California, si se queman esparcen alguna fragancia, éste en el fuego despide un hedor tan desapacible que causa dolor de cabeza; y tal vez por esta razón queda indefenso cuando los gentiles queman cuantos árboles grandes se hallan: cuanto más se sube al norte se ven con más abundancia solamente en el distrito que hay de la Sierra Madre hacia el océano, y entre lo que el viento noroeste y la niebla baña.

Poco a poco fuimos viendo más cirios, hasta que varios kilómetros adelante, era muy numerosa su presencia. El rancho La Unión se encuentra sobre el arroyo La Palma. En él finalizamos la jornada. Su dueño, don Gilberto “Tito” Rojas nos recibió muy bien y nos invitó a cenar. Don Tito tendrá unos 50 años de edad y desde hace siete habita en este rancho con su familia. El es de San Ignacio y nos comentó de otras diferencias del norte con el sur. En el norte no curten la piel por no haber palo blanco. El palo blanco lo vimos la última vez en Las Juntas. Y aunque en el norte no curten la piel, sí se trabaja ésta, aunque en forma bien distinta. En lugar de armas aquí usan chaparreras, las que se colocan sobre los pantalones de vaquero, aun antes de que éste monte. Los trabajos de piel se hacen principalmente en el Arco. Don Tito vive del ganado. Es un vaquero en toda forma. Nos platicó de una gran “vaquerada” que se realiza casi todos los años en el mes de octubre, en algunos ranchos de la sierra de la Libertad, rancho El Rodeo y rancho Las Blancas. En esta gran vaquerada se congregan hasta 30 vaqueros durante más de 20 días, en los que van reuniendo algunos cientos de reses dispersas para trasladarlas a otros sitios. Nos comentó que mucha gente de la región trabaja en Guerrero Negro, en Las Salinas, o en El Arco y sus alrededores. En la región aún quedan algunos viejos gambusinos que viven de sacar oro en polvo. Cuando le preguntamos cómo estaban las veredas para entrar a pie a la sierra de la Libertad, su respuesta fue que “está de la chingada”. La jornada de 9 horas con 15 minutos y 23 segundos, en las que caminamos 32 kilómetros con 123 metros y 56 centímetros. Podría agregar las milésimas pero quizá algunos pensarán que pecho de exagerado.

Mar-26-1989
RANCHO LA UNIÓN-RANCHO NUEVO

El día amaneció con una niebla muy cerrada y con frío. Caminamos a rumbo, hacia el rancho Palomas, guiándonos con mapa y brújula. Cirios y cardones parecían fantasmas y nos servían como ocasionales puntos de referencia. Pasamos a un lado de Calmalli Viejo y hacia las once de la mañana, con lluvia suave, llegamos al rancho Palomas. Doña María del Socorro Peralta, nativa de El Arco y dueña del rancho nos invitó a desayunar. Seguimos un viejo camino de terracería. Hacia el norte, a lo lejos vimos las primeras montañas de la sierra de la Libertad, con sus cumbres coronadas por nubes. Pasamos por el rancho La Esperanza y a los pocos kilómetros llegamos al rancho Nuevo, donde como siempre la gente nos invitó a pasar a su casa. Aquí viven don Jesús Aguilar y su esposa doña Juana Espinoza, dos ancianitos quienes nos explicaron que el mal temporal de hoy le llaman “serenazo” y suele durar uno o dos días. Es igual a lo que en Baja California Sur llaman “equipatas” pequeñas lluvias fuera de temporada, casi siempre en invierno. El desierto ya está floreciendo. Hemos estado viendo cardones, garambullos, datilillos, palo adán, y muchas otras plantas llenas de flores de colores muy vivos. La jornada fue de ocho horas con 21 minutos, en que caminamos 24 kilómetros.

Mar-27-1989
RANCHO NUEVO-ARROYO SAN MATÍAS

Hoy pasamos por el rancho Buenavista que estaba deshabitado. Seguimos caminando sobre el arroyo San Luis. Tomamos el arroyo de San Sebastián siguiendo un hermoso cañón entre mesas volcánicas y cerros graníticos. Pasamos por los parajes de Tres Palmas y San Nicolás, que antes fueron ranchos y ahora sólo los usan para guardar ganado. En este cañón son frecuentes los grupos de palmas de taco, los cirios y los cardones. Ya muy tarde llegamos al arroyo de San Matías donde acampamos dentro de una cómoda cueva. Jornada de 22 kilómetros recorridos en casi nueve horas.

Mar-28-1989
ARROYO SAN MATÍAS-RANCHO SAN JOAQUÍN

Temprano llegamos al rancho de San Sebastián. Tiene una casa y un hermoso corral de piedra blanca. Se le utiliza por temporadas. Dentro de la casa todo estaba en orden, bien acomodado; su fogón, una estufa muy antigua, marcas para herrar y marcar a las vacas, ollas, hachas, metate y muchas cosas más. En el arroyo encontramos un aguaje donde tomamos agua y desayunamos. Desde donde estábamos destacaban por su altura los dos cerros de San Sebastián. Continuamos caminando y subimos a la mesa de las Palmas y desde su orilla vimos el panorama de la cañada de San Sebastián, en donde destacaban grandes afloramientos de roca granítica blanca, rodeados de enormes mesetas volcánicas, de piedra oscura; era interesante observar el contraste en las coloraciones de las rocas. Bajamos a otra cañada y llegamos al paraje conocido como El Rancho, y un poco más adelante al sitio llamado El Rodeo. Es aquí donde los vaqueros reúnen a las vacas durante la gran vaquerada que nos platicara Don Tito Rojas. Un enorme corral de piedra, quizá el más grande que hemos visto lo atestigua. Hay arboleda y agua. Por la tarde continuamos y no pasó mucho tiempo para que llegáramos al rancho San Joaquín, donde no había gente. Ahí pasamos la noche. Hoy caminamos veinte kilómetros en once horas y media.

Mar-29-1989
RANCHO SAN JOAQUÍN-LAS CABRAS

Nos despertaron los aullidos de un grupo de coyotes, era impresionante escucharlos. Al caminar pronto vimos un tipo de roca con una conformación muy particular, como panes de sándwich encimados, de un color claro-rojizo. A las nueve llegamos al paraje de las Blancas, límite de la gran vaquerada y por lo mismo tiene un excelente corral de piedra.

El Paraíso

Caminamos como media hora desde Las Blancas hasta que estuvimos ante la vista del cañón del Paraíso. Abajo veíamos su arroyo y su rancho. Al principio las paredes del cañón se desprendían verticalmente, después bajaba una pendiente fortísima hasta llegar al arroyo completándose un desnivel de entre 400 y 500 metros. Este cañón es como si dividiera la sierra en dos, ya que dificulta el contacto entre los rancheros de uno y otro lado. Don Tito y otras gentes me dijeron que no había camino que bajara de las Blancas al Paraíso (después me enteré que sí, y es camino real), así que Carlos y yo estuvimos viendo por dónde bajar. Quisimos hacerlo por la cañada de la Soledad, una lateral del Paraíso que se veía hermosa, con todo su cauce lleno de palmeras. Sin embargo representaba un gran rodeo, además de que su cauce tenía gran cantidad de bloques de piedra que dificultaban la marcha. Desescalamos algunos metros por una pared vertical hasta alcanzar la empinada ladera y bajamos entre zeburrusal, cuidándonos de espinas y piedras sueltas.

Hora y media nos llevó el descenso, hasta que llegamos al arroyo. Nos refrescamos en un aguaje y descansamos en el rancho del Paraíso. Este rancho es utilizado por temporadas, y en ese momento no había nadie. Consta de una casita y un corral. La casita está construida sobre una más antigua que fue de adobe y piedra. La actual está hecha con madera de palma, cardón y ocotillo. En su interior había un fogón de piedra y adobe que aprovechamos para cocinar, tenían también un cacaixtle, el primero que veo en el norte peninsular, metate, hachas, y muchas cosas de cocina. Este cañón del Paraíso fue explorado por el padre Consag en 1751. Sobre su descubrimiento el padre Miguel del Barco nos informa en su “Crónica de la Antigua California” que:

Tuvieron noticia el padre [Consag] y los de su comitiva que más adelante había un arroyo con mucho agua, mucha frescura y mucha comida que era tan abundante, que los que vivían en él o sus inmediaciones eran felices y dichosos, por poseer un terreno tan fecundo. Tanto le alababan que los nuestros le pusieron el nombre de “Paraíso de los Californios”; y deseaban llegar a ver un sitio tan ventajoso. Cuando llegaron a descubrirle, hallaron su bajada tan difícil que fue necesario rodear, y buscar otra menos agria que, en fin hallada,

se pudo vencer y bajar al arroyo. Estaba muy lejos éste de merecer las alabanzas que los indios le daban...

Después de un buen descanso continuamos la jornada. Subiríamos por la otra banda del cañón. Caminamos un par de kilómetros sobre el arroyo alegrándonos de hacerlo entre palmeras y arboledas, con mucha sombra y agua frecuente. Iniciamos el ascenso por la cuesta del Dipugo, siguiendo una vereda. Un poco más de una hora nos tomó subir la empinada cuesta del Dipugo, casi hasta la cumbre del cerro Faldeo. Seguimos por una mesa hasta llegar al paraje de “Las Cabras”, en donde vimos tres corrales de piedra, uno de ellos muy antiguo. Aquí pasamos la noche. Hoy caminamos 20 kilómetros en diez horas.

Mar-30-1989 LAS CABRAS-COMPOSTELA

El paisaje árido, pero aun así hermoso. Tres meses de caminar ya nos tenían bien templados. Bajamos al paraje de La Joya y de ahí subimos la mesa de la Gobernadora; la cruzamos y accedimos a la cañada de Compostela que contenía un denso bosque de cardones. Pronto llegamos al rancho Compostela. En esta parte el camino real es una perdediza vereda, a veces amplia, y a veces desaparecía totalmente. Don Antonio Gaxiola Maclis y su esposa, dueños de Compostela, nos recibieron muy generosamente y nos invitaron a desayunar. Don Antonio es nacido en este rancho, hace 35 años, y lo comparte con sus hermanos. Junto a las actuales casas de madera y cemento de los Gaxiola, están unas casonas viejas, de adobe, grandes, que fueron de los papás de ellos. Ahora están abandonadas, pero hasta hace unos 15 años aún eran habitadas. Todos los hermanos Gaxiola, doce, nacieron entre sus paredes. Son vaqueros de varias generaciones.

A dos kilómetros de Compostela se encuentra el rancho La Colmena, de Don Cipriano Gaxiola Maclís, hermano de Antonio, quien nos invitó a comer. Muchas cosas interesantes nos platicó don Cipriano, sobre todo de sitios y cuevas con pinturas y petroglifos, así como con metates y pedernales. Nos dijo de un sitio cercano al Nuevo Rosario, por el cerro Cuadrado

o Chapo llamado “El Cirial”, en donde hay una altísima densidad de cirios y muy altos. Nos dijo que antes curtían la piel con la corteza del torote (copalquín), pero ya casi no lo hacen debido a que se tiene acceso a los curtidos de las modernas tenerías, así mucho del material vaquero ya lo compran hecho. Aún así todavía quedan rancheros que trabajan la piel, el mismo don Cipriano la trabaja, aunque muy ocasionalmente. Aquí ya no usan las polainas, nos dijo que las botas vaqueras, las altas y puntiagudas, cubren su función. También usan las tehuas y las chaparreras. Dormimos en la casa de don Cipriano. Hoy recorrimos trece kilómetros en cinco horas.

Mar-31-1989 COMPOSTELA-SAN BORJA

Hoy salimos algo tarde. Carlos y yo tomamos el camino real rumbo a la misión de San Borja. Casi toda la jornada fue sobre la Mesa de Compostela. Durante este recorrido comentamos varias cosas. Se aprecia que los rancheros del norte peninsular tienen mayor contacto con el exterior que los del sur; son más desenvueltos e igualmente generosos. La gente de Compostela inmediatamente se dieron cuenta que éramos los primeros mexicanos en caminar la península, lo que les dio gusto, ya que antes “sólo gringos venían caminando”. Platicamos sobre Fernando, un niño de cuatro años, hijo de la esposa de don Cipriano. Cuando don Cipriano se casó con su actual mujer, ella ya tenía varios hijos de su anterior matrimonio, igual don Cipriano. Fernando era el más pequeño, y se lo trajeron a vivir a La Colmena. Al poco tiempo la pareja tuvo un niño, actualmente de dos años, y el cariño de ambos se concentró en él, dejando de lado a Fernando. Carlos siempre ha tenido especial atención y atracción por los niños, y siempre se lleva bien con ellos. Con las primeras muestras de cariño de Carlos hacia Fernando, el niño se volcó hacia él. Luego luego notamos lo ávido de cariño que estaba, y los casi dos días que estuvimos aquí, Fernando se la pasó encantado con su “tío” Carlos. Fernando sufrió mucho cuando Carlos se despidió de él, y de su tierno rostro brotaron las lágrimas.

San Borja

Era de noche cuando llegamos a San Borja. Nos detuvimos en la primera casita que vimos, la de don Silverio Romero y su esposa, doña Mónica, un par de viejitos que estaban acompañados por el hermano de don Silverio, don Teodoro, señor ya maduro también, quienes nos invitaron a pasar.

Disfrutamos de un cafecito mientras platicábamos. Don Teodoro nació en El Barril, una pequeña comunidad de pescadores que está en la costa del Mar de Cortés, no lejos de aquí. Cuida de la misión y vive en uno de sus cuartos. Nos permitió instalarnos en uno de los recintos vacíos del templo. El recorrido fue de trece kilómetros en tres horas con cuarenta minutos. Finalizamos la cuarta etapa de la caminata.

Abr-1-1989

Nos levantamos tarde y fuimos a platicar con don Belisario Smith, un hombre de unos 60 años que vive aquí con su familia. Sólo son dos familias las que viven en San Borja, la de don Silverio y la de don Belisario. Hace unos días estuvo aquí David Zárate y nos dejó víveres y unos recados. Lástima que no coincidimos en la fecha, nos hubiera gustado mucho saludarlo. Zárate es un buen amigo con quien comparto el gusto por la historia. Le pedí que se encargara del Taller de Historia de la UABC en lo que yo hago la caminata.

Solitario caminé por los vacíos salones de la misión de San Francisco de Borja Adac. Hace nueve años que no la visitaba, y ahora presenta en su interior algunos cambios desafortunados, se le hizo una equivocada restauración llenando de cemento sus muros de piedra. La misión es muy hermosa, enorme, de cantera clara. A su lado se conservan los restos de adobe de la primera iglesia, y que ahora tristemente se usa como corral, y hasta una letrina tiene. La misión es impresionante, refleja en si una gran soledad, y su entorno amplía esta sensación, ya que prácticamente está en medio de la nada. Una enorme construcción rodeada de desierto. En su altar destaca la estatua de madera de San Francisco de Borja, data del siglo XVIII. Los días nueve y diez de octubre de cada año es celebrada aquí la fiesta de este

santo. Es una fiesta patronal muy antigua ya que viene realizándose desde 1762, año de fundación de la misión. Quien estableció esta misión fue el padre Wenceslao Link, de Checoslovaquia, uno de los grandes exploradores de nuestra península, quien la utilizó como base de sus exploraciones hacia el norte.

Carlos rápidamente se ganó la amistad de los dos nietos de don Belisario; Marcos, de nueve años y Alberto de cuatro, con quienes estuvo jugando toda la mañana. Marcos nos llevó a la zona de manantiales de la misión, como a medio kilómetro del templo, en donde nos bañamos. Son dos los brotaderos; uno de agua fría y otro de caliente, ambas aguas son conducidas hasta una hermosa pila. Marcos es también un niño necesitado de cariño, aunque su caso no es tan dramático como el de Fernando, es algo rubio y blanco, su mirada tierna y cariñosa, alegre, su abuela no le da el mejor trato, y de sus padres no habla. Es rebelde, se ha negado a ir a la escuela y por eso ya tiene un año viviendo aquí, es de Santa Rosalillita, en la costa del Pacífico.

Abr-2-1989

Hoy, muy temprano tuve una visión fantástica de la misión; estaba rodeada por una densa niebla matutina, y parecía ser un gran fantasma. Fui al panteón; aún conserva tumbas del siglo XVIII junto con algunas más recientes, que fueron las primeras que brillaron cuando el sol empezó a levantar la niebla. Para las ocho de la mañana no quedaba ni rastro de la niebla. Tomé lo siguiente del diario de Carlos:

En el andar existen diferentes etapas que superar, al principio es necesario hacer un ejercicio de voluntad para moverse, y al otro día volver a caminar: Superar el dolor de esa etapa es la primera, después uno empieza a dialogar consigo mismo pero los temas se acaban con rapidez y surgen conflictos internos que traemos de toda la vida; esos conflictos los vemos reflejados en los compañeros, si los tenemos, pero si estamos solos nos asustamos, superar esta otra fase es decisiva, la tercera es adaptarse al medio... algo que puede llevar mucho tiempo, pero cuando todo esto ha sucedido, es el medio quien parece ser adverso a nosotros, "hostil", en pocas palabras, pero no es cierto, para quien haya pasado por todo

esto, lo único que le queda por hacer es caminar como un autómatas tratando de fijarse en algo, y con la mente en blanco y los sentidos totalmente alerta, entonces se descubren olores que no habíamos percibido, colores o brillos que nos llaman la atención sin que hayamos puesto especial empeño en buscarlos; sonidos.... hasta sonidos que pueden cambiar toda una vida, y entonces llegan los recuerdos de un pasado que parece remoto y que se recrea en sí mismo y del cual somos espectadores. Sólo entonces somos capaces de decir que somos parte de la naturaleza.

Esta etapa ha sido la más difícil hasta ahora, así mismo ha sido la más aislada. Por la noche fuimos a cenar con Don Silverio y Doña Mónica. Nos preguntaron, al igual que muchos otros rancheros, si no le tenemos miedo al “lión”, y nos recomendaron que andemos armados por si nos ataca. Pero la realidad es que el “lión” no ataca al hombre, muy rara vez, y siempre bajo circunstancias muy especiales, una hembra parida, o sentirse acorralado, por ejemplo. Cuando le preguntamos a los rancheros si saben de algún ataque de lión a alguien, invariablemente nos dicen que no. Don Silverio tiene 74 años de edad, su esposa doña Mónica Aguilar tiene 89; va con el siglo. Él es de El Barril, ella de San Bartolo, en Baja California Sur. Tienen 54 años de casados. Se unieron en 1936 en Bahía de los Ángeles. Viven con gran sencillez y no ocultan su pobreza, pero se ven felices y satisfechos de la vida que han compartido. Tienen varios hijos y se reúnen con frecuencia. El padre de don Silverio fue don Teodoro Romero que nació en La Paz en 1854 y murió en Ensenada casi 100 años después. Doña Mónica es abuela materna de don Cipriano Gaxiola, el del rancho La Colmena. Ella recuerda aún cuando pasó el capitán Pedro Altamirano que anduvo por aquí de revolucionario allá por 1913.

En San Borja actualmente sólo hay dos casitas habitadas, la de don Belisario y la de don Silverio. Existen restos de muchas más casas, e incluso aún quedan casi completas dos casas abandonadas. Se observa que eran casas de adobe, cosa que no sucede con las que se habitan actualmente. Se puede apreciar que San Borja estuvo mucho más habitado antes que ahora. Carlos y yo tenemos muchas cosas en común y veo que la caminata nos ha unido bastante. Mi amistad y respeto por él se han acrecentado. Lo considero un verdadero amigo. Sigo pensando que es una persona sincera y positiva, y me siento afortunado de que haya aceptado participar en la caminata.



Llegando a la Misión de Santa Gertrudis desde el camino misional. Al fondo apenas se aprecia la misión.



Rancho Las Juntas. Aún se conserva la antigua técnica misional para curtir pieles.



Carlos Lazcano y Don Patricio Arce en el paralelo 28, junto al camino misional.



La Sierra de San Francisco. La visitamos por sus impresionantes pinturas rupestres.



La visitación de San Pablo, establecida por Fernando Consag hacia los años 40 del siglo XVIII.



Paisaje del desierto central, ampliamente explorado por el padre Consag, quien descubriera el cirio en 1721.



Durante la caminata disfrutamos de hermosos paisajes del desierto.



El estilo “Gran Mural” del arte rupestre se encuentra en la parte sur del estado de Baja California.



Estar frente a un arte tan antiguo nos conmovió. Mesa del Carmen, no lejos de Santa Gertrudis.



La Misión de Santa Gertrudis, fundada por Fernando Consag desde 1737. El templo fue realizado por los misioneros dominicos hacia fines del siglo XVIII.



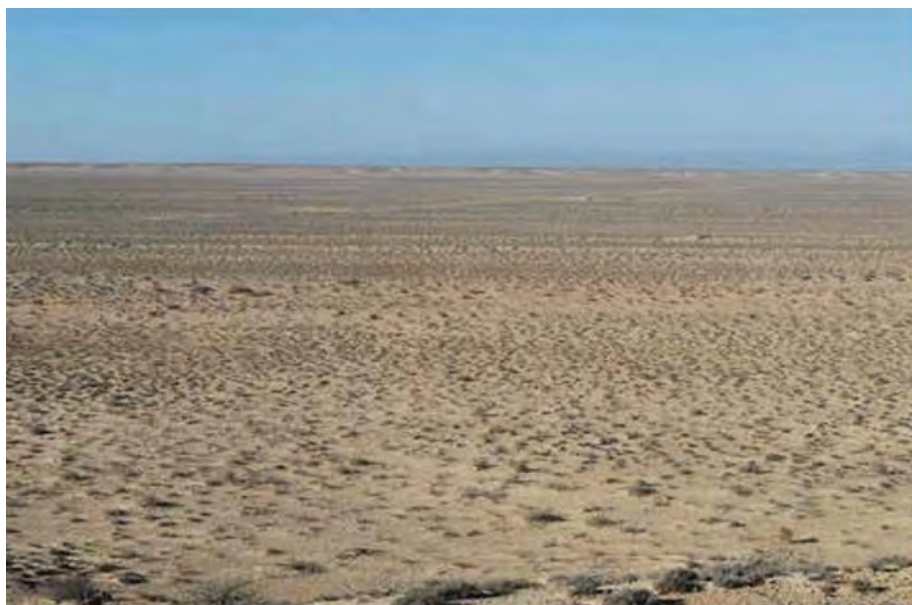
La Misión de San Francisco de Borja Adac, en donde terminamos la cuarta etapa de la caminata.



Doña Mónica Romero. Ella y su esposo, Don Silverio Romero, nos llenaron con sus atenciones en San Borja.



Cruzamos el desierto central y nos encontramos frente la singular belleza de esta región.



Dunas en la región de El Vizcaíno. Esta parte fue extensamente explorada por el padre Consag.



Amanecer entre la niebla y las pitahayas.

Quinta Etapa

SAN BORJA-SAN FERNANDO

La región entre las misiones de San Borja y San Fernando Velicatá fue explorada principalmente por el padre Consag, en 1753, y por el padre Wenceslao Linck, entre 1765 y 1767. Consag exploró principalmente hacia la vertiente del golfo, alcanzando hasta la bahía de San Luis Gonzaga, descubriendo los parajes de Camalajué y Cabuja-Caamanaang, donde serían establecidas las últimas misiones jesuitas. Por desgracia el diario de esta entrada se extravió y solo se conoce por algunas referencias y citas. Fue el padre Wenceslao Linck, originario de la región de Bohemia, actualmente en Checoslovaquia, quien continuó con las exploraciones de Consag, desde su misión de San Borja. Linck desarrolló una intensa actividad exploradora, destacando su entrada de 1766 en la que alcanzó el paraje de Velicatá, la sierra de San Pedro Mártir y la bahía de San Felipe. Fue parte de esta ruta la que seguimos para la quinta etapa de la caminata.

Abr-3-1989

SAN BORJA-DESVIACIÓN EL JARAZO

Eran casi las siete de la mañana. Preparamos nuestras cosas y fuimos a despedirnos de don Silverio y su esposa; platicamos un rato mientras nos tomábamos un sabroso cafecito. Nos regalaron una docena de huevos. Seguimos una terracería que va hacia el norte. El recorrido fue monótono, entre lomeríos y llanos de la sierra de San Borja. Pasamos por la cañada

del Principio y finalizamos la jornada al inicio del cañón del Jarazo, cerca del rancho Agua de Higuera. Caminamos este día siete horas con ocho humildes minutos.

Bahía de Los Ángeles

Nos subimos a la Mula y nos dirigimos a Bahía de los Ángeles. Desde ella se ven varias islas, destacando la Ángel de la Guardia, enorme y alargada. Esta bahía fue descubierta por Francisco de Ulloa, en 1539, quien la bautizó con el nombre de San Marcos, que no perduró. Y justamente en este año se cumplen 450 años de su descubrimiento. El nombre de Bahía de los Ángeles se lo puso el padre Fernando Consag, durante su célebre expedición del año de 1746. El pueblo de Bahía de los Ángeles, no ha crecido mucho desde la última vez que lo visité, en 1980, cuando tenía 400 habitantes. Ahora creo que tiene igual número y mucho gringo que ya ha dejado sentir su influencia en el lugar, tanto que es difícil encontrar algún letrero en español.

Fuimos al campo turístico de Antonio Reséndiz, un oceanólogo que tiene algunos años viviendo aquí, estudiando y tratando de rescatar de la extinción a las tortugas marinas. Antonio mantiene a varias tortugas en estanques. Nadaban alegres y vivarachas, parecía increíble que se encontraran al borde de la extinción. Recordamos que en el restaurante que comimos ofrecían en su carta, caguama, lo cual nos pareció absurdo, considerando su crítica situación, además de que revela la poca concientización sobre el problema, y el desinterés de las autoridades por ayudar. Nos quedamos a dormir en una de las palapas que tiene Antonio en su campo, frente al mar.

Abr-4 a 6-1989

Para nuestra desgracia la única gasolinera de la población, no tenía gasolina, por lo cual en estos días no pudimos continuar con la caminata. Este problema de la falta de gasolina es frecuente en la región central y sur de Baja California. Ante este descanso forzoso aprovechamos para conocer un poco más el sitio. Visitamos el museo de Bahía de los Ángeles y estuvimos

en la casa del capitán Francisco Muñoz. Es de Parras, Coahuila. Toda su vida fue piloto, tuvo su propia compañía aérea. Voló por todo México y Centroamérica, pero especialmente en Baja California, de donde es una leyenda entre los gringos asiduos a esta tierra. Desde los años 50 empezó a volar por acá y fue piloto de Erle Stanley Gardner y otros personajes. Completó 230,000 horas de vuelo. Nos mostró con gusto la casita que están haciendo con sus propias manos él y su esposa. Ella es toda una artista, tiene unos dibujos bellísimos con diseños de las pinturas rupestres de la región, y además labra figuras de ballenas, peces, etc., en hueso de ballena.

En Bahía de los Ángeles se reúnen todo tipo de estudiosos de la península, tanto nacionales como extranjeros. Esta región tiene abundante fauna, tanto terrestre como marina, y sobre todo en sus numerosas islas donde se presenta mucho el endemismo. Es uno de los principales atractivos para tanto estudioso. En contrapartida a toda esta riqueza marina, se encuentra una absurda sobreexplotación, totalmente irracional, que ya ha agotado varias especies, destacando el calamar gigante, el cual desapareció desde 1981. Toda una cadena de corrupción e insensibilidad, que incluye a todas las autoridades, locales, federales y estatales, comerciantes, restauranteros, prestadores de servicios turísticos y pescadores, amenazan muy seriamente la supervivencia de su fauna. Por la tarde del seis de abril llegó el camión que surte la gasolina y después de darnos un baño en el mar, cargamos combustible. Liberados de la bahía, pudimos continuar la caminata y retomamos en el punto que nos habíamos quedado. Ahí acampamos rodeados del más absoluto silencio.

Abr-7-1989 DESVIACIÓN EL JARAZO-MINA EL DESENGAÑO

Caminamos siguiendo un antiguo camino de terracería. Cruzamos el cañón del Jazazo y llegamos al valle de San Julián accediendo a la carretera que va a Bahía de los Ángeles. Caminamos unos seis kilómetros junto a la carretera y tomamos una terracería. A poco llegamos al arroyo Luz de México en donde paramos para desayunar y “sestear” ya que este ha sido el día que más calor

hemos tenido. Proseguimos por el arroyo de Yubai y tomamos la terracería que llega a la mina de “El Desengaño”. Aquí también nos desviamos de la ruta del camino real. Ésta sigue derecho, por el arroyo, pasando por la célebre tinaja de Yubai, y de ahí al pie de la sierra de la Asamblea, hasta llegar a la misión de Calamajué. Nos desviamos para entrar más en la ruta de Wenceslao Link, el último de los exploradores jesuitas de la California, que anduvo registrando estos lugares entre 1765 y 1766.

Eran las seis y media de la tarde, cuando llegamos a la mina El Desengaño. Los últimos rayos del sol pegaban en la ladera de los cerros, cubriendo de tonos dorados a los cirios y cardones. Aquí hubo un pequeño poblado minero, que tuvo cierta importancia, se ven ruinas de varias casas de adobe, molinos de mineral y lomerío de “jales”, es decir el mineral residual de la extracción. Vimos dos bocas, una al lado de la otra que daba inicio a sendos tiros verticales. Después me dijeron que este tiro tiene una profundidad de 170 pies, es decir unos 55 metros. El sitio nos gustó para acampar. El recorrido de hoy fue de 33 kilómetros en ocho horas y media.

Estábamos recostados cuando se acercaron a nosotros, curiosas, tres ratas canguro. Son pequeños roedores de hábitos nocturnos; su cola parece ser más larga que su cuerpo. Se aproximaron sin temor olfateando mis zapatos, subieron por mi pierna y comenzaron a comer de una tortilla que estaba sobre mi rodilla. Un buen rato los estuvimos observándolas. Vimos la luna; la luz del sol iluminaba su extremo inferior y parecía una delgada uña, sin embargo el reflejo de la Tierra, llamado “reflejo secundario”, iluminaba muy tenuemente todo el satélite, se veía tan hermoso. Una vez que la luna se ocultó, me di cuenta que el Universo nos observaba. El cielo, limpio y cristalino, parecía como una ventana al cosmos ¡era maravilloso! Vi pasar dos estrellas fugaces, su cauda apareció y desapareció en un instante, recta y blanca.

Abril-8-1989 MINA EL DESENGAÑO-EL CRUCERO

Antes de que saliera el sol, iniciamos la caminata. Queríamos evitar lo más posible el calor del mediodía. Seguimos una terracería con rumbo al oeste. A poco llegamos al paraje “Placer de Higuera” en donde vive don Heliodo-

ro Arce, un señor de 76 años de edad y gran conocedor de la región. Vive solo, así ha estado toda su vida y hay quien lo califica de ermitaño, nunca se casó. Nos invitó a tomar un café y nos platicó de muchos sitios y lugares. Vive de hacer algunas artesanías con madera de cardón y cirio. Muchos de los visitantes y pobladores de esta región le traen comida, tanto mexicanos como gringos.

Seguimos caminando hasta llegar a la carretera. Eran pasadas las diez de la mañana cuando llegamos a “El Crucero”, donde se aparta una terracería que va a San Felipe y la cual seguiríamos en las siguientes jornadas. Nos subimos a la Mula y nos dirigimos a Cataviña, como a treinta kilómetros al norte, para recoger material fotográfico que nos enviarían allá.

Durante este trayecto pasamos por varios sitios que Link explorara. El primero de ellos fue la seca Laguna de Chapala. Se calcula hace como cinco mil años tuvo agua, ahora solo es una depresión llena de tierra y polvo. Link escribió sobre ella, lo siguiente:

La mañana del 26 [febrero de 1766] entramos en una laguna que se extiende por algunas leguas. Está toda coronada de cerros y en una falda se ven ejemplos de lo mucho que se eleva el agua”. “El espacioso plan, que éstos ciñen es un barro duro, en que no imprimen huella alguna las bestias, en él se verían innumerables hendiduras por donde bebe el agua la tierra, y en la ocasión, ya no había quedado agua alguna. A este paraje por hacer memoria de ese país han querido llamar Chapala algunos soldados, transportados aquí del Reino de Nueva Galicia. No hubo agua en nuestra Laguna de Chapala.

En esta laguna se ha encontrado hasta ahora la presencia humana más antigua en toda la península de Baja California. Se trata de artefactos de piedra, raspadores y cuchillos que han podido ser datados en casi 15,000 años de atrás. Carlos le escribió una inspirada carta a la Sra. Leonor López, una de nuestras mejores amigas de “México Desconocido”, aquí cito algunas partes de su carta:

...Los rigores del calor, que ya comienza a dejarse sentir, pero no se trata de un calorcito que nos haga sudar, no: ni siquiera eso. Por la mañana la temperatura es tal que uno bien puede andar desnudo sin sentir apenas frío -¿frío?, ¿acaso existe? -y debemos apurar los preparativos y salir a más tardar a las cinco y

media de la mañana si queremos caminar unos cuantos kilómetros antes que el sol establezca sus dominios y los ojos comiencen a researse por lo cálido del aire, hasta los ojos se despellejan de calor. A las diez de la mañana no hay organismo vivo que se mueva: todos han corrido a refugiarse bajo las rocas, entre las ramas o en sus escondrijos y madrigueras. ¿Moverse?. Nadie osa desafiar al emperador cuando está enojado como ahora. Y a esa hora, o si somos audaces una hora más tarde, nos detenemos a “desayunar” y a tratar de dormir. Pero todo esto, fácil de hacer en la ciudad, es extremadamente difícil en el imperio del sol y se necesita una fuerza de voluntad muy rígida, y obligarse a comer y a no llenarse sólo de agua.

En ocasiones el viento sopla y, si tiene una suerte, el aire lo refresca, pero sólo un momento. Lo que sucede con más frecuencia es que el viento sea tan caliente que parece una bofetada enorme y deshidratante. Si estamos dormidos, entonces ese golpe nos obliga a despertar, si no, vemos desaparecer de la ropa y la piel toda índole de humedad (sudor) como por arte de magia. ¿bañarse?. ¡Cómo añoramos el llevar a cabo esa mágica palabra! aquí está prohibido porque cualquier gota de agua, cualquiera, es para beber, por eso es que no percibimos el sudor, pero ¡claro que sudamos! y lo sabemos por la sed continua que persiste las 24 horas. Como para entretenernos a su manera, las moscas, mosquitos, abejorros y mil insectos voladores más, acuden a nosotros y se lanzan, como auténticos kamikazes, a los ojos o cuando menos a los oídos. Si el calor es muy alto habrá que soportar el zumbido porque cualquier movimiento aumenta la temperatura.

El cielo nocturno también tiene lo suyo: la luna está en creciente y la hemos seguido con binoculares. Al atardecer se mete lentamente y se vuelve rojiza, como el sol. Y el silencio... es exquisito, es grandioso, todo lo demás es debilidad, hay un momento en que el crepúsculo de la tarde en que cualquier sonido se apaga. Incluso el viento, a la izquierda del centro de la nada se lleva sonido alguno y hay una sensación de pesadez en los oídos que parece quitar el aliento.

Cataviña

La región de Cataviña está constituida por un enorme lomerío de roca granítica. La piedra se presenta en grandes bloques y lajas blancas y claras. A los lados se aprecian varias mesetas volcánicas, en donde se ve cómo la lava fue cubriendo al granito. Contiene una serie de cañadas pequeñas, algunas con agua de manantial. En un abrigo rocoso hay algunas pinturas

rupestres: soles, espirales, figuras humanas, ruedas y otras formas pequeñas y abstractas. Este estilo es totalmente distinto del de la sierra de San Francisco.

Creía que conocía medianamente la península, pero veo que no es así. Con la caminata, mi conocimiento de la península se ha incrementado sólo un poco. En realidad es como si me asomara por una ventana para ver qué hay adentro. Falta que entre. Estoy ante un universo que es esta tierra. Hay que dedicarle muchísimo más tiempo para conocerla a fondo. Quizá sea Carlos el que más ha vivido el lado humano de nuestro contacto con la gente de la península, he aquí otra cita de su diario de este día:

Nadie -digo yo- puede decir que conoce Baja California si no ha platicado con el célebre ermitaño de 76 años que tiene más de 50 viviendo solo [se refiere a don Heliodoro Arce]; con un guía [Oscar Fabián Arce A.] que de repente te suelta a bocajarro sus problemas personales y que al rato te dice: “Mi primer hijo se va a llamar como tú y vas a ser mi compadre”. Nadie conoce esta tierra si no ha ayudado a los niños de 6 años a hacer su tarea con el entusiasmo del juego; si no se ha interesado por la vida de un niño con leucemia, si no se ha convertido en el padre afectivo de dos niños -aunque sea por unas horas-, si no ha llegado a la misión más increíble (en medio de la nada, con sólo 9 habitantes en el lugar) y te reciben dos ancianos con unas caras que representan todas las arrugas de la tierra y todo el esfuerzo por permanecer vivo en un lugar que a la gente de la ciudad le parecería hostil, pero al cual ellos se han “aquerenciado”. Y lo sublime: todos te invitan a comer o una taza de café y en los lugares más remotos te hablan con las palabras mágicas: Los esperábamos.

Nos regresamos a El Crucero a donde llegamos cerca de las doce de la noche. La caminata de hoy fue de 23 kilómetros en cinco horas.

Abr-9-1989 EL CRUCERO-CAÑÓN DE LA JOSEFINA

Salimos un poco antes de las cinco de la mañana. Aún era de noche y el cielo resplandecía lleno de estrellas; se distinguía perfectamente la Vía Láctea que cruzaba todo el firmamento. Al ir caminando las siluetas de los cirios y

cardones se contrastaban con el cielo, produciendo magníficas visiones nocturnas. Tomamos la brecha que va a San Felipe la cual ahora ya no es muy usada por haber otra muy bien revestida que sale en Chapala. Poco a poco empezó a aparecer el resplandor del sol, atrás de la sierra de la Asamblea.

Recorrimos el valle de Santa Ana y entramos a la cañada de Calamajué, en donde hay una serie de manantiales. El agua llega a correr y de pronto desaparece en la arena, para reaparecer a pocos metros adelante. En unas partes hasta se escucha el murmullo del agua al correr. Aunque el agua se ve bien, es semipotable ya que tiene un alto contenido de sales, algunas sulfurosas, incluso uno de estos manantiales es termal y tiene su agua tibiecita. Debido al alto contenido de sales del agua, una gruesa costra carbonatada y sulfatada cubre parte de la cañada. Destaca un sitio llamado El Volcancito, que es un manantial donde normalmente brota agua muy caliente (ahora estaba seco) y ha originado una gruesa costra blanca de sales calcáreas y sulfatadas como de dos metros de espesor. La visión de la cañada es de un paisaje inusitado, rodeado de cantiles de roca metamórfica, aflorando en finas capas de pizarra. Los cerros llegan a tener varias coloraciones; verde, café, negro, blanca, marrón, y otros.

Misión de Calamajué

A un centenar de metros del Volcancito finaliza la cañada de Calamajué y el horizonte se abre. Ahí el cauce del arroyo está cubierto con una capa blanca de sales. Como a medio kilómetro, en una loma a la derecha se encuentran los pocos vestigios que hay de la misión de Santa María de los Ángeles de Calamajué. Eran las once de la mañana cuando llegamos. El sitio lo descubrió el padre Consag en su entrada de 1753 y la misión fue fundada en 1766 por los padres Victoriano Arnés y Juan José Diéz. Sólo funcionó unos meses debido a la mala calidad de su agua, cambiándose al norte al paraje de Kabuja-Kaamang con el nombre de Santa María de los Ángeles de Kabuja-Kaamang. Sólo quedan unos cuantos montículos de lo que fue su templo. Dimos con la misión gracias a dos letreros grandes que dejó hace como diez años el Sr. Tomas Robertson. Don Tomas vivía en Ensenada, era un señor ya grande, como de 80 años, murió hace poco.

Era un enamorado de las misiones y fundó la Asociación Pro-restauración de las Misiones, y de su bolsillo invirtió mucho dinero para protegerlas lo más que estuviera a su alcance. A las más desprotegidas les puso techos de palma, a las de adobe las bañaba con frecuencia con una sustancia impermeable que retardaba la acción erosiva de la lluvia, a todas las del norte les puso letreros, en español e inglés resumiendo su historia. En fin don Tomas ha sido la persona que más se ha preocupado por el cuidado de las misiones, a pesar de que estuvo solo en su labor, ésta fue importante, y a su muerte nadie ha ocupado su lugar, ni siquiera el Instituto Nacional de Antropología e Historia, a quien teóricamente le corresponde. A pesar de su cercanía con la cañada, el panorama que se tiene desde la misión de Calamajué, es desolador; árido en extremo. Aquí desayunamos y por la tarde seguimos. En dos horas penetramos a la sierra de San Francisquito. Finalizamos la jornada, ya casi de noche, al inicio del cañón de la Josefina. La jornada fue de 39 kilómetros, recorridos en nueve horas.

Abr-10-1989 CAÑÓN DE LA JOSEFINA-ARROYO DE SANTA MARÍA

Nos levantamos con la magnífica visión de la Vía Láctea. A poco de andar, el sol empezó a asomarse, inundando con tonos naranjas y violáceos las blancas rocas de granito que conforman los cerros de nuestro alrededor. Caminamos por la terracería que va a San Luis Gonzaga. Llegamos al rancho de Las Arrastras. Continuamos y a las diez y media nos detuvimos en el cañón de la Turquesa, para desayunar y dejar pasar el sol. Seguimos hasta las tres de la tarde. Salimos del cañón penetrando a un inmenso valle, en donde a poco vimos a la izquierda la entrada del cañón de Santa María, por donde tendremos que entrar la próxima jornada. El cañón se veía hermoso iluminado por los rayos del atardecer. Caminamos como diez kilómetros dentro de la gran planicie, hasta que quedamos justo frente a la entrada del cañón. Ahí terminamos la jornada. Desde unos kilómetros antes de finalizar la caminata teníamos una hermosa vista de la bahía de San Luis Gonzaga. Hoy caminamos 34 kilómetros en siete horas y media.

Bahía de San Luis Gonzaga

Una vez que dejamos de caminar nos fuimos en la Mula a San Luis Gonzaga. Entramos por Alfonsina, que es una larga barra de arena. Antes de llegar vimos el estero de la bahía, que es muy hermoso. Abundaban diversos tipos de aves, especialmente las garzas. La playa tiene una arena blanca, el mar tranquilo, y el encanto de la soledad. Nos gustó tanto que nos quedamos para darnos un baño. El mar estaba que hervía en peces, éstos brincaban por doquier y de buen tamaño. Los pelícanos volaban al ras del agua dándose gusto por tanto pescado. Las gaviotas y los tildillos andaban en la arena.

Comenzaba a anochecer cuando fuimos a la barra de Alfonsina. A lo largo de ella estaban alineadas como unas 20 ó 30 casitas. Alfonsina parece ser una colonia de gringos, de esas 20 ó 30 casas, sólo en una vimos mexicanos, en las demás gringos por doquier, hay una pequeña pista de aterrizaje. Desde la entrada de Alfonsina existen numerosos letreros, todos sin excepción están en inglés ¡como si esto no fuera de México! Entiendo que los gringos vengan a Baja California, sobre todo los de California que es un estado altamente poblado y con un ritmo de vida muy pesado, en contraste, a un lado de ellos está nuestra península, casi despoblada, con muchos sitios naturales prácticamente intactos, para muchos gringos es una maravilla, un paraíso, y se vienen cuantas veces pueden, e incluso hasta se quedan a vivir. Sin embargo, pienso que el gobierno no debería permitir que los gringos se apoderen tranquilamente de nuestras playas y de otros sitios naturales. Por principio, esto nos cierra esos sitios a los mexicanos, y un día es que esto sea motivo de que nos invadan debido a que tienen que proteger a sus ciudadanos y sus intereses en nuestra nación. Además, estos gringos no traen ningún beneficio a México, se traen su propia comida, sus materiales de construcción, casi todo. Y no creo que sea muy benéfico que los mexicanos seamos siempre sus sirvientes. Nos quedamos a dormir en la playa. La noche fue bella, con las estrellas arriba de nosotros y arrullados por el rumor del mar.

Abr-11-1989

Temprano, antes de que el sol se asomara, me levanté y caminé varios kilómetros a lo largo de estas playas. Un grupo de patos flotaba tranquilamente en el mar. La bahía lució resplandeciente con el salir del sol y su isla se veía hermosa. Posteriormente, Carlos y yo caminamos hacia el final de la barra de arena, que como la marea estaba baja, se unía con la isla de San Luis Gonzaga. Seguimos toda la barra e incluso llegamos hasta la isla. Nadamos cuando el sol estaba en su punto más alto. Ya tarde, después de disfrutar ampliamente esta bahía y sus playas, volvimos al inicio del cañón de Santa María.

A lo largo de la caminata, Alfonso y yo hemos discutido con cierta frecuencia. Las razones han sido muchas. Sin embargo hay dos que predominan: Alfonso no es muy amante de la disciplina, al menos no de la que es necesario en el caso de una caminata como ésta y tiende a dejar las cosas en el “ahí se va”. Por otro lado tampoco le agrada mucho el que exista un jefe de expedición, él piensa más en la responsabilidad compartida, la cual es buena, pero en eventos como éste, y hasta de menor magnitud es básica la presencia y autoridad de un líder que en un momento tenga que tomar decisiones, sobre todo cuando pueda haber riesgos o peligros. Este es un problema de Alfonso.

Abril-12-1989

ARROYO SANTA MARÍA-CERRO SIN NOMBRE

Hoy ha sido el día que más temprano nos levantamos; a las cuatro de la mañana, para salir a las cuatro y media. La noche aún lucía esplendorosa y había un fuerte viento frío que a veces dejaba sentir violentas ráfagas.

El cañón de Santa María

El cañón de Santa María nos sorprendió. En seis horas que nos llevó recorrer su porción más escarpada y difícil, estuvimos de sorpresa en sorpresa, en una serie de parajes de creciente belleza. Al principio el cañón era amplio con sus moles de granito. Después empezó a aparecer tímidamente el agua corriente y las palmeras. Las pequeñas tinajas que vimos al principio, con hilillos de agua corriendo por doquier, se transformaron en enormes y profundas pozas, hasta rematar con la tinaja de la Escuadra, la última de las pozas, casi al final del cañón. Esta poza es redonda como de veinte metros de diámetro, por cuatro ó cinco de profundidad. Le llega agua por medio de una pequeña y hermosísima cascada. Sus aguas tienen un color azul turquesa muy intenso, y cuenta con una playa de blanca arena y la masa granítica para asolearse. Vimos como cinco ó seis pozas hermosísimas, y una serie de palmares bellísimos. El cañón se vuelve muy abrupto y cerrado, con paredes muy altas y verticales, todo de granito, de un color blanco o crema amarillento. En muchas partes el granito ha formado colosales esculturas labradas por el viento y el agua, con formas suaves y armónicas, dignas de un escultor contemporáneo. En algunas partes el granito estaba fracturado en forma de un intenso cuadrículado que presentaba un panorama estético y espectacular. En la poza de la Escuadra nos detuvimos un rato para bañarnos, hubiera sido un pecado no hacerlo.

Desde la poza de la Escuadra tuvimos que efectuar una pequeña pero difícil escalada, después finalizaba la parte encañonada del arroyo Santa María. El cauce se hacía amplio y con agua constante, grandes arenales y palmar casi continuo. Pocos kilómetros después llegamos a los restos de la misión de Santa María de los Ángeles Kabuja-Kaamang, último establecimiento jesuita en el año de 1767. Un poco antes de llegar a la poza de la Escuadra, sube una vereda que es el antiguo camino real; sube por el pedrerío de granito y llega a la misión. La cañada de Santa María me fascinó además de su enorme y sorprendente belleza, tiene el encanto de la soledad. No vimos ni una sola inscripción, lo contrario de la cañada de Calamajué, señal de que es muy poco visitada ¡qué bueno!

Misión de Santa María de Los Ángeles Kabujacaamang

Eran las dos de la tarde cuando llegamos a esta remota misión. Se encuentra en ruinas, con sólo algunos muros de adobe en pie. Todo su entorno es bello, rodeado de palmeras, con muchos manantiales de buena agua. El padre Juan Crespí, de la misma expedición de Serra de 1769, escribió lo siguiente sobre el sitio donde está la misión:

Está situada en un arroyo entre cerros muy altos, muy escarpados, y forma en el paraje un vallecito, con muchas palmas bien altas en los contornos, tiene bastantes aguajes en todos sus contornos de aguas muy delicadas y delgadas...y tiene sitios para ganados con pasto y agua y compuestos los aguajes con algunas laderas que ofrecen que pudieran habilitarse para riego, pudiera lograrse una siembra con casi ninguna diferencia que las antecedentes misiones.

El día había estado muy fresco, con buen viento y una disminución dramática del calor que llegó a hacer hace unos días ¡qué bueno!, por mi hasta que nieve si es posible. Estábamos comiendo cuando llegó Alfonso. Se había quedado con la Mula al dejar el arroyo de Santa María, cerca de San Luis Gonzaga, dio la vuelta hasta Cataviña, ahí desde el rancho Santa Inés tomó una vieja y horrible brecha como dos o tres kilómetros y de ahí siguió a pie diez kilómetros hasta la misión, donde nos encontramos.

Después de comer y descansar seguimos. Caminamos entre lomeríos de granito, con ocasionales palmares, siguiendo los restos de la antigua brecha, hasta que llegamos a un puerto, como a las dos horas, donde estaba la Mula. Desde ahí tuvimos una magnífica vista del Mar de Cortés y la Bahía de San Luis Gonzaga. Se me hacía casi increíble que la Mula hubiera llegado hasta ahí. Alfonso batalló mucho para sacarla y tuvimos que ayudarle a voltearla y arreglar los pasos más feos del camino, quitando o poniendo piedras. Era ya casi de noche cuando nos detuvimos al pie de un lomerío. Hacía un viento helado y mucho frío. La caminata fue de 30 kilómetros en nueve horas.

Abril-13-1989 CERRO SIN NOMBRE-KILÓMETRO 151

Temprano, con mucho frío, continuamos caminando hasta llegar al rancho Santa Inés, en donde de nuevo nos unimos a la carretera transpeninsular. Adelante llegamos a Cataviña.

Desayunamos y mientras platicamos con la señora María Peralta Villavicencio. Nos comentó de la gran influencia y extensión que están teniendo las sectas religiosas provenientes de Estados Unidos. Doña María es de la cercana comunidad de Santa Catarina, y tiene entre 60 y 65 años de edad. A las dos de la tarde continuamos caminando junto a la carretera. El paisaje con cantidad de bloques de granito blanco, amontonadas, formando todo un conjunto armonioso con cirios y cardones. Sin embargo el lugar está plagado de pintas en todas las rocas. Las hay de todo tipo; desde mensajes de amor, comerciales, saludos, infinidad de nombres de personas y lugares, majaderías y mensajes religiosos (“arrepentíos pecadores, el fin de las tierras está cercano”, y otros). En muchos casos se han superpuesto los graffiti. Total que el sitio es ahora antiestético. Nos detuvimos, ya casi de noche, en el kilómetro 151. Caminata de 37 kilómetros en ocho horas y media.

Abr-14-1989

Fuimos a San Quintín y hablamos por teléfono a Ensenada y México. Desde San Ignacio no habíamos tenido forma de comunicarnos, ni por teléfono, ni telégrafos, ni correo, ni nada. Toda esta región central de la península, a pesar de la carretera sigue incomunicada. Nos surtimos de comida y comimos unos ricos cocteles de almeja pismo y tacos de pescado. Hablé por teléfono con mi madre. Me comentó que mi padre ha seguido mal de salud, y que con frecuencia pregunta por mí. He pensado en él varias veces, como me hubiera gustado tener su apoyo motivante para esta caminata. Desde hace más de un año mi padre parece no estar muy conectado con la realidad. Antes de que cayera en el estado que ahora se encuentra, muchas veces, le

insistí en que hiciéramos unos viajes juntos, de un mes o más, visitando y conociendo lugares. Nunca aceptó y eso me dolió mucho, ahora ese viaje parece ya imposible. A mi padre se le ha venido encima la vejez, en forma estrepitosa, y con muchas de sus consecuencias. Me da tristeza verlo así, casi vegetando, sin poder salir ni hacer algo.

El Rosario

Al regreso nos detuvimos en el Rosario. Este pueblo fue fundado en 1774 por los misioneros dominicos, quienes sustituyeron a los franciscanos. Tiene dos sitios misionales. Originalmente fue establecida en donde ahora se conoce como El Rosario de Arriba, junto a la carretera transpeninsular. Ahí vimos las ruinas de adobe que ya les falta poco para desaparecer totalmente por falta de cuidado. A principios del siglo XIX, debido a las crecientes del arroyo, el templo fue cambiado abajo, como cinco ó seis kilómetros, en lo que actualmente se conoce como El Rosario de Abajo, y ahí aún se conservan algunos muros que también están en vías de extinción. Regresamos a dormir al kilómetro 151.

Abril-15-1989

KILÓMETRO 151-SAN FERNANDO VELLICATA

A las siete iniciamos la caminata siguiendo la carretera. El paisaje fue aburrido. Finalizamos la jornada en la misión de San Fernando Vellicata. Igualmente concluimos la quinta etapa de nuestro proyecto. El paraje de esta misión fue descubierto por Linck en su entrada de 1766. En su diario anotó:

Día 5 [marzo]. Empleamos cinco horas hasta llegar a Vellicata, arroyo de gran nombre, y con razón si se atiende a la naturaleza de este pedazo de tierra, no de lo mejor aun en California...corre en el arroyo un trozo de agua, bastante para el cultivo de las tierras que están a su orilla...y si no ocurre otra gran dificultad, no quedará ya por sitio oportuno para fundación, y el que se establezca la nueva

misión que pide la necesidad de tantos hermanos nuestros, pues en Vellicata nada se hecha de menos de cuanto pueda desearse.

Sólo vestigios quedan de la misión de San Fernando; algunos muros de adobe en pie, que están en inminente estado de colapsamiento. Aunque la propuso Linck, debido a la expulsión que sufrieron los jesuitas, ésta no fue fundada sino hasta 1769 por fray Junípero Serra, de los misioneros franciscanos que vinieron a sustituir a los jesuitas. Es de las pocas misiones que se les conoce una ceremonia de fundación, la que nos describe Serra:

De buena mañana se limpió y aderezó un jacalillo...En aquel jacal, pues se dispuso el altar, se pusieron los soldados con sus cueras y adargas sobre las armas, y con todos los aseos de la santa pobreza celebré mi misa en aquel día tan grande con el consuelo de ser la primera de las que ya se habían de continuar con la permanencia de aquella nueva misión de San Fernando, que desde aquel día comenzaba, la que mientras duró solemnizaron las muy repetidas descargas de las armas de los soldados, supliendo por esta vez los humos de la pólvora por los de incienso que no podíamos ofrecer porque no lo teníamos. Y como no había más cera que la que ardía, que era un cabito de vela que me hallé y el cerillo del padre, fue por aquel día la misa única, y la oyó el padre con los demás en cumplimiento del precepto. Después cantamos Veni creator spiritus. El concurso lo hicimos nosotros, los soldados y los indios neófitos, que nos acompañaban, sin que asomase gentil alguno, quizás asustados con tantos truenos. Erigimos después en el patio el estandarte de la Cruz y señalé el primer ministro de aquella nueva misión al dicho padre predicador Fray Miguel de la Campa, quien quedó gustotísimo con el empleo...

Regresamos a Cataviña, donde descansaremos tres días. Nos esperaba Rosa (esposa de Alfonso) y Claudia su hija. Hoy caminamos 37 kilómetros en seis horas y media.

Abr-16 a 18-1989

Descanso y preparado de informes.



Las hermosas visiones de Bahía de Los Ángeles.



Águila pescadora volabndo en torno a su nido, cerca de Bahía de Los Ángeles.



El Torote, una de las plantas más típicas del desierto central.



Cirios y Choyas. Las plantas espinosas fueron nuestras constantes compañeras.



Restos de lo que fue la Misión de Santa María de los Ángeles Calamajué, establecida en 1766.



El salitroso arroyo de Calamajué. La mala calidad de su agua obligó a los misioneros a abandonar el sitio.



La belleza de la flora nativa del desierto central. Caminamos por esta región en los meses de floración.



Restos de la Misión de Santa María de los Ángeles Kabuja-Kaamang, fundada en 1776 para reemplazar el sitio de Calamajué. Fue la última misión jesuita en la Antigua California.



La Misión de Nuestra Señora del Rosario, la primera de las misiones dominicas. Data de 1774.



Restos de la Misión de San Fernando Velicatá, establecida por fray Junípero Serra en 1769. Fue la única misión franciscana en la Antigua California.



La poza de la Escuadra, en el Cañón de Santa María. Un sitio con gran encanto.



Don Heliodoro Arce, el ermitaño del desierto. Lo visitamos en su casa del Placer de Higuera.



La Bahía de San Luis Gonzaga, un sitio de aprovisionamiento marítimo para las misiones.

Sexta Etapa

SAN FERNANDO-SAN TELMO

En la sexta etapa utilizamos los diarios de dos primeras entradas. En la primera parte seguimos con el diario de Linck de su exploración de 1766. Caminamos la ruta entre San Fernando Velicatá y el pie de la sierra de San Pedro Mártir, hasta el valle de la Cieneguilla.

Para la segunda parte de la sexta etapa utilizamos el diario de fray Juan Crespí. Este misionero fue uno de los diaristas de la entrada de Fernando de Rivera y Moncada, importante avanzada para abrir el camino a la bahía de San Diego, en la Alta California, llevada a cabo en 1769. Debido a la expansión de los rusos en las costas de Norteamérica, la Corona española decidió iniciar la ocupación de la Alta California, encargándole a los misioneros franciscanos, al mando de fray Junípero Serra, el establecimiento de una serie de misiones en dicha provincia, iniciando en San Diego. Con un desfase de mes y medio, a tras del grupo de Rivera y Moncada venía el del gobernador Gaspar de Portolá, en donde estaba fray Junípero. Portolá venía siguiéndole los pasos a Rivera y Moncada. Así, los diarios de Crespí y de Serra, nos hablan de los mismos sitios, pero cada quien da su visión. Menciono esto porque también llegamos a recurrir del diario de Serra. Partiendo de San Fernando Velicatá, el 24 de marzo de 1769, Rivera y Moncada siguió la ruta de Linck hasta el paraje de La Cieneguilla, y desde ahí ya se fue explorando en terreno virgen hasta llegar a San Diego el 14 de mayo.

Abr-19-1989
SAN FERNANDO-RANCHO EL CARTABÓN

Iniciamos la jornada en Vellicatá, junto con la salida del sol. Terreno árido en donde sólo destacan uno que otro cirio o cardón. Cuando quisimos desayunar, nos tardamos algo en dar con un lugar debido a lo rarísimo de un sitio con sombra, pero al fin lo encontramos bajo un gran cardón. Desde el rancho El Descanso tomamos la terracería que va al rancho Cartabón. Entramos al valle de las Ánimas, el cual es dominado por el cerro de San Juan de Dios. Un poco antes de llegar al rancho pasamos un tramo por el arroyo El Cartabón; ahí sobre unas rocas vimos gran cantidad de petroglifos. Se trata de figuras muy abstractas. Carlos asoció uno de los diseños rupestres a la supernova del año 1054, en donde se aprecia un punto que parece ser la supernova a un lado de la luna creciente. ¿Será? Hemos seguido disfrutando la bellísima floración del desierto.

Atardecía cuando llegamos al rancho El Cartabón. Nos recibió su dueño, el Sr. Víctor Manuel Villavicencio, de unos 35 años. Aquí, los ranchos y rancheros ya son otra cosa muy distinta de los del sur; están bien comunicados; tienen sus vehículos; muchos no guardan ni conocen sus viejas tradiciones, la influencia de la civilización se percibe mucho más. El señor Villavicencio nos invitó a quedarnos en su casa. Cenamos con él mientras platicamos. Nos dijo que la mayoría de los ranchos de la zona son habitados por temporadas, principalmente en marzo, abril y mayo, que es el tiempo de “la campeada”. En este tiempo los ranchos se llenan de actividad, los rancheros vienen, se junta al ganado, se le marca, se le baña, se amansa, se compra, se vende, etc. Muchos rancheros de por aquí, que no tienen a su familia en los ranchos, sino en las poblaciones cercanas como El Rosario, San Quintín, Ensenada y otras. Caminamos 30 kilómetros en un tiempo de ocho horas y 25 minutos.

Abr-20-1989
RANCHO EL CARTABÓN-ARROYO GRANDE

Seguimos sobre el valle de las Ánimas hasta alcanzar el arroyo de San Juan de Dios, llegando a los vestigios de la antigua ranchería de San Juan de Dios, sitio descubierto y explorado por el padre Linck en su ya citada expedición de 1766. Ahí, bajo unas palmeras había un manantial y una poza, con agua fresca y limpia, muy donde desayunamos. Avanzamos hasta que llegamos a los inicios del arroyo Grande. Desde ahí se veía imponente el enorme cerro Matomí, uno de los más altos de la región con 1,700 msnm. Hacia el Este vimos la Sierra de Santa Isabel, famosa porque es ahí donde ubican a la misión perdida del mismo nombre, supuestamente fundada por los jesuitas un poco antes de su expulsión, y donde se cree escondieron sus “tesoros”. Toda esta leyenda no tiene ningún fundamento histórico, por lo que es solo eso, una leyenda que alguien inventó. Al norte vimos ya las estribaciones de la sierra de San Miguel, el extremo sur de la Sierra de San Pedro Mártir.

El arroyo Grande o de Los Mártires

Acampamos en el arroyo Grande o de Los Mártires. Fue descubierto y explorado por el padre Linck, en 1766, quien lo bautizó con el nombre de Los Mártires, nombre que aun conserva. Tres años después, en marzo de 1769 fray Juan Crespi, también lo recorrió siguiendo la ruta de Linck. Hoy recorrimos 27 kilómetros en ocho horas.

Abr-21-1989
ARROYO GRANDE-RANCHO EL SAUCE

Muy temprano el aullido de los coyotes me despertó. A poco de andar llegamos al rancho “El Sauce de Carter”. No había nadie. Todo el día fue de caminar sobre el arroyo Grande. Su cauce es amplio, presenta pozas frecuentes y a veces se encañona entre paredes de 200 ó 300 metros de altura. Tiene ocasionales palmeras azules, zonas de tulares, y en sus laderas

alta densidad de cirios y cardones. En esta parte es donde hemos visto hasta ahora el cardón más impresionante, de tronco muy grueso como con 20 brazos y considerable altura. Finalizamos la jornada en el rancho El Sauce, también sin gente. Hoy caminamos 25 kilómetros en nueve horas. El padre Junípero Serra describe un suceso chusco que les ocurrió en el arroyo Grande:

Nos metimos en un arroyo frondoso, con pasto y agua, y a las tres horas de camino... paramos... en el sitio donde paramos hallamos un gentil, hombre viejo y tan desnudo como todos...estando conversando con nosotros enmedio de la rueda, se agachó y como no había ropa que quitar prontamente se puso a hacer su necesidad, conversando con nosotros, y se quedó tan sereno como descargado.

Abril-22-1989 RANCHO EL SAUCE-CAÑADA LOS ÁLAMOS

Continuamos caminando por el arroyo Grande, hasta un punto donde se le une el arroyo el Carrizo. Es precisamente, a partir de la unión de ambos arroyos que ya lleva el nombre de arroyo de los Mártires. Cuando nos salimos del arroyo caminamos por zeburruzal hasta interceptar el camino que va al rancho San Antonio. A poco de andar sobre la terracería, vimos a lo lejos la figura destacada del cerro de San Miguel, con 1,400 msnm.

Pasamos el rancho San Antonio, bajamos hasta el arroyo San Agustín y seguimos por el Bajío Salado, que es una loma amplísima y de suave pendiente, en donde vimos la máxima densidad de cirios que hemos visto hasta ahora. Era impresionante ver el bosque de cirios, todo, todo tupido de estos grandes vegetales. Un poco antes de finalizar el Bajío Salado, llegamos al rancho “El Pozo”, en donde descansamos. Nos tomamos un café con ocho vaqueros que ahí estaban. El dueño del rancho, don Jorge Duarte nos platicó extensamente sobre la región, nos dijo que sus hermanos y él tienen varios ranchos en los alrededores. Son de El Rosario, donde viven y tienen a sus familias y sólo vienen a sus ranchos cuando es tiempo de la vaquerada, como ahora. Don Jorge,

como de unos 50 años de edad, es una persona muy consciente de su región y sus problemas, entre éstos nos mencionó especialmente dos:

1.- La carrera de la Baja Mil que pasa por la región y sólo les trae perjuicios, ya que destrozan caminos, matan animales, llegan a herir gentes, y nunca reparan nada, ni pagan los daños, a pesar de las quejas crecientes de los rancheros. Nos dijo que los organizadores nunca vienen a ver los daños que provocan, mucho menos los reparan.

2.- Nos comentó que a la región llegan muchos cazadores, tanto mexicanos como gringos. Los gringos en general cazan con cierta conciencia, pero los mexicanos llegan para exterminar porque matan indiscriminadamente todo lo que se mueve. El exterminio del venado lo hacen “lampareándolo” en las noches, y no se respetan vedas, ni hembras embarazadas, ni venados chicos, ni nada. También exterminan palomas y codornices.

—Es un crimen —nos dijo—, no matan uno o dos venados, sino que quieren matar todo lo que encuentran, dándose casos de cazadores que hasta 10 venados mataron en una sola noche.

Nos dicen que entre algunos rancheros se han puesto de acuerdo para cuidar algunas zonas contra estos depredadores, pero la corrupción y el desinterés de las autoridades no les permiten hacer mucho. También han tenido problemas porque han llegado narcotraficantes y pretenden que se siembren enervantes en estos lugares.

Don Jorge nos platicó de la vaquerada, tiempo en que por toda la sierra se juntan muchos vaqueros para trabajar a las reses. Su indumentaria típica de vaquero es la chaparrera y las botas vaqueras, todo lo compran en Ensenada o San Quintín. De lo poco que ellos mismos hacen son unas bolsas o cajas de cuero de vaca, sin curtir, muy toscas, que les llaman “alforjas”, son cuadradas, y en ellas cargan comida o cosas, montándolas sobre burros o mulas. Este tipo de alforjas son casi iguales a los que se utilizaban en los tiempos misionales. Nos comentó que los ranchos antiguos de la región son el de San Juan de Dios, los Mártires, Rosarito, Portezuelo y Santa Eulalia. Estos ranchos antes eran habitados permanentemente, y tienen parientes que todavía les tocó nacer en ellos. Actualmente sólo son habitados por temporadas. Cuando no es tiempo de la vaquereada se dedica a la pesca, ya que la costa está a escasos kilómetros del Rosario. Don Jorge nos confirmó que en el Bajío Salado

es donde más cirios hay por toda la región y los de mayor altura, nos dijo también que pocos kilómetros adelante se acaban totalmente, y que para el siguiente rancho, El Salto, ya no hay ni uno. Al parecer esta es la región más norteña donde se distribuye esta planta. Nos habló de la fauna; hay venado, león, borrego cimarrón, mapache, tejón, zorra, zorrillo, lince, gato montés, coyote, huilotas, codornices, mucha paloma. Antes había berrendo, pero ya se extinguió. Crespi y Serra lo mencionan en sus diarios. Este animal, a diferencia del venado, vivía en las partes más bajas de la sierra, y en las planicies, lo cual lo hizo mucho más vulnerable por la cacería y la destrucción de su hábitat. Finalizamos en la cañada de los Álamos. Caminamos 24 kilómetros en seis horas.

Abr-23-1989 CAÑADA LOS ÁLAMOS-RANCHO LA RINCONADA

Nos levantamos con bastante frío y algo de viento. Cruzamos toda la cañada, que son como siete u ocho kilómetros, y al final subimos a un puerto. Desde ahí tuvimos la vista del valle de la Agua Escondida y distinguimos el macizo de San Pedro Mártir y hasta el Picacho del Diablo, la máxima cumbre de la península, con 3,100 msnm. Aquí vimos los últimos cirios hacia el norte. Seguimos el camino que va al Rosarito de los Loya y después la desviación al rancho el Salto, que desciende al pie del cerro del mismo nombre. Cuando estábamos al pie del cerro del Salto. Pasó en su camioneta el señor René Arce, del rancho El Alamoso, que venía con algunos vaqueros después de vaquerear 23 días. Se detuvo y platicamos un buen rato y nos dio informes de los caminos. Nos dijo que su abuelo es de San Ignacio y de ahí viene su familia y ahora todos ya son de Santo Domingo, donde él y sus hermanos nacieron. Nos habló de la fiesta patronal de Santo Domingo, que es del primero al cinco de agosto de cada año, una de las más antiguas del estado, ya que se celebra desde 1775, año de la fundación de la misión.

Continuamos la caminata y a poco llegamos al rancho El Salto. Ahí estaba el señor Gorgonio García, quien lo cuidaba. Gorgonio tendrá unos 35

ó 40 años. Nos tomamos una taza de café con él, mientras platicábamos. Lleva aquí dos meses solo, antes ya ha estado temporadas de cuatro y hasta seis meses. El rancho es bonito, con una buena casa y ganado. La familia Sandoval son los dueños del sitio, viven en Santa Marta, muy cerca de San Quintín. Continuamos caminando entre lomeríos y arroyos hasta llegar al rancho de La Rinconada, en donde finalizamos la jornada. Llegamos de noche, por lo que de momento no pudimos apreciar bien el sitio. Caminamos 34 kilómetros en nueve horas.

Abril-24-1989

La Rinconada es un rancho que utilizan los vaqueros en su temporada de vaquereadas, su dueño es don Beto Espinoza. Se encuentra en un pequeño valle al pie de la sierra de San Pedro Mártir. Aquí se unen dos arroyos; el de la Rinconada al de San Simón, este último baja de la sierra. Ambos llevaban agua y en su cauce muchos sauces y palmeras. El rancho tiene dos casitas y un corral. Este valle fue bautizado por el padre Linck como “La Cieneguilla” y a partir de aquí se desvió hacia el este para cruzar la Sierra de San Pedro Mártir. Linck llegó a este sitio el 14 de marzo de 1766 y escribió sobre él, lo siguiente:

...Seguimos el viaje inclinándome sobre la costa del golfo. Pasadas dos horas entramos a un arroyo, en que corre alguna agua, y a cuatro horas da a un bajío en que hallamos agua y pasto sobrado... la sierra por todos lados parecía inaccesible...

Para mí es importante saber bien cuál fue el paraje de La Cieneguilla, casi estoy seguro que es aquí, en el vallecito de la Rinconada, pero no estaré seguro hasta que vea el paraje siguiente, cuando sigamos caminando hacia el norte. El frío ha continuado y durante esta noche se desató más que los días pasados, acompañado de mucho viento.

Abril-25-1989 RANCHO LA RINCONADA-EL ALAMOSO

Salimos de la Rinconada siguiendo una vereda al pie de la Sierra de San Pedro Mártir. Llevábamos caminados algo más de una hora cuando a lo lejos vimos el enorme valle de San José. La visión la tuvimos desde un puerto, en donde nos topamos con los primeros pinos que vemos en toda la caminata. Se trata del pino piñonero (*Pinus monophylla*). Bajamos hacia el valle y encontramos un camino de terracería el cual seguimos. El valle es inmenso, verde, hermoso, con todo el frente de San Pedro Mártir en su flanco derecho. Fue descubierto y explorado durante el viaje de Crespi en 1769, quien nos da una primera descripción del sitio:

Día 3 de abril... salimos de este paraje de la Cieneguilla... como a media hora de andar llegamos a un frondoso arroyo, pero seco, y por él entramos a un plan hermosísimo... el anchor de dicho plan es como de un cuarto de legua, pero de largo tendrá mas de dos leguas, la primera es de buena tierra, y la segunda ya es lo más de arenilla menuda... juzgó el dicho padre presidente [fray Junípero Serra] el paraje hermosísimo para una buena misión que nombró de Santa Humiliana.

Con esto pude verificar que efectivamente el rancho de la Rinconada es el paraje que Linck bautizara como La Cieneguilla. A poco de andar llegamos al rancho San José de los Arce y ahí encontramos al señor Daniel Sáenz, su propietario, con su familia, y en compañía del señor Eugenio Ayala, su socio. Al igual que todos en la región, la vaquereada está en su apogeo en el rancho, y justamente hoy salieron varios vaqueros hacia el rancho de Santa Eulalia, en lo alto de la sierra, conduciendo 129 reses. Este recorrido de San José a Santa Eulalia, normalmente se hace en seis horas, pero debido a la problemática que implica conducir tanta vaca, el recorrido lo hacen en dos días. La razón de llevar las reses a lo alto de la sierra es para que tengan pastura fresca, la cual escasea en el verano al pie de la sierra, en cambio arriba crece mucho. Con la entrada del invierno las reses son bajadas de nuevo, ya que la nieve cubre los pastos. Tanto el señor Sáenz como Ayala, están experimentando con la siembra de la alfalfa en el valle de San José, con el fin de almacenar pastura en el invierno y así disminuir la mortandad de animales,

lo cual les representa mucha pérdida económica. Don Daniel tiene su residencia fija en el ejido Emiliano Zapata y ha sido vaquero toda su vida, ha arriado ganado por grandes extensiones desde El Vizcaíno, a mitad de la península, hasta San Quintín, y es un experto conocedor de esta región. En los días de la vaquereada, como ahora, se trae a su familia, su esposa y cinco hijos al rancho, lo cual es raro en los vaqueros. Nos habló de un antiguo camino misional que toca los siguientes puntos: El Muertito (en la costa, cerca de San Luis Gonzaga) - Agua Caliente - Santa Eulalia - Santa Rosa La Grulla - Vallecitos - San José Melling - Valle de la Trinidad. Don Eugenio Ayala es nacido en los Estados Unidos y es un pensionado. Se trata de un californio, descendiente de los antiguos soldados misionales. Su tatarabuelo fue de los soldados fundadores de la misión de Santa Bárbara, California, a fines del siglo XVIII. Su bisabuelo fue Rafael Ignacio Ayala (1811-1906), quien nació bajo la corona de España, vivió bajo la California mexicana, y cuando perdimos esta tierra continuó viviendo aquí, llegando a adquirir la ciudadanía gringa. Su abuelo fue don José Rafael Ayala (1864-1936) y su padre don Ángel Antonio Ayala (1896-1954). Don Eugenio es compadre de don Daniel y se ve que son grandes amigos además de socios.

Don Daniel nos invitó a desayunar y nos mostró su rancho en donde hay varios corrales de piedra, muy antiguos. Su casa es de adobe con techo de lámina y tiene varios corrales. Mientras desayunamos nos platicó de muchas cosas, de como vienen muchos buscadores de tesoros y misiones perdidas, de cuando a un vaquero se le apareció, en la misión de San Pedro Mártir, un jinete sin cabeza que conducía una carreta y de que a veces en la misión “tiran piedras” y no saben quién es ó qué es. Nos comentó que cerca de la misión hay “un volcancito” de donde brota agua caliente, y junto otro de agua fría. Platicó la leyenda que dice que los misioneros dominicos ocultaron un tesoro en una roca sobresaliente de la sierra llamada “La Piedra del Diablo”, la cual está cerca de la misión de San Pedro Mártir. Comentamos sobre el frío de la región y nos dijo que durante la noche anterior el agua se congeló, o sea que la temperatura estuvo alrededor de los 0° C. Nos dijo que cuando caen las fuertes nevadas en lo alto de la sierra, y la nieve tapa las veredas, las mulas y los caballos nunca pierden el camino y se orientan muy bien. Comentó que con frecuencia se pierden gringos en la sierra y que hace poco murió uno que le picó una víbora de cascabel. Nos habló de los distintos

tipos de serpientes venenosas que hay en la sierra. De la primera que nos habló es de la “víbora sorda”, se le llama así porque es muy parecida a la cascabel pero sin cascabel y sí muy venenosa, también una víbora negra de cascabel que se sube a los árboles y es muy brava. Estas serpientes salen principalmente en el verano.

Ya para continuar don Daniel nos obsequió un kilo de cecina, que nos sirvió mucho posteriormente. Seguimos por todo el valle. Como a la mitad de éste, llegamos al paraje de Alamos Quemados, que tiene un pequeño aguaje con sauces. Aquí hay un corral que utilizan para vaquerear. A un lado del corral existe un afloramiento rocoso el cual fue utilizado antiguamente por los indígenas para moler, tiene varias partes que fueron usadas como metate o mortero. Ahí mismo localizamos varios raspadores y hachas de mano.

Saliendo del valle caminamos por una brecha, que hizo recientemente don René Arce. A poco de andar llegamos al arroyo del Alamoso que tiene mucha agua y gran cantidad de álamos, sauces, alisos y fresnos. Paramos en el paraje del Alamoso, donde finaliza la brecha, y es aquí donde René Arce tiene su “campo” para vaquerear. El “campo” es un sitio variable que utilizan los vaqueros como campamento base cuando salen del rancho, tienen aquí una enramada con comida y trastes, y por el momento no está en uso, también tienen un fogón. Aquí decidimos finalizar la jornada, ya que el sitio es acogedor, hermoso y con mucha agua en el arroyo. En este día caminamos 24 kilómetros en seis horas.

Como a la hora que nos instalamos, llegaron dos vaqueros en sus mulas, traían una mula extra con carga y comida. Venían con sus chaparreas, alforjas, y rifle, espuelas y todo lo necesario para vaquerear. Eran don Lorenzo Martínez y don Cruz Martorei, de 58 y 57 años de edad. Venían de San Antonio del Caballo, o de los Murillo, donde tienen su ganado, venían a esperar un vaquero que les ayudaría en la vaquereada. En cuanto llegaron, efectuaron todo el ritual de desensillar a las bestias y soltarlas para comer, y después de esto encendieron el fogón y pusieron agua y café a calentar. Son dos señores muy amables con quienes tuvimos una larga charla. Su residencia la tienen en la colonia Vicente Guerrero y su rancho en San Antonio, donde se encuentra la familia de don Lorenzo. Don Cruz

trabaja para don Lorenzo, y son dos viejos amigos que se conocen desde la niñez. Nos comentaron que cuando recién nos vieron pensaron que éramos soldados, ya que en los últimos años vienen con frecuencia para cuidar que no se siembre marihuana. Después del café, don Cruz hizo un guiso para comer y nos invitaron, además traían tacos de frijoles con tortilla de harina, cecina, arroz y unos panecillos salados muy ricos, que su esposa había hecho en San Antonio. Nos hablaron del paraje de San Isidoro (que sería nuestro objetivo para mañana) nos dijeron que ahí hay restos de varias casas y que antes era habitado permanentemente, pero ahora sólo durante las vaquereadas, y eso ocasionalmente. Don Lorenzo nos habló de las últimas personas que nacieron en dicho paraje, doña Balbina y doña Adriana Murillo, dos hermanas, ya muy viejitas. Doña Balbina vive en el ejido Emiliano Zapata, y doña Adriana en la comunidad de “El Mezquite”, cerca de Ojos Negros.

También nos platicaron del arroyo del Chorro y su serie de cascadas, las cuales visitaríamos en unos días más. Nos hablaron de los gringos, quienes visitan mucho la región de San Antonio, San Isidoro y San Pedro Mártir. Muchos vienen a pescar truchas que hay sobre todo en el arroyo del Chorro. Y hablando de truchas, don Lorenzo nos platicó también de Mister Hutt, a quien conoció. Mister Hutt fue un gringo que dedicó sus últimos años allá por los 50, a sembrar de truchas muchos de los arroyos de San Pedro Mártir, ya que éstas sólo existían en un arroyo. Cuando Mister Hutt murió, fue cremado y sus cenizas esparcidas sobre esta sierra. Don Lorenzo y don Cruz también conocieron a don Tomas Robertson y me platicaron cuando vino para poner un letrero en la misión de San Pedro Mártir. Después de la comida, don Cruz encendió una fogata y todos nos sentamos alrededor para platicar y alejarnos del frío que ya se dejaba sentir, ya que la noche estaba próxima. Los vaqueros le llaman “Mentiroso” a este tipo de fogatas, ya que aquí se cuentan muchos chismes.

En El Alamoso, durante las vaquereadas se juntan entre 15 y 20 vaqueros y se la pasan hasta 20 días continuos entre abril y mayo. También nos hablaron del “tendido”; cuando preparan sus cosas para dormir que aquí es tender algunas cobijas y una lona. Finalmente, mientras don Cruz “atizaba” la fogata, nos tomamos un último cafecito ya para dormir, cerrando

la plática con temas de fantasmas y aparecidos. Platicar con la gente de los lugares es muy agradable, escucharlos hablar, sus experiencias, sus actitudes ante la vida, todo.

Abr-26-1989 EL ALAMOSO-SAN ISIDORO

Salimos algo tarde y en compañía de don Lorenzo y don Cruz. El vaquero que esperaban nunca llegó. Seguimos una vieja vereda que antes era usada para llevar ganado a Mexicali. Caminamos entre lomeríos y arroyos con agua. Vimos más pinos hasta que llegamos al valle de los Aguajitos, que tiene arroyo con gran arboleda. Aquí llegan a reunirse muchos vaqueros para la vaquereada. En el arroyo hay un gran sauzal, álamos y alisos. Don Lorenzo nos dijo *antes vaquereaban aquí los viejos, ahora son los hijos*. Tiene este campo un enorme fogón y rústicas camas hechas de palos y ramas. Es famosa doña Ramona, de Santo Domingo, que viene aquí con los vaqueros a ver su ganado. Descansamos y tomamos un cafecito. Don Lorenzo y don Cruz se quedaron aquí para juntar unas reses que andan dispersas, nosotros continuamos rumbo a San Isidoro.

Pronto tuvimos la visión del valle de San Isidoro. Vimos imponente cómo se alzaba la sierra de San Pedro Mártir. En este valle se juntan dos importantes arroyos que bajan de la sierra, el arroyo del Horno y el de San Isidoro. Llevan bastante agua corriente y tienen gran cantidad de árboles; sauces, álamos y alisos principalmente. Hay ruinas de unas seis casas de adobes, aún se conservan como fantasmas algunos muros, un antiguo panteón que tiene tres ó cuatro tumbas. En el sitio hay un tejabán que es utilizado por los vaqueros cuando andan campeando, también está un corral. Acampamos aquí para esperar a Alfonso y subir todos al valle de la misión de San Pedro Mártir. El arroyo del Horno es una hermosura de corriente, de hecho es el arroyo más frondoso que hemos visto hasta ahora, con bastante agua corriente y muy verde. Este paraje fue bautizado en 1769 por el padre Crespi, quien lo describe con las siguientes palabras:

...Bajamos a un muy hermoso llano, al pie de una alta sierra, de mucha tierra muy buena, todo él muy empastado de muy buenos zacates, y corriendo por el llano un hermoso arroyo de un buen trozo de agua, hace una gran vista por su mucho verdor de muy diferentes yerbajes, y es el paraje el más excelente de todo lo andado hasta aquí... Tiene el paraje una muy vistosa alameda de muchos álamos y sauces... muy excelente paraje para fundar una buena misión, al que puse por nombre de San Isidoro, por haber llegado en su día...

Pasé la noche arrullado por el rumor del agua del arroyo. Hoy fueron catorce los kilómetros caminados, el tiempo de recorrido fue de nueve horas.

Abr-27-1989

Hoy permanecemos todo el día aquí, esperando la llegada de Alfonso. Me lavé pies y cara en las cristalinas aguas del arroyo y recorrí los alrededores de este bellissimo paraje. Estuve meditando en el privilegio que se nos concedió al poder realizar esta caminata. Di gracias a Dios. Por la tarde cortamos unos nopales aquí abundan mucho, y los comimos asados que son muy sabrosos.

Abr-28-1989

SAN ISIDORO-MISIÓN DE SAN PEDRO MÁRTIR

Como Alfonso no llegaba decidimos subir a la misión de San Pedro Mártir. Seguimos aguas arriba por el arroyo del Horno que bajaba de una cañada. Como a la hora y media de caminar llegamos al paraje del Horno, en donde hay restos de viejas construcciones de piedra, Don Lorenzo nos dijo que son antiguos hornos mineros, los cuales le dan el nombre al arroyo. Salimos del arroyo y comenzamos a subir a zeburrusal por un altísimo lomerío. No logramos dar con la vereda que va a la misión, lo cual nos hubiera ahorrado algo de esfuerzo. Nos fuimos por toda la arista de los cerros. Por

un lado teníamos la vista del arroyo de los Hornos, y por otra la del arroyo San Isidoro, ambos culebreando entre profundas cañadas. Ya muy arriba entramos a la zona granítica de la sierra, la cual destaca por su color blanco. En ella el arroyo del Horno descendía muy abruptamente, desde arriba podíamos apreciarle pequeñas cascadas y una serie continua de rápidos brincando entre enormes bloques rocosos. Abundaban los encinos. Cuando estábamos ya muy cerca de la meseta alta de la sierra, tuvimos vistas espectaculares de todo el lomerío de la sierra de San Miguel bajo nuestros pies, el espectáculo era impresionante ya que la sucesión de cerros se perdía en el horizonte. Muy abajo y a lo lejos distinguimos el paraje de San Isidoro. Al llegar al borde de la meseta, la visión fue suprema, por un lado la inmensa serranía, distinguimos lejanos el cerro de San Miguel, El Morro, y muchos picos y cañadas más. Por el otro lado vimos el valle de la Misión de San Pedro Mártir, así como otros valles cubiertos de verdor y pinos, y la famosa piedra del Diablo que desde muy lejos destacaba. El valle de la Misión se veía casi idílico, cubierto por pinos, y salpicado por el blanco del granito. Habíamos cubierto un desnivel de 700 metros. Aunque estábamos sobre una meseta no dejábamos de subir y bajar entre lomeríos, a través de uno de los peores zeburruzales que nos hemos encontrado en toda la península. Este zeburrual está compuesto por varios tipos de arbustos, sobre todo manzanita de entre metro y medio y dos metros de altura. La densidad de estos arbustos es alta, y virtualmente no nos dejaban pasar, por lo que nos dimos varias arañadas y raspadas. Varias horas estuvimos caminando entre él, antes de llegar al valle de la Misión, totalmente agotados. En el valle corre suave y mansito el inicio del arroyo del Horno, con buena cantidad de agua. También vimos varias especies de pinos, el mas abundante era el piñonero que ya habíamos visto desde abajo, pero además vimos otro pino mucho mas alto y frondoso, que creo es el pino ponderosa (*Pinus jeffreyi*).

Cruzamos el valle y llegamos a los restos de la misión de San Pedro Mártir. De la misión sólo quedan cimientos, se aprecia que fue una construcción grande, o que fueron varias construcciones en un espacio más o menos extenso. El sitio está casi a 1,600 msnm y rodeado de frondosos pinos. Observamos que justamente la superficie que ocupó la misión está quemada, producto de un incendio. Desde la misión, en lo alto de una gran loma se ve la piedra del diablo, una prominencia granítica que parece vigilar

el valle. El nombre indígena de este paraje (kiliwa) era el de “Ajantequedo”. Esta región de San Pedro Mártir fue explorada originalmente en 1775 por José Velázquez. En 1793, el gobernador José Joaquín de Arrillaga visitó la región y seleccionó el paraje de “Casilepe”, hoy La Grulla, para fundar una misión. Dicha fundación se llevó a cabo en abril de 1794 por los padres fray Cayetano Pallas y fray Rafael Caballero, sin embargo debido a lo frío de su clima para agosto fue cambiada al sitio de Ajantequedo, un poco al sur y a menor altitud. Esta misión funcionó hasta el año de 1824. El sitio de la misión es hermoso. Su clima llega a ser muy frío en el invierno, cuando caen fuertes nevadas. Acampamos a un lado de la misión, rodeados de pinos. Hoy Carlos estuvo enfermo, le dio fiebre y lo sentí muy débil, aunque no fue nada serio. La jornada fue de trece kilómetros caminados en ocho horas y media.

Abr-29-1989 MISIÓN SAN PEDRO MÁRTIR-SAN ISIDORO

Carlos amaneció restablecido, así que decidimos efectuar el descenso a San Isidoro siguiendo el cauce del arroyo del Horno. Al inicio de la bajada el arroyo pasa entre dos cerros, encañonándose un poco, formando ahí los primeros rápidos y cascadas. Desde ahí empezamos a brincar entre grandes piedras y desescalar pequeños tramos. Tulares, alisos, sauces, álamos, encinos, helechos, uña de gato, hiedra, fue la vegetación más común que encontramos. Una vez que pasamos por entre los cerros, otro arroyo se une al del Horno y entramos a una barranca granítica de paredes casi verticales y muy altas. El cauce está cubierto por enormes bloques entre los cuales el agua forma pozas, rápidos y cascadas. Esta barranca llega al borde de la meseta y ahí el arroyo empieza un descenso vertiginoso, la vista se abre y queda frente a una sucesión de montañas de la sierra baja. Las cascadas se hacen más frecuentes, al igual que las desescaladas. El salto más grande tiene como 15 metros de caída y llega a una bellísima poza. Ahí desayunamos al pie de la cascada, disfrutando del estruendo del agua al caer. Encontramos grandes grupos de encinos muy frondosos, también vimos algunas palmeras y yucas. Me llamó especial atención la parra silvestre que aquí abunda.

Esta parra da una uva agria, lo cual no la hace apta para comerse, ni para hacer vino. Fue fray Junípero Serra, en 1769, el primero en descubrir las parras por estos lugares. Ya casi al final de los descensos bruscos del arroyo, llegamos a dos pozas, una arriba de la otra. La de abajo es grande y muy hermosa, profunda, con un gran aliso atravesado. Después de esta poza el arroyo descendía suavemente. Finalmente llegamos a San Isidoro en la tarde, después de más de nueve horas de agotadora caminata, un tiempo mayor al que hicimos en el ascenso. En San Isidoro, ya estaba Alfonso. Nos acostamos temprano, mientras veíamos pasar numerosos murciélagos. El recorrido de este día fue de 13 kilómetros, caminados en nueve horas y media.

Abr-30-1989 SAN ISIDORO-SAN ANTONIO

Hoy amanecí muy mal, con todo el cuerpo cortado. Aunque la caminata a San Antonio no fue pesada y pasamos por agradables parajes, a mí se me hizo eterna. Seguimos el arroyo de San Isidoro aguas abajo. A poco llegamos a los restos de una antigua casa de adobe y de una cerca de piedra, que por su cercanía también se les llama San Isidoro. Cruzamos una loma y tomamos el arroyo del Alcatraz, luego subimos el cerro de la Cruz y vimos a lo lejos el arroyo de San Antonio, muy frondoso, y a un lado el rancho del mismo nombre, al pie de la sierra. Todo el arroyo de San Antonio se veía verde, cubierto por gran arboleda, los típicos de la región: álamos, alisos, encinos y sauces. Efectuamos un largo descenso hasta llegar al rancho de San Antonio. Hay aquí dos casitas de adobe donde habita don Lorenzo con su familia, además hay un corral y ruinas de dos antiguas casas de adobe. Encontramos en el rancho a la esposa de don Lorenzo, doña María Cruz Murillo y la hermana de ella, doña Antonia Murillo. Don Lorenzo y don Cruz habían salido para el rancho de Valladares. Doña María y doña Antonia nos invitaron a tomar un rico cafecito, mientras platicábamos. Ambas nacieron aquí en San Antonio y cuando menos saben que desde sus abuelos ya vivían aquí. Nos mostraron un viejo metate que usaban sus abuelos, y los restos de las casas antiguas, eran las casas de ellos, donde ellas nacieron. Nos platicaron de los gringos que con frecuencia visitan la re-

gión para cazar o pescar truchas, generalmente vienen con guías, a caballo, desde el rancho de San José Melling. Comentaron que en el arroyo de San Antonio hay mucha rosa silvestre, también la hay en San Telmo y varios sitios cercanos a la costa, la rosa de castilla de monte, es más chica que “la mansita”, la que se cultiva. Fue fray Junípero Serra el primero que registró la existencia de la rosa silvestre en Baja California, precisamente en esta región, allá en el año de 1769.

Carlos y yo pedimos permiso de preparar nuestro desayuno en su antigua estufa, a lo cual accedieron con gusto y así pudimos platicar más tiempo. Alfonso ni se acercó, preparó su desayuno a un lado del arroyo, ni siquiera vino a tomar café. Esta actitud de Alfonso, no la tenía antes, a lo largo de la caminata se ha acentuado, y él nos explica que no quiere causarles molestias a la gente. Para la gente no es ninguna molestia, al contrario, les gusta que lleguemos con ellos que platiquemos, casi siempre son ellos quienes nos ofrecen que pasemos a sus casas. Es más, para muchos de los rancheros les hace sentir mal que preparemos nuestra comida fuera de sus casas. La arboleda del rancho es bellísima. El arroyo es bastante amplio y con mucha agua. Carlos y Alfonso se bañaron, yo me abstuve debido a lo mal que me sentía, de hecho buena parte de la tarde la pasé acostado, durmiendo.

Al igual que en San Isidoro, en San Antonio se reúnen dos arroyos. El San Antonio es el más amplio y frondoso de toda la sierra, y el de la Zanja; también con buen cantidad de agua y arboledas. Junto a San Antonio hay enormes encinales, combinados con gran cantidad de alisos, también hay pino blanco y huatamote. Las parras silvestres abundan.

Por la noche encendimos una fogata y se acercaron a nosotros varias personas que no habíamos visto. Primero llegó el señor Antonio Murillo, de 64 años, hermano de doña Antonia y doña María, nació aquí también, parece que anteriormente sufrió una embolia y no coordina bien sus movimientos. Después llegó el joven vaquero Ernesto Quiñones Villa, de 17 años quien es de San Vicente y trabaja aquí para don Lorenzo. Cuando le platicamos nuestro plan de ir a la cascada del Chorro se ofreció acompañarnos. Finalmente llegó el señor Enrique Martorell, de 30 años de edad, del rancho el Potrero, quien viene con otros dos rancheros, guiando a un grupo de siete gringos, vienen a caballo, desde San José Melling. La jornada fue de doce kilómetros caminados en tres horas con 43 minutos.

May-1-1989 SAN ANTONIO-EL CHORRO

Hoy ya amanecí totalmente restablecido de la gripa. Sin embargo empecé a sentir los primeros efectos de la hiedra, una reacción alérgica en la piel, acompañada de fuerte comezón. El escritor Fernando Jordán estuvo en esta región a fines de los años cuarenta, y escribió algunas cosas que siempre me inquietaron:

De todos los arroyos que bajan de la cumbre, hay uno que merece un recorrido aguas arriba. Es el arroyo de las Garzas [de San Antonio], cuyo nombre sería inútil buscar en el mejor de los mapas. Se puede encontrar la línea verde de su curso en el rancho de San Antonio de los Murillo, un rancho que, por supuesto, tampoco aparece en los mapas... Diez kilómetros arriba, el arroyo parece brotar de la base de una inmensa roca que cierra el paso. A derecha e izquierda, dos desfiladeros que se elevan tan verticales como muros impiden el rodeo. Practicando el alpinismo se puede subir a la cumbre de la roca... De ella, verticalmente, sobre un corte que no tiene inclinación, el arroyo de Las Garzas da un espantoso salto hacia la laguna, forma una cascada imponente por su altura. Tiene 900 metros exactamente, lo cual quiere decir que es la cascada más alta de México. Su salto no es continuo, porque del corte pétreo sobresalen tres escalones que la convierten en un cuádruple salto... La cascada que viene a ser la más espectacular singularidad de la sierra de San Pedro Mártir, e indudablemente de la península desértica...

Ante esta mención, decidí incluir como parte de nuestro proyecto peninsular una visita a esta cascada, y sobre todo investigar sobre la veracidad de esta información, ya que la cascada sigue siendo prácticamente desconocida. Antes de iniciar esta caminata encontré otros escritos, más viejos que el de Jordán donde también la mencionan, aunque sin especificar su altura, así es que era un buen momento para visitarla. Don Lorenzo y otros rancheros nos decían que tal cascada no era tan grande como la describía Jordán, y su nombre es “El Chorro”. Así es que muy temprano, Ernesto, Alfonso, Carlos y yo salimos rumbo a El Chorro, remontando el cauce del arroyo San Antonio. Ernesto traía consigo un rifle “por si veo un venado” nos dijo, y un par de anzuelos ya que nos aseguró que cenaríamos truchas, las cuales

abundan a lo largo de todo el arroyo. De vez en cuando nos salimos del arroyo, subiendo a través de lomeríos que nos evitaban dar unas vueltas largas que daban algunos meandros. El agua corría entre el roquerío y a veces entre blancos arenales. En una de las laderas del arroyo volvimos a toparnos con cardones, los cuales habíamos dejado de ver desde el rancho El Pozo, el 22 de abril pasado. Desde lo alto de una de las lomas que subimos, vimos cómo el arroyo iba serpenteando entre enormes cerros, y atrás se alzaba majestuoso el frente granítico de la sierra de San Pedro Mártir. Se trataba ni más ni menos que de un muro vertical rocoso, que tendría muchos cientos de metros de altura, ahí caía el Chorro, nos indicó Ernesto. Al acercarnos al Chorro, empezamos a ver con mayor frecuencia pozas cada vez más profundas y bloques graníticos más grandes, formándose algunos rápidos y cascadas. Fue en estas pozas donde vimos las primeras truchas, nadaban rápidas de un lado a otro de la poza, y su tamaño era de unos 20 a 25 centímetros. A los lados del cauce empezó a aparecer una arboleda más densa.

Ya veíamos el muro granítico frente a nosotros, sin ningún obstáculo en medio. Subimos a la ladera de una loma para apreciarla mejor. Fue cuando vimos las primeras cascadas, quizá de 15 a 20 metros, aunque no pudimos apreciar la mayor parte del descenso del agua, el cual es verdaderamente vertiginoso, mas no un salto de 900 metros como lo describe Jordán. Me parece que se trata de una serie de saltos, ignoro cual sea el mayor y su magnitud, pero ya tengo planes para en un futuro inmediato subir al inicio del salto y descenderlo todo usando las técnicas de la espeleología vertical. Esto nadie lo ha hecho y así nos permitirá apreciar la magnitud real de esta serie de saltos. La pared del chorro me parece que tiene cuando menos 600 metros, las cartas de Detenla (Dirección General del Territorio Nacional) sugieren que podría tener hasta 700 metros de desnivel vertical. Aunque parece no ser lo mencionado por Jordán, no por eso deja de ser imponente este sitio y muy espectacular.

Estando ya muy cerca de la base de la pared vimos los primeros rosales silvestres (*Rosa minutifolia*). Al principio vi un pequeño arbusto espinoso que por un momento creí que era uña de gato, pero al verlo con cuidado observé que tenía pocas espinas y tan filosas como la de la uña de gato. Sus hojas eran de un color verde hermoso y denso, y su distribución mostraba una agradable armonía, de pronto descubrí un primer botón ya casi abierto, a punto

de florecer, después otro, y más adelante otro rosal con tres botones más. Se trataba de la rosa de castilla silvestre. Mi emoción se agigantó enormemente ante este hallazgo. Estábamos en los mismos pasos de fray Junípero Serra. El 220 años atrás, casi en este mismo paraje descubrió las primeras rosas de la península, y describió su hallazgo con hermosas y sensibles palabras:

Parece que se acabaron las espinas y las piedras de California, pues estos tan altos montes son casi pura tierra. Flores muchas y hermosas como ya tengo antes notado, y para que nada faltase en esta línea, hoy al llegar al paraje hemos encontrado con la reina de ellas, que es la rosa de castilla. Cuando esto escribo tengo ante mí una vara de rosal con tres rosas abiertas, otras en el capullo y más de seis deshojadas. Bendito sea el que las crió.

Continuamos directamente entre las piedras, hasta la base de la pared. Alfonso y Ernesto siguieron por el arroyo y se detuvieron en varias pozas para pescar truchas. Llegamos a un rápido arriba del cual hay una amplia poza a donde cae una cascada como de tres metros. Atrás de la cascada encontramos una cuevita cubierta y protegida por unos enormes helechos. Parte del agua de la cascada se filtraba al interior de la cueva. Arriba de esta cascada seguía una serie de pozas y luego otra cascada de unos ocho metros, y de aquí ya se alzaba verticalmente el muro granítico. Para continuar había que efectuar una difícil escalada. Arriba de la cascada de ocho metros seguían varias más, hasta que el agua se perdía entre el muro rocoso. El sitio es bellissimo y paradisíaco, con tulares y pozas. Nos quedamos un buen rato disfrutando del sitio. Las pozas que hay en la última parte horizontal del arroyo se formaron entre los huecos que dejaron enormes bloques de granito que se colapsaron hace un tiempo inmemorial.

Nos alcanzaron Ernesto y Alfonso que ya traían una buena cantidad de truchas, habían pescado 25 y de buen tamaño. Nos bañamos, volvimos a la cueva a descansar y disfrutamos con intensidad este lugar. Cenamos unas ricas truchas a la fogata. Desde luego le dimos las gracias a mr. Hutt, ya que gracias a él la trucha de esta región está más ampliamente distribuida. Terminamos la jornada muy cansados, ya que el día había estado cargado de emociones. Las ranas y los sapos comenzaron a croar. El estruendo del agua fue para mis oídos como música y fue relajando mis músculos. Las estrellas

se fueron asomando de entre los árboles y me quedé extasiado viéndolas hasta que me dormí.

Antes de dormir, Carlos me comentó algo que yo también empiezo a sentir. La sensación del ya próximo final de la caminata, lo cual nos entristece. Hemos caminado durante cuatro meses a través de sitios maravillosos y conociendo gente muy bella, durmiendo en el campo, disfrutando del desierto y descubriendo mil cosas más que yo nunca imaginé siquiera. Pero todo esto pronto se acabará y nos espera la rutina de las ciudades, aunque me reanima el saber que vislumbramos futuros proyectos, tan fantásticos como esta caminata. Esta jornada fue de diez kilómetros, los que caminamos en seis horas con diez minutos.

May-2-1989 EL CHORRO-SAN ANTONIO-CUESTA

La vuelta fue lenta, siguiendo todo el arroyo. Descubrí más rosales en flor. Había muchas tortugas asoleándose en las rocas junto al arroyo, que en cuanto nos veían o escuchaban, raudas y veloces se lanzaban al agua. Abundaban las palomas y codornices. A las cuatro de la tarde llegamos a San Antonio, ya estaban ahí don Lorenzo y don Cruz, además de otros vaqueros. Don Lorenzo nos comentó que es indígena kiliwa. Nació en la colonia Vicente Guerrero. Su padre era de Todos Santos y su madre de San Rafael. Entre los vaqueros había uno que es pa-ipai, de Santa Catarina, se trata de Jacinto Nevárez. En la región hay muchos vaqueros indígenas y mestizos que hablan las lenguas indígenas, sin embargo fuera de sus comunidades les da pena hacerlo, y generalmente ni siquiera admiten que lo hablan. Aquí ya entramos a la región donde quedan las últimas comunidades de indígenas de la península, que en conjunto no suman ni mil personas, y su desaparición parece cercana, sobre todo en el caso de los kiliwa. Las comunidades de Santa Catarina, La Huerta, San Isidro, Valle de la Trinidad, y otras, albergan a los últimos descendientes de los verdaderos californios, los indígenas que desde hace miles de años poblaron la península y que aquí en la porción norte de la Baja California representan a los últimos grupos. Don Lorenzo

nos invitó a comer, su esposa preparó un sabrosísimo arroz acompañado con nopales cocidos, frijoles y buenas tortillas. Ya era tarde cuando decidimos continuar caminando. Llegamos a la unión del arroyo San Antonio con el de La Zanja, cruzamos el arroyo e iniciamos el ascenso de una larga y empinada cuesta. Ya muy arriba vimos abajo, delatado por su frondosa arboleda, los arroyos de San Antonio y la Zanja. Los últimos rayos del sol nos dibujaron con su característica suavidad una sucesión casi infinita de montañas, todos con un tono dorado, tierno y agradable. Era de noche, llegamos al sitio donde estaba la Mula. Ahí finalizamos la jornada. El recorrido total de hoy fue de 13 kilómetros que hicimos en seis horas y media.

May-3-1989 CUESTA-LOS ALISOS

Caminamos varias horas hasta que llegamos al arroyo de Valladares. Este arroyo es hermoso, con agua corriente y buenas arboledas de sauces, alisos, álamos y encinos. También tiene truchas. Desayunamos en la región de Los Valladares, entre el rancho de este nombre y su mineral. Tanto Crespí como Serra, registran el sitio en sus diarios. Crespí estuvo aquí los días 10 y 11 de abril de 1769, y anotó:

...y después de haber subido tanto, nos hallamos otra vez bajando al pie de la sierra, en donde veíamos un muy verde y frondoso arroyo de un buen trozo de agua corriente; en el que había gran pasto y mejor agua para la caballada... Paramos el real en una mesa de un lado de dicho arroyo, a quien puse el nombre de San León, que es mañana, para que con el tiempo sea una muy grande misión... arroyo abajo, como para la contra-costa, ofrece el paraje mucha dilatación, y amplitud de tierra toda empastada, y con mucha agua... lugar para una buena misión y su rancho, con mucha abundancia de maderas, principalmente álamos, encinos y otros, y muchísimos rosales de castilla... en este paraje, antes de salir enterré a un Manuel Valladares, indio casado que era con Juana, del pueblo de San Borja, de la misión de San Ignacio, recibidos los santos sacramentos de la penitencia y extrema unción, el que se enfermó en el paraje antecedente de San Isidoro. Dejando una cruz fijada en su sepultura, cuya muerte sentí con todo

mi corazón, por los buenos oficios que me había hecho, en todo el camino, sirviéndome de intérprete.

Serra bautizó al sitio como Arroyo de las Rosas y San Andrés del Agua. Ninguno de los nombres dados por los misioneros es recordado. Perduró el nombre de Valladares, el indígena muerto, intérprete de Crespí. Mientras desayunábamos vimos volar a gran número de golondrinas que visitan esta región durante la primavera. Caminamos hasta el anochecer. Finalizamos en un paraje llamado Los Alisos. Recorrimos 25 kilómetros en once horas.

May-4-1989 LOS ALISOS-SAN TELMO

El recorrido de hoy fue un prolongado descenso hasta el valle de San Telmo, pasando varias comunidades y ranchos. Finalizamos en San Telmo, un pequeño pueblo de origen misional que está en el extremo oeste del valle. Aquí terminó la jornada y la sexta etapa. En 1798 los dominicos fundaron en este valle una visitación que dependía de la misión de Santo Domingo. Descansamos y nos fuimos a Ensenada. Ahí estaremos varios días antes de iniciar la última etapa de la caminata. Hoy caminamos 36 kilómetros en ocho horas.

May-5 al 13-1989

Varias noticias malas me aguardaban en Ensenada. El día primero de mayo murió mi padre. Su muerte la he sentido mucho y no pude contener las lágrimas. Ya desde hace tiempo se veía mal, pero no grave y se le mantenía en constante vigilancia médica. A lo largo de esta caminata lo recordé con cariño, debido a que fue con él que conocí la mayoría de las misiones y muchos sitios de la península. Mi madre me comentó que sus últimos días los pasó muy bien rodeado de la familia y de algunos amigos, sin imaginarse su próxima muerte, sólo yo no estuve con él. Me comentó mi madre que con frecuencia preguntaba

por mí. Recordé con tristeza que debido a las prisas de los últimos días, previos a la caminata, no me despedí de él. Nunca me imaginé que no lo volvería a ver. Antes del sepelio me estuvieron buscando infructuosamente ya que estaba en el corazón de San Pedro Mártir. Fui a visitar su tumba. Mi padre, mí querido padre de quien aprendí a amar esta tierra.

Constaté las intrigas de Eduardo Mancillas contra Carlos y especialmente contra mí. Por suerte poca gente les ha hecho caso. También me he encontrado con la renuencia de David Zárate a regresarme el Taller y los cursos de historia de Extensión Universitaria de la UABC. Cuando me fui para hacer la caminata le pedí que atendiera el área de historia en lo que yo estaba afuera. Me encuentro con que a mis espaldas ha hecho algunos cambios con el fin de quedarse con este espacio que yo inicié. Ciertamente son jugadas traicioneras.

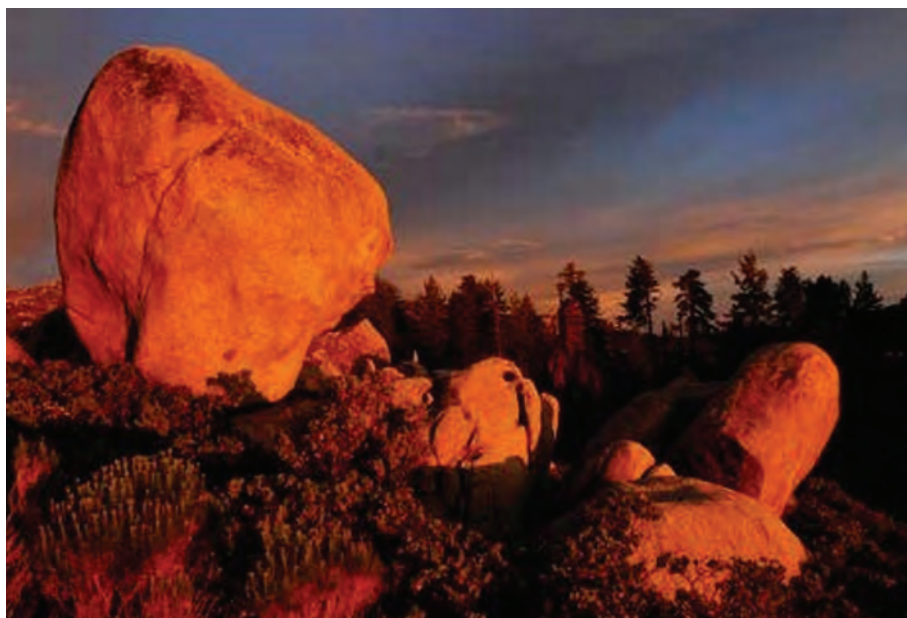
En realidad la única alegría que he recibido, e inmensa, durante esta llegada a Ensenada, después de cuatro meses, ha sido mi hija Anne, de casi cuatro años, quien me ha recibido con especial cariño, y con una “papitis” tremenda que frustró las aspiraciones de niño de Carlos. Noté lo mucho que me extrañó, lo mismo que yo a ella. Todo el tiempo que pude me la pasé con ella, más bien ella no me dejaba ir a ningún lado que no fuera con ella. Fuimos al parque y nos la pasamos jugando horas enteras. Disfruté mucho de su presencia. Natalia Badán me invitó a comer. Platicamos sobre los planes futuros con los talleres de Historia, Exploración, y uno nuevo que pienso abrir de Rescate Arqueológico. Natalia ha sido una gran amiga. Es mi jefa en Extensión Universitaria de la UABC, y desde que le expuse este proyecto me apoyó con gran entusiasmo. Ciertamente hay pocas personas con su inteligencia y mentalidad abierta. El día 13 por la tarde salimos a San Telmo.



Acampando en el valle de la Misión de San Pedro Mártir.



Frente occidental de la Sierra de San Pedro Mártir.



La cálida luz del atardecer embellece las moles de granito blanco de San Pedro Mártir.



Vestigios de la Misión de San Pedro Mártir, establecida en 1794, en el antiguo sitio kiliwa de Ajantequedo.



Restos del rancho abandonado de San Isidoro.



Arroyo San Isidoro. Este paraje fue registrado por fray Juan Crespi en su diario, en 1769.



Frente occidental de la Sierra de San Pedro Mártir.



Las últimas cascadas del Cañón del Chorro, en la Sierra de San Pedro Mártir.



Rancho La Rinconada al pie de la Sierra de San Pedro Mártir. El misionero jesuita Wenceslao Linck bautizó este paraje con el nombre de “La Cieneguilla”, en 1766.



El rancho de San Antonio, en donde fuimos atendidos por don Lorenzo Martínez y su esposa Antonia Murillo.



El rancho Valladares que guarda la memoria del indio Manuel Valladares, quien aquí muriera en 1769.



Don Lorenzo Martínez y su esposa, propietarios del rancho de San Antonio.



Don Eugenio Ayala y Daniel Sáenz en el rancho de San José, en medio del gran valle de San José.



Don Cruz Martorell en el paraje del Alamoso.

Séptima Etapa

SAN TELMO-SAN DIEGO

En la última etapa de la caminata seguimos recorriendo la ruta de Rivera y Moncada a San Diego, basándonos principalmente en los ya citados diarios de fray Junípero Serra y fray Juan Crespí. La ruta entre San Telmo y San Diego sigue cercana a la carretera, sólo en algunas partes se desvía un poco. La ruta marcó en buena parte lo que llegaría a ser el camino real y posteriormente la carretera. Durante esta entrada se llegó por vez primera a la bahía de Ensenada por tierra. A partir de Ensenada la ruta sigue junto a la costa.

May-14-1989
SAN TELMO-LA ILUSIÓN

De San Telmo nos dirigimos al norte. Ascendimos por un lomerío siguiendo una vereda y a los pocos kilómetros tuvimos la visión del valle de San Rafael. Pasamos por el rancho Tres Palmas y adelante llegamos a la comunidad de San Rafael de Arriba, que consta de unas 15 casitas. En la primera casa que tocamos nos recibió el señor Héctor Rendón Loya, de unos 35 años de edad, quien nos invitó a comer. El Valle de San Rafael pertenece al ejido Benito Juárez, casi todos los ranchos de este ejido son ganaderos, sin embargo se siembra un poco de cebada, frijol, maíz, tomate y otros. Don Héctor comentó el problema que existe en toda esta región, hasta San Quintín, de la sobreexplotación del acuífero, llevado a cabo en muchos

casos por compañías extranjeras que corrompen a ejidatarios y gobierno, rentándoseles tierras ejidales para producir para sus países únicamente. Han hecho muchos pozos, y harán más, de hasta 12 pulgadas, que abaten las acuíferos, y provocan su contaminación con agua salada. Mencionó la existencia del aguaje de la Vinata, un sitio donde hay unos viejos hornos, que la gente, dice usaban los misioneros para hacer mezcal. Habló del “Bramador”, unas cuevas que echan aire que están en el cerro del Bramador.

San Rafael fue explorado originalmente por el padre Crespí, quien bautizó el valle como San Rafael Arcángel, nombre que perduró. Fuimos en la Mula a visitar San Rafael de Abajo, donde viven unas diez familias. Está cuatro kilómetros al oeste, siguiendo el curso del arroyo. Es más antigua que el otro San Rafael. Tiene numerosas casas viejas de adobe, abandonadas desde hace tiempo. Continuamos caminando por la terracería que sale a la carretera. Llegamos a la comunidad “Alfredo B. Bonfil” y ahí tomamos la carretera siguiendo hasta un paraje llamado “La Ilusión”, donde acampamos y terminamos la jornada. Hoy caminamos durante once horas recorriendo una distancia de 33 kilómetros.

May-15-1989 LA ILUSIÓN-LAS BANDERAS

Seguimos por la carretera hasta llegar a San Vicente, en donde desayunamos. Esta comunidad fue fundada en 1780 como un pueblo de misión por los sacerdotes dominicos fray Miguel Hidalgo y fray Joaquín Valero. Cruzamos el arroyo para llegar a las ruinas de la misión. Sólo quedan en pie unos cuantos muros de adobe, apreciándose que la construcción fue grande. Hace algunos años se techaron sus vestigios, sin embargo jamás se le dio mantenimiento y hace poco la mayoría de los techos se cayeron, ignoro que tanto daño hicieron a las ruinas, pero ahora su aspecto es deplorable, definitivamente, después de don Tomas Robertson, no ha habido quién se ocupe de las misiones. Esta obra de techado, se llevó a cabo únicamente con fines de que unas cuantas personas se hicieran notar y después de la ceremonia se olvidaron totalmente de la misión, la cual en realidad nunca les importó. Junto a la misión se encuentra el viejo panteón de San Vicente, con algunas

tumbas muy viejas que quizá sean del siglo XVIII. Aquí en este panteón está enterrado Antonio Meléndrez, una de las más importantes figuras históricas del siglo XIX, quien en 1853, logró detener la invasión filibustera de William Walker. Seguimos, y en la desviación al ejido Eréndira tomamos un camino de terracería que va al rancho Las Cruces. Subimos una cuesta y a los pocos kilómetros nos detuvimos en un paraje llamado “La Bandera” donde finalizamos la jornada. Caminamos 35 kilómetros en casi once horas.

May-16-1989 LAS BANDERAS-LA GRULLA (EJIDO-URUAPAN)

Cruzamos el valle del rancho La Cruz y tomamos una brecha que llega al ejido Nativos de Mexicali. Seguimos caminando entre lomeríos hasta que alcanzamos un buen camino de terracería, el cual seguimos por trece kilómetros hasta llegar a Santo Tomás. Antes de llegar, desde lo alto de un cerro tuvimos una maravillosa vista de su inmenso valle. Se veía rodeado por una serranía que dejaba ver un horizonte de cerros y montañas. En medio del valle corre el arroyo de Santo Tomás. La visión que tuvimos fue casi la misma que tuvo el padre Crespí, en 1769:

...Torcimos al norte, y por este rumbo por cañadas y laderas de pura tierra muy transitable, llegamos a avistar un grande y hermoso valle, para bajar al paraje se ofrece una muy alta y empinada cuesta, bajámosla y se atascaban las bestias en la pura tierra estando seca... este paraje es un valle cuyo largor de norte a sur pasará de dos leguas, su anchor es correspondiente que no bajará de media agua su tierra toda buena y pastosa... tiene muchos centenares de álamos, y más centenares de encinos...

Crespí bautizó al sitio como “Valle de San Francisco Solano” y Serra como “San Antonio de Padua”, pero ninguno de estos nombres perduró. En 1791 el dominico fray José Loriente fundó aquí la misión de Santo Tomás de Aquino, nombre que ha conservado el sitio hasta la fecha. En Santo Tomás desayunamos y fuimos a visitar las ruinas de la misión, de la cual sólo quedan unos cuantos muros de adobe, rodeados por olivos y palmeras. En

Santo Tomás volvimos a tomar la carretera, cruzamos el valle, subimos una alta cuesta y llegamos al valle de la Grulla, no tan grande como el de Santo Tomás, pero también muy hermoso, con un gran encinal. Finalizamos la jornada a la entrada del valle. Debido a la cercanía con Ensenada nos fuimos allá a dormir. Caminamos 33 kilómetros en nueve horas.

May-17-1989
LA GRULLA-RANCHO LAS LOMAS

Temprano llegamos a La Grulla. La caminata fue de veinte kilómetros en seis horas con 17 minutos, nos quedamos a dormir en el rancho Las Lomas.

May-18-1989
RANCHO LAS LOMAS - PUENTE SAN CARLOS

La distancia caminada este día fue de 27 kilómetros en nueve horas y media. Nos quedamos en el rancho de Las Lomas. La jornada la terminamos a las cinco de la tarde, en el puente San Carlos, ahí tomamos un camión que nos llevó hasta Ensenada.

El tramo entre La Grulla y el puente San Carlos, ya lo había recorrido en agosto de 1988 con varias personas, como parte de los preparativos de la caminata, y para verificar la ruta marcada en los diarios de Crespi y Serra. Entonces lo recorrimos en tres días, ahora sólo fue día y medio. A continuación transcribo mis impresiones de esta primera caminata, con algunos comentarios de la segunda:

La primera entrada a Ensenada en 1769 y 220 años después.

Una mañana de agosto de 1988, Alfonso Cardona, Eduardo Mancillas, Sergio Ramos, y yo, tomamos nuestras mochilas y nos dirigimos al ejido Uruapan. Eran las 11 de la mañana cuando nos dejaron en la entrada del valle de la Grulla. Desde ahí intentaríamos reconstruir la ruta seguida por Rivera y Moncada entre La Grulla y Ensenada. Quizá este mismo punto era

desde donde Crespi pudo apreciar este valle por primera vez el día 23 de abril de 1769, el que bautizó con el nombre de San Jorge. Crespi escribió en su diario lo siguiente:

... Llegamos a otro espacioso valle de más de legua, y en partes tan verde que parecían milpas: Corre este valle de noroeste, sudeste, todo de tierra muy buena, mucha ciénega, y tierra de humedad muy empastada, y muchos otros yerbajes y quelites.

Crespi está describiendo la parte del valle de la Grulla en donde actualmente se encuentra el poblado del ejido Uruapan. Nos adentramos caminando al valle. Aún conserva su verdor y humedad. A los tres kilómetros nos topamos con un manantial de agua caliente. Esta brotaba que daba gusto, y a una temperatura muy buena. El sitio está semiacondicionado, con el agua entubada en una parte para poder lavar y darse un baño. Vimos a un grupo de mujeres del ejido que estaban lavando ropa mientras se comunicaban los chismes locales. Ante nuestra presencia su murmullo disminuyó y sólo escuchamos por ahí, tímidamente, -¡unos gringos!, por lo que rápidamente las saludamos indicándoles nuestro origen californio. El agua caliente brota por numerosos sitios; entre el tular y entre la arena del arroyo (durante nuestra segunda visita a este sitio vimos algunos cambios; el lavadero estaba rodeado por una alambrada de tipo ciclónico, y habían clausurado un surgidero, como a 50 metros del lavadero, donde mucha gente se bañaba, esto debido a que esa mucha gente, ensuciaba el sitio y llegó a causar problemas, según me comentó un ejidatario. Ahora para bañarse hay que hacerlo en unos cuartos que hay en el lavadero, ya no pudiéndose hacerlo a la intemperie). Quedamos encantados con este manantial. Crespi registra el manantial termal:

La tierra es llana, pero con declive y en lo más alto corre mucho tular y saucedas, y en medio de la amenidad una buena poza de agua caliente, que corre algún mucho dentro de la frondosidad que tiene, y parece resumirse allá mismo, que nunca pude ver, pero me dijeron que así era. Esta agua es cierto que al traerla es muy caliente, pero con media hora que le dé el aire, es agua muy delgada, muy delicada.

El Valle de la Grulla le gustó mucho a Crespi, recomendándolo para futuras fundaciones. Es importante mencionar que en la Grulla nació el famoso guerrillero Antonio Meléndrez, que derrotó y expulsó de Baja California al filibustero William Walker en 1854. Aún quedan los cimientos de la casa donde naciera. Cuando la comitiva de Crespi llegó al valle, de momento no supieron por dónde continuar ya que por el norte les cortaba el paso una serranía. Así, en la tarde de ese mismo, salió Rivera y Moncada con ocho soldados a explorar para ver por donde seguir:

Este mismo día de llegados a este paraje, por la tarde salió el señor comandante con ocho soldados a explorar y buscar aguaje, y de la coronilla de un cerro distante como tres leguas de este paraje, divisaron la mar en las peñas de sus faldas, y que hacía una ensenada muy grande con dos islas enmedio; lo que no dudamos fuese la Ensenada de Todos Santos, pero que la sierra que se atravesaba era muy alta y acantilada, y no daba paso, y que siguiendo el rumbo que traíamos del norte íbamos a dar a la dicha ensenada, sin poder bajar a ella, por lo que fue preciso hacer mansión mientras al otro día volvimos a explorar aguaje, y ver como se podía salir para proseguir camino.

Actualmente sabemos que desde La Grulla, el paso para salir a Ensenada es continuando por el arroyo de la Grulla, pasando el cañón de las Ánimas hasta desembocar en la parte sur del valle de Maneadero, que es el trayecto de la carretera, y también lo fue del camino real.

Aunque Rivera y Moncada seguramente observó que el arroyo de la Grulla continúa hacia el noroeste, pensó que no llegaría hasta Ensenada, por lo que no exploró hacia ese rumbo. Asimismo al apreciar lo escarpado que es la serranía que se extiende hacia Punta Banda haya sido otro factor que lo indujo a no explorar por ahí, por lo que prefirió primero buscar un cerro desde donde observar hacia el norte, y desde dicho cerro fue que se tuvo la primera visión de la Bahía de Ensenada desde tierra. Parte de nuestro interés en reconocer la ruta de la primera entrada a Ensenada, también lo era de localizar el cerro desde donde vieron Ensenada por primera vez. En base al análisis de la cartografía pensamos como muy factible que dicho cerro fuera el llamado “Cerro del Mangle”, al noroeste del manantial de La Grulla. Esta suposición fue confirmada al preguntarles a algunos rancheros

del lugar acerca desde cual cerro se alcanzaba a ver Ensenada, y nos dijeron que del único que se podía era del mencionado cerro.

Así es que salimos del manantial de Agua Caliente rumbo al cerro del Mangle. Eran las tres de la tarde cuando llegamos a la cañada de las Paredes, en las faldas del cerro. Aquí decidimos descansar y acampar. Ahí platicamos con los rancheros Rodolfo Tamayo y Roberto Aviña, de La Grulla, quienes llegaron al paraje después de estar cuidando su ganado; nos dieron informes muy interesantes del lugar, veredas, viejos caminos, aguajes, ranchos, etc. En muchas ocasiones Rivera y Moncada guiaba su ruta de avance en base a los informes que le daban los indígenas nativos de los lugares por donde pasaban. Fueron numerosas las veces en que avanzaban sobre antiguas veredas que ya tenían bien formados los indígenas, las cuales solían unir sitios con agua. Precisamente Rivera y Moncada no encontró indígenas en el valle de La Grulla, si lo hubiera hecho, con toda seguridad habría encontrado el fácil paso a Ensenada a través del cañón de Las Ánimas, y sabido además de la existencia de abundante agua en el puerto.

Después de ocultar nuestras cosas bajo un viejo encino, iniciamos el ascenso al Mangle. Llegamos cerca de la cumbre y al voltear a la ladera norte del cerro, tuvimos una visión maravillosa: Las sierras y escarpes que se continuaban hacia el horizonte, y hasta atrás se habría un gran espacio donde estaba la Ensenada de Todos Santos. ¡Estábamos viendo el mismo panorama que 220 años atrás mirara el comandante Rivera y Moncada! El sudor y el agotamiento que sentía por la dura subida, desaparecieron ante la emoción que sentía. Hacia el oeste veíamos la escarpada sierra de Punta Banda, esta misma visión debe de haber reconfirmado o Rivera y Moncada de no ir por dicho rumbo. Hacia el norte imposible el paso, sobre todo a caballo, por lo escarpado. Hacia el este seguía la sierra, pero mucho más suave, dibujándose un paso que seguramente ante los ojos de Rivera y Moncada debió de tomarlo muy en cuenta. Más que llegar a Ensenada, a Rivera y Moncada le interesaba encontrar un buen paso hacia el norte, es decir, hacia San Diego, y que tuviera agua. Quizá deseaba reconocer la bahía ya que era un importante punto de referencia. Cansados y contentos regresamos a la cañada de las paredes donde instalamos nuestro campamento y preparamos una sabrosa comida-cena (durante nuestro segundo recorrido por esta región, no subimos el cerro del Mangle).

Al día siguiente abandonamos el paraje de las Paredes, y volvimos al manantial de Agua Caliente en donde nos dimos un reparador baño. Seguramente que Crespí, Rivera y Moncada, y toda la comitiva de más de 80 gentes, aquí se dieron más de un baño, ya que acamparon tres días en el valle, en lo que encontraban el paso hacia el norte. El 25 de abril, Rivera y Moncada buscó el paso por el este y lo encontró. El 25 de abril no pudieron salir por estar muy lluvioso, y no fue sino hasta el 26 que salieron. Sobre esta ruta Crespí escribió:

...Salimos de este Valle y Ciénega de San Jorge, tomando el rumbo del nornoroeste, declinando al noroeste, la jornada de tres horas y media y andaríamos tres leguas, por cerros, dejando unos y viniendo otros; sin encontrar a gentil alguno, pero muchos rastros y caminos trillados todos los días. Las sierras corren vestidas de arbolillos como robles, y otros no conocidos: A las dichas tres leguas de andar llegamos al aguaje que habían encontrado, que es un arroyo que tiene zacate y alguna agua, encinos, alisos, y otros arbolillos no conocidos, sin otra cosa de consideración. Le puse a este paraje “El Arroyo de los Santos Mártires San Cleto y Marcelino”.

Rivera y Moncada exploró hacia el noreste del valle de La Grulla. Buscó un paso por donde trasponer la sierra del norte del valle, y lo encontró entre los cerros del Aguaje y del Pedregoso. Dicho paso es el lógico y natural para trasponer dicha sierra, y hasta la fecha se sigue utilizando. La subida hacia el puerto muy probablemente la efectuó por el lomerío que ahora se conoce como “Sierra Linda”, que ofrece un paso relativamente fácil. Cuando Rivera y Moncada atravesó el puerto, vio que seguía una amplia cañada en cuyo fondo corre el cauce de un arroyo. Encontró que había forma más o menos fácil de bajar, llegando a un paraje con aguaje que no era la gran cosa pero les permitía avanzar. Dicho paraje fue el que bautizó Crespí con el nombre de los “Santos Mártires San Cleto y Marcelino.”

Tomamos la ruta de la Sierra Linda. Subimos entre suaves lomeríos hasta llegar al puerto de los cerros del Aguaje y del Pedregoso. Desde ahí pudimos ver la otra vertiente de esta serranía, otras sierras por detrás. Descendimos hasta llegar a un arroyo con gran arboleda de encinos y alisos. Paramos en

un sitio llamado “Corral de Piedra”, en donde localizamos un manantial que resolvería nuestros problemas de agua. Aunque aquí acampamos, calculamos que el sitio exacto que encontró Rivera y Moncada estaría a un kilómetro al oeste de donde estábamos en un paraje conocido actualmente como “Corral Viejo” o Rancho “El Lucero”. En Corral de Piedra acampamos principalmente por el manantial de agua. El sitio se llama así, por un corral de piedra muy bien hecho. Un buen camino de terracería que parte de un sitio llamado “El Zorrillo”, como unos siete u ocho kilómetros al sur de Maneadero, sobre la carretera, llega hasta este sitio. Al igual que Crespí y Serrá, nosotros también encontramos rastros de gentiles (indígenas no cristianizados), ya que vimos un hermoso metate típicamente indígena, hecho sobre una roca cercana al arroyo.

Desde el manantial de La Grulla, hasta el Corral de Piedra, caminamos aproximadamente 16 kilómetros. Seguimos un viejo camino de terracería, ya en desuso, que pensamos da un poco de vuelta. Rivera y Moncada y su gente, a partir del puerto debieron haber tomado más derecho hacia Corral Viejo, lo cual es muy factible ya que lo permite el terreno. Esa noche, antes de irnos a dormir, a la luz de la fogata discutimos sobre los pasos de Rivera y Moncada y Crespí. En verdad no es fácil interpretar lo que quiso decir y describir una persona hace casi 220 años, cuando era otro el mundo, y la mentalidad muy distinta, así como la forma de expresarse y escribir.

A la mañana siguiente salimos de Corral de Piedra, y a poco de andar llegamos a “Corral Viejo”, paraje más amplio que el primero, y que definitivamente pensamos que este es el que bautizó Crespí como “Arroyo de los Santos Mártires San Cleto y Marcelino”. Es también un hermoso lugar con sus encinales y alisos. El verdor del arroyo contrasta con lo seco y arbustivo de los lomeríos circundantes. El día 27 de abril, Crespí y toda la comitiva salieron de este paraje:

... A las once del día, salimos del arroyo de los dichos Mártires, rumbo derecho del norte, cargando agua con dos barriles y botas, subiendo y bajando. Al vencer el primer cerro bajamos a un arroyo de alisos y encinos, también arroyo seco. La jornada fue de tres horas en que andaríamos dos leguas, y nos paramos en un bajial al pie de una muy alta sierra sin haber encontrado agua.

El arroyo donde está Corral Viejo se une al arroyo de San Francisquito a escasos dos kilómetros de dicho paraje, al oeste. De nuevo Rivera y Moncada no siguió el curso del arroyo, si no que de “Corral Viejo” siguió hacia el norte, subiendo un primer lomerío que inmediatamente mira al cañón de San Francisquito; cruzó el cañón manteniendo su dirección norte para subir una serranía hasta llegar a un valle intermontano que bautizó Crespí, como “El Bajial sin Agua”, ahí su paso fue cortado por una cadena de altos cerros, muy escarpados, que les impidió continuar al norte.

Desde “Corral Viejo” nos separamos del arroyo y avanzamos sobre un lomerío con dirección N-NW. Justamente al llegar al primer puerto, el más accesible de todos, vimos el cañón de San Francisquito. Sin lugar a dudas teníamos ante nosotros la misma vista que Crespí tuvo 220 años atrás. Bajamos al cauce del arroyo. Lo único nuevo que encontramos ahora fue el pequeño rancho “Las Lomas”, y claro está, su terracería de acceso. Este rancho fue iniciado en 1972 por el Sr. Jim Kabzeff, y actualmente lo habita en compañía de su esposa, la señora Gregoria Aguilar. Tuvimos la suerte de encontrarlos a ambos, nos recibieron generosamente dándonos abundante agua y una riquísima sandía, que la señora nos preparó. Mientras descansábamos el Sr. Kabzeff, de 70 años, nos platicó algo sobre su vida. El es nativo de Guadalupe y sus padres eran rusos, toda su vida ha sido campesino. Cuando los rusos decidieron emigrar de Guadalupe, sus padres se fueron a Los Ángeles, en 1945, él se quedó en México e hizo aquí su vida, en Baja California. El Sr. Kabzeff es más conocido entre los rancheros locales como “El Ruso”. Doña Gregoria Aguilar, de unos 35 años de edad, también tiene una historia muy interesante. Ella es nativa de la región por varias generaciones, es decir una verdadera californiana. Su padre era, ya murió, el señor Calixtro Manuel Aguilar López, nativo de La Grulla. En donde nació en 1893. En el año de 1942 el sr. Aguilar se estableció en el cañón de San Francisquito, poniendo un rancho que aun existe y que se encuentra a dos kilómetros al noreste del rancho de Las Lomas. Este rancho lo bautizó con el nombre de “La Ranchería”, y en el nació la señora Gregoria. Actualmente la ranchería es habitada por la madre de doña Gregoria. Le pregunté a la señora Gregoria que por qué había su padre bautizado el sitio como “La Ranchería”, y me dijo porque cuando el señor Aguilar comenzó a instalarse en el sitio, encontró diversos artefactos y cerámica indígena. Es decir, para

el señor Aguilar el sitio había sido una ranchería indígena, de ahí el nombre. Esto me llamó la atención ya que en la actualidad la gente no asocia lo de ranchería con los indígenas, pero indudablemente el señor Aguilar aun tuvo ese conocimiento, ya que le tocó vivir cuando aún la región poco contacto tenía con el exterior, y sus formas de vida no habían cambiado mucho con respecto a los tiempos misionales. Aunque Crespí no bautizó el sitio donde está el rancho Las Lomas, el padre Serra sí lo hizo, poniéndole el nombre de “San Gervasio”. (Fue en el rancho Las Lomas donde acampamos al final de la jornada del día 17 de mayo de 1989, ahí volvimos a encontrar a nuestros amigos los Kabzeff).

Después de despedirnos de los Kabzeff, proseguimos caminando hacia el norte. Subimos siguiendo por un camino de terracería y a veces por vereda, siempre por la ruta que pensamos tomó Rivera y Moncada. Después de varias horas llegamos a un amplio valle que es el bajial que menciona Crespí. Me emocionó reconocer el sitio, ver cómo han ido correspondiendo las descripciones de Crespí con lo que vamos encontrando. El citado Bajial es un valle intermontano. Su forma es redonda y tendrá entre dos y tres kilómetros de diámetro. Desagua en su parte suroeste por medio del arroyo de la Rinconada. Actualmente este bajial es trabajado por varios rancheros, quienes lo siembran y mantienen ganado en él, encontrándose en medio del valle el rancho de los Gavilanes, antiguamente conocido como “La Rinconada”.

Cuando entramos al bajial era la una de la tarde, y hacía un calor terrible, ese día se había desatado una condición Santana y llegaba del este un aire caliente. Hasta el punto donde estábamos habíamos caminado alrededor de nueve kilómetros desde Corral Viejo. Llegamos al rancho de Los Gavilanes, en el centro del bajial. Desde aquí teníamos una buena vista de su entorno, y pudimos apreciar los escarpados y altos cerros que impidieron a Rivera y Moncado el paso hacia el norte, en realidad la única opción que les quedaba era hacia el oeste. Precisamente, sobre sus problemas de avance en el bajial, Crespí anotó lo siguiente:

...Mientras los exploradores la buscaban [el agua] y miraban si la sierra que tenemos pegada, altísima y barrancosa, da paso para proseguir. Volvieron de su exploración sin haber encontrado agua, ni permitir la sierra paso por este rumbo del norte; con que nos quedamos con sólo el agua que cargábamos, y

los animales la beberán cuando la encuentren, a lo menos tienen pasto ya que no pueden beber. Púsele a este paraje “El Bajial sin Agua”.

La situación en que estaba la comitiva no era halagadora, por un lado habían avanzado sin encontrar agua, y por otro, no hallaban paso hacia el norte. El día 28 de abril fue de intensa exploración. Rivera y Moncada formó dos grupos de exploradores, uno de ellos se dedicó a buscar agua, y el otro una ruta para poder continuar. Al respecto nos dice Crespi:

Todo este día gastaron en esta exploración, y encontraron un ojito de agua como media legua antes de este paraje; y los de la Ensenada dieron razón que todavía de lejos de lo alto de un cerro la habían visto, que parecía tenía algunas islas y que no dudaban paso por la playa, pero que no habían visto aguaje alguno.

Como vemos, el otro grupo explorador sí encontró un aguaje en las cercanías del sitio donde había acampado toda la comitiva, como a media legua (aproximadamente dos kilómetros). En el rancho de Los Gavilanes encontramos a varios rancheros que estaban trabajando la tierra. Platicamos con ellos y nos dieron valiosos informes de la región. Ahí, a un lado del rancho pasaba la cañada de La Rinconada y tenía un aguaje “muy viejo”; el aguaje de la Yerbabuena, nombrado así porque a su alrededor crece dicha hierba que es utilizada como te medicinal, justamente se encuentra a dos kilómetros al sur-suroeste. Calculamos que éste fue el que localizó Rivera y Moncada. Después de descansar en Los Gavilanes fuimos al aguaje de la Yerbabuena siguiendo la cañada de la Rinconada, buscando la sombra de sus hermosos encinos. A poco de andar llegamos. Se localiza en un bonito paraje, que aunque me gustaría describirlo, le cedo la palabra a Crespi:

Día 29 de abril. De buena mañanita salimos del dicho bajial y anduvimos como media legua para el ojito de agua que ayer encontraron en esta cercanía, que está en un arroyo muy frondoso de encinos y alisos, y tiene bastante zacate. Aunque el ojito mana bastante agua, no podían beber en él los animales, y a la gente no le faltaba mucho para lo mismo: abrieron batequi y manó la muy superabundante para todo: conqué gracias a Dios quedamos remediados. Púsele a este paraje “El Ojito de Agua del Arroyo de San Pedro Mártir.

Al igual que toda la comitiva de Crespí, nosotros también acampamos en el sitio, que es bastante agradable. Durante nuestra acostumbrada plática al calor de la fogata, recordamos el primer “burricidio” que se cometió en estos lugares, el cual consigna en su diario fray Junípero Serra:

En la jornada de hoy un criado del gobernador de nación genovés y de oficio cocinero, ha mostrado el valor de su espada atravesando con ella una burra por entre las nalgas, y dejándola muerta a sus pies, porque se le ponía delante y retardaba el andar de su cabalgadura; y certificado dicho señor gobernador por testigos de vista y confesión del reo, del burricidio, le privó del oficio, mandó quitarle las armas, le condenó a seguir la expedición a pie, y a que pague la burra in quadruplum, esto es 40 pesos.

Cuando llegaron al aguaje de la Yerbabuena, Rivera y Moncada aún no había resuelto el problema de por donde proseguir hacia el norte. Así es que ese mismo día 29 acamparon en dicho aguaje, y por la tarde salió Rivera y Moncada con diez soldados hacia la Ensenada de Todos Santos para ver si efectivamente se podía pasar y si ofrecía agua. Al día siguiente 30 de abril, Crespí anotó en su diario lo siguiente:

... Tomamos descanso en este paraje mientras vuelven los exploradores. Digo misa en este paraje hoy que es domingo quinto, después de Pascua. Esta tarde volvió el Sr. Comandante contento que la playa de la Ensenada da paso de tierra llana, con mucho pasto, y una gran poza: Gracias a Dios que podamos proseguir nuestra derrota.

Aquí Crespí nos da un dato muy importante: Rivera y Moncada fue el primer no indígena en llegar a la bahía de Ensenada por tierra, aunque pudo haber llegado el día 29, pensamos que lo más probable es que haya arribado a la bahía el día 30 por la mañana. Sobre la ruta que tomaron desde el aguaje de la Yerbabuena hasta la Bahía de Ensenada, Crespí nos dice:

Día 1 de mayo, Día de los Santos Apóstoles San Felipe y Santiago, después de dicha misa y oídola todos, salimos de este arroyo y ojito de agua de San Pedro Mártir, tomando el rumbo del oessudeste, cargando agua con los dos barriles y botas, porque dijeron no se podía llegar al aguaje de la ensenada. La caminata

fue como cinco horas, todo por barrancas, muy penosa de subidas y bajadas. Como a una hora de andar de una eminencia ya vimos el deseado mar de la contra-costa, y la Ensenada. Bajamos ya el último reventón para la Ensenada y paramos el real en un bajial ya tierra llana para la playa, como a una legua antes... Andaríamos como tres leguas. Púsele “El Bajial de los Santos Apóstoles”...

Al día siguiente, después de levantar nuestro campamento continuamos la caminata tratando de seguir la ruta de Rivera y Moncada. La caminata fue a campo traviesa y entre veredas, algunas de vaca y otras que utilizan los rancheros para comunicar sus ranchos y para ir a Maneadero. Siguiendo los pasos más lógicos, efectivamente encontramos una ruta general hacia el suroeste, con gran inclinación hacia el oeste. Al principio continuamos caminando por la cañada de la Rinconada que aquí ya sigue un rumbo oeste. Al poco de andar descubrimos una pequeña cascada en donde desayunamos y nos dimos un baño de medio cuerpo, ya que se hacían unas pozas pequeñas. Después de desayunar proseguimos por la cañada del Junquito, y a poco tomamos rumbo al oeste, bordeando varios lomeríos, hasta que alcanzamos un puerto. Ahí el horizonte se abrió y nos permitió ver buena parte de la Ensenada, con la Punta Banda, y las dos islas Todos Santos al fondo. ¡No pude contener mi emoción! y brinqué de alegría. Tomamos un largo descanso extasiados con la vista de la bahía, ¡se veía tan hermosa! Seguimos descendiendo hasta llegar a una serie de lomas suaves y prolongadas, como mesetas, desde las cuales volvimos a ver la bahía, ahora mucho más cercana. El horizonte se abrió totalmente y veíamos desde Punta Banda hasta el Mirador. Nos encontrábamos al noroeste de Maneadero. Bajamos el lomerío y llegamos a la entrada del cañón San Carlos. Cuando iniciamos este último descenso nos sorprendió un fuerte aguacero el cual rápidamente degeneró en granizada y se acompañó de un fuerte viento. Total que en unos cuantos minutos quedamos empapados, y sin posibilidad de protegernos. Así, continuamos caminando bajo la lluvia hasta que una media hora después cesó. ¡Qué extremos! Toda la caminata de la mañana de este día había sido bajo un fuerte sol que nos obligaba a buscar sombra con cierta frecuencia, y ahora, después de la granizada, hasta frío sentimos. Fue esta porción del valle de Mandadero la que Crespi bautizó como “Bajial de los Santos Apóstoles”, y donde toda la comitiva acampó la noche del primero al dos de mayo.

Asimismo fue en este valle que Crespi vio por vez primera a indígenas de Ensenada, el día primero de mayo:

Al bajar la última cuesta oímos gritar a unos gentiles que venían haciendo una gran polvareda por la Ensenada, siguiendo el mismo camino y rastro de los exploradores de ayer: Así que los gentiles nos vieron, se volvieron como venados por el mismo camino que habían traído.

Terminamos nuestra caminata justo cuando alcanzamos la carretera que va a Ensenada (en el segundo recorrido, finalizamos la jornada en el mismo sitio). Crespi y la comitiva continuaron su camino el día dos de mayo por la mañana. Cruzaron el valle, subieron la barranca que delimita a éste por el norte, atravesaron por donde actualmente está el ejido Chapultepec, alcanzando la playa. De ahí prosiguieron por toda ésta hasta alcanzar el arroyo Ensenada, hasta donde actualmente se encuentra la ciudad y puerto de Ensenada. Aquí se quedaron dos días acampando, probablemente en donde ahora está la calle Gastélum, a la altura de las calles Tercera y Cuarta. Crespi describe la belleza del lugar y sugiere que se podría establecer en él una ciudad, como vaticinando que sería asiento de nuestra ciudad de Ensenada. La descripción que da de la Ensenada de hace 220 años me emocionó mucho desde el primer día que la leí. ¡Qué hermoso sitio era! A veces me dan ganas de llorar cuando veo lo depreciable que está la bahía ahora; con sus aguas contaminadas, sus playas destruidas y sus cerros dinamitados. Cambiamos un lugar bello y poético por un sitio feo y sucio, y ¿para qué? ahora para nosotros los ensenadenses ya no existe el mar, vivimos ajenos a él porque casi toda la bahía está tan contaminada que no es posible bañarse en sus aguas, hay que salir lejos para hacerlo. Bueno, no pensemos en cosas desagradables que por lo visto ya no tienen ni tendrán remedio. De nuevo le cedo la palabra a Crespi:

Día 2 de mayo...la jornada fue de tres horas bien cumplidas, y llegados a una rinconada que forma el primer seno de la Ensenada, paramos el real en un altito como doscientas varas apartado del agua de mar. Es paraje hermoso, llano, bello, de tierra toda buena muy empastada de zacate verde hasta la misma orilla de la agua del mar, y en su orilla junto a los cerros que no son muy altos, frondosa con mucha arboleda por las orillas de un arroyo, que al presente no

trae agua, pero de ésta y buena hay tanta abundancia que podría alcanzar para una ciudad, sólo que está en varias pozas. La una poza es de agua salobre, las demás agua delgada muy buena, las pozas son grandes y están en bajo, aunque no mucho si se halla forma de poder aplicar esta agua a riego, o a buscarla arriba en su origen, se podrá con ella hacer grande labor. Fuera de eso la tierra es toda muy vestida de pasto verde, y se conoce tener bastante humedad, y que es sitio donde llueve. Ello es cierto que el paraje convida a una misión, que con la circunstancia de ser marítima y costa mansa en tan hermosa y grandísima Ensenada, podría dar y recibir de los navegantes consuelo y utilidades. Púsele “La Santísima Cruz de las Pozas de la Ensenada de Todos Santos”, esperando que con el tiempo sea una muy buena misión de muchísima gentilidad según se ven los muchos trilladeros de gentiles.

Después de un descanso en Ensenada durante todo el día tres, al siguiente, día cuatro de mayo, salió toda la comitiva del paraje, dándole la vuelta al cerro de Chapultepec, pasando por la actual calle Diez y la colonia Moderna, hasta cruzar por donde ahora está el sauzal, y de ahí seguirían hasta San Diego.

Fin de mis comentarios a “La primera entrada a Ensenada en 1769 y 220 años después”.

May-19 y 20-1989

Descansamos estos dos días en Ensenada debido a que hemos avanzado más rápido de lo que calculamos, y ya teníamos el compromiso de entrar caminando a la ciudad el día 21, así que decidimos aguardarlo. Este tiempo lo aproveché para estar con Anne, y continuar escribiendo este humilde diario.

Mayo-21-1989 PUENTE SAN CARLOS-ENSENADA

Temprano mi hermano Alfonso nos llevó al puente San Carlos para seguir la caminata. Ahí ya había muchos amigos esperándonos para darnos apoyo y

alentarnos, estaban Jorge Martínez, don Luis Lamadrid, Gina Castro, Gladis, la esposa de Jorge, y muchos amigos más. El municipio envió una patrulla y un vehículo de rescate para escoltarnos. Con todos se formó una pequeña caravana: las patrullas por delante, nosotros caminando y siguiéndonos buen grupo de amigos. Mucha gente se paraba a saludarnos y darnos muestras de apoyo. Nos conmovió el caso del señor Gonzalo Silva. Se trata de una persona que no coordina los movimientos de su cuerpo y todos estos meses siguió el desarrollo de la caminata a través del programa de radio de don Luis Lamadrid y la prensa. Cuando se enteró que pasaríamos por el puente, quiso ir a recibirnos y conocernos, y a través de un pariente suyo el señor Francisco Rodríguez, que lo llevó al sitio, nos dio un mensaje de apoyo y aliento.

Del puente San Carlos (que por cierto está recién terminado, cuando iniciamos la caminata no lo estaba, además que ya llevaban más de 20 años construyéndolo) no nos detuvimos hasta llegar a la Presidencia Municipal, en donde estaba una comitiva esperándonos, presidida por el Presidente Municipal, señor Enrique Chapela, quien nos dio la bienvenida a nombre de la comunidad. Hubo aplausos, placas de reconocimiento, champaña, porras, alegría y una pequeña y emotiva ceremonia, también nos dieron un ramo de flores a cada uno. Todo esto me conmovió y tuve que hacer un pequeño esfuerzo para no derramar las lágrimas, sobre todo por las muestras espontáneas de apoyo y palabras de aliento de mucha gente del pueblo, hasta los niños querían tomarse fotos con nosotros. ¡Qué momentos tan emotivos estábamos viviendo!

Seguimos caminando por el centro de la ciudad hasta llegar a la esquina de Ruiz y Segunda, donde finalizamos la jornada. Ahí también hubo otro cálido recibimiento con dos grupos musicales excelentes el Ensenada Jazz y el Pájaro Caricocapote que amenizaron el ambiente, también aquí hubo discursos, mantas, flores, alegría y cariño. Nos sentimos muy contentos por este recibimiento. Aquí estuvimos un buen rato conviviendo con la gente y después nos dirigimos (ya en vehículo) al restaurant Analí, donde su dueño, el señor Néstor Moreno y su esposa nos habían preparado una comida a la cual asistieron también muchos de nuestros amigos. Don Néstor mandó hacer unos mantelitos en los que venía un mapa de toda la ruta de caminata y el siguiente mensaje:

Camino Misional de las Californias: Expedición 1988 – 1989. Recorrido a pie, desde Cabo San Lucas hasta San Diego, siguiendo la antigua ruta de las misiones. Los caminantes: Carlos Rangel, Carlos Lazcano S. y Alfonso Cardona S.

Iniciaron su aventura el 1o. de enero de 1989 y fueron recibidos en esta ciudad de Ensenada el 21 de mayo de 1989.

¡Felicidades!

Terminé el día muy agotado, sobre todo por las emociones. Hoy caminamos catorce kilómetros en cuatro horas.

May-22-1989

Este día descansamos ampliamente en Ensenada.

May-23-1989 ENSENADA-SANTA ROSA

A las ocho iniciamos la caminata saliendo hacia Tijuana por la calle Diez. Antes de llegar al Sauzal visitamos la cueva de Las Rosas, uno de los sitios arqueológicos más importantes de Ensenada, donde ya tengo un año trabajando en su rescate y estudio. Ahí he localizado varios centenares de herramientas de piedra y concha de los primeros habitantes de la bahía. El lugar se encuentra muy amenazado ante la expansión urbana y a la gente del Instituto Nacional de Antropología e Historia parece no importarle.¹ Pasamos El Sauzal, San Miguel y tomamos la carretera libre a Tijuana hasta llegar al valle de Santa Rosa en donde finalizamos la jornada. Terminamos

1 Pocos años después el sitio fue destruido con la anuencia del INAH. La sorprendente respuesta que dio la delegada, Julia Bendímez Patterson para justificar tal destrucción de este patrimonio de Ensenada fue que "...no es un sitio conchero; presenta muestras de saqueo por lo que el material cultural es muy bajo; no muestra singular importancia debido a que se cuentan algunos centenares de este tipo de resguardos por toda la franja costera... por lo anterior... se dictamina que no presenta ningún interés arqueológico que deba preservarse ni de protegerse a futuro". Cabe agregar que fue tanto el material arqueológico que rescatamos, que formamos un museo de historia, además encontramos pinturas rupestres y muchos otros vestigios que nos gritaban la importancia de este sitio. Así de insensibles llegan a ser ciertas autoridades.

en la tienda “La Pasadita”, en donde saludé a mis amigos, los dueños, los hermanos Armando y Praxedis Aguirre Ronquillo. Ahí pasamos la noche. Recorrimos 33 kilómetros en nueve horas.

Mayo-24-1989 SANTA ROSA-HOTEL LA ROCA

Con las primeras luces del amanecer el valle de Santa Rosa lucía esplendoroso. Hace 220 años, el siete de mayo de 1769 el padre Crespí estuvo en este valle y lo describe con las siguientes palabras:

...llegamos a un grandísimo valle, hermosísimo de pasto, y en sus extremos de arboleda, con su buen arroyo de agua, que se veía correr entre el tular que tiene, y poza de agua muy buena. Sitio a lo que parece para otra muy buena misión. Tiene algunos encinos grandes, y paramos el real bajo de un muy grande y copudo encino cerca del arroyo. Púsele a este paraje el valle de San Estanislao.

El nombre puesto por Crespí nunca prosperó, sin embargo, debido al gran encino que menciona, durante algunos años al paraje se le conoció como “La Encina” o “El Encino”. Aún queda en el valle un paraje que se llama “El Encino Solo”, cuyo nombre quizá sea una reminiscencia del original “Encino”. En marzo de 1787 el misionero dominico fray Luis Sales inició aquí la misión de San Miguel Arcángel. Al respecto Sales nos dice:

...entrando en el paraje ya reconocido, en donde había tantas proporciones solo se veían bancos de arena y peñasquerías originadas de una furiosa avenida que cegó todos los ojos de agua, y al mismo tiempo ver en mi compañía tanta tropa, tantos indios y tanto ganado sin poderse establecer...determinamos... buscar otro sitio para verificar el establecimiento. Llegamos, pues, a un arroyo llamado Encina, cuyo paraje, aunque de pocas proporciones, podía servir por lo pronto. De este mismo sitio salíamos todos los días a hacer registros, pero cansados de tanto caminar...me quedé para seguir el proyecto. Empezamos la siembra, fábrica de casas, etcétera...

Fue al año siguiente, en 1788, que la misión fue cambiada a su sitio actual en la comunidad de La Misión, pocos kilómetros al noroeste. En 1792

estuvo en Santa Rosa el naturalista José Longinos y en su diario nos dice *El Encino o Santa Rosa, misión mudada*, y gracias a este testimonio sabemos que fue aquí el primer sitio de San Miguel Arcángel.

Pocos vestigios quedan del camino real en esta región, y los fuimos siguiendo. Llegamos a la barranca de La Misión y descendimos a su valle hasta llegar a su comunidad, y a los restos de la antigua misión de San Miguel Arcángel, olvidados y abandonados al igual que los de muchas otras misiones. Nos detuvimos en la casa de don René Croswhite, quien nos invitó a comer. Don René ha estado atento de nuestra caminata, y quería convivir con nosotros un momento. Subimos la mesa del Descanso y la cruzamos, son como diez kilómetros, hasta bajar por una fuerte pendiente hasta la misión del Descanso, en medio de un hermoso valle. Eran las seis de la tarde cuando llegamos a esta misión, la que llegó a ser conocida como San Miguel La Nueva debido a que en realidad no fue una nueva fundación sino un traslado de la misión de San Miguel en 1817. En el sitio no quedan más que unos cuantos cimientos de lo que fue. En su lugar está una iglesia que fue construida hace 40 ó 50 años y sirve principalmente como refugio de golondrinas. Cerca de esta misión, está abandonada la antigua casa de Machado, que data de 1840. Continuamos pasando por los Médanos, el ejido Primo Tapia y ya de noche finalizamos en la obra negra de lo que será el hotel Las Rocas. La jornada fue de 42 kilómetros en once horas.

Mayo-25-1989 HOTEL LA ROCA-PLAYAS DE TIJUANA

Hoy pasamos por Rosarito y más adelante frente a las Islas Coronado. Llegamos a la desembocadura del arroyo de San Antonio de los Buenos o Tahití. Ahí se encuentra una pequeña lengua de tierra la cual bautizó Crespí con el nombre de “Ranchería de los Santos Mártires Nerio y sus Compañeros”, lugar de asiento de un pequeño grupo indígena:

Llegamos a una ranchería de gentiles que está en una hermosa mesa que parece isla, por donde no la baña el mar la rodea una barranca. En la barranca tiene

esta ranchería una mediana poza de agua buena que se mantiene...como enfrente de este paraje están las cuatro islas llamadas de Los Cuatro Coronados. En este sitio localizamos vestigios de una larga y antigua ocupación indígena, así como algunos artefactos líticos y fragmentos de cerámica. Todo el piso de la mesa es un importante sitio arqueológico del tipo “conchero” el cual aún no ha sido estudiado.² Seguimos caminando y subimos un lomerío suave al pie del cual corre la autopista. Pasamos cerca del Colegio de la Frontera y por la colonia Flores Magón. Ahí tuvimos la vista bellísima de las playas de Tijuana, Imperial Beach, ya en U.S.A., y de la bahía de San Diego, tal como la tuviera Crespí hace 220 años:

...Como a legua de andar trastumbamos una punta de la tierra que nos impedía ver cómo corría el mar, y se nos descubrió en larguísimo trecho la llanura de la playa que habíamos de seguir, todo bien empastado de zacate verde. De un altito de esta llanura divisamos entrar mucho el mar en la tierra, y en él divisamos ya los palos mayores de los dos barcos que apenas se percibían de lejos que estaban.

Bajamos de este lomerío por el famosísimo cañón de los Contrabandistas, ahora ya densamente poblado y al alcanzar de nuevo la autopista, doblamos hacia Playas de Tijuana. En Playas de Tijuana, en el monumento internacional que marca el límite entre México y los Estados Unidos finalizamos la jornada. Con gran alegría nos recibió muchísima gente, familiares, amigos del Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC, del Gobierno del Estado, del municipio de Tijuana, del consulado de Estados Unidos y muchos otros. La distancia caminada hoy fue de 40 kilómetros, las que hicimos en ocho horas.

2 Actualmente, 20 años después, este sitio arqueológico se encuentra destruido, al igual que más del 80% de los sitios concheros de la costa entre Ensenada y Tijuana. Esta destrucción se ha llevado a cabo a pesar de que los sitios teóricamente cuentan con protección legal. La conjugación de desarrollos depredadores con autoridades corruptas está ocasionando esta preocupante pérdida del patrimonio histórico y cultural de Baja California. La amenaza y destrucción de los concheros continúa hasta el día de hoy.

May-26-1989

En este día básicamente descansamos. Tuvimos algunas entrevistas y preparamos varios informes.

Mayo-27-1989

PLAYAS DE TIJUANA-SPANISH LANDING (SAN DIEGO)

Muy temprano pasó Ann Callahan por nosotros. Ella es la delegada de asuntos culturales del consulado de Estados Unidos en Tijuana. En su carro cruzamos la garita internacional y llegamos al Parque Estatal de la Amistad en Estados Unidos, justo al otro lado de la alambrada de la línea divisoria de México-Estados Unidos, junto a las Playas de Tijuana. La alambrada finaliza a escasos metros del mar, y de hecho uno puede pasar libremente de un lado a otro por la playa. Nosotros lo hicimos por la garita por ser la forma oficial, pero otros amigos que fueron a despedirnos como Jorge, mi hermano Marco, la profesora Ayala y Néstor Moreno (que vino de Ensenada), se cruzaron con la mayor tranquilidad por la playa. Toda esta porción que es el Imperial Beach, donde desemboca el río Tijuana, está casi deshabitada y es una reserva y santuario natural de los Estados Unidos. Esta fue la primera jornada fuera de México, en California, Estados Unidos. Nos acompañó mi hermano Marco. Cruzamos el río Tijuana y entramos a San Isidro, luego a Chula Vista, National City y finalmente a San Diego, nuestra meta. Estábamos ante un horizonte de concreto y automóviles, el contraste total con las costas y desiertos despoblados de donde veníamos. ¡Al fin San Diego!, o como escribiera en su diario Fray Junípero Serra en 1769: *Así fue nuestra llegada con salud de todos, felicidad y contento al famoso y deseado Puerto de San Diego, Gracias a Dios.*

Aunque llegamos a la ciudad nuestro destino final era la misión de San Diego de Alcalá, fundada en julio de 1769 por el padre Serra, y fuera el inicio de la colonización en la Alta California. La jornada la finalizamos

en el parque llamado “Spanish Landing”, frente a la bahía, que es el sitio donde arribaran los barcos San Antonio y San Carlos, en 1769, como parte de las expediciones para colonizar la Alta California. Hoy caminamos 36 kilómetros en diez horas. Nos fuimos a dormir a la casa de Luis Javier Herrera, amigo de Alfonso.

Mayo-28-1989 SPANISH LANDING-MISIÓN SAN DIEGO DE ALCALÁ

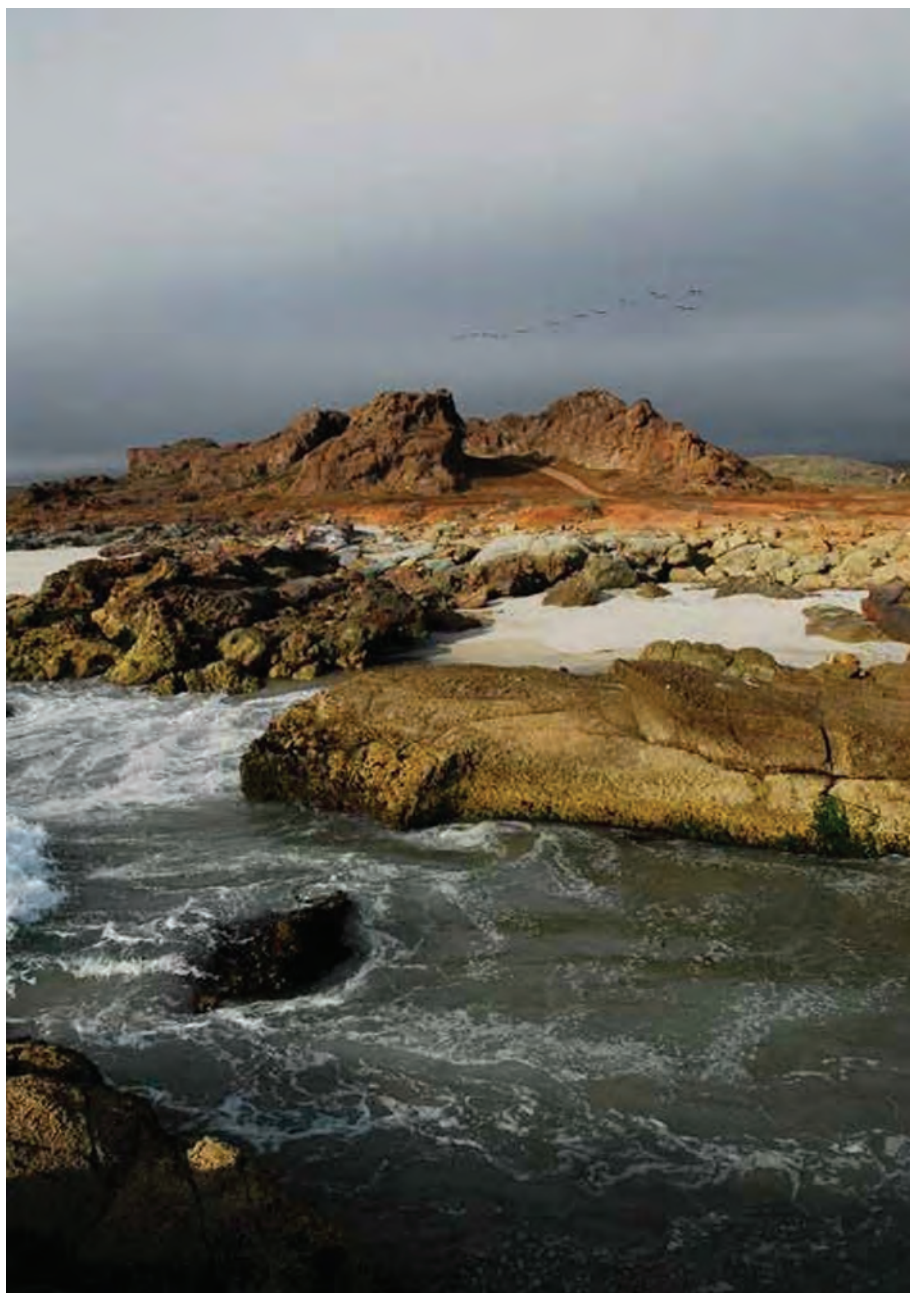
Hoy sería la última jornada. Seguimos cruzando calles modernas y rápidas avenidas hasta llegar al famoso “Presidio Park”, donde el padre Serra fundó la misión de San Diego de Alcalá, en lo alto de una loma, al pie del arroyo de San Diego. Cinco años después, la misión fue cambiada de sitio, unos diez kilómetros al este, en donde hasta la fecha continúa. Aún quedan algunos restos de la primera misión, que son cimientos cubiertos de un brillante pasto verde. Hay un museo dedicado a fray Junípero Serra. Fue aquí que dio principio la moderna ciudad de San Diego, y naciera lo que hoy conocemos como el Estado de California, U.S.A. Proseguimos hasta que llegamos al “San Diego Jack Murphy Stadium” que estaba a reventar porque había un juego de fútbol americano. Tomamos la “San Diego Mission Road” y a medio kilómetro llegamos a la misión de San Diego de Alcalá, eran las cinco de la tarde y el final de nuestra larga caminata. En esta última jornada recorrimos 18 kilómetros en seis horas con 40 minutos. En la misión nos esperaba un grupo de amigos, simpatizantes de la Sociedad de Historia de San Diego, reporteros y mucha gente más. El padre de la misión tocó las campanas para celebrar nuestro arribo. Aplausos, abrazos, risas. A punto estuve de derramar lágrimas. Por mi mente rápidamente pasaron los cinco meses de caminata, de esfuerzos, de todo, que sí habían valido la pena y sí habíamos terminado con éxito rotundo. Hubo una comida en la misión y hablé en nombre de la expedición, dando las gracias por el cálido recibimiento y por todo el apoyo que nos fue dado. Habíamos logrado hacer realidad un sueño.

Junio-8-1989

Carlos y yo salimos rumbo a la Ciudad de México. Nos esperan varias entrevistas y compromisos relacionados con este proyecto. Partimos de Tijuana en avión y éste sobrevoló toda la península en hora y media. Lo que recorrimos a pie en cinco meses ¡en avión lo pasamos en hora y media! La visibilidad era buena y pudimos distinguir muchos de los sitios por donde habíamos estado. Era casi increíble el contraste, aunque definitivamente la experiencia de la caminata no la cambiaría por nada.



La ensenada de Todos Santos en el amanecer.



Recorrimos la belleza de la costa del Pacífico norte de Baja California.



Arroyo de Guadalupe en el valle de Santa Rosa. El padre Crespi lo registró en 1769. En 1787 aquí fue iniciada la Misión de San Miguel Arcángel, la que a los pocos meses fue cambiada al actual valle de La Misión.



Paraje cercano a El Descanso en donde se estableciera la frontera entre las misiones de la Antigua y Nueva California, por los misioneros franciscanos y dominicos.



Vestigios de la Misión de San Miguel Arcángel, en el actual poblado de La Misión.



Paraje de uno de los numerosos concheros que hay en la costa del Pacífico de Baja California. Se aprecian los ágaves, uno de los alimentos usuales de los kumiai, los antiguos pobladores de la región.



Restos de la Misión de San Vicente Ferrer, establecida en 1780.



Vestigios de la Misión de Santo Tomás, que data del año de 1791.



“Flores muchas y hermosas... y para que nada faltase en esta línea, hoy... nos hemos encontrado con la reina de ellas, que es la rosa de Castilla. Cuando esto escribo tengo ante mí una vara de rosal con tres rosas abiertas... bendito sea el que las crió”. Diario de Fray Junípero Serra (2 de junio de 1769), al pie de la Sierra de San Pedro Mártir.



En parte nos tocó observar una gran floración, maravillándonos al igual que el misionero.



Conchero de Las Rosas, en la salida a Ensenada. Era uno de los sitios arqueológicos más importantes de Ensenada. Fue visitado por los caminantes. Actualmente destruido por negligencia de autoridades del INAH.



Al final de la travesía, contemplamos la bahía de San Diego, extasiados con el paisaje, un poco a la manera en que, suponemos, lo hizo Juan Rodríguez Cabrillo, el primer navegante del viejo mundo aventurado en estas tierras.

EPÍLOGO

Sólo el conocimiento hace que uno se apropie de las cosas, por eso yo, al igual que Hernán Cortés hace 475 años, decidí tomar posesión de la península de Baja California. A diferencia de Cortés, que llegó a la parte sur peninsular navegando, yo nací en su parte norte y llegué a ella gracias a mis padres. La mejor manera de tomar posesión de mi tierra creí que era recorriéndola a pie. Para mí no era suficiente decir “soy de Baja California”, lo valioso era decir “Baja California es mía”. Y para ello había que reconocerla toda.

Cuando decidí caminarla, igualmente, opté porque la historia fuera mi guía. Espacio y tiempo, geografía e historia, las dos vertientes del devenir del ser humano. Así, aunque el recorrido fue de la mano de los misioneros, en realidad viajé en el tiempo desde mucho más atrás. Acampé en cuevas y concheros donde los antiguos californios, los indios peninsulares, los pobladores más antiguos de la Baja California lo hicieron hace ya algunos miles de años. Caminé por costas y playas donde desembarcaran hace casi 500 años los primeros navegantes europeos. Seguí los caminos planteados y trazados por los misioneros y, desde luego, conocí todas sus misiones. Las mismas estrellas bajo las cuales durmieron misioneros y soldados igualmente me dieron cobijo, ya que descansé en muchos de los parajes donde ellos montaron su “real”. Bebí agua de los mismos manantiales donde bebieron los misioneros y con esa misma agua brindé por ellos y les di las gracias. Conocí los antiguos ranchos de las misiones y a sus actuales moradores, que vienen de las mismas familias fundadoras.

Ciertamente, la caminata tuvo mucho de un viaje al siglo XVIII. Leí y me emocioné profundamente al seguir las páginas de los diarios que los misioneros escribieron describiendo las rutas que yo estaba siguiendo, de hecho dichos documentos fueron mi guía. Cuando vi los caminos que trazaron y que significaron miles de kilómetros de vías, comprendí que los misioneros hicieron algo más que evangelizar y establecer misiones. Los textos de Kino, Salvatierra, Ugarte, Guillén, Consag, Linck, Serra, Crespí, y tantos otros, son profundamente conmovedores y nos hacen ver que definitivamente fue un acto de amor la fundación de la Baja California, porque ellos, los misioneros, son los fundadores de esta tierra: esa fue una de mis más importantes conclusiones de esta caminata. Su herencia no son las ruinas o los edificios misionales que aún perduran dispersos a lo largo de la península, la herencia de ellos es la Baja California de hoy, el fruto de lo que sembraron cuando, en medio de la nada, fueron dejando las misiones y las primeras instituciones. Ellos incorporaron esta tierra a México y sin ellos no se explicaría nuestra presencia actual. Recorrer largos tramos del antiguo camino misionero me hizo ver la visión tan grande de estos hombres y como confiaban en su futuro, en sus gentes. Sabían que esta tierra daría frutos, aunque ellos nunca llegaran a verlos. Para comprender en su real dimensión esta labor titánica y humana se requiere compenetrarse profundamente en la historia bajacaliforniana, explorarla e ir descubriendo motivaciones, razones, contextos, amores. Recuerdo como el padre Kino se refería a los indios como “las verdaderas perlas de la California”, cuando le reclamaron el poco valor perliífero que se había alcanzado en una expedición. Y es que antes de Kino, todos quisieron “conquistar” la California buscándole tesoros que no existían. Por eso digo que fue el amor de unos hombres lo que permitió nuestra fundación.

Me siento profundamente orgulloso de ser bajacaliforniano. Amo a mi tierra; a sus tradiciones, su cultura, su gente, su raíz, sus valores humanos, los que nos trajeron los misioneros, y le doy gracias a estos hombres porque gracias a ellos somos lo que somos y tenemos esa herencia. Por eso, en el recorrido aquí descrito, aprendí a caminar con respeto porque al tocar la tierra, toco parte del polvo de esos antepasados, los californios, los misioneros que aquí murieron, los soldados, los rancheros, todos los que nos dieron forma.

Yo sé que muy pocos tendrán el privilegio que tuve de recorrer a pie toda esta tierra, por eso agradezco la posibilidad que se me dio de compartir la experiencia a través de este libro, mi diario personal de la caminata. De esta manera saldo la deuda que tenía con las personas e instituciones que confiaron en mí y en este proyecto, ya que con esta publicación se extenderán considerablemente los alcances que se plantearon inicialmente y que por muy diversas razones no se había logrado.

Carlos Lazcano Sahagún

Índice

Prólogo	
<i>Miguel León Portilla</i>	5
Introducción	11
Agradecimientos	21
PRIMERA ETAPA	
<i>Cabo San Lucas-La Paz</i>	25
SEGUNDA ETAPA	
<i>La Paz-Loreto</i>	49
TERCERA ETAPA	
<i>Loreto-San Ignacio</i>	91
CUARTA ETAPA	
<i>San Ignacio-San Borja</i>	129
QUINTA ETAPA	
<i>San Borja-San Fernando</i>	179
SEXTA ETAPA	
<i>San Fernando-San Telmo</i>	207
SÉPTIMA ETAPA	
<i>San Telmo-San Diego</i>	242
Epílogo	279

Vestigios de la antigua California

Se terminó de imprimir el 10 de septiembre de 2015
en Formas e Imágenes, S.A. de C.V. formaseimagenes@gmail.com
La impresión de interiores se realizó en papel Cultural de 90 gr. y Couché de 130 gr.
Impresión de forros en cartulina Couché de 300 gr.
Su tiraje consta de 1000 ejemplares.